

LA "GRAN GUERRA" MAPUCHE

ANÁLISIS CRÍTICO-HISTÓRICO

1541

1883



ATORIA MILITAR DE ARAUCANIA

M. A. S. B. O. N. I. L. L. A. B. R. A. D. A. N. O. V. I. C.

Tomo I

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

cción *2ucl*
asificación... *9A(409-27)*
tter....
io Ed. *1988* Copia *V.*
gistro Seaco. *86602*
gistro Notis. *AAE8754*

BIBLIOTECA NACIONAL



0533137

8033

TOMAS BONILLA BRADANOVIC

LA "GRAN GUERRA" MAPUCHE

1541 - 1883

ANALISIS CRITICO HISTORICO
HISTORIA MILITAR DE ARAUCANIA

TOMO I

1988

TOMAS BONILLA BRADANOVIC

LA "GRAN GUERRA" MAPUCHE

1541 - 1883

ANÁLISIS CRÍTICO HISTÓRICO

HISTORIA MILITAR DE ARACUANIA

© TOMAS BONILLA BRADANOVIC
Derechos reservados

Inscripción Nº 66.129

Esta edición de 2.000 ejemplares se
terminó de imprimir en el mes de noviembre 1988
en TT.GG. Instituto Geográfico Militar.

Impreso en Chile/Printed in Chile

0 0 0 1

Dedico esta Obra al Ejército de Chile, depositario de las más gloriosas tradiciones de la raza, fundidas en la candente fragua del heroísmo del conquistador español y del "hombre de la tierra" (mapuche), que corren como orgulloso legado por la sangre de nuestro pueblo; porque, antes que naciera la Patria, el chileno ya era soldado y luchó en el campo de honor durante cuatro siglos, por defender su libertad y su suelo...



EL AUTOR

TOMAS BONILLA BRADANOVIC nació en Iquique. Hizo sus estudios en el Liceo de Hombres de esa ciudad, donde más tarde se desempeñó como profesor y rector subrogante. Realizó sus estudios superiores en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile donde ocupó el cargo de Ayudante en la Cátedra de Derecho Civil. Posteriormente, viajó a España para obtener allí el grado de Doctor en Derecho.

Actualmente ejerce su profesión en Iquique, además de los cargos de Juez de Policía Local y Abogado Integrante de la I. Corte de Apelaciones en esa ciudad. Es Presidente del Colegio de Abogados en Iquique y miembro de la directiva de la Asociación de Abogados de dicha Provincia, organismo este último que representa en el "COREDE".

De vasta trayectoria como investigador, ha publicado numerosos artículos de carácter histórico en "El Mercurio" de Santiago, "El Mercurio" de Valparaíso, "La Estrella" de Iquique y en numerosas revistas nacionales.

INDICE

Págs.

PROLOGO	17
---------------	----

LIBRO PRIMERO

Período Prehistórico. La mano de la providencia	19
---	----

CAPITULO PRIMERO

Los Incas	21
—Los Incas en Chile	24
—Los derechos de España. El poder de la monarquía española	26
—La división política y administrativa de los territorios de ultramar	30

CAPITULO SEGUNDO

Mapuches y Araucanos. Concepto de "Araucanía"	33
—El origen de los araucanos	34
—Características étnicas de los mapuches	36
—Los mapuches, un pueblo guerrero	39
—Creencias religiosas	44
—Confederación de Araucanía	46

CAPITULO TERCERO

Factores de la colonización	51
—Los misioneros	51
—Influencia de la agricultura en la civilización mapuche	53
—La encomienda y el servicio personal	54
—La esclavitud	57
—Crueldad y codicia	59

CAPITULO CUARTO

La despoblación de América	63
----------------------------------	----

CAPITULO QUINTO

La presencia de España	65
—Pedro de Valdivia y la conquista de Chile	69
—Personalidad de Valdivia	74

LIBRO SEGUNDO

Inicio de la guerra	79
---------------------------	----

CAPITULO PRIMERO

Michimalongo, el gran Toqui "Picunche"	79
—Michimalongo elegido "Toqui". Ataque "Picunche"	80
—Fundación de Santiago	81
—El primer Cabildo. Confirmación de Valdivia	82
—Astillero de Concón. Su destrucción	83
—El complot de los almagristas	83
—Destrucción de Santiago	83
—Aquel puñado de españoles	85
—El deseo de volver. La misión de Alonso de Monroy	86
—La lealtad de Monroy. Su regreso	87
—El conquistador avanza	88
—Juan Bautista Pastene. Un hidalgo del mar	89
—Segundo viaje de Monroy	89
—La traición de Ulloa	90
—La nueva traición de Hoz	90
—Deudas del conquistador	90
—Acciones en 1546	91
—Valdivia decide viajar al Perú	92
—Muerte de Sancho de Hoz	93
—Valdivia en el Perú	93
—Las intrigas de Aldana	94
—La larga ausencia. Destrucción de La Serena	94
—El regreso de Valdivia	95

CAPITULO SEGUNDO

Vientos de guerra... El Toqui Aynavilu	97
—Alianza hispano picunche	97
—Se reinicia la guerra. Campaña del norte	97
—Nuevo intento de invadir Araucanía. Segunda campaña al sur	98
—Una nación sin Estado	100
—Batalla de Andalién	101
—Batalla de Penco	104
—Valdivia cree pacificada la Araucanía	106
—Se inicia la conquista del sur	107
—La invasión de Araucanía	107
—El regreso del Gobernador	108
—Doña Marina Ortiz de Gaete	110
—El año fatídico de 1553	110

CAPITULO TERCERO

Lautaro	113
—Los primeros síntomas de la rebelión	115
—¡Araucanía en pie de guerra! El consejo designa "Toqui" a Caupolicán	117
—Primeras acciones de Caupolicán. Asalto al Fuerte de Arauco	119
—Ataque al Fuerte de Tucapel	120
—Ataque a Purén	121

CAPITULO CUARTO

El gran Capitán y Lautaro se enfrentan	125
—Batalla de Tucapel, errores mortales	125
—Muerte de Valdivia	128
—El genio militar de Lautaro. Justificación de su acción	133
—Consecuencias del desastre	134
—Epílogo	135
—Conclusiones militares. Objetivos	135
—El comando de las fuerzas araucanas en Tucapel. Intervención de Lautaro ...	137

CAPITULO QUINTO

Nuevamente “corrió la flecha”	141
—Los Catorce de la Fama	142
—El reemplazo de Valdivia	146
—Después del desastre	147
—Marihueñu	148
—Destrucción de Concepción	157
—La búsqueda de la historia a través de la épica	158

CAPITULO SEXTO

Alonso de Ercilla	164
--------------------------------	-----

CAPITULO SEPTIMO

Pierde fuerza la ofensiva	167
—Los tres Villagra	167
—Situación de La Imperial	167
—En Valdivia	168
—Tempestad salvadora en Imperial	168
—Una estrategia incomprensible	169
—Los estragos del hambre y las pestes	169
—Reconstrucción de Concepción	170
—Ambiciones peligrosas	172
—La ciudad heroica	172
—Un rosario de errores	172
—Decisión del Consejo	173

CAPITULO OCTAVO

Análisis crítico de los elementos ofensivos de los Ejércitos en lucha. Las armas indígenas	175
—La infantería	175
—La caballería	177
—“Indios” fronterizos	178
—La táctica española	179
—Los intérpretes	181

CAPITULO NOVENO

Ofensiva mapuche hacia el norte	183
—Las tres campañas de Lautaro sobre Santiago	183
—La primera campaña	184
—La segunda campaña	188
—Sorpresa de Gualemo	189
—Tercera campaña	190
—Muerte de Lautaro	192
—Glorioso epílogo de una empresa imposible	194
—Conclusiones militares del comando de Lautaro	195

LIBRO TERCERO

La Reconquista Española. Caupolicán enfrenta a la invasión	199
--	-----

CAPITULO PRIMERO

El rey designa nuevo gobernador del Reino de Chile. Gobierno de don García Hurtado de Mendoza (1557-1561)	199
---	-----

CAPITULO SEGUNDO

Los indios del servicio. El yanaconaje	203
—Valor militar de los auxiliares	204

CAPITULO TERCERO

Caupolicán prepara el alzamiento	207
—El plan de ataque. Colo-Colo	208
—La reacción española	209
—El error de don Andrés	209
—El error de don García	210

CAPITULO CUARTO

Caupolicán ataca	211
—Ataque al Fuerte de San Luis	211
—Después de la batalla	213
—Se paraliza el ataque	214

CAPITULO QUINTO

Araucanía al ataque	217
—Batalla de Lagunillas	217
—Análisis de la acción	221
—Después de la batalla	223

CAPITULO SEXTO

El desafío de Caupolicán	225
—Batalla de Millarapue	226
—Crítica de las campañas de San Luis a Millarapue	230

CAPITULO SEPTIMO

El Fuerte Tucapel. Después de la derrota	233
—Quebrada de Purén. Asalto de Cayucupil	233
—Repoblación de Concepción	234
—Espionaje y contraespionaje. Nuevo asalto a Tucapel	234
—Retiro araucano. Muerte de Caupolicán	236
—Recordando a Caupolicán	239
—Sigue la lucha	241
—Ataque a Quiapo (13 de diciembre de 1558)	241
—Análisis crítico de la acción	243
—Don García en el sur	244

CAPITULO OCTAVO

Término del gobierno de don García	247
—El regreso	247
—Justicia real	248
—Desbande del Ejército. Don García cesa en el cargo	248
—Apreciaciones militares. Organización, estrategia y conducción	248

CAPITULO NOVENO

Gobierno de don Francisco de Villagra (1561-1563)	251
—Asalto al Pucará del Biobío	252
—Derrota de Catiray	252
—Ataque a Cañete	254
—Asalto a Angol	255
—Defensa heroica de Arauco	256
—Se reinicia el ataque	258
—El Alcázar de Arauco	259
—Muerte de Villagra	260
—El epílogo de la historia	260

CAPITULO DECIMO

Interinato de Pedro de Villagra (1563-1565)	263
—El alzamiento	263
—Medidas de emergencia	263
—Asalto del Itata	264
—Asalto de las vegas de Andalién	264
—Nuevo asalto a Angol	265
—Llegan los socorros de Villagra	266
—Bernal del Mercado ataca	266
—La situación en Concepción	267
—Situación en Santiago	268
—Segunda batalla de Reinohuelén	268
—Batalla de Tolmillan	269
—Análisis general de la situación	270
—Término del mandato de Pedro de Villagra	271

CAPITULO DECIMOPRIMERO

Primer Gobierno de Rodrigo de Quiroga (1565-1567)	273
—Nuevo ataque a Cañete	274

LIBRO CUARTO

La guerra de Arauco evoluciona	275
--------------------------------------	-----

CAPITULO PRIMERO

Indecisiones de la Corona	275
—Gobierno de la Real Audiencia	275
—Gobierno de Melchor Bravo de Saravia (1568-1575)	276
—Nueva derrota de Catiray	277
—Después de la derrota	278
—Desánimo español	278
—Refuerzos oportunos	279
—Alzamiento general	279

CAPITULO SEGUNDO

Segundo Gobierno de Rodrigo de Quiroga (1575-1580)	283
—La campaña	284
—Análisis crítico de la primera campaña de Rodrigo de Quiroga	288
—El fantasma de Drake	290
—Análisis crítico de la segunda campaña de Quiroga	291

CAPITULO TERCERO

Paralización de la técnica militar española frente a la reacción evolutiva mapuche	293
—Interinato de Martín Ruiz de Gamboa (1580-1583)	295
—De Valdivia a Ruiz de Gamboa	296
—Estudio crítico de la situación en España. El Duque de Alba	296

CAPITULO CUARTO

Gobierno de Alonso de Sotomayor (1583-1592)	301
—Asalto de Angol	305
—Sitio de Purén	306
—El duelo	306
—Don Alonso reajusta sus líneas	308
—Descubrimiento de las Islas Juan Fernández	308
—Peligro de los piratas y corsarios ingleses	309
—En la cuesta de Villagra	309
—Sorpresa de Tucapel	310
—Se refuerza la frontera	311
—Situación de Sotomayor	311
—Viaja don Alonso al Perú	312
—Epílogo	313

INDICE DE ILUSTRACIONES

1.—Las gobernaciones del siglo XVI	27
2.—Ruta oceánica de España y América	29
3.—Primeros habitantes de Chile	35
4.—Primeros habitantes de Chile	37
5.—Mapa general del territorio mapuche	41
6.—Butalmapus	47
7.—Expedición de Diego de Almagro	67
8.—Expedición de Pedro de Valdivia	73
9.—Casa de don Pedro de Valdivia en San Pedro de Atacama	75
10.—La Guerra Mapuche durante el gobierno de Pedro de Valdivia	103
11.—Espíritu colonizador de Valdivia	109
12.—Batalla de Tucapel	127
13.—Camino de Purén a Cañete en la cordillera de Nahuelbuta. Ruta de "Los Catorce de la Fama"	131
14.—Corazón de Nahuelbuta. Topografía abrupta, apta para sorpresas	149
15.—Batalla de Marihueñu	153
16.—La Guerra Mapuche durante el gobierno de García Hurtado de Mendoza	227
17.—Asentamiento de la Conquista-siglo XVI	285
18.—Asentamiento de la Conquista-siglo XVI	287
19.—Dominios de Carlos I de España y V de Alemania	297
20.—El Imperio español en tiempos de Felipe II	299

PROLOGO

¿Por qué escribir sobre la "Gran Guerra Mapuche?"

Varias veces me he formulado la pregunta y he encontrado una sola respuesta: mi admiración por una raza heroica y el convencimiento que siendo sus herederos naturales, no tenemos idea de la tragedia épica de nuestros ancestros y alguien tenía que hacerlo. Ya era hora...

Existe una cierta ignorancia sobre los mapuches y la importante influencia que ellos tienen en la formación de nuestro pueblo. Además, llegué al convencimiento que no existe un libro en que un chileno pueda imponerse de una guerra que duró la friolera de 345 años y en su propio territorio.

Esto es lo que hemos querido conseguir. Que no haya, ahora, excusa alguna para que los estudiantes chilenos, guiados por sus profesores, en particular, tengan acceso al estudio y conocimiento de una lucha incesante, que fue acrisolando la raza y grabando en los genes de su ego, características heroicas y no grandes defectos, que permiten distinguirnos de otros pueblos de América.

Del Choapa al sur vivía la "gente de la tierra" ("mapuches"), menos numerosa hasta el Itata ("picunches" o "gente del norte"); pero desde allí a Chiloé había una masa cercana al medio millón de nativos ("pehuenches", "araucanos", "huilliches", etc.), que se mezclaron con los españoles, primero violentamente y más tarde en forma pacífica, a través de la convivencia de las razas y del intercambio comercial activo entre ellas.

Como los españoles llegaron sin mujer, excepto Don Pedro de Valdivia a quien acompañó doña Inés Suárez, buscaron la mujer mapuche y ésta, con su "admapu" (norma de conducta social), aceptó el cruce con la raza blanca que las raptaba como derecho de conquista en sus "malocas" o "campeadas".

Los indios ricos e importantes ("ulmenes") tenían numerosas mujeres y no tardaron los "nuevos ricos", los conquistadores, en hacerse de gran cantidad de mujeres tomadas como botín, compradas a sus padres u obsequiadas por los caciques, produciéndose un importante número de mestizos. Sólo Francisco de Aguirre, por ejemplo, dejó 50 hijos naturales.

En consecuencia, queda en claro que, lo queramos o no, el que más o el que menos de los nuestros tiene sangre mapuche corriendo por sus venas, lo que ha influido en nuestra conformación psíquica haciéndonos sufridos y valientes frente a la adversidad, constantes y disciplinados (comparados con otros países más tropicales), emprendedores como para trabajar en el clima del extremo sur o bajo el sol abrasador de las calicheras del desierto y llevar tres veces la guerra hacia el norte (Independencia, Confederación y Guerra del Pacífico).

Si es así, bien vale la pena abrir las páginas de este libro y conocer, en un enfoque crítico diferente al que habíamos conocido, aunque parcialmente, el desarrollo de los hechos de que fueron actores nuestros

antepasados, tanto españoles como mapuches y que forman parte de la tragedia épica de la "GRAN GUERRA MAPUCHE".

No pretendo haber escrito la última palabra sobre este aspecto de la Historia y es posible que las ideas que yo transmito sean la base para que nuevos estudiosos de la ciencia lleguen a otras conclusiones.

Al estudiar los textos de la Historia que me han servido para realizar mi trabajo, no he hecho sino aprovechar el enorme material que sirvió para escribirlos, que van desde los archivos de documentos inéditos de Medina a los archivos de Morla Vicuña, a las actas del Cabildo de Santiago y "Colección de Historiadores de la Independencia" de Matta Vial y otros estudios históricos y antropológicos que han aclarado errores y demostrado la realidad desconocida.

La Historia crítica, como la concibe Toynbee, nos permite regresar al pasado, vivir en él, como en una visión de ciencia ficción y avanzar en el estudio de nuestra Historia para mejorar o corregir lo ya escrito, o bien para dar una explicación diferente a los hechos en la búsqueda de la verdad.

Pero, como Pilato o Cristo, cabría preguntarnos ¿qué es la verdad? (en la Historia)? Personalmente creo, simplemente, que la Historia es la reconstitución de la imagen del pasado con los elementos proporcionados por el investigador, sin apasionamiento, haciendo trabajar prodigiosamente la imaginación, encuadrada en la realidad del tiempo al que silenciosamente nos ha transportado.

Permita el lector llevarlo en la "máquina del tiempo" a otros siglos, a otros planos, a convivir con otras generaciones a fin de buscar... la verdad.

"Mapu Arauco moñen palei huinca, adquintupsñe quimlayay fimi..." ("Arauco es eterno extranjero, ven a conocerlo aunque nunca lo comprenderás...").

LIBRO PRIMERO

PERIODO PREHISTORICO. LA MANO DE LA PROVIDENCIA

...Y un día el Inca llamó a sus generales y les dijo: "He pensado que hay tierras inexploradas hacia el sur y es oportuno que habiendo conquistado ya las tierras del norte, avancemos nuestra presencia allí para la gloria del Imperio..."

Es posible que algunos se alzarán representando el obstáculo insalvable del desierto que se abría poco más allá de Arica y de la pobreza de la región; frente a la voluntad del monarca, algún príncipe de la corte solucionó el problema, proponiendo avanzar por los contrafuertes cordilleranos, ricos en fértiles valles, provistos de agua para la tropa y pasto para las llamas que transportaran los elementos para la empresa, hasta llegar a las zonas fértiles que permitiesen aproximarse y avanzar por la costa.

Así se acordó y se organizó una fuerza de varias decenas de miles de hombres y, un luminoso día a mediados del siglo XV, avanzó la poderosa columna hacia el sur...

El descubrimiento y conquista incásica de Chile se había iniciado. Sin saberlo, iban a preparar, por aquellos misteriosos designios de la Providencia, el segundo descubrimiento y conquista, la española, la cristiana de casi un siglo más tarde...

Descorramos el velo de los acontecimientos porque, como dice un antiguo proverbio germano, "quien posee la Historia es dueño del futuro..."

CAPITULO PRIMERO

LOS INCAS

Al decir de los historiadores, los incas prácticamente no crearon nada nuevo. Se limitaron a adoptar la cultura altiplánica de Tiahuanaco que los había precedido.

Aparecieron alrededor del año 1300, de nuestra era y aprovecharon el desarrollo cultural desde mil años A.C. a su época (profesor Osvaldo Silva Galdames).

Su primer emperador fue Manco Capac, que formó la dinastía al casarse con su hermana Mama Oello.

Fue el inca Garcilaso de la Vega el autor de la idea de que los incas lo crearon todo; sin embargo, la arqueología se encargó de contradecir sus afirmaciones.

Primitivamente los incas vivían con otras tribus, en las orillas del Titicaca. Según la tradición histórica, el dios sol cansado de ver el atraso y el estado de postración del hombre, envió dos de sus hijos a civilizarlos. Ellos los sacaron del lago, bajando hacia el norte al "Cuzco", de donde expulsaron a los "Chancas". Aún se conservan los restos de los "Cori-Canchas" o Tempos del sol.

La religión incásica tenía, pues, su origen en la divinidad del sol y los incas fueron algo así como el pueblo elegido (como los israelitas monoteístas).

Se fortalecieron y a mediados del siglo XV Tupac Inca Yupanqui inició la expansión del imperio, desde Quito al río Maule, por el sur, donde fueron contenidos por los "aucas" (en quechua "indomable"). Crearon fortalezas como la de "Sazaguaman", en el Cuzco, para contener a las demás tribus, organizando un Estado piramidal, cuya cabeza era el Inca, ejerciendo control a través de sus representantes en las diversas provincias, llamados "orejones", por la deformación inferior del lóbulo de la oreja, ocasionada por pesados discos que pendían de ellas. Estos personajes cooperaron posteriormente con los españoles; así por ejemplo, en Aconcagua, Quilacanta ayudó a Almagro, pero al retirarse éste, fue perseguido por el cacique Michimalongo, por lo cual tuvo que solicitar la protección de Vitacura, orejón incásico que colaboró con Valdivia en el Mapocho.

Varias vías o "caminos del inca", mantenían unidos el imperio, sembradas de "tambos" o posadas, en el trayecto, donde había alojamiento y comida y servían para transportar los tributos y productos. Se estima que los incas usaban el caliche de Tarapacá como abono, pulverizándolo, lo que no dejaba de ser admirable si se considera que recién en 1809, Tadeo Haenke descubrió el nitrato de sodio (salitre) en el caliche. Su base de alimentación eran las papas y el maíz, que también se transportaban por esta vía.

Uno de estos caminos corría paralelo a la costa, otro por los desiertos y valles centrales y uno por el altiplano. Había además ramales que los conectaban. Fueron las rutas que ocuparon los españoles de Chile,

cuando no tenían barcos para comunicarse con el Perú. Por estos caminos enviaban los incas masas de colonos, llamados "mitimaes" a trabajar las tierras conquistadas.

El rey no heredaba nada; por el contrario, contando con los elementos necesarios, él mismo debía formar su riqueza, para lo cual doblegaba a otras tribus, obligándolas a luchar por ellos en contra de sus enemigos ancestrales. Quitaba nuevas tierras a las tribus dominadas, pero al mismo tiempo les devolvía lo necesario en pago de los servicios que prestaban al Inca, el cual obtendría, así, soldados, mineros, trabajadores de la tierra, etc., que se renovaban periódicamente y que eran vestidos y alimentados por el Estado a cambio de su trabajo. Este sistema se denominó de la "mita".

El oro resultaba atractivo no sólo para los españoles. Los incas también le reconocían su valor basado, desde luego, en el hecho de ser metal escaso, lo que lo hacía codiciado. En Chile se conocieron varios lavaderos, como los de Punitaqui, Andacollo, Choapa, Peteroa, Lampa, Lolol y el de Marga-Marga, de donde Michimalongo obtenía el oro que enviaba al Inca como tributo. La plata se extraía preferentemente de Copacabana y el cobre de El Brillador.

Los incas trabajaban maravillosamente bien el oro; pero, para llegar a esta etapa de perfección, debieron pasar, desde luego, muchos siglos de desarrollo de la técnica metalúrgica. La historia del oro en el Perú se remonta, por lo menos, 1.500 años A.C., o sea, hace más de 3.400 años a la fecha.

El gran avance de la técnica lo constituyó, indudablemente, el descubrimiento de la fundición en la cultura Mochica (coronas, máscaras, anillos, collares, brazaletes, tumis, etc.), que permitió la fabricación de joyas y adornos de oro y plata, cultura desaparecida por la expansión Tiahuanaco (imperio Wari desde Lambayeque a Arequipa).

Concluida la dominación Tiahuanaco, el arte del trabajo en oro irrumpe en los pueblos Chimú (S. XI. J.C.), dando nacimiento a la "época del oro". El pueblo Chimú tenía su capital en Chan-Chan y al ser conquistados por los incas, éstos se llevaron a Cuzco gran cantidad de artesanos y orifices del reino de Chimú.

Llegaron, así, los habitantes de nuestro suelo a conocer el trabajo del oro y su fundición, para llevarlo al Inca, incorporando a la joyería, el cristal de roca, el lapislázuli de Ovalle y la malaquita de Copiapó. Existían fundiciones en Quillota y en Coquimbo, siendo fundido en discos con la marca del pecho de una mujer para remitirlos al Cuzco.

La existencia de oro y plata en el Perú superó cualquier expectativa. El padre Diego de Córdova escribía a Carlos V que "los tesoros que tuvieron los Incas, excedieron, sin comparación, a todos cuantos alcanzaron y gozaron los reyes del orbe".

España no llegó a América a enseñarlo todo. Bien dicen los mexicanos que "España no descubrió América". La verdad es que es discutible quién descubrió a quién, puesto que las civilizaciones americanas eran avanzadísimas en todo aspecto. Posiblemente no lo eran tecnológicamente, pero sí estaban muy avanzadas en materias religiosas, artística y en cultura social al extremo que se ha hablado del "Imperio Socialista de los Incas". Pocos pueblos han llegado, incluso, a una identificación tan intensa de la petricidad, con el valor de la piedra, como los aztecas.

Canto 1º "La Araucana"

- 377 *"El potente rey Inga, aventajado
en todas las antárticas regiones,
fue un señor en extremo aficionado
a ver y conquistar nuevas naciones,
y por la gran noticia del Estado
a Chile despachó sus orejones;
más la parlera fama de esta gente
la sangre les templó y ánimo ardiente.
Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompieron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza a servidumbre los trujeron
a do leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introdujeron,
haciéndolos con fueros disolutos
pagar grandes subsidios y tributos.*
- 401 *Los promaucaes del Maule, que supieron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les salieron
no menos en buen orden que lozanos;
y las cosas de suerte sucedieron
que llegando estas gentes a las manos,
murieron infinitos orejones,
perdiendo el campo y todos los pendones.*
- 409 *Los indios promaucaes es una gente
que está cien millas antes del Estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los españoles les han probado;
pero con cuanto digo, es diferente
de la fiera nación, que, cotejado
el valor de las armas y excelencia,
es grande la ventaja y diferencia"* (alude a los araucanos).

Los incas corrieron la misma suerte que los demás estados teocráticos, como los aztecas y los mayas.

Los mapuches no tuvieron este tipo de sociedad y sería interesante investigar hasta dónde la influencia sacerdotal contribuyó al desastre de la organización de estos sistemas en forma tan rápida, explicable en el caso de los aztecas e incas por su tradición que, sin embargo, no tenían los mayas, quienes no esperaban el regreso de Quetzacoatl.

En Arequipa existía el río Chili (o Chile) y, según la tradición, cuando los españoles solicitaron información, se les explicó que nuestro país se encontraba donde estaban "los mitimaes del Chile" (en el valle de Aconcagua), lo cual habría dado origen al nombre de nuestra Patria.

El maíz se usaba principalmente para hacer chicha, mientras que en otras partes de América se empleaba como alimento.

El de los incas fue un imperio en el que, además, la lengua "quechua" se usaba oficialmente en materias de información, comunicación y conocimientos.

Para obtener la uniformidad, se llevaban al Cuzco personajes principales de las tribus dominadas para enseñarles el idioma.

La cultura incásica y su religión no prosperaron al sur del Maipo, porque allí no existía el concepto de Estado, como tampoco ciudades. Sólo había tribus nómades.

Los Incas en Chile. Toja Inca Tupac Yupanqui, alrededor de 1460, inició la expansión del Imperio hacia Chile, unos 70 años antes que los castellanos y llegó al valle de Coquimbo. Su hijo Huayna Capac, 25 años más tarde, envió sus ejércitos más al sur del actual Perú, reiniciando la conquista. Hacia el sur encontró escasa resistencia en Copiapó, pero entre el Maule y el Biobío se topó con una fuerte oposición (Garcilaso de la Vega "Comentarios Reales de los Incas") y después de varias batallas encarnizadas, la última de las cuales duró 4 días, los invasores se retiraron al norte del Maule donde, al parecer, se fijó la línea fronteriza.

¿Cuánto duró esta civilización que introdujo el cultivo del maíz y del frejol, enseñó el uso de la lana, construcción de vasijas, obras de regadíos, etc.? ¿Un siglo?

Es de suponer (y hasta la fecha no lo he visto comentar) que si la penetración incásica no fue detenida de golpe y que en decenas de años el ejército del Inca, compuesto de decenas de miles de guerreros, magníficamente armados, ha debido realizar numerosas campañas más allá del Maule y quizás llegado a los márgenes del Biobío, la lucha con los mapuches ha debido ser larga y sangrienta y es posible que, de esta guerra, hayan adquirido las tribus del sur experiencias tan notorias como la construcción de los "pucará", que emplearon contra los españoles años más tarde y el empleo masivo de tropas por secciones.

Igualmente, parece ser que los habitantes del norte del valle de Aconcagua y los "picunches", entre el referido valle y el Maule, influidos por la cultura incásica, cooperaron con los incas invasores en su lucha con los mapuches, puesto que, cuando llegaron los españoles, existía una convivencia pacífica con los "mitimaes" y, además, figuraba entre los planes del Inca solicitar a los sojuzgados, trabajadores y hombres de guerra para satisfacer las necesidades del Imperio, existiendo por eso una notoria enemistad entre "picunches" y "promaucaes", "pehuenches" y araucanos.

A la muerte de Huayna Capac se produjo la guerra civil entre sus hijos Huáscar y Atahualpa, durante cinco años, por lo que las tropas acantonadas en Chile regresaron al Cuzco. Como sabemos, los españoles en 1532 ayudaron a Atahualpa a destruir a su enemigo, lo que posteriormente le costó el imperio.

Al pasar a Chile, Almagro, en 1536, encontró "mitimaes" trasladados, es decir colonos, especialmente arequipeños, instalados en el valle de Aconcagua y una floreciente cultura chicha-chilena, representada por una avanzada agricultura, sistema de riego, crianza, tejidos y alfarería.

Estos colonos destinados a enseñar el desarrollo agrícola, la técnica y la lengua (para uniformar el imperio) denominados "mitimaes" (de "mita") se instalaron en diversos sitios que designaban con el nombre del lugar de su procedencia, como Limache ("gente de Lima"), Llay-Llay, Cuz-Cuz, Lliu-Lliu, etc. y, al parecer, se establecieron hasta la línea de ocupación del Maule, hasta la cual, obviamente, Chile había sido descubierto y conquistado por los incas, antes que los españoles.

En la zona central existían las colonias de Colina, donde residía Quilacanta, curaca principal, Apoquindo, Macul, Maipo, Lampa, etc.

Dentro del imperio "Tawantinsuyu" ("4 provincias", como se denominaba), el incásico Chile formaba parte de la denominada "Collasuyu" (que abarcaba Bolivia, Argentina y Chile). El "Contisuyu" estaba al sur poniente, el "Antisuyu", al este, el "Chinchasuyu" al norponiente.

Cada una de las 4 provincias estaba a cargo de un "apo" (gobernador) que residía en el Cuzco y tenía bajo su mandato a los "curacas" que eran hereditarios y estaban a cargo hasta de 10 mil hombres los que, a su vez, tenían funcionarios inferiores a cargo de hasta 50 tributarios.

Un camino vertebral del imperio, como hemos visto, unía las provincias con el Cuzco.

En Chile aún se encuentran restos del camino que llegaba hasta Talca (G. Mostny "Ciudades Atacameñas"). Es de suponer que la acción del ejército incásico llegaba mucho más allá del camino.

El uso obligatorio del "quechua" era también un elemento unificador. Así, los españoles usaban intérpretes quechuas. Desaparecieron lentamente las lenguas "cacán" (Valles Transversales) y "cunza" (Antofagasta), pero el mapuche se conservó como lengua viva.

Los incas construían santuarios para adorar al sol y es así como en el Cerro Chena (Santiago) hay restos de fortalezas destinadas a proteger el camino real y en el cerro Plomo (sobre Santiago) se encontró la momia de un infante sacrificado al sol a 5.400 metros de altura, todo lo cual es testimonio de la presencia incásica en Chile.

Se estima que la invasión incásica fue la "pre-conquista de Chile" (la de Valdivia sería la segunda) y que duró alrededor de 100 años en el Norte Grande. Atacado permanentemente, es de suponer que el invasor trató de acortar sus líneas, quedando paralizado por la revolución de Huáscar en su conquista.

Su dominio fue efectivo y permanentemente, como lo atestiguan las ruinas de los "pucará" que sembraron a lo largo del territorio conquistado en Tongoy, Marga-Marga, Talagante, Angostura, Tagua-Tagua y Yaquil sobre el río Claro, afluente del Maule ("estar con lluvia", "llovioso"), además de las piedras labradas que el padre Rosales dijo haber visto en Quilacoya (Concepción).

Como hemos dicho, al retirarse el ejército del Inca, Chile quedó en manos de los "curacas", sus representantes, a través de los "apos"; era toda una organización piramidal.

Estos "curacas" tuvieron alguna participación en el esfuerzo español por el descubrimiento y conquista del país en la creencia de que el Inca los apoyaba, ignorando su cautiverio. Eran personajes influyentes y obedecidos.

Cuando Almagro llegó a Copiapó, los copiapoes ya sabían de los españoles, pues, mucho antes habían llegado allí 3 extraviados, a los que finalmente asesinaron. Almagro, en represalia, hizo quemar vivos a los "curacas" de Huasco a Copiapó y a los 30 "indios" culpables de su muerte.

A su vez, Valdivia fue objeto de la rebelión de Mascadei, nieto del "curaca" de Huasco muerto por Almagro, al que venció, pero fue dignamente recibido por el "curaca" Huelquemilla de Copiapó y decididamente ayudado por el "curaca" Vitacura.

Los españoles, pues, cuando dominaron el Cuzco sometieron un imperio que estaba ocasionalmente dividido, entre las facciones de Huáscar y Atahualpa, lo que facilitó su conquista. Esta organización impe-

rial maravillosa continuó funcionando a través de la “mita”, de tal manera que el Estado, ahora en poder de los españoles, siguió gozando sin límites de abundancia de abastecimientos.

Los Derechos de España, el Poder de la Monarquía española. Para comprender gran parte de los hechos que analizaremos en esta obra, es necesario recordar que, así como en los tiempos modernos en la Segunda Guerra Mundial, en Yalta y Teherán, Estados Unidos, Rusia e Inglaterra se repartieron el mundo como quien parte una manzana, en otros tiempos la autoridad del Papa era tan grande que los reyes respetaban sus decisiones y sus sentencias eran tenidas como hechos indiscutibles, que era menester observar sin desviaciones.

El descubrimiento de América fue uno de los hechos más trascendentes de la historia de la humanidad, que obligó a las principales potencias de la época, dentro de una especie de gran frontera imaginaria, a experimentar transformaciones inesperadas en el terreno político, social y económico y, especialmente, en el campo cultural y religioso, en una inmensa “área de expansión” en que los intereses chocaron frecuentemente con grave peligro para la integridad de naciones que se consideraban líderes de la cristiandad.

Nació, pues, la necesidad de buscar un árbitro supremo que conciliase las aspiraciones de los países europeos comprometidos en el descubrimiento.

Fernando el Católico pactó con el Papa Alejandro VI la donación de las Indias. Dice la Bula del Santo Padre: “Os damos y concedemos dichas Indias, con pacto y calidad que vos y vuestros sucesores hagáis enviar a dichas partes hombres sabios y temerosos que instruyan a sus naturales en la fe católica...”. Un contrato “do ut des” (“doy para que des”); y, en otra bula, concedió a los reyes el diezmo de las Indias para conservarlas y mantener la propagación de la fe.

En cumplimiento de este “contrato” los reyes expidieron numerosas y reiteradas órdenes o cédulas, encaminadas a obtener que los “indios” fuesen gobernados en paz, religión, libertad y justicia. Los reyes estaban libres de cumplir con las leyes civiles, mas no de la natural, divina y de gentes (informe Antonio Covarrubias, Procurador de la Compañía de Jesús, 1708).

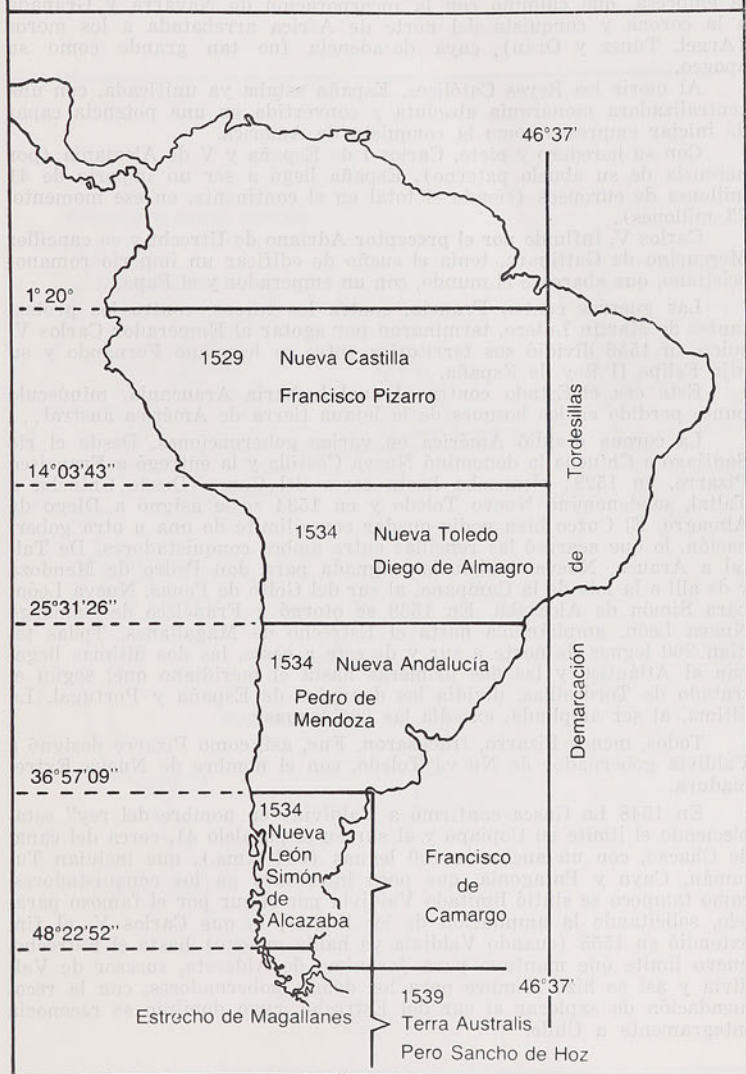
En su testamento, la reina doña Isabel declaró que el principal motivo que los reyes tuvieron en cuenta cuando pidieron estas tierras, fue la conversión de los infieles.

Los españoles, pues, vinieron a América como dueños de tierras que debían conquistar y salvar en cumplimiento de un compromiso que no podían desconocer. Fue una empresa “colectiva”. Una empresa que comprometió a toda la nación española, sobrepasando el hombre su condición individual. Por eso, actuaron como dueños y sus actos se estimaron justificados, aunque los “indios” no tuvieron idea del contrato por no haber sido parte de su otorgamiento, ni tenían idea acerca de lo que era un contrato...

Después de más de 7 siglos de lucha con los moros que invadieron la península en 711 (Tarik) y que inició en el Siglo VIII el rey don Pelayo desde su refugio en las montañas asturianas, en 1492 se consolidó la unidad hispana con la caída de Granada y derrota de Boabdil, último rey moro.

Tenía, pues, títulos suficientes para la época la monarquía vencedora, portadora de la luz de la cristiandad, a aspirar a la donación condicionada del Papa.

LAS GOBERNACIONES DEL SIGLO XVI



Era Castilla el reino más poblado, grande y poderoso de España junto con el de Aragón, habiendo sido el eje de la unificación, apoyada por el matrimonio de la activa doña Isabel con Fernando de Aragón ("Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando"), cuyo prestigio moral les valió el apoyo decidido del pueblo y burguesía para realizar la empresa, que culminó con la incorporación de Navarra y Granada a la corona y conquista del norte de África arrebatada a los moros (Argel, Túnez y Orán), cuya decadencia fue tan grande como su apogeo.

Al morir los Reyes Católicos, España estaba ya unificada, con una centralizadora monarquía absoluta y convertida en una potencia capaz de iniciar empresas como la conquista de América.

Con su heredero y nieto, Carlos I de España y V de Alemania (por herencia de su abuelo paterno), España llegó a ser un imperio de 41 millones de europeos (siendo el total en el continente, en ese momento, 73 millones).

Carlos V, influido por el preceptor Adriano de Utrecht y su canciller Mercurino de Gattinara, tenía el sueño de edificar un imperio romano-cristiano, que abarcara el mundo, con un emperador y el Papa.

Las guerras contra Francia, contra los turcos, contra los protestantes de Martín Lutero, terminaron por agotar al Emperador Carlos V, quien en 1556 dividió sus territorios entre su hermano Fernando y su hijo Felipe II Rey de España.

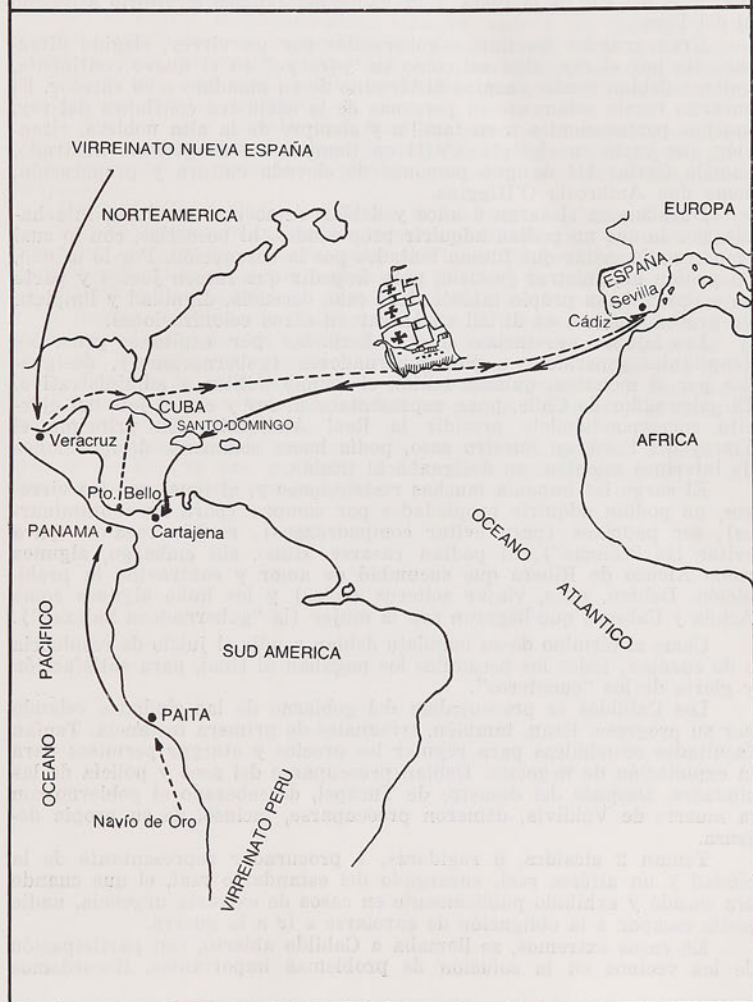
Este era el Estado contra el cual lucharía Araucanía, minúsculo punto perdido en los bosques de la lejana tierra de América austral...

La corona dividió América en varias gobernaciones. Desde el río Santiago a Chíncha la denominó Nueva Castilla y la entregó a Francisco Pizarro, en 1529; alcanzaba hasta cerca del Cuzco. Desde Chíncha a Taltal, se denominó Nuevo Toledo y en 1534 se le asignó a Diego de Almagro. El Cuzco bien podía quedar como límite de una u otra gobernación, lo que acarreó las rencillas entre ambos conquistadores. De Taltal a Arauco, Nueva Andalucía asignada para don Pedro de Mendoza y de allí a la Isla de la Campana, al sur del Golfo de Penas, Nueva León, para Simón de Alcazaba. En 1539 se otorgó a Francisco de Camargo Nueva León, ampliándola hasta el Estrecho de Magallanes. Todas tenían 200 leguas de norte a sur y de este a oeste, las dos últimas llegaban al Atlántico y las dos primeras hasta el meridiano que, según el tratado de Tordesillas, dividía los dominios de España y Portugal. La última, al ser ampliada, excedía las 200 leguas.

Todos, menos Pizarro, fracasaron. Fue, así, como Pizarro designó a Valdivia gobernador de Nueva Toledo, con el nombre de Nueva Extremadura.

En 1548 La Gasca confirmó a Valdivia "en nombre del rey" estableciendo el límite en Copiapó y al sur en el paralelo 41, cerca del canal de Chacao, con un ancho de 100 leguas (634 Kms.), que incluían Tucumán, Cuyo y Patagonia, que poco interesaron a los conquistadores, como tampoco se sintió limitado Valdivia por el sur por el famoso paralelo, solicitando la ampliación de los límites, lo que Carlos V, al fin, extendió en 1555 (cuando Valdivia ya había muerto) hasta el Estrecho, nuevo límite que mantuvo para Jerónimo de Alderete, sucesor de Valdivia y así se hizo siempre para los demás gobernadores, con la recomendación de explorar al sur del Estrecho, cuyo dominio se reconocía íntegramente a Chile.

RUTA OCEANICA DE ESPAÑA A AMERICA



Chile fue considerado, administrativamente, una gobernación y capitanía general, lo que equivalía a un territorio con problemas de orden bélico para el Estado español.

La división política y administrativa de los territorios de ultramar. Para la administración y gobierno de las nuevas tierras incorporadas a la corona, Carlos V creó los "virreinos" en América. En 1534 decretó la existencia de Nueva España (México) y en 1543 el del Perú. Posteriormente, en el siglo XVIII se creó el de Nueva Granada (Colombia) y el del Río de la Plata, segregados del extenso territorio asignado al del Perú.

Eran grandes territorios gobernados por un virrey, elegido directamente por el rey, algo así como su "otro yo" en el nuevo continente, quienes debían rendir cuentas al término de su mandato a su sucesor. El encargo recaía solamente en personas de la exclusiva confianza del rey, muchos pertenecientes a su familia y siempre de la alta nobleza, situación que varió en el siglo XVIII en tiempos del despotismo ilustrado, cuando Carlos III designó personas de elevada cultura y preparación, como don Ambrosio O'Higgins.

Duraban en el cargo 6 años y debían demostrar conducta intachable, por lo que no podían adquirir propiedades, ni poseerlas, con lo cual se perseguía evitar que fuesen tentados por la corrupción. Por lo mismo, no podían administrar justicia, para impedir que fuesen jueces y parte en asuntos de su propio interés. Más celo, decencia, dignidad y limpieza de procedimientos, es difícil encontrar en otras colonizaciones.

Las lejanas provincias eran gobernadas por capitanes generales (capitanías generales) o por gobernadores (gobernaciones), designados por el monarca, quienes tenían el mando militar y administrativo. El gobernador de Chile, pues, representaba al rey y era el jefe del ejército, correspondiéndole presidir la Real Audiencia. En principio, el Virrey del Perú, en nuestro caso, podía hacer solamente designaciones de interinos mientras se designaba al titular.

El cargo les imponía muchas restricciones y, al igual que los virreyes, no podían adquirir propiedades por compra (para no contaminarse), ser padrinos (para evitar compadrazgos), recibir regalos (para evitar las "coimas"), ni podían casarse. Hubo, sin embargo, algunos como Alonso de Ribera que sucumbió de amor y contravino la prohibición. Debían, pues, viajar solteros (solos) y los hubo algunos como Acuña y Cabrera que llegaron con la mujer (la "gobernadora Salazar").

Como al término de su mandato debían rendir el juicio de residencia o de cuentas, todos los pecadillos los pagaban al final, para satisfacción y gloria de los "cuenteros".

Los Cabildos se preocupaban del gobierno de las ciudades velando por su progreso. Eran, también, tribunales de primera instancia. Tenían facultades económicas para regular los precios y otorgar permisos para la explotación de negocios. Debían preocuparse del aseo y policía de las ciudades. Después del desastre de Tucapel, descabezado el gobierno con la muerte de Valdivia, debieron preocuparse, incluso, de su propia defensa.

Tenían 2 alcaldes, 6 regidores, 1 procurador representante de la ciudad y un alférez real, encargado del estandarte real, el que cuando era sacado y exhibido públicamente en casos de extrema urgencia, nadie podía escapar a la obligación de enrolarse e ir a la guerra.

En casos extremos, se llamaba a Cabildo abierto, con participación de los vecinos en la solución de problemas importantes. Recordemos

aquél del año 1541 en que se designó a don Pedro de Valdivia gobernador y el inolvidable de 1810 que designó la Primera Junta de Gobierno.

La Real Audiencia, creada por primera vez en Chile en 1609, en Concepción, tenía funciones de consejo del gobernador, era tribunal de apelación de las causas falladas en primera instancia por otros organismos, vigilaba el cumplimiento de los deberes de los funcionarios, exigía el trato correcto a los indígenas (cosa que no pasó por la mente de los colonizadores sajones...), controlaba a los Cabildos, los derechos del rey sobre la Iglesia, etc. Estaba formada por 4 oidores y un fiscal. Tampoco podían adquirir bienes.

En el campo económico-administrativo existía un monopolio comercial, consistente en la prohibición de comerciar con otros países europeos. Este monopolio estaba dirigido por la Casa de Contratación de Sevilla, que más tarde estuvo en Cádiz, que controlaba celosamente los negocios con las colonias.

Todos los años enviaba una flota de barcos mercantes, protegidos por una poderosa escuadra para custodiar su cargamento y protegerla de la tentación de corsarios y piratas, que eran verdaderos bandoleros navegantes.

Desde Sevilla o Cádiz, se dirigía directamente a Santo Domingo y de allí a Cartagena de Indias donde permanecía durante un mes. Mientras tanto, se enviaba un barco-aviso al Virrey del Perú para notificarlo de la llegada de la escuadra, e hiciese su parte en la operación posterior.

El Virrey despachaba la Armada del Mar del Sur con mercaderías y los tesoros obtenidos de Chile y del Perú. A esta escuadra se le unía en Paita el "navío del oro" de Quito y toda la carga se desembarcaba en Panamá, llevándose en mulas a Puerto Bello, donde había una gran feria. Después de la referida feria se llevaban productos y riquezas a La Habana donde se juntaban con los barcos de Veracruz y la flota de guerra, regresando a España.

Como hemos podido constatar, la organización política y administrativa de España era perfecta. Todo marchaba con precisión y las normas de seguridad eran máximas.

CAPITULO SEGUNDO

MAPUCHES Y ARAUCANOS, CONCEPTO DE "ARAUCANIA"

Comúnmente se habla de la guerra de Arauco y así se expresa "La Araucana", para referirse a todas las contiendas entre los españoles y los nativos que poblaban lo que hoy es Chile.

Entre Arica y Coquimbo habitaban la costa los changos, hombres del anzuelo y conchas, que usaban arpones de cobre, lo que indica que conocían la minería y vivían de la caza y la pesca y los atacameños en los valles de la cordillera de Tarapacá y Antofagasta, al parecer más fértiles que hoy, conocedores de la agricultura, crianza de llamas, tejidos y alfarería.

Entre los ríos Copiapó y Choapa existían los diaguitas, separados por 80 leguas del desierto; según los historiadores de la época, eran unos 25.000 habitantes que, por las pestes, hambruna, traslados y pérdida de sus tierras, que los hicieron emigrar, en 1574 estaban reducidos a menos de 3.000 (Copiapó: "Vega Verde". Choapa: "Río que partió de la tierra").

Esto explica la facilidad con que los españoles se apoderaron de las tierras encontrando escasa resistencia, cuya última expresión fue la destrucción de La Serena por los diaguitas en 1549. Usaban camisa, ojotas, plumas y conocían la agricultura y la metalurgia.

Desde el Choapa al Maule, según Jerónimo de Bibar, había unos 25.000 hombres adultos que se redujeron, por las mismas razones expresadas, a menos de 10.000 alrededor de 1570 y la población total a no más de 22.000 personas. El escaso número permitió a los españoles doblegar, en más o menos un año, a los "picunches" y tribus del norte del Biobío y explica la necesidad de los encomenderos de hacerse de esclavos en las "malocas" (campeadas) como, asimismo, la gran aceptación en la economía colonial de la mano de obra del mestizo que, con el tiempo, hizo posible desterrar la esclavitud.

Esta catástrofe fue común en América (Ecuador, Perú, Bolivia), pues, de unos 6.200.000 habitantes en 1530, se redujo la población a menos de 1.500.000 en 1590.

De la laguna de la Laja al Biobío y del Ñuble al Itata ("uta-uta" pastoreo abundante) en las zonas cordilleranas, encontramos a los feroces "pehuenches", quienes dominaban los pasos cordilleranos y campeaban por las pampas al este de la cordillera (pampas argentinas hasta Buenos Aires). Eran nómades, se alimentaban del "pehuén" (piñones del pino) y de la caza. Usaban boleadoras para cazar y comerciaban pieles, piñones y sal y formaban parte de la misma raza del otro lado de la cordillera de los Andes.

El piñón, alimento básico de los "pehuenches", fruto del pino araucaria, es de sabor parecido a la castaña (hidrato de carbono, grasa y 9% de proteína), servía también para el alimento de los animales. Una familia consumía un término medio de 500 kilos en cuatro meses. Los comían crudos, tostados, en chuchoca, harina, puré o en forma de pan

"catutu". Los guardaban secos o bajo tierra en lugar húmedo. Se obtenían de marzo a mayo y duraban hasta la primavera (Katherine Bragg, O.E.A. 1983).

Se cree que desde la zona central (río Choapa) al Golfo de Reloncaví y Chiloé, vivían primitivamente los "picunches" y "huilliches", formando culturalmente el grupo "chíncha-chileno" y que alrededor del siglo XIII habrían penetrado a través de la cordillera tribus araucanas de cazadores, que se denominaban "moluches" ("mul-cheni", "gente del occidente") y que se autonombraban "mapuches" (hombres de la tierra), introduciendo una cuña, dejando del Itata al norte a los que se denominaron "picunches" y del Toltén al sur los "huilliches" costinos sumamente fieros y guerreros, que dieron serios problemas a los españoles, como veremos. Así, coincidiendo con muchos historiadores, en contraste con los antropólogos, los araucanos y los "picunches", "pehuenches", "huilliches", etc., eran mapuches y ocupaban desde el Choapa al Toltén, Reloncaví y Chiloé. Desde la costa a la cordillera, al sur de angostura de Paine, vivían los "promaucaes" que eran "picunches rebeldes", según los incas, por la resistencia que les opusieron aliados con los araucanos. Todos hablaban el "mapudungung" (y los "huilliches" una modalidad, el "tesungung", muy similar). Las masas se habían amalgamado en una sola: los mapuches.

Cuando los españoles aludían a los araucanos, debemos pensar, pues, que se referían a los mapuches, nombre éste con que se denominaban los propios nativos ("mapu" — tierra; "che" — gente) que habitaban entre el Itata y el Toltén y de allí al Reloncaví.

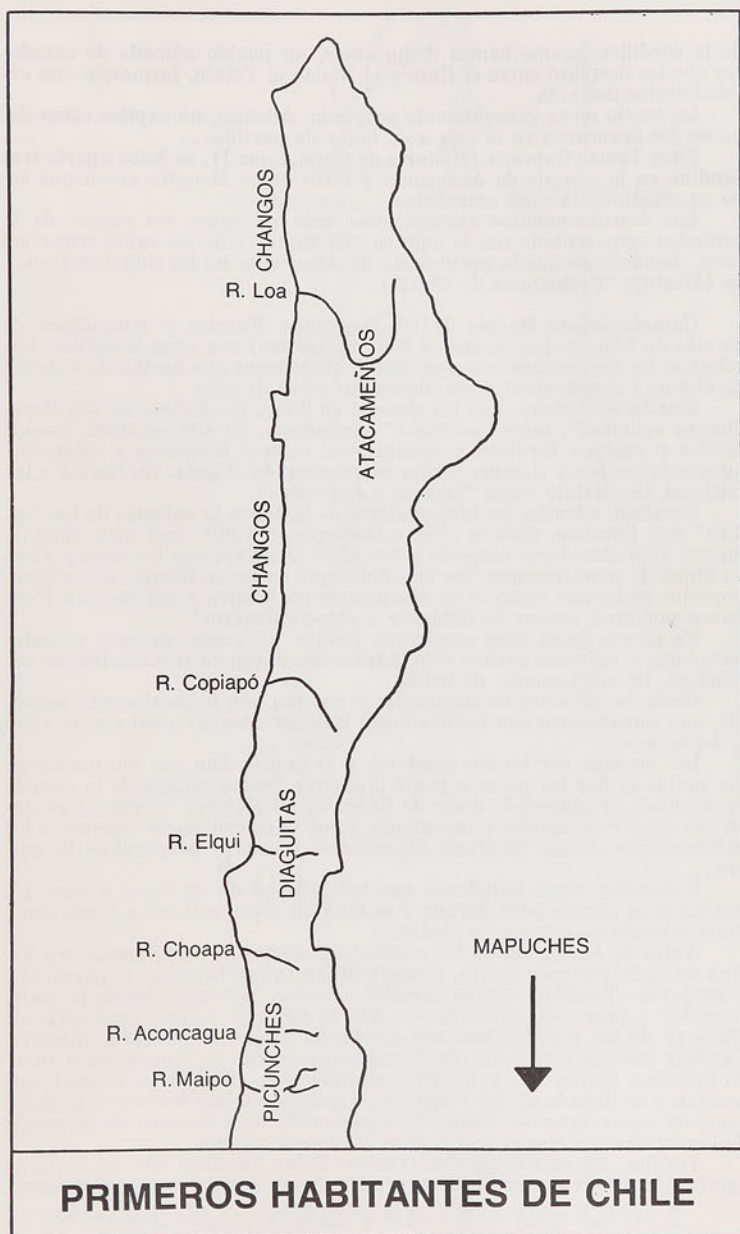
Los araucanos, propiamente tales (Itata al Toltén), tenían la más alta densidad (Bibar, "Crónicas"). Colocolo, por ejemplo, tenía 6.000 hombres bajo su mando; el cacique Pailaguala 5.000; Paicaví 3.000 al igual que Llancura y Tucapel; Caupolicán 4.000 y el cacique Ayllacura más de 5.000. Se denominaban "moluches" (hombres de guerra). Esto sin considerar la gran masa de ancianos y mujeres. Al referirse a los "indios" de Chile, recordemos que entre "pehuenches", "huilliches", "cuncos", "puelches", etc., y desde luego, araucanos o "moluches", existía una innegable afinidad cultural y religiosa que, finalmente, los confunde.

Así, pues, en este estudio emplearemos indistintamente las voces "mapuches" o "araucanos" para referirnos a lo que comúnmente se denomina "GUERRA DE ARAUCO", en la que participaron no sólo araucanos, sino que numerosas tribus de "hombres de la tierra" y que nosotros, con más justicia, denominaremos "LA GRAN GUERRA MAPUCHE".

En cuanto a "Arauco", el nombre primitivo de la región pudo ser el de "Rauco". El repetir "voy a Rauco" habría generado la voz "voy a Arauco". En los archivos de Indias, citados por Gay, es común leer en las cartas enviadas por los gobernadores al rey referirse a las tribus del sur del Itata como los "aucas". Así, araucano podría resultar ser una acomodación en el lenguaje, que se aceptó definitivamente.

Incluso Valdivia, en su carta al rey de 20 de agosto de 1545, le decía "... que ha de servir en la que poblaré en la provincia de Rauco". No cabe duda que de allí pudo derivarse el nombre de Arauco y también el de araucano.

El origen de los araucanos. Latham (prehistoria chilena) cree que originalmente la costa estuvo habitada por pescadores y la tierra del interior por cazadores y que posteriormente llegaron tribus agroalfareras de la zona central, desarrollándose una cultura homogénea desde el Itata al Golfo de Reloncaví. Alrededor del siglo XIII habría llegado del este



de la cordillera, como hemos dicho antes, un pueblo nómade de cazadores que los desplazó entre el Itata y el Biobío al Toltén, formando una entidad étnica definida.

La teoría no es generalmente aceptada. Además, no explica cómo llegaron los araucanos en el este a su lugar de partida...

Para Tomás Guevara (Historia de Chile, tomo I), no hubo aporte trasandino en la génesis de Araucanía y otros como Menglin creen que tuvo su origen en la zona amazónica.

Los descubrimientos arqueológicos más recientes, los rasgos de la cerámica emparentada con la cultura "El Molle" y de los valles transversales, demuestran que la prehistoria de Araucanía no ha sido aún resuelta (Mostny, "Prehistoria de Chile").

Características étnicas de los mapuches. Fuertes y musculosos de no más de 1.66 mt. los varones y 1.60 mt. las mujeres, eran lampiños. Los vellos se los arrancaban con una especie de tenazas que hacían de conchas de choros y se entretenían en ello en sus ratos de ocio.

Mariño de Lobera, que los conoció en 1552, los define, no sin cierta "buena voluntad", como "coléricos" sanguíneos, de alta estatura, huesos sólidos y cuerpos fornidos y membrudos, rostros hermosos y colorados, aunque trigueños y siempre andan representando alegría. En cuanto a las mujeres, las definió como "blancas y hermosas".

Resaltan, además, los historiadores de la época la valentía de los "indios" que llevaban, cuando ellos estuvieron en Chile, casi cien años de guerra (sin considerar otros 50 a 100 años de guerra con los incas), siendo digno de ponderar que "los españoles que en breve tiempo avasallaron imperios poderosos como el de Moctezuma en México y del Inca en Perú nunca pudieron acabar de doblegar a estos guerreros".

Ya en esa época eran excelentes jinetes y fueron siempre grandes nadadores y sufridos para el frío. Atravesaban a nado ríos caudalosos valiéndose, frecuentemente, de balsas.

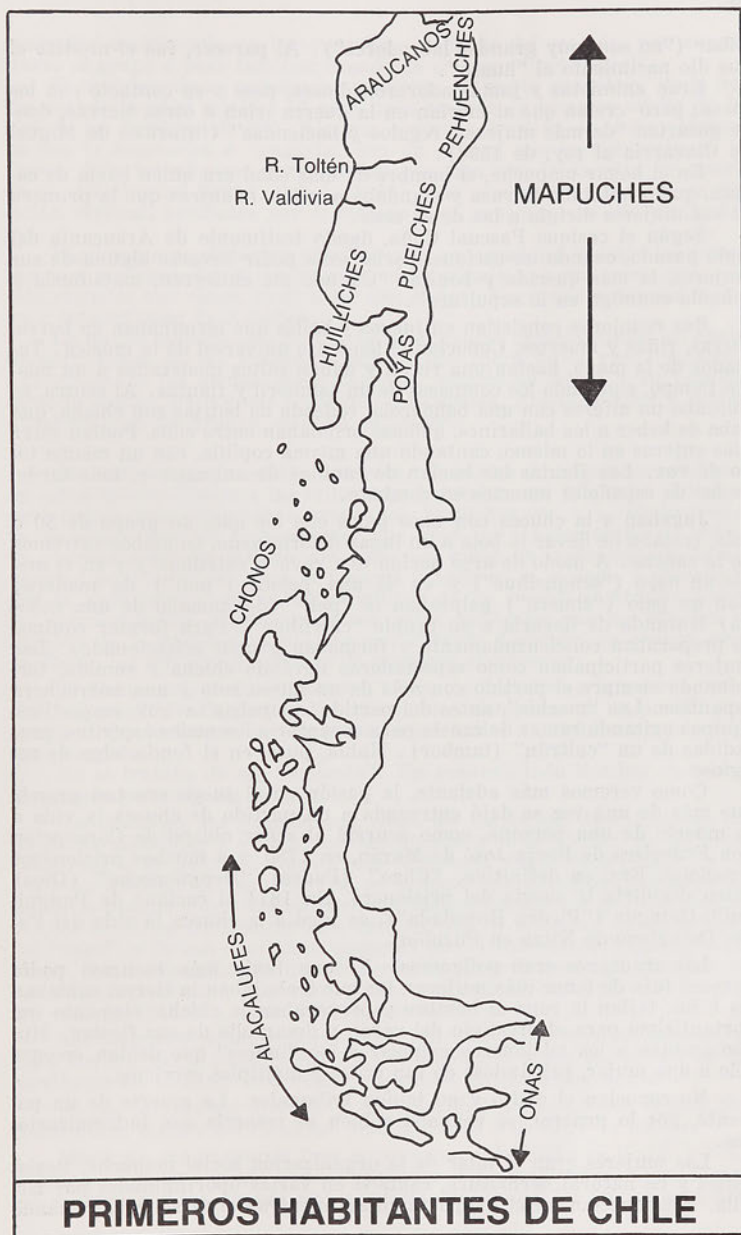
Hasta los 60 años, no encanecían y poseían una impresionante memoria, que conservaban con lucidez hasta los cien años, al igual que la vista y dentadura.

Les gustaba ser buenos oradores y se expresaban con elocuencia en las juntas al dar las paces o pedir la guerra "como salidos de la escuela de Atenas", al exagerado decir de González de Nájera, "siendo elegantes en sus oraciones, agudos e ingeniosos, como para convencer siempre a los gobernadores de sus pacíficas intenciones, mientras preparaban la guerra...".

Habitaban rucas bajísimas, que trasladaban de un lugar a otro. No usaban cosa alguna para dormir y se tendían sobre pellejos y como almohada colocaban un tronco o piedra.

Antes de la llegada de los españoles, la base de su alimento era harina de maíz, yerbas y frutas, como frutillas, tunas, bananas, papayas, etc. y verduras. También comían zapallos, tomates, porotos y los de la costa, pescados y mariscos. Recordemos que la papa se estima originaria de Chile (y de las regiones andinas del Perú) y en Chiloé crecía silvestre. Cazaban conejos y pájaros que formaban parte de su alimentación cuando lograban obtenerlos, valiéndose posiblemente del perro, animal que poseían a la llegada de los hispanos. También usaban hondas y boleadoras para cazar venados, huemules y guanacos. Sólo después de la venida de los españoles, criaron y comieron vacunos y ovejas.

Testimonios escritos y etnográficos dejan en claro que no tuvieron jamás una tradición agrícola apreciable, como lo reconoció, entre otros,



Bibar ("no son muy grandes labradores"). Al parecer, fue el mestizo el que dio nacimiento al "huaso".

Eran animistas y jamás adoraron dioses, pese a su contacto con los incas; pero creían que si morían en la guerra irían a otras tierras, donde gozarían "de más mujeres, regalos y haciendas" (informes de Miguel de Olavarria al rey, de 1594).

En el hogar mapuche, el hombre de más edad era quien hacía de cabeza, quien habitaba la ruca y mandaba a todos, mientras que la primera de sus mujeres dirigía a las de su sexo.

Según el cacique Pascual Coña, dando testimonio de Araucanía del siglo pasado, cuando un cacique moría, solía pedir llevarse alguna de sus mujeres, la más querida y bonita: "Cuando me entierren, matádmela y echadla conmigo en la sepultura".

Sus reuniones consistían en juegos y bailes que terminaban en borracheras, riñas y muertos. Conocían el lenguaje universal de la música. Tomados de la mano, hacían una rueda y daban saltos moderados a un mismo tiempo, siguiendo los compases de un tamboril y flautas. Al centro, se colocaba un alferez con una banderola, rodeado de botijas con chicha, que daba de beber a los bailarines, quienes brindaban entre ellos. Podían estar días enteros en lo mismo, cantando una misma coplilla, con un mismo tono de voz. Las flautas las hacían de canillas de animales y, más tarde, de las de españoles muertos en combate.

Jugaban a la chueca con unos palos con los que, un grupo de 30 ó más, trataba de llevar la bola a un lugar determinado, en ambos extremos de la cancha. A modo de arco hacían una raya ("catrilhue") y en el medio un hoyo ("senquelhue") y en él una pelota ("pali") de madera. Con un palo ("chueca") golpeaban la "pali" (del tamaño de una cebolla) tratando de llevarla a su propio "catrilhue". Para formar equipos se preparaban concienzudamente y formaban grupos seleccionados. Las mujeres participaban como espectadoras llevando chicha y comida, terminando siempre el partido con más de un hueso roto y una borrachera espantosa. Las "machis", antes del partido, apoyaban a sus respectivos equipos agitando ramas de canelo para espantar a los malos espíritus, precedidas de un "cultrún" (tambor). Había, pues, en el fondo, algo de religioso.

Como veremos más adelante, la pasión en el juego era tan grande que más de una vez se dejó entregada a un partido de chueca la vida o la muerte de una persona, como ocurrió al señor obispo de Concepción don Francisco de Borja José de Marán, en 1780 y a muchos prisioneros españoles. Era, en definitiva, "Chao" (Padre) "Nengueneche" (Dios) quien decidiría la suerte del prisionero. En 1874 el cacique de Panguipulli, Catagur ("Piedra Horadada"), se jugó a la chueca la vida del Padre Octaviano de Nizza en Purulón.

Los araucanos eran polígamos. El que tenía más recursos podía darse el lujo de tener más mujeres, las que trabajaban la tierra, cuidaban los hijos, tejían la ropa al hombre y preparaban la chicha, elemento importantísimo para el prestigio del varón y desarrollo de sus fiestas. Mucho costaba a los misioneros explicar a los "indios" que debían escoger sólo a una mujer, privándose de tan útiles y múltiples servicios.

No conocían el delito y no tenían tribunales. La muerte de un pariente, por lo general, se vengaba o bien se resarcía con indemnizaciones.

Las mujeres eran el pilar de la organización social mapuche. Resistentes y de natural hermosura, cantada en varias oportunidades por Er-cilla. Permanecían en el grupo familiar mientras eran solteras. Cuando

contraían matrimonio se incorporaban al linaje del marido, por encontrarse el grupo o base familiar basado en el linaje "patrilineal".

El matrimonio se consumaba mediante el "rpto simbólico" de la novia, siendo la edad mínima 13 años para casarse (y término medio de 17 y el de los hombres de 20). Algunas semanas después, el novio regresaba con la muchacha a "pagarla" con un animal que se consumía en la fiesta. Ella tomaba sus pertenencias y se iba con la familia del marido... (Katherine Bragg, O.E.A. 1983). Las madres daban a luz en posición vertical, ayudadas por el marido y en presencia de sus demás hijos.

Fácilmente se sintieron atraídas por los españoles y éstos las tomaron por mujeres, dando nacimiento al mestizaje y a una raza que, con más virtudes que vicios, llegó a ser una de las principales potencias sociales e intelectuales de América.

La mujer mapuche no dejaba de tener rasgos especialísimos, en cuanto participaba en la "chueca" (bailaba por fuera de la rueda masculina) y tomaba las armas, como veremos, cuando su tierra y su familia, como lo cantan los poemas aludiendo a Guacolda, Fresia, Plaura y tantas otras mujeres de Arauco, estaban en peligro.

Los mapuches, un pueblo guerrero. Al hablar de mapuches aludimos en estas oportunidades a las tribus que habitaban del Mapocho al Reloncaví (picunches, pehuenches, araucanos, huilliches, etc...). Generalmente, se acepta por los historiadores que eran un conglomerado de tribus de guerreros. No ha faltado, sin embargo, quien ha insinuado que la capacidad guerrera de la raza es leyenda basada en el racismo y desechada por la antropología. El carácter militar de un pueblo cambiaría según las circunstancias. Discrepamos con estos conceptos que no resisten el examen de la realidad y estamos con Ricardo Latcham en cuanto supo aqulitar las virtudes guerreras de nuestros aborígenes.

El diccionario define "guerrero" como lo "relativo a la guerra, marcial, belicoso". Nadie podría discutir que los alemanes son un pueblo guerrero, ni que lo fueron los atenienses o los judíos que bíblicamente nacieron peleando.

No se trataba de ser "valiente". En general, todo hombre es valiente cuando enfrenta un peligro.

Sin embargo, los pueblos que, como los mapuches, desarrollaron actividades marciales y vivían permanentemente preocupados de las cosas "relativas a la guerra", fueron más belicosos, desde luego, que los incas y los aztecas. El hecho de que no hubiese una disciplina colectiva antes de la guerra y que los caciques no fuesen respetados por los mocetones, no significa desconocer que durante ella se sometían a los dictados del "toqui" y de sus capitanes, pagando con la muerte su desobediencia. Nadie más indisciplinado que un español, pero belicoso y guerrero en 800 años de lucha con los moros, en la conquista de América o en su guerra civil de 1936 con un millón de muertos...

Los mapuches eran, seguramente, tan valientes como los aztecas, de cuya fiereza nadie puede dudar. Sin embargo, a éstos los perdió su inmovilismo en su capacidad evolutiva mental en el campo militar.

Ni las fuerzas del ejército ni la capacidad de las armas, dijo el Mariscal Foch, logran las victorias, sino el ánimo o el valor de luchar.

Mientras sus enemigos fueron pequeños y la lucha se limitó a riñas tribales, no existió razón para una mayor cohesión, reduciéndose el ánimo de luchar a los grupos que estaban comprometidos en las acciones.

Sin embargo, tuvieron el valor de unirse formando un frente común, más o menos amplio, cuando los enemigos fueron los incas, los españoles o los chilenos.

Si los mapuches hubiesen seguido adoptando las tácticas empleadas en Reinohuelén (1536) o con Valdivia en Quilacura (1546) o Andalién (1550), habrían seguido la misma suerte que los aborígenes de otros países americanos. Según Gómez de Alvarado, entonces carecían de experiencia, no entendían la lucha contra jinetes de a caballo, no sabían evadirse ni defenderse de los golpes de espadas. No eran diestros en este tipo de pelea.

Asombrosamente, su admirable voluntad guerrera, su evidente energía militar admirada por sus adversarios y la prodigiosa capacidad creadora hicieron que, luego de Tucapel, nadie viese en la lucha una guerra contra vulgares nativos, máxime si se considera que combatían contra los mejores soldados del mundo, lo que ha causado la admiración de los alemanes, franceses e ingleses que han estudiado nuestra Historia.

Jamás se había observado en la lucha de América que nativos, sin preparación técnica para la guerra, fuesen capaces de concebir un plan estratégico, como lo hicieron Lautaro o Pelantaro. Todo esto lo aprendieron porque cuando combatieron con Valdivia en el Biobío en 1546, sólo habían tenido un encuentro con europeos (Reinohuelén).

La convicción de que los araucanos eran iguales a otros indígenas americanos perdió a Valdivia, pues después de haberlos enfrentado en el Biobío y Andalién, creyó que en Tucapel se iba a encontrar con grupos de caciques que reunían sus guerreros para hacer la guerra por su cuenta y a su manera, entrando y abandonando el campo cuando se les ocurría. No imaginó la unión de tribus al mando de un solo general a quien obedecían disciplinadamente.

Cuando Valdivia regresó, después de 4 años en 1550, los mapuches habían cambiado su sistema militar y se habían preparado para la invasión que veían venir, disciplinándose, combatiendo de noche con el objeto de dificultar el ataque y acción de la caballería (empleo de corseletes, adargas y petos), ejercitándose en este período de preparación en su uso y confederándose con tribus vecinas. "No estaban los enemigos dormidos en este tiempo porque de muchos años antes estaban persuadidos a que los españoles debían de hacer aquella conquista" (Mariño de Lobera).

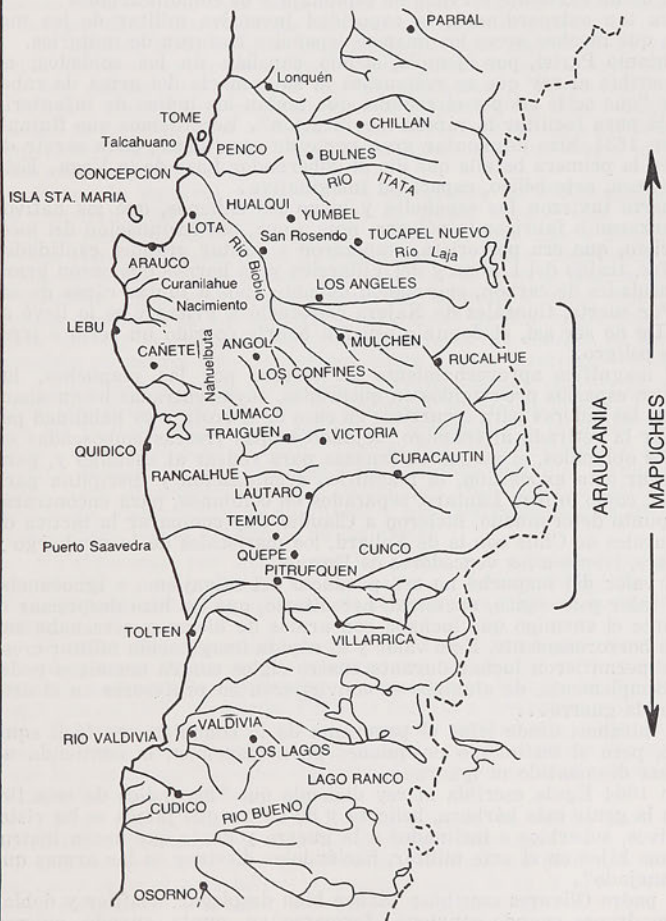
Para los españoles esta novedad fue sumamente desagradable no sólo por el aspecto militar del problema, sino que, además, porque para ellos no era conveniente exterminar a los aborígenes, cuya servidumbre necesitaban para explotar sus lavaderos y trabajar sus tierras.

Desde el momento que los mapuches comprendieron que no podían luchar a campo abierto y empezaron a aplicar la táctica del sitio de las fortalezas españolas, cambiaron los resultados de la guerra al producirse el equilibrio entre las armas y el número.

Algunos han pretendido que los mapuches no tenían capacidad para sostener una lucha prolongada, lo que resulta falso al examen de la Historia. Andalién, por ejemplo, duró tres horas; el asalto al fuerte de Concepción (1557) duró siete horas después de ser rechazados tres veces en las trincheras (Suárez de Figueroa) y otro tanto duró la de Petaco (1631), sin tomar en cuenta los cercos de Arauco, Villarrica, Osorno, etc., que duraron meses y años.

No resulta, así, cierto que en la primera arremetida se mantenían brevemente en la pelea y se dispersaban, pues en Tucapel, Lagunillas y cien asaltos de fuertes ocurrió lo contrario.

MAPA GENERAL DEL TERRITORIO MAPUCHE



Hubo en estos despliegues araucanos demostración de estrategia, táctica, organización, mando, poder de ataque, resistencia y solución inmediata en el terreno de los problemas del combate. Había "destreza" militar ya adquirida.

Aztecas e incas nada nuevo inventaron en su guerra, mientras que el mapuche, desde el principio, incorporó nuevas armas y elementos para contrarrestar a la caballería, como el corselete, el casco de cuero, la caballería, la infantería transportada para darle movilidad, el ataque por divisiones, la mantención de reservas, la fortificación en "pucará", la destrucción de las sementeras y reservas alimenticias del enemigo, etc., que hicieron obsoleta la flecha y la piedra y, finalmente, la astuta mantención de un excelente servicio de espionaje y de comunicaciones.

Era tan extraordinaria la capacidad inventiva militar de los mapuches, que muchas veces los mismos españoles trataron de imitarlos.

Antonio Parisi, por ejemplo, siendo capellán de los soldados, en 1617 escribía al rey que se restaurase la supremacía del arma de caballería y "que se le adopte el sistema que tenían los indios de infantería montada para facilitar la rápida movilización". Recordemos que Butapi-chún, en 1631, hizo desmontar gran parte de sus jinetes, para servir de a pie, en la primera batalla que dio al gobernador Laso de la Vega. Esto era destreza, arte bélico, capacidad imaginativa.

Suerte tuvieron los españoles y luego los chilenos, que los nativos no alcanzaron a fabricar la pólvora, pese a que, por insinuación del mestizo Prieto, que era polvorista, empezaron a juntar grandes cantidades de azufre, traído del Llaima y del Villarrica y en hornos quemaron grandes cantidades de carbón, empezando durante años a juntar capas de salitre. Por suerte, González de Nájera convenció a Prieto y se lo llevó al Perú. De no ser así, el dominio español habría corrido un serio e irreparable peligro.

El magnífico aprovechamiento del terreno por los mapuches, luchando en espacios pre-elegidos en quebradas, cuyas entradas bloqueaban, el uso de las laderas para escurrirse en caso de derrota y su habilidad para cortar la retirada al enemigo, dejando tropas frescas emboscadas en los pasos obligados, el ataque en tenazas para rodear al enemigo y, para no alargar esta exposición, la magnífica organización y disciplina para marchar, como lo hizo Lautaro, separados en columnas, para encontrarse en un punto determinado, hicieron a Claudio Gay comparar la táctica de los naturales de Chile con la de Follard, los mariscales de Luxemburgo y de Villars, frente a los vencedores de Europa.

El valor del mapuche no era producto del salvajismo e ignorancia, era un valor psicológico, ancestral, hereditario, que los hizo despreciar el dolor ante el enemigo que luchaba con armas de hierro y cercenaba sus cuerpos horrorosamente. Este valor y la rápida imaginación militar creadora, le permitieron luchar durante cuatro siglos contra enemigos poderosos. Simplemente, de alumnos se convirtieron en profesores en el arte de hacer la guerra...

Si miramos desde lejos el panorama de la conquista, es fácil equivocarse, pero el testimonio de quienes participaron en la contienda no puede ser desmentido ni ignorado.

En 1664 Eguía escribía al rey diciendo que "los indios de esta tierra son la gente más bárbara, belicosa y de ánimo que jamás se ha visto, son altivos, soberbios e inclinados a la guerra y desde que nacen instruyen a sus hijos en el arte militar, haciéndolos diestros en las armas que han manejado".

El padre Olivares escribía: "Saben bien desplegar, desfilar y doblar sus escuadrones cuando conviene, formarse en punta cuando quieren

romper y en cuadros para estorbar que los rompan, simular la fuga cuando quieren sacar al enemigo de algún lugar fuerte... en fin, hacer todos aquellos movimientos que aprende en las largas guerras una razón despierta..."

También en 1664, el padre Ponce de León escribió: "...han defendido su tierra y la defienden hasta morir queriendo esto más que retirarse de ella".

¿Será necesario recordar los escritos testimonios de González de Nájera? "...Nos muestra la misma experiencia el esfuerzo con que se defienden del valor y disciplina de los españoles". "...Han llegado a saberlo tan bien lo que han habido menester para su conservación, sustentándose cada día con más valor en su intento, como lo demuestran bien en la sagacidad y estratagemas con que nos hacen la guerra".

Se trata de historiadores respetables, pero que han olvidado que este pueblo bárbaro se enfrentaba con la elite guerrera del mundo y, como dice don Alonso en el prólogo de "La Araucana", "si queremos mirar su crianza, costumbres, modo de guerra y ejercicio de ella, veremos que muchos no le han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra con tan fieros enemigos como son los españoles".

Pedro de Valdivia (carta del 15 de octubre de 1550) narraba, tal vez exagerando un poco para realzar su propia imagen, que "nunca tal tesón de gente he visto en el pelear". No citaremos más a Ercilla, porque sus estrofas forman parte de esta obra. Capitanes indiscutidos como Alonso de Ribera, Gerónimo de Quiroga, García Ramón, García Hurtado de Mendoza, Laso de la Vega y Bibar, por no citar a otros, dejaron testimonio escrito de la marcialidad y belicosidad de los mapuches, advirtiéndolo que sin la ayuda de las tribus guerreras del Choapa al Maule, la conquista no habría sido posible por parte de los "guerreros europeos".

La crítica de que la población de Araucanía era enorme en comparación con el escuálido número de españoles, no resiste el menor examen, pues los mismos escuálidos castellanos sometieron a imperios más populosos en México y en el Perú. Además, los incas tuvieron en Chile un ejército de casi cien mil hombres y no pudieron cruzar el Maule. Finalmente, debe considerarse que los castellanos eran siempre asistidos por apreciables contingentes de auxiliares y que contrapesaban la diferencia en el número por la diferencia de las armas.

No olvidemos, por último, que las pestes y el hambre disminuyeron la población y, sin embargo, los mapuches no fueron doblegados cuando sólo podían oponerse con ejércitos de sólo algunos miles de hombres a sus enemigos.

El hecho que el escenario geográfico (ríos y montañas) les permitiera el despliegue defensivo, demuestra que, mejor que otros aborígenes, supieron, bélicamente, aprovechar su territorio. Por lo demás, recordaremos que en 1570, en Purén, Pailacar derrotó a Avendaño y Velasco por primera vez en campo abierto. No debemos olvidar que, como en Chile, también había ríos y llovía torrencialmente en otros países conquistados y que la gran masa mapuche se enfrentó con palos a las armas de hierro, sin posibilidades de éxito.

¿Y los ríos y montañas no fueron también un escollo para la concentración y desplazamiento de los ejércitos mapuches?

Cuando esta habilidad guerrera se convierte en tradición hereditaria, como lo es el arte bélico prusiano o como lo es el arte musical en países cultores de la música, así como se hereda el color del pelo, la forma de nariz o el carácter de los padres, también se hereda la virilidad

agresiva y orgullosa, traducida en el espíritu de lucha, la fuerza y el interés por las cosas de la guerra. En la fusión hispano-mapuche, que dio origen al mestizo, que fue más tarde el "roto", quedó demostrada la pujanza bélica hereditaria de la nación chilena, capaz de emprender la campaña libertadora del Perú, la guerra contra la Confederación y la guerra de 1879, lejos de su territorio, empresas que otras naciones no habrían sido capaces de emprender por falta de su espíritu de superación y tradición guerrera. Por algo dijo Von Moltke que "la guerra desarrolla las grandes virtudes del hombre, como el valor, la abnegación, el cumplimiento del deber y el sacrificio".

Estas características de la raza no desapareció en el siglo XIX, puesto que los araucanos no tuvieron voluntad de resistir sólo porque el largo contacto con los chilenos fundió la raza y la mayoría aceptaba los beneficios de la civilización aportada por el Ejército de Chile, cuyas filas se nutrieron también, abundantemente, con "hombres de la tierra".

Sin embargo, en los largos años de lucha, exhibieron un valor incomparable en el ataque, resistencia en la derrota, habilidad extraordinaria para construir un "pucará" y obras de defensas, capacidad para aprender la técnica militar hispana, tácticas incomparables, estrategias en sus campañas, empleo admirable del uso de la infantería y aprovechamiento de la caballería, adopción de las armas enemigas y modernización de su ejército disciplinado; cohesión, obediencia, capacidad de dirección de masas, adaptación al terreno y aprovechamiento de la geografía, desviación de ríos, etc. Todas éstas, ¿no son características de un pueblo guerrero? Además, ¿no demostró con hechos la "nueva raza", ya fusionada, que era legataria de tan ricas tradiciones militares?

Cuando hablamos de "mapuches", también nos referimos a los "picunches", aquella "gente del norte" que, pese a su escaso número, fue el puntal de todas las campañas españolas contra las tribus sureñas. El "picunche" bien dirigido fue capaz de combatir bajo las órdenes de Michimalongo junto a los españoles, en sus primeras campañas más allá del Bío-Bío; tuvieron el valor y la entereza de sacrificarse en Tucapel y Marihuéu con lealtad y coraje ejemplares; avanzaron junto a Francisco y Pedro de Villagra, García Hurtado de Mendoza y docenas de esforzados capitanes en demanda del enemigo, asegurando el triunfo de la conquista, al extremo que no es arriesgado sostener que sin "picunches", los españoles no habrían logrado cruzar el Maule. En ellos prendió, antes que en otras tribus, el espíritu de subordinación y disciplina impuesto por los castellanos y fueron los primeros soldados de la nueva Patria que nació. Entre los "picunches" comprendemos a los "promaucaes".

Si nos comparamos con otros pueblos, veremos que somos "algo" disciplinados. Las sequías, terremotos y otras calamidades, así nos hicieron y gracias a ello pudimos sacar el salitre del desierto, donde otros no fueron capaces de hacerlo y de vivir en climas terribles como el extremo sur, donde los brazos chilenos son aptos para soportar las inclemencias, venciendo obstáculos con estoicismo y entereza inigualables, endureciéndose, al mismo tiempo, la piel de las manos y el espíritu, en una sublime entrega que es lo que, precisamente, hace del roto un soldado (A. Pinochet. "Política, Politiquería..."). Es indudable que en este resultado han influido, además, el suelo y el clima, factores determinantes en las características de la raza.

Creencias religiosas. Sus creencias religiosas estaban basadas en el culto a los antepasados, espíritus que se denominaban "pillanes", al que le hacían rogativas ("nguillatunes") para que velase por la tribu. Cuando los caciques bebían chicha, acostumbraban mojar los dedos de la ma-

no lanzando gotas de líquido en dirección a los volcanes, como ofrenda a sus pillanes que moraban allí.

Al morir un individuo, el espíritu se le desprendía casi totalmente del cadáver quedando en el "rehue" un doble o sombra de la persona, que se aparecía a los deudos, producía ruidos y golpes para advertirles que no habían cumplido los ritos y promesas. Era el "animita" que, hasta nuestros días, sigue en la imaginación supersticiosa del pueblo.

Del espíritu salía el "am" que seguía ocupando el cuerpo sin vida y, al principio, vagaba entre los familiares y participaba en sus reuniones, pero al poco tiempo (alrededor de un año) se alejaba a la región de los espíritus transformado en un "pulli" con grandes poderes, que iban a morar más allá del horizonte, según los "indios" costinos y más allá de las cumbres de la cordillera para los demás. Por eso, al morir, se colocaban en la tumba del muerto, armas y alimentos para que pudiese seguir peleando en las nubes.

El antepasado común había adoptado, en señal de alianza con la tribu, un animal, un ave o algún fenómeno u objeto, o sea un "totem" (aliado) al que denominaban "cuga" y que constituía un blasón o "escudo", que pintaban en sus "coseltes" o "pecheras defensivas" de cuero de lobo marino u otro animal, endurecido.

El "cuga" protegía al grupo y éste lo respetaba y se le hacían rogativas ("nguillatunes"), bailes y tamborileos.

El "cuga" podía ser una piedra ("cura"), un águila ("ñancu"), el agua ("co"), etc. y al adoptar el antepasado su nombre lo transmitía a todo el "lovo" o "levos" (tribus) o "rehues", o sea, agrupaciones familiares.

Este "totem" daba origen al nombre (apellido). Un componente señalaba la estirpe y el otro el nombre propio: por ejemplo, del blasón de los "Nancu" (Aguilucho) son los Epuñ (epu: dos - ñ: ñancu): Ancañ (anca: cuerpo); Calfuñ (calfu: azul); Cayuñ (cayu: seis); Curñ (curi: negro y la ñ de aguilucho, desde luego).

Los "totem" más repetidos en el idioma mapuche eran: Huenu (cielo); Ant (sol) Pangui (león); Cura (piedra); Milla (oro); Lemu (bosque); Leufu (río); Nahual (tigre); Lonco (cabeza); Vilu (culebra); Namun (pie); Ngeru (zorro); Tratu (traro, familia a la que pertenecía Lautaro); Licán (roca); Huala (pato); Hualqui (lanza); etc.

Muchas veces nos sonreímos paternalmente ante tanta imaginación de los "indios" para inventar cosas adornadas de un barniz religioso; pero, otras veces, los "indios" nos dejan pensando y se nos acaba la sonrisa. Por ejemplo, tenían el concepto del "diluvio" y, caramba, que es para rascarse la cabeza cuando vemos que no hay religión que no dedique un par de párrafos al diluvio... Para los mapuches, una culebra llamada "Trentén" avisó a las tribus de otra época que la serpiente "Caicaivilú" quería exterminarlas, levantando las aguas del mar por medio de tormentas y cataclismos. "Trentén", entonces, salvo a la humanidad levantando las cumbres de las montañas y haciendo subir a los hombres sobre ellas. Aquellos que no se salvaron, se convirtieron en peces...

Estos "lovs" (tribus) tenían un jefe que estaba por sobre el "lonco" (caciques de "lov") y uno era elegido por los "conas" (guerreros) con el título de "toqui" en caso de guerra. El "toqui" de guerra (Gen Toqui) llamaba a la guerra y el Gen Voyhe a la paz. Usaban un puesto de honor y eran los primeros en tomar la palabra.

A veces los "lovs" (o rehues) se agrupaban (varias tribus) y elegían un "aillarehue" para defenderlos de calamidades. Tribus belicosas,

permanentemente en rencillas, no era fácil unirlos por carecer de cabezas directivas con quien entenderse. No había un concepto de Estado, como hubo en México y Perú.

Sin embargo, parece cierto que la necesidad de contener la invasión incaica los llevó a realizar la unión política de los "levos" formando alianzas defensivas, que, frente a la invasión española, hizo nacer una solidaridad bélica que en oportunidades llegó a comprometer toda Araucanía y a las tribus del Choapa al Maule.

Los grupos "totémicos" (tribus) tenían ciertas reglas ("tabús") que debían cumplirse para evitar la ira del "pillán" (antepasado) o del mismo "cuga" (protector). Se obtenían buenas cosechas, salud, victorias, etc. Para invocar a los dioses se efectuaba la ceremonia del "guillatún" presidida por un cacique anciano, con participación de la "machi".

La superstición y la magia les hacían temer a los malos espíritus como al "Colo-Colo" (vampiro que chupa la sangre); seres malos que los podían hacer objeto de la venganza de sus enemigos, transformando al "huecubu" en un vampiro o animal para realizar el maleficio.

Eran los "voigueroes", señores del canelo (el árbol sagrado), los que protegían a los mapuches. Los magos influían ante el "pillán" para obtener sus favores y protegerse contra los "calcus" (brujos).

Estos magos ("voigueroes") se denominaron "machis" o curanderas, que sacaban los espíritus malos que agobiaban al enfermo, en una ceremonia mágica o "machitún".

Las "machis" eran instruidas desde pequeñas en el arte de curar. La fiesta de iniciación se denominaba "ngueicurehuen", a la que asistían algunas machis viejas que enseñaban a las que estaban iniciándose y empezaban una tarde que terminaban al día siguiente.

Las viejas cantaban canciones y bailaban, hasta que se apoderaba de la novicia un violento estado de excitación nerviosa y, al final, también cantaba y bailaba como poseída.

Luego la joven "machi" hacía su fiesta inaugural en que la comunidad aportaba chicha y carne.

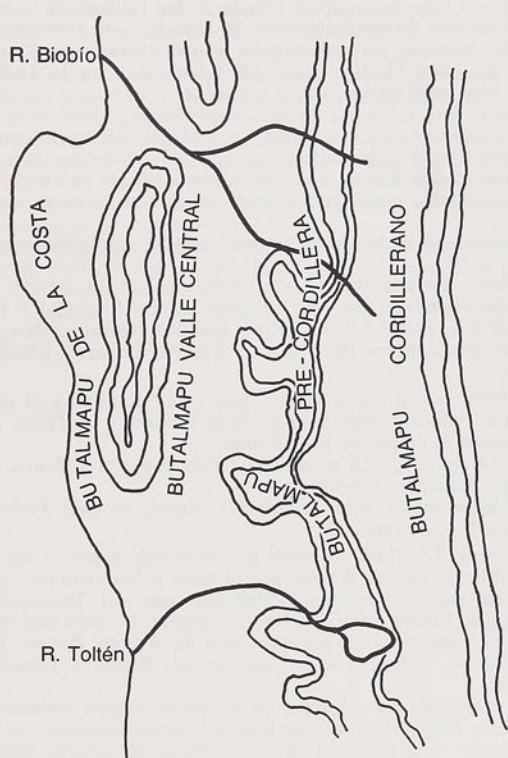
En la ceremonia se plantaba el "rehue" adornado de ramas de maqui, canelo, quila, manzano y helechos, todas en medio de un palo (o "rehue") con peldaños, por el cual se subía la "machi" a cantar y a bailar, siendo imitada por la concurrencia.

Durante la curación de sus enfermos, la curandera oraba y fumaba soplando el humo hacia arriba; al final, refregaba al enfermo con diversas plantas medicinales y, por último, salía de la ruca bailando con una vara de colihue entre las manos, levantada hacia el cielo. Los espectadores la miraban con gran respeto y temor. Sólo las cosas sobrenaturales eran capaces de asustar el espanto a los más fieros guerreros...

Cuando fallaba la "machi", un divino ("dungere") pitonisaba la causa de la muerte del paciente, que siempre era imputada a alguna sabbandija o a algún pobre individuo que debía entregar su vida, sin apelación, por venganza de los deudos.

Las "machis" y chamanes parecen haber dominado bastante la presidigitación, la ventriloquía y el hipnotismo, pues los espantados indígenas las veían hacer las cosas más inverosímiles, como volar y atravesarse el cuerpo con estacas y otros objetos.

Confederación de Araucanía.— El territorio: Topográficamente Araucanía se divide en tres grandes regiones: el Biobío y el Toltén (80 a 100 leguas), los Andes y el Océano Pacífico (30 a 35 leguas). Así



BUTALMAPUS

tenemos la zona de la costa o litoral, de los llanos y de los Andes (o sub-andina).

Existían tres grandes estados o "butal-mapu" ("gran territorio" en mapuche). El de la costa se denominaba "labquen-mapu" ("territorio marítimo"), el central "lelyun-mapu" ("territorio o país de los llanos") y el sub-andino o "inapire-mapu" ("país de los faldeos de la cordillera").

Era una especie de confederación de Estados que formaban el Estado de Araucanía, aunque no constituido geopolíticamente ("núcleos vitales"). Como no eran "indios", porque éstos están en la India, siempre colocaremos este calificativo entre comillas.

Las tribus: Las tribus, a su vez, constituían masas de araucanos de la costa (pescadores), de los llanos (ganaderos del valle central) y los de la pre-cordillera ("pehuenches" cazadores). Existían tres "butal-mapu", del Toltén al Río Bueno y de los Andes al mar, ya fuera de Araucanía, siempre mapuche, desde luego, que se aliaban siempre con los araucanos.

El territorio de cada "butal-mapu" estaba subdividido en cantones y distritos.

En la costa: Pertenecían a este "butal-mapu" los estados de Arauco y Tucapel, como también las parcialidades de La Imperial y Boroa, divididas en distritos, como Llico, Tubul, Quidico, Quiapo, Ranguil, etc. A Tucapel correspondían los distritos de Ilicura, Paicaví, Lleulleu, Terúa, Tucapel, etc.

En el litoral nacen cinco valles, uno entre Arauco y el río de Lebu, otro de Lebu a Paicaví, luego uno entre el Paicaví y el Tirúa, el Imperial y el último entre el Imperial y el Toltén.

Este "butal-mapu" está regado por ríos como el Colcura, Laraquete, Carampangue, Tucapel, Paicaví, etc.

Se establecieron en esta región las plazas de San Pedro, Colcura, Cañete, Tucapel y Arauco.

En los llanos: Limitado al norte por el Biobío y por el sur por el Toltén y las cordilleras de los Andes, por el este y Nahuelbuta, por el oeste.

Fueron los más esforzados luchadores por su independencia. En esto, los costinos fueron más dóciles en aceptar la dominación.

En ella se comprendían los cantones de Angol, Purén, Repocura y Maquehua, Huenu (alto), Toltén, Mariquina, Niñinco, Lumaco, Tomen, Chollcholl, etc.

Los ríos bajan de los Andes y se estrellan contra Nahuelbuta, abundando las selvas impenetrables que hacen impresionantemente hermoso el paisaje. En medio de la floresta impenetrable se levantaron poblados como Santa Juana, cinco leguas más arriba Santa Cruz sobre el monte Millapo (fundada por Oñez de Loyola), el fuerte de Jesús (en la desembocadura del Guape), el de Trinidad (sobre Tobolen), el de Espíritu Santo y el de San Jerónimo; el de Guadaba en las vegas de San Miguel y en las llanuras de Angol (Encol), la ciudad de Confines. En Purén, Lumaco y Repocura, otras plazas poblaron la región.

Territorio andino: Comprendía las parcialidades de Bureo, Colhue (a donde se trasladó los Confines), Mulchén, Malleco, Quechereguas, Maquehua, etc.

Nahuelbuta ("Tigre grande"): Sirvió de límite natural en las acciones de guerra y fue el asiento de las tribus más revoltosas e indomables de Araucanía.

Corre de norte a sur y nace de la parte occidental de la subdelegación de Santa Juana y termina en el asiento del río Imperial (60 leguas

de largo por 10 a 12 de ancho) y consiste en una tupida selva que crece por entre elevados conos. La parte norte desde el paso Lía a Angol se llamaba Catiray ("Corta flores") y era una fortaleza natural, escenario de sangrientos combates. Desde Angol al sur se llamaba "Sierra de Purén".

Por ambas costados, este y oeste de la cordillera, se desprenden numerosas corrientes formando ríos, como el Tobolebo, el Picoiquén y el Purén, que alimentan el Lumaco ("Agua de Luma"); éste recibe aguas del Colpi y del Quillén y forma el Cholchol, que, unido con el Cautín que corre del oriente, originan el hermoso e impresionante Imperial, que, al desembocar, forma un amplio puerto en el mar.

El principal valle que nace de la cordillera es el de Purén o Lumaco, que corre de norte a sur; nace de la parte occidental de Nacimiento y termina en Imperial, siguiendo el curso de los ríos Lumaco y Cholchol, con cenegales, vegas, pantanos de Purén y Lumaco, en contraste con los llanos de Angol, más al norte.

Al poniente (oeste) de Nahuelbuta se ubica el lago Lanalhue, que da nacimiento al Paicaví. La antigua Purén estuvo situada en esta región.

CAPITULO TERCERO

FACTORES DE LA COLONIZACION

Los aborígenes, carentes de una cultura definida, no se civilizaron solos. Escarbando la historia, es posible determinar una serie de organismos e instituciones, buenas, regulares o malas, que lograron empapar al mal llamado "indio" en los principios de la civilización occidental, de la que eran portadores los conquistadores, haciendo nacer en sus conciencias el espíritu religioso, base primordial del desarrollo intelectual y moral y el hábito del trabajo, que dieron margen al origen de una nueva sociedad que fue evolucionando hasta nuestros tiempos.

Examinaremos algunos de estos factores determinantes del progreso cultural y civilizador americano, en especial en Chile.

Los misioneros. Ya que hablamos de las instituciones que permitirán comprender el drama de Araucanía y tocamos lo relativo a la religión, creemos necesario detenernos y decir dos palabras sobre los hombres que tuvieron la responsabilidad de transformar las creencias religiosas de los aborígenes.

Los teólogos discutieron con ardor si los "indios de América tenían o no alma". Sin embargo, en 1493, la Bula Inter Caetera vislumbró la posibilidad de que estos seres fueran racionales y pudiesen recibir la doctrina. Más tarde, S. S. Paulo I dejó en claro que tenían alma. Y así lo creyeron el rey y la Corte, por lo que toda la legislación estuvo encaminada a considerar a los "indios" como seres iguales a los españoles.

Los misioneros de Chile no dudaban de la existencia del alma indígena y, por eso, se dieron a la sacrificada labor de evangelizarlos. Otra cosa era la penitencia y darles la Eucaristía. A raíz del primer Concilio de Lima (1551), no se aceptaba plenamente la comunión de los "indios" por falta de conocimiento de la religión, que admitían como una cosa impuesta que les podría acarrear beneficios. El segundo Concilio (1567), en cambio, aceptó la comunión de aquellos aborígenes que estuviesen preparados. Finalmente, el rey, en 1578, frente a la parcialidad de los obispos, los obligó a administrarles la comunión.

Estos santos misioneros tuvieron que luchar contra los vicios atávicos de los indígenas (poligamia de los más ricos, sodomía, ebriedad, flojera, etc.) y los de los españoles (codicia, abuso, esclavitud y tendencia a imitar a los aborígenes en varios aspectos), con el acompañamiento de terremotos, maremotos, matanzas, hambre, pestes y persecuciones.

Eran seres humanos y tuvieron que trabajar solos, abandonados en medio de bárbaros, sin recursos y con miedo; aquel miedo que hace grandes a los hombres que saben soportarlo silenciosamente en pos de un ideal. Esto tiene un nombre. Se llama "heroísmo". No hay en Chile un monumento al misionero, que fue la palanca que incorporó Araucanía, por la vía de la civilización, al territorio nacional. Esto no sería un premio, sino un reconocimiento a seres esforzados que, desinteresadamente, hicieron méritos para el público reconocimiento de la Historia, porque en el

corazón del bárbaro encontraron, con fe, la parte buena del hombre primitivo.

Bautizaban, enseñaban, medicinaban, alimentaban y consolaban, convirtiéndose en defensores de los "indios", logrando humanizar la guerra. Fue la acción de ellos la que logró que Felipe II, en 1608, aboliese la esclavitud (servicio personal) y ordenase la "guerra defensiva".

Esto no se logró fácilmente y quedó una cadena de mártires señalando el duro camino recorrido. ("La sangre de los mártires es la semilla de los cristianos". Tertuliano).

El padre Luis de Valdivia, jesuita, gran defensor de la causa indígena y de la "guerra defensiva", como veremos más adelante, recorrió peligrosamente la zona del "lafguenmapu" (costa) de Arauco a Paicaví. Su ayudante, Diego de Atenas fue cruelmente crucificado por los "indios" y el padre estuvo a punto de ser asesinado. No se derrumbó y en 1608, al obtener la declaración de cesación de la guerra ofensiva, envió a Araucanía a los padres Horacio Vechi, Martín de Aranda y al hermano Diego de Montalbán a evangelizarlos y todos fueron cruelmente masacrados por Ancanamón ("Pies Chicos"). Aranda había sido un brillante capitán ingresado al noviciado en 1592. No alzó arma alguna para defenderse y trató de salvar su vida sólo con palabras, pues dominaba el idioma mapuche, sin lograr contener a sus agresores. Murieron amando a sus asesinos. Cayeron en su defensa los caciques Utablame ("Gran Elevado"), Coñuemanque ("Cóndor Nuevo"), Caniumanque ("Cresta de Cóndor"), Calbuñancu ("Aguilucho Azul") y Tereulipe ("Pluma de Curete") que habían empeñado su palabra de protegerlos. Este último parece haberse salvado gravemente herido.

El "Curipatiru" ("Padre Negro" por la sotana) Valdivia otorgó perdón a Ancanamón y habiendo sido cogido en una "maloca" el feroz Pelantaro ("Descuatizador de Traros"), lo dejó en libertad, salvándolo de la muerte por su participación en la matanza, dejando éste a sus hijos Lipiñancu ("Pluma de Aguilucho") junto a Calbumanque ("Cóndor Azul"), hijo del cacique Ainavilú ("Culebra Sentada"), coautor del crimen, para ser instruidos por el padre "añülmapufe" ("Pacificador de la Tierra").

Así avanzaba la Iglesia, devolviendo amor ante el agravio, colocando la otra mejilla, cosa que los "indios" ya empezaban a comprender, como lo demuestra el sacrificio de los caciques ultimados junto al padre Vechi.

En 1626 Calbumanque, bautizado como D. Lope, y Lipiñancu, como D. Felipe, abandonaron su hogar y huyeron a defender a sus hermanos de raza de los abusos de los españoles, pero llevaron al interior de los bosques la idea del respeto y admiración por los sacerdotes y la cultura. Cayeron prisioneros y fueron muertos posteriormente.

En 1625, estando el padre Valdivia "desterrado" en España, Luis Fernández de Córdova reinició la "guerra ofensiva" y Lientur ("Blanqueado"), junto con Quempuante, asoló el país y la obra de la Iglesia quedó destruida. Desaparecieron las misiones en la vorágine de la lucha.

En 1634 terminó la "guerra ofensiva" por considerarse inútil y recomenzó la obra de los jesuitas que recorrieron valientemente el territorio araucano predicando la paz y el amor. El padre Diego Rosales evangelizó las feroces tribus cordilleranas, dejando recuerdos escritos de la pacificación (1653); la dureza de su labor fue agravada por las terribles plagas de ratones, hambre y viruela (1654), contra las que tuvo que luchar.

En 1655 hubo otro alzamiento, provocado por la impúdica acción de los hermanos Salazar, cuñados del Gobernador Acuña y Cabrera, perdiéndose todas las plazas y con ellas las misiones. Los padres Pozo y Chacón fueron hechos prisioneros y no fueron ultimados porque varios caciques los defendieron y posteriormente fueron "canjeados".

En 1661 hubo paz y recomenzó la labor de hormigas de los jesuitas. En 1723 el feroz Vilumilla ("Serpiente de Oro") dio aviso a los misioneros para que huyesen frente al inminente alzamiento y peligro de sus vidas. Los fieros guerreros aprendían a respetar a quienes los protegían.

¡Otra vez la guerra! El fuego consumió numerosas misiones; pero, ya a estas alturas de la evangelización, varios caciques principales, como Nahuelteru ("Tigre Queltehue") y Pitruquén ("Humareda"), evitaron la destrucción y la profanación de varias de ellas y las conservaron, esperando el regreso de los sacerdotes.

En 1725 volvió la paz, pero en 1730 un terremoto y tres maremotos seguidos en Concepción lo echaron todo abajo... menos la iglesia de Concepción... Los fenómenos se repitieron en 1751, pero esta vez desapareció la iglesia del hermano Herré. Concepción fue trasladada al valle de la Mocha. La anterior población se siguió llamando Penco.

Chiloé se mantuvo al margen del conflicto y allí progresó la labor de los misioneros navegantes, que usaban "dalcas" (canoas primitivas) para recorrer los canales, con grandes privaciones, exponiendo la salud y vida, como lo acredita la muerte, por hundimiento, de la rústica embarcación del padre Juan Vicuña (1768).

En 1767 fueron expulsados los jesuitas de España (antes lo fueron de Portugal y Francia) y el Papa Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús. Sólo se les autorizó subsistir en Prusia y en la "santa" Rusia de Catalina II (en 1814, Pío VII volvió a reconocer su existencia).

Fueron los capuchinos bávaros quienes continuaron la obra. Hasta 1870 habían llegado 101 sacerdotes, pacificando y soportando las vicisitudes de la evangelización de los nativos, testimonio de lo cual dio el padre Octaviano de Niza: en 1874, estando en Purulón, como ya lo dijimos, se lo jugaron a la chueca, ganando en el partido sus amigos, que lograron derrotar por un escaso tanto a los de Catagur ("Piedra Horadada"), de Panguipulli.

Los sacerdotes fueron profesores, médicos, curanderos, jueces, consultores, agricultores y protectores de los desvalidos. Fueron, y siguen siendo, la clave del éxito de la introducción de la civilización en Araucanía, que no llevaron en la punta de las armas ni en la codicia, sino que penetrando con la palabra y el ejemplo en el lado humano y bueno del corazón del aborigen.

Influencia de la agricultura en la civilización mapuche. Los mapuches conocían el arado ("hueullos"), hecho esencial en el desarrollo de las civilizaciones.

Estaban permanentemente preocupados, en especial las mujeres, de cultivar la tierra y siempre sus campañas las iniciaban cuando habían recogido sus cosechas.

Nadie se ha preocupado seriamente, sin embargo, de estudiar la influencia que tuvo el conocimiento del cultivo y explotación de la tierra en la conquista.

Si bien los nativos de la zona central, acaudillados por el feroz Michimalongo, dejaron las armas después de la sangrienta derrota infligida por los soldados de Valdivia, no puede atribuirse sólo al cansancio en la

lucha su rápida sumisión a los españoles. Lo lógico habría sido que también se hubiese presentado un problema similar a las tribus araucanas y demás "rehues", del sur que también sufrieron sangrientas derrotas y se vieron reducidas por el hambre y las epidemias.

Después de largos años de hambruna en que se negó toda clase de ayuda al extranjero ("huinca"), los caciques "picunches", permanentes observadores de los éxitos hispanos en el cultivo de la tierra, desearon, también, mantener suelos agrícolas y trabajarlos, aprendiendo las nuevas técnicas cuya aplicación, en definitiva, les acarrearán mayor bienestar y seguridad. Fue el amor a la tierra, a nuestro parecer, uno de los factores determinantes, si bien no el único, de la alianza hispano-picunche, lo que significó su explotación intensiva mediante la aplicación de sistemas modernos de cultivo y regadío, desconocidos por los aborígenes, que ya habían aprendido a trabajarla con una técnica enseñada por los incas.

Para lograrlo fue necesario obligarlos a trabajar, lo que se obtuvo mediante el aporte de la masa laboral por los caciques, que paulatinamente se fue suavizando mediante la intervención de las autoridades españolas que vigilaban el cumplimiento de las leyes protectoras.

Esta tarea resultó más fácil con los "picunches" que con las tribus del Biobío al sur, acostumbrados ya al amo inca, para lo que el cambio de patrones resultaba, en definitiva, más beneficioso. Pero cuando la Conquista quiso imponer el sistema a las tribus de Araucanía, que jamás reconocieron vasallaje alguno, cambiaron las cosas.

La encomienda y el servicio personal. La encomienda fue una institución en la América Hispana, que nació debido a que la Corona tenía la obligación, por un lado, de evangelizar a los aborígenes, según lo mandado por el Papa Alejandro VI en sus Bulas "Inter Caetera" y, por el otro, debía premiar los esfuerzos y sacrificios de sus conquistadores, para lo cual carecía de fondos; por lo demás, si se premiaban los servicios de los conquistadores, había que buscar el medio de evitar la creación en América de una clase poderosa, que, al amparo de la distancia, terminara por desconocer el dominio de la Corona.

"La encomienda parte de la base de que el indio es un hombre libre, sujeto de derechos y vasallo del rey y, que de igual modo que antaño tributó a sus caciques o monarcas, debe ahora hacerlo a la Corona española. La encomienda consiste entonces en la cesión que esta última hace a un benemérito de Indias del derecho a percibir los tributos que a ella obligaba a pagar un grupo determinado de aborígenes con cargo, por parte del beneficiado, de proveer a su cuidado y evangelización y de defender la tierra".

"El derecho del encomendero se reducía, pues, a la percepción de un tributo y quedaba limitado a dos vidas: la del beneficiario inicial y su inmediato sucesor. En algunos casos aislados se extendió el favor a más generaciones. Pero siempre, a diferencia de los siervos medievales, los indios seguían siendo dueños de sus tierras que labraban para su propio beneficio y no estaban sujetos a jurisdicción alguna del encomendero (Kirkpatrick, F. A. La encomienda sin tierras. RCHHG Nº 102, 1943). Directamente velaba sobre ellos el monarca, que en cualquier momento podía derogar la concesión de la encomienda en caso de abusos. Sólo un resabio del régimen señorial quedaba en la institución indiana: el deber del encomendero de concurrir con sus medios a la defensa del territorio". (Eyzaguirre, Jaime. Historia de Chile, pág. 107).

Las características de la encomienda recién señaladas fueron valde-
deras para todo el territorio de las Indias, pero la institución en Chile
sufró algunas variaciones derivadas de la realidad nacional.

Recién llegado Pedro de Valdivia, instituyó las primeras encomiendas
entre sus compañeros de empresa, en 1542, reparto que fue modificado
cinco años más tarde en 1547.

Desde un comienzo, a diferencia del resto de los Reinos en Indias,
en Chile se consideró que los indígenas, debido a su pobreza y atraso,
no eran capaces de pagar su tributo debido, sino con su trabajo y así
nació el servicio personal; éste permitió que los conquistadores contaran
con trabajadores para las minas y para la agricultura. Este servicio per-
sonal fue reglamentado, de modo que quedaban exentos de él los cacique-
s y, en un principio, también las mujeres; también se limitó la canti-
dad de aborígenes que podrían ser llevados a trabajar a los lavaderos
de oro (100 de cada 1.000 naturales); Valdivia mismo prohibió que lle-
varan cargas mayores de dos arrobas y en 1548, el Cabildo de Santiago
se preocupó de asegurar el descanso de los domingos y de las muchas
fiestas de guardar.

Pero era necesario legislar aún más sobre la materia. El licenciado
de la Real Audiencia de Lima, Hernando de Santillán, que vino a Chile
acompañando a la expedición de García Hurtado de Mendoza, redactó
una ordenanza sobre el trabajo indígena y las encomiendas, conocida
como Tasa de Santillán, aprobada por el rey en 1561.

Santillán redactó su ordenanza partiendo de la base que en Chile
era necesario mantener el servicio personal, que ya había sido reempla-
zado en el resto de Indias, por el exclusivo pago de un tributo. "No
obstante, introdujo diversas normas para humanizar este trabajo y li-
brarlo de frecuentes abusos. El servicio iba a afectar a los naturales
de 18 a 50 años de edad y los encomenderos sólo podrían destinar al tra-
bajo una parte de ellos, de suerte que los que ya hubiesen cumplido su
turno no estaban obligados a volver en el mismo año a las labores. Se
aplicaba así el antiguo sistema incaico de la mita o trabajo por turnos.
Los indios mineros tendrían derecho al sesmo, es decir a la sexta parte
del oro que extrajesen; los labradores y pastores, a ropa y los últimos,
además, a animales. El oro de los sesmos era recibido por una comisión
nombrada cada año que integraban un representante del Cabildo y otro
del Justicia Mayor. Su tarea era adquirir con ese producto, de acuerdo
con el encomendero, ropa, ganado u otros bienes necesarios a los indios.
Se partió de la base de que éstos eran capaces de utilizar con suficiente
discernimiento el producto de su trabajo y que era preciso asegurar la
buena inversión del mismo para ir así paulatinamente elevando la condi-
ción del aborígen". (Eyzaguirre, Jaime. Historia de Chile, pág. 108).

Muchas veces la Corona insistió en la supresión del servicio personal
y su reemplazo por el pago de tributo, pero en Chile no se daban las con-
diciones. No se puede negar el hecho de que los encomenderos se resistie-
ron a perder las ventajas del sistema, pero también el desgaste de la
guerra de Arauco hacía difícil la continuación de la colonización, sin el
rendimiento de minas y campos, sin el trabajo obligatorio de los indí-
genas.

Sin dudas, esta situación generó innumerables abusos de parte de
los encomenderos, que las autoridades eclesiásticas denunciaron continua-
mente. Esto llevó al Gobernador Martín Ruiz de Gamboa a dictar una
nueva ordenanza que reglamentara la encomienda y el servicio de los
indígenas; ésta fue la llamada Tasa de Gamboa, aprobada en 1580.

Esta ordenanza reemplazó el trabajo de los indígenas por el pago, al encomendero, de un tributo de 8 pesos de oro (5 en oro y 3 en especies) que gravaba a todos los mayores de 17 años y menores de 50. Los indios debían trabajar para poder pagar ese tributo, para lo cual eran organizados en pueblos, donde corregidores y administradores reglamentaban el trabajo y velaban por los aborígenes. Así, los habitantes de cada pueblo se turnaban por mitad cada año en la "demora" o trabajo de minas (de junio a septiembre), mientras el resto permanecía adscrito a labores agrícolas; los indígenas podrían alquilar su trabajo en otro lugar, para lo cual el Justicia Mayor le fijaba un sueldo, que le permitiera pagar el tributo. El excedente del tributo era graduado en el arca de la comunidad, a la cual tenían acceso el corregidor, el sacerdote doctrinero y el cacique; ese dinero debía ser invertido en la compra de ganado para los habitantes del pueblo.

El sistema no satisfacía a los encomenderos, que muchas veces se verían privados del tributo, ni a los indígenas, que se vieron acosados por corregidores y administradores. Así, el Gobernador Alonso de Sotomayor derogó la Tasa de Gamboa en 1583 y volvió a un sistema semejante al de la Tasa de Santillán.

La Corona siguió, empero, insistiendo en el reemplazo del servicio personal por el pago de tributo; esto en vista de la denuncia hecha por los sacerdotes, especialmente los jesuitas, de los abusos cometidos por los encomenderos. Así, el Gobernador Alonso de Ribera dictó diversas disposiciones, que sin alterar el sistema imperante del servicio personal, moderaba sus inconvenientes.

Pero los jesuitas siguieron insistiendo en el asunto, crearon una legislación laboral que consagraba la libre contratación del trabajo y lograron que el Virrey del Perú, Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, la aprobara y fue promulgada en 1621.

La llamada Tasa de Esquilache prohibió el servicio personal y lo reemplazó por un tributo pecuniario anual que gravaba a los varones entre 18 y 50 años de edad. A los indígenas que contrataban libremente su trabajo se les pagaba un salario, del cual se deducía el tributo y el remanente se le entregaba en especies.

Esta ordenanza fue la base, con algunas modificaciones, de la Tasa Real de 1622, incluida más tarde en la "Recopilación de Leyes de Indias", de 1680.

Pero a pesar de toda la reglamentación vigente, los encomenderos lograron burlar sus disposiciones. Este hecho movió al Rey Felipe IV a ordenar al Gobernador Francisco Laso de la Vega dictara una nueva ordenanza, promulgada en 1635 y que se conoce como Tasa de Laso de la Vega; ésta fue una hábil transacción entre el sistema de tributo y el servicio personal, pues el aborígen podía optar por el segundo.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII los abusos del servicio personal de los indígenas se sucedieron, mientras al mismo tiempo la encomienda fue perdiendo su importancia, principalmente por el decrecimiento de la población indígena, absorbida casi por completo por el mestizaje.

En 1769, Ambrosio O'Higgins abolió el servicio personal, medida que fue ampliada por la Corona, la cual, por Real Cédula de 10 de junio de 1791, decretó la abolición de la encomienda en Chile. Cabe señalar que la encomienda había sido terminada en el resto de las Indias mucho tiempo antes.

De hecho, la encomienda continuó hasta los albores de nuestra Independencia, pues la Corona ordenó, a modo de indemnización a los encomenderos, la entrega del tributo debido al Rey, por la vida del último encomendero favorecido.

A pesar de los abusos de los inconvenientes de la encomienda y del servicio personal, ambos tuvieron un importantísimo rol en la formación de nuestra sociedad. Permitió el desarrollo del mestizaje por el contacto de españoles y aborígenes, lo que también significó la unión de ambas culturas, naciendo una propia de nuestro pueblo; por último, sustentó el desarrollo material de nuestro territorio.

"Permitió producir los alimentos para españoles y aborígenes y el oro con que se compraron las herramientas, los ganados, las semillas, los árboles, el fierro, las máquinas y todos los artículos necesarios para vivir y para iniciar nuestra evolución económica. A la encomienda se deben los primeros progresos y las primeras transformaciones de nuestro territorio: los modestos ranchos en que vivían patrones e indios y en que se guardaban las cosechas, la extensión del riego con agua extraída generalmente de los esteros, los primeros desmontes del suelo, los cercos de ramas y de pircas, las sendas y caminos, etc. El número de españoles era muy corto y tenían que pelear demasiado para que les hubiera sido posible sustentar por sí solos nuestra evolución económica. Por su lado, el indio, sin la encomienda, jamás se habría plegado al trabajo regular". (Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile, Tomo I, págs. 339-340).

La esclavitud. El ser humano, por naturaleza, es libre. Nadie puede aceptar ser una "cosa" de propiedad de un tercero. Sin embargo, el sistema de la sujeción del hombre por el hombre existió casi con la presencia misma del ser humano en la Historia. Egipcios, griegos, asiáticos, europeos, entre otros, conocieron la esclavitud humana, que era aceptada como algo necesario para el desarrollo social.

Por desgracia, cuando los españoles llegaron a América, la esclavitud era conocida y aceptada por la cultura occidental y el tráfico humano, que se abastecía de africanos y de orientales, era tenido como un floreciente negocio que ofrecía posibilidades de enriquecerse rápidamente.

Los barcos portugueses traían los negros de Guinea y los comerciaban en Lisboa. Los españoles no vendían esclavos, pues se trataba de un "monopolio" reconocido a los primeros (Bula de Nicolás). Los españoles los compraban como objetos de lujo a los lusitanos y los trajeron a América, donde dieron magníficos resultados por ser más trabajadores y resistentes que los "indios".

A los negros se les aplicaban en América las mismas leyes protectionistas de los "indios", aprovechándose, así, de los beneficios de la colonización española, sistema humanitario desconocido por otros conquistadores europeos.

Los esclavos podían comprar su libertad mediante el ahorro, trabajando duramente con tal objeto. Una vez liberados, se denominaban "horros". Recordaremos que Juan Valiente, que vino a Chile con Almagro y regresó posteriormente con Valdivia, era "horro" y llegó a ser un próspero encomendero en el sur.

La idea del comercio de esclavos en América reconoce la paternidad de Colón, el cual, frente al fracaso del hallazgo de oro y especies, como esperaba, programó un primer envío de seres humanos a España para venderlos con grandes utilidades. La Reina Isabel detuvo este tráfico, pero después de Colón hubo otros intentos, por lo que S. S. Paulo III

tuvo que encargar al Cardenal Toledo prohibirlo bajo pena de excomunión; pero la codicia no tenía límites y como la conquista no la pagaba la Corona sino que tenían que hacerla los capitanes por su cuenta, poco a poco se fueron obteniendo dispensas, que comenzaron con la autorización para ejercer el funesto comercio en América para suplir la despoblación de Cuba y Santo Domingo, estableciéndose, luego, una corriente comercial intensa de esclavos.

En cuanto a los aborígenes de América, sólo en raros casos, como en el de masacres u otras crueldades de la guerra "sin cuartel", se otorgaron permisos ocasionales para esclavizar a los prisioneros, como ocurrió en Araucanía.

La Corona, en todo caso, fue inflexible y colocó la libertad indígena al amparo obligatorio de los obispos (Ley Nº 14 de la Reconilación).

En Chile, prácticamente, la esclavitud comenzó en el siglo XVI con la llegada de los castellanos y se hizo necesaria para trabajar en las minas de oro y como mano de obra en las encomiendas, puesto que en las zonas norte y central poco pobladas la masa indígena era escasa. Araucanía ofrecía tentadoramente la oportunidad de abastecerse de trabajadores gratuitos.

Hubo gobernadores, como Oñez de Loyola, que a fines del siglo XVI se opusieron tenazmente a la esclavitud, pero la presión de los encomenderos fue tremenda, por lo que su rechazo a la servidumbre no prosperó.

A raíz del gran alzamiento mapuche en 1598, provocado precisamente por la muerte de Oñez de Loyola, la indignación frente a tanto desborde de crueldad de los bárbaros, llevó a la Corona a aprobar en 1608 la esclavitud de todos los guerreros mayores de 10 años tomados en combate. Se dio, así, patente de legalidad al tráfico de esclavos que duró más de 75 años. Coger bárbaros para venderlos se convirtió en un negocio lucrativo, si consideramos que un buen mocetón podía llegar a valer sobre \$ 400 (R. Quiroga aludiendo al siglo XVII) y un capitán de infantería no ganaba \$ 800 al año.

El desenfrenado apetito de la soldadesca los llevaba a desear la guerra para anular reducciones y llevarse hombres, mujeres y niños a los mercados de Concepción, Santiago o del Perú. Su inmoralidad y codicia eran tan paralelas que, cuando no encontraban "indios" alzados, echaban mano a las reducciones que habían dado la paz a los españoles y, muchas veces, a los propios nativos que les servían.

La tragedia culminó en 1655 a raíz de la descontrolada ambición de los hermanos Salazar, cuñados del Gobernador Acuña Cabrera, que iniciaron una campaña para cazar "indios", para castigar a los cuncos por algunas depredaciones que les imputaban.

Habiendo fracasado la empresa ofensiva para hacerse de esclavos, contra la que se unieron hasta los tranquilos "huiliches", todo lo que olía a español fue arrasado hasta el Maule..., quedando Concepción aislada, sin el fuerte protector de Arauco, que también cayó, de todo lo cual hablaremos más adelante.

Vino, desde luego, la reacción y la ulterior renuncia de España a conquistar Araucanía y, en 1683, se abolió la esclavitud, quedando reducida al negocio de venta de "chinitas" arrebatadas de las reducciones, que eran adquiridas por los españoles y cristianizadas, agregándolas a sus familias como sirvientas.

Los mapuches se calmaron frente al reconocimiento de su libertad.

Por otra parte, la caída de la producción de oro por agotamiento de las minas y la aparición del mestizaje, no hicieron tan necesario, como

en el siglo XVI y hasta mediados del siglo XVII, abastecerse de esclavos.

En Chile, el 11 de octubre de 1811, se declaró, por ley, libre a todo hombre que pisara territorio nacional.

El 24 de julio de 1823 se promulgó la ley que abolió definitivamente la esclavitud. Chile era el primer país del mundo que abolía tan infamante servicio. No podía olvidar la nación los servicios prestados por los esclavos, muchos de los cuales formaron en el Ejército de los Andes por falta de infantería. La medida era un arma psicológicamente formidable para el apaciguamiento de Araucanía. Por lo demás, en Chile habían pocos negros y mulatos en aquellos tiempos y la esclavitud era más bien un estigma que una necesidad.

Crueldad y codicia. Uno de los temas más punzantes de la conquista ha sido el de la crueldad y codicia españolas.

No es que en España se enrolase, por lo general, la basura humana, pues las contrataciones se hacían en forma selectiva y existían exigencias mínimas para enrolarse que, más adelante, en nuestro caso en particular, posiblemente se olvidaron cuando los enganches se efectuaron en el Perú, sin miramientos, porque nadie quería venir a exponer el pellejo a un país desprestigiado por su pobreza, sinónimo de maldición ("El más seguro bien de la fortuna es no haberla tenido vez alguna". Araucana. Canto 2^o.-4).

El concepto no nació, por lo demás, de los enemigos de España, sino que de los mismos españoles. Fue el padre Las Casas quien tildó a los conquistadores, sin excepciones, de tigres sanguinarios y de víboras a sus mujeres, en el Memorial elevado por él a la Corte.

Tan graves acusaciones hicieron surgir, más tarde, en el seno de la misma Iglesia, detractores de Las Casas que, por celo en la defensa de los aborígenes, exageró la nota.

Nadie puede negar que hubo abusos en la conquista y en la colonia. En Chile, los gobernadores, hasta fines del siglo XVIII, por lo general, fueron rapaces aventureros que pretendieron enriquecerse rápidamente explotando a los naturales. Pero, no sería justo ni razonable pretender que los españoles persiguieron en su empresa sólo explotar y destruir a los nativos. Esto no fue efectivo.

Para enfocar cualquier análisis es necesario partir de la premisa cierta que a la luz del Derecho Internacional de la época, en que todos los reyes estaban preocupados de descubrir y hacerse de tierras, los de España poseían el dominio exclusivo del Nuevo Mundo y que, en consecuencia, sus súbditos tenían, por su parte, la obligación moral de someterla, lo que, por lo menos, les daba un título para hacer uso de la fuerza.

La Corona jamás trató de ocultar las fechorías de sus capitanes y aceptó que el púlpito se convirtiese en el freno de los apetitos humanos, como le ocurrió a don García Hurtado de Mendoza con el padre Gil González, que lo acompañaba, quien predicaba a los soldados que la guerra era injusta y que cometían pecado al matar a los "nativos".

En el fondo, descartando la rudeza de la época, que era el producto de la violencia incubada en Europa y trasladada a América, es necesario reconocer que Cortés en México, Pizarro en el Perú y Valdivia en Chile fueron verdaderos protectores de los aborígenes, tal como los conquistadores de las Antillas, Puerto Rico, Cuba, etc.

Hombres como Bravo de Saravia fueron, para Gay, modelo de amor paternal con los nativos. A Angel de Peredo lo lloraron los caciques al dejar su puesto. Rodrigo de Quiroga fue notablemente justo y cristiano

en sus procedimientos. Alonso de Sotomayor, cruelísimo en la guerra, castigaba duramente cualquier agravio innecesario inferido a los naturales. Nadie podría objetar el espíritu humanitario de Oñez de Loyola que lo condujo a la muerte, ni las disposiciones de Alonso de Ribera para disminuir la pesada carga de la servidumbre. Recordemos cómo García Ramón se negó a obedecer la cédula real que estableció la esclavitud, por estimarla inmoral e injusta y cómo Jaraquemada se colocó contra sus propios hombres por defender a los aborígenes de la explotación y del abuso; actitudes similares adoptadas por Pedro de Vizcarra lo enorgullecían públicamente. Incluso, Pedro de Villagra por proteger a los nativos se echó a los encomenderos encima y terminó perdiendo la gobernación.

Creemos que hay que distinguir la etapa inicial de la conquista no sólo en Chile sino que en América, cuando los capitanes hacían la guerra por su cuenta y riesgo, como cosa propia y no había más ley que su propia voluntad y decisión; era una lucha a sangre y fuego en un comienzo, que sirvió, lamentablemente, a Las Casas para medir amargamente la obra de España. Siguió luego una segunda etapa en que empezó a organizarse la conquista, amoldándose a los principios morales y jurídicos establecidos por la ley; empezaron a actuar los Cabildos y las Audiencias, junto a la labor evangelizadora de los misioneros, con lo que se logró cambiar la realidad. Las Leyes de Indias y las Reales Cédulas eran rigurosas y exigentes y, aunque la maquinaria administrativa era lenta, llegaba, sin embargo, a todos los rincones de los territorios conquistados por los hijos de España.

Cierto es que hubo asesinos, especuladores y sinvergüenzas; pero ésta no era la esencia del espíritu de la conquista española.

En el Castillo de la Mota fallecía Isabel la Católica después de ordenar personalmente su testamento: "Suplico al rey, mi señor y encargo y mando a la princesa, mi hija, y a su marido que pongan mucha diligencia y no consientan que los indios reciban agravio alguno en sus personas y bienes; que sean bien y justamente tratados y si algún agravio han recibido, que sea remediado".

Estos filosóficos principios sirvieron de base a las nuevas Leyes de Indias. Esto no era crueldad. Era amor.

Por el contrario, el "olor del oro" hizo acudir a corsarios ingleses, franceses y holandeses, quienes saquearon ciudades, sin respetar mujeres, niños ni ancianos, "indios" o europeos, imponiendo una nefasta política de terror.

Mirados los problemas desde las alturas del siglo actual, los abusos y atropellos que realmente se cometieron y que no se concilian hoy con nuestra cultura y avance de la civilización cristiana, habría que achacárselos al tiempo, a un mundo convulsionado por las guerras en que se desarrolló la epopeya de la conquista y, en gran parte, a las posibles exageraciones de Las Casas.

Cosa aparte es la crueldad de toda guerra y los excesos de los soldados, cuya violencia corría a la par con la de los indígenas, por causas que se analizarán más adelante y que, en el fondo, provenían de la necesidad de protegerse ante la imposibilidad de imponerse con tan escasas fuerzas y la falta de elementos con que contaban. Pero, digámoslo de una vez, la política del Estado español no fue la de imponer la crueldad como método, ni mucho menos extinguir las poblaciones.

La Araucana. Canto 3º.

*“¡Oh. incurable mal! ¡Oh, gran fatiga,
con tanta diligencia alimentada!
vicio común y pegajosa liga,
voluntad sin razón desenfrenada,
del provecho y bien público enemiga;
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
principio y fin de todos nuestros males.
¡Oh, insaciable codicia de mortales!”.*

- Nº 36. *“La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien a entender que la codicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo ni la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado
ni la ley natural inficionado”.*

CAPITULO CUARTO

LA DESPOBLACION DE AMERICA

España, al revés de lo que hicieron otras naciones sajonas, no trató de exterminar a los nativos, como pretendieron los enemigos de España, aprovechándose de la "leyenda negra" del Padre Bartolomé Las Casas, que elevó a 3 millones de muertos el holocausto.

Tampoco pudo exterminar las poblaciones el servicio personal de los naturales, porque las Leyes de Indias y Cédulas Reales eran muy severas en la protección de los aborígenes y los virreyes en su cumplimiento.

Siempre existió el fenómeno social en que los pueblos en estado de naturaleza, al contactarse con civilizaciones más avanzadas moral y fisiológicamente, tienden a "encogerse" o disminuir. Ciertas nuevas técnicas introducidas, como la producción del vino, de mayor grado alcohólico y duración que la chicha, aumentaron la ebriedad, pese a las prohibiciones de las Cédulas Reales. Además, las enfermedades traídas por los conquistadores y, por último, el aumento del mestizaje disminuyeron la cantidad de aborígenes.

No sería justo echarle toda la culpa a los españoles. El chavalongo (viruela), el sarampión y otras pestes, de las que se enumeraron en el Perú 52 durante el dominio español (1539-1820), hicieron un fúnebre aporte en su trayecto del norte hacia el sur, con resultados siniestros por la falta de higiene e ignorancia de métodos preventivos, que paralizaron más de una campaña mapuche cuando los españoles estaban al borde del colapso definitivo.

Los españoles, en vez de extinguir la raza, trataron de protegerla introduciendo la medicina, la higiene y los hospitales, preocupación especialísima de Pedro de Valdivia, quien acostumbraba visitar a los enfermos.

La despoblación de América, pues, no es imputable a España. Por el contrario, pasando por alto la natural presencia de la crueldad de muchos hombres que hacían la guerra, España trató de abrazar a los nativos como a hijos en la fusión de razas y nos dejó su cultura al incorporararnos a la civilización cristiana y a su idioma.

La lengua castellana, al decir de Menéndez Pelayo, no se forjó para decir herejías y, como sentenciaba Unamuno, "fue la lengua que a Cervantes Dios le dio para escribir el evangelio del Quijote". Esa lengua que "es espada si la esgrime la diestra de Quevedo y bandera si la agita la diestra de Cervantes" (Manuel de Sandoval), sin olvidar que "en español es más profundo el Padre Nuestro", según los versos de Gabriela Mistral.

CAPITULO QUINTO

LA PRESENCIA DE ESPAÑA

Francisco Pizarro decidió quedarse en el Cuzco y Diego de Almagro, que no le perdonaba la traición de haberle narrado al rey la conquista del Perú como un acto ejecutado solamente por él y deseo de descubrir y conquistar nuevas tierras para demostrarle al rey su valor y obtener títulos y beneficios por sus servicios, en 1536 siguió rumbo a la cordillera bordeando el Titicaca bajando a Tupiza, donde tuvo la suerte de recibir una gran cantidad de oro enviado como tributo al Inca por las tribus de Chile. De este punto se dirigió a Jujuy y Salta y luego a Copiapó ("Copa de Oro") acompañado, además, de 10.000 yanaconas. Lo acompañó, también, en la empresa el dignatario Villac-Umu, pontífice del sol, que luego desertó con gran cantidad de indígenas e incitó a la rebelión a las tribus.

Cuenta la tradición histórica que este dignatario religioso huyó instalándose con su hermosa hija, nacida en el Cuzco, en la Pampa del Tamarugal y se dedicaba a dar muerte a los españoles que caían en sus manos. Un día, Vasco de Almeyda, un portugués que trabajaba en la explotación de los minerales de Huantajaya, al interior de la Caleta de Iquique (Ique-Ique) fue hecho prisionero. La bella Tirana, su hija, se enamoró perdidamente de él y lo salvó. El amor fue tan grande que ella aprobó sus creencias cristianas y aceptó ser bautizada por Vasco, pero pronto fueron sorprendidos y ambos muertos por su padre que era inflexible. Los jóvenes enamorados murieron mirándose fijamente, con una mirada llena de ternura y comprensión hasta que el penetrante calor de las flechas clavadas en sus corazones los transportó a lo eterno.

Hoy, año a año, se juntan decenas de miles de fieles el 16 de julio en La Tirana, poblado a 70 kilómetros de Iquique, donde se venera la imagen de la Virgen del Carmen en recuerdo al sincero amor de la pareja.

Además del desertor, Almagro se hizo acompañar de un príncipe indio llamado Paulo Tupac (Paulo Inca), quien recibió de los administradores el equivalente a 90 mil castellanos de oro del tributo que transportaban al Perú. Estos, aún ignoraban la muerte del Inca. El oro fue entregado a Almagro acrecentando su espíritu de conquista. Este personaje acompañó todo el viaje a Almagro y le fue sumamente leal.

Vencidas las penurias y peligros de la cordillera, llegaron al valle de Copiapó diezmados, con la pérdida de 8 hombres, miles de yanaconas y sólo 170 soldados, reducidos a menos de 2.500 hombres. El Capitán Rodríguez Ordóñez perdió los dedos de sus manos y Juan de Herrada, habiendo quedado en el camino, la mayor parte de los caballos y del bagaje (moriría en Tucapel).

Tres españoles que se habían adelantado, sus yanaconas y correspondientes caballos fueron muertos por los nativos de Huasco y Coquimbo. Almagro quemó públicamente a los presuntos culpables.

Paulo, con su tesorero espíritu y amigo leal de Almagro, logró encontrar unos 200 mil castellanos en oro, lo que los hizo sentirse ricos y reanimó a los descubridores y luego otros 300 mil que habrían llevado a Almagro a romper públicamente las obligaciones pecuniarias de sus soldados, perdonándoles las deudas.

Junto a los caciques de la comarca, habiéndose establecido en el valle de Aconcagua, apareció un buen día un español, Gonzalo Calvo de Barrientos a quien, según las crónicas, habían cortado las orejas por ladrón, por lo cual huyó del Cuzco ocultando su vergüenza; por su intermedio, se obtuvo la obediencia de las tribus, por lo que fue honrado por Almagro, quien olvidó los motivos que habían provocado su huida del campo de Pizarro; Calvo dominaba perfectamente el idioma de la región por lo que fue una muy importante ayuda para Almagro, quien lo premió con el título de su consejero de guerra. Calvo murió más tarde en Las Salinas luchando junto a Almagro.

Almagro era hombre en exceso generoso, raro atributo entre conquistadores. Siguió a la tierra de los "promaucaes", cerca del actual Santiago, hasta el río Conchalí, donde encontró a otro español que por "pecadillos" también había huido del Cuzco y convivía amigablemente con los nativos, llamado Antón de Herrada.

Estacionado en el Valle de Aconcagua, descubrió la traición de su intérprete Felipillo, quien lo estaba indisponiendo con los caciques, asegurándoles que Almagro los mataría; por mentiroso y desleal fue muerto y reemplazado por Herrada y por Calvo.

Gómez Alvarado, con 80 hombres, llegó al Itata midiéndose con los araucanos por primera vez, en Reinohuelén. Esta penetración de Almagro (Gómez) llegó, pues, hasta la altura de lo que es hoy Bulnes (al sur de Chillán), aproximadamente.

El encuentro se realizó en la confluencia de los ríos Itata y Ñuble en el invierno de 1536. Nadie lo imaginó; pero... había empezado la "Gran Guerra Mapuche", que terminaría sólo en 1883... Al parecer, los "promaucaes" se aliaron con los araucanos, posiblemente al mando de Ainavilo y acá cruzaron sus primeras armas "conas" de Araucanía, como Caupolicán y otros guerreros.

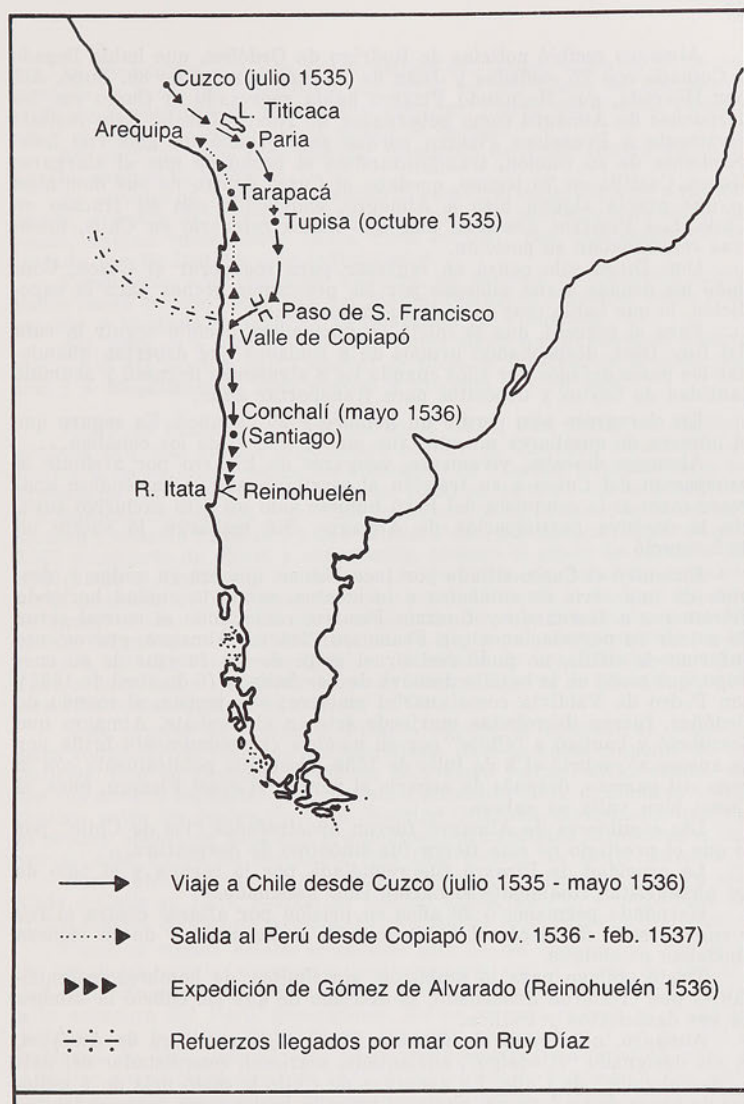
Esta aparición de gente extraña convenció a los mapuches que los fieros guerreros blancos, tarde o temprano, regresarían... y se prepararon para esperarlos...

Gómez perdió 100 auxiliares en las campañas, en que tuvo que sortear lluvias y pantanos, por lo que su informe negativo sobre aquellas tierras fue desastrosamente impresionante.

Almagro había organizado muy bien su empresa. En julio, cuando Gómez de Alvarado andaba excursionando por el sur, llegó a Aconcagua Ruy Díaz con 110 hombres. Había viajado por tierra por el mal estado de los barcos, atravesando los desiertos de Tarapacá, Antofagasta y Atacama con grandes sacrificios por la escasez de agua, pero su experiencia serviría más tarde al propio Almagro para regresar y a Valdivia en su próxima expedición, pues dejó el camino plagado de pozos de agua.

Era la primera vez que se intentaba el viaje evitando el paso de la cordillera, con la pérdida de sólo 12 hombres, por estar las tribus alzadas y en el tiempo record de 3 meses, lo que significó, eso sí, perder gran parte de los caballos.

Desilusionado ya por los resultados de los informes sobre Chile, Almagro decidió regresar al Perú, retirándose hasta Copiapó con 30 hombres (octubre) y su amiga doña Margarida de Almagro, una negra, que habría sido la primera mujer extranjera que llegó a Chile.



EXPEDICION DE DIEGO DE ALMAGRO

Almagro recibió noticias de Rodrigo de Ordóñez, que había llegado a Copiapó con 25 soldados y Juan de Herrada con otros 88. Supo, así, por Herrada, que Hernando Pizarro había regresado al Cuzco con los despachos de Almagro como gobernador de Nueva Toledo. Esto molestó vivamente a Francisco Pizarro porque se otorgaba un gobierno independiente de su tuición, tranquilizándolo el hecho de que al alargarse Nueva Castilla en 70 leguas, quedaba el Cuzco dentro de sus dominios, lo que gracia alguna hizo a Almagro, endeudado con su fracaso en Chile. Los Pizarros deseaban más que nunca retenerlo en Chile, mientras consolidaban su posición.

Don Diego sólo pensó en regresar para recuperar el Cuzco. Condonó las deudas a sus soldados por los préstamos hechos para la expedición, lo que habla muy bien de su generosidad.

Para el regreso, que se inició en noviembre, decidió seguir la ruta del Ruy Díaz, despachando grupos de 8 soldados que deberían abandonar los pozos dejados por ellos cuando los 8 siguientes llegasen y acumuló cantidad de tiestos y depósitos para transportar agua.

En el regreso sólo perdió un hombre y 20 caballos. Es seguro que el número de auxiliares muertos fue mayor que el de los caballos...

Almagro deseaba, vivamente, vengarse de Pizarro por atribuir la usurpación del Cuzco a su traición al escribirle al rey haciéndose aparecer como si la conquista del Perú hubiese sido un acto exclusivo suyo, sin la decisiva participación de Almagro. Sin embargo, la suerte no le favoreció.

Encontró el Cuzco sitiado por Inca Manco, que era su amigo y, después de una serie de combates e incidentes, ocupó la ciudad haciendo prisioneros a Hernando y Gonzalo Pizarro, cometiendo el mortal error de entrar en negociaciones con Francisco Pizarro. Almagro, gravemente enfermo de sífilis, no pudo resistir el golpe de las fuerzas de su enemigo, que contó en la batalla decisiva de Las Salinas (6 de abril de 1538) con Pedro de Valdivia como cuartel maestre; sus tropas, al mando de Ordóñez, fueron derrotadas muriendo éste en el combate. Almagro que descubrió y bautizó a "Chile" por su nombre (su monumento brilla por su ausencia), murió el 8 de julio de 1538, ejecutado públicamente con la pena del garrote, después de negarle el perdón el cruel Pizarro, pues, el Cuzco bien valía su cabeza...

Los seguidores de Almagro fueron apostrofados "los de Chile" por lo que el prestigio de esta tierra fue sinónimo de desventura.

La crueldad de Pizarro fue repudiada por la corona y el odio de los almagristas finalmente lo harían caer asesinado.

Hernando permaneció 20 años en prisión por alzarse contra el rey y cuando salió de la cárcel había muerto su hermano y de su riqueza quedaban escombros.

Triste epílogo para la ambición, sin límites, de hombres insignificantes que crecieron demasiado, al extremo de que los cubrió la sombra de sus desaciertos y codicia.

Almagro, niño vago sin fortuna, llegó en la aventura de América, a ser designado "fijodalgo", adelantado, mariscal, conquistador del país y "descubridor" de Chile. La aventura de Chile le costó más de 4 millones de pesos de su fortuna, empresa privada hecha como señor y árbitro de su destino. El Inca Garcilaso dijo de él "...fue hijo de padres nobilísimos, que fueron sus obras".

Sin desconocer los méritos de Almagro, que es un personaje históricamente simpático, debemos recordar, en honor a la verdad, que Hernando de Magallanes penetró a Chile por el Estrecho que lleva su nom-

bre, 16 años antes que don Diego saliese del Cuzco, o sea el 1º de noviembre de 1520. Su expedición que zarpó de San Lucas de Barrameda el 20 de septiembre de 1519, logró explorar Tierra del Fuego, Patagonia y el litoral chileno hasta la altura de Corral.

En abril de 1526 otra flotilla, al mando de Fray García Jofré de Loaiza, exploró el Estrecho.

En el valle de Aconcagua Almagro encontró, como dijimos anteriormente, a Antón de Herrada y Gonzalo Calvo de Barrientos quienes, huyendo, habían “descubierto hasta Chile central” con una oreja menos, cortada por la Justicia, por ladronzuelos...

Finalmente, don Pedro de Valdivia, en persona se introduce donde nadie había llegado, más allá del Maule, fundando ciudades como Concepción y Valdivia, ordenando la fundación de Villarrica.

Así, pues, si a Almagro se le atribuye algún descubrimiento tendría que ser el del norte y parte central de Chile, a Valdivia de la zona central y a Magallanes la zona austral y extremo sur del país.

Pedro de Valdivia y la Conquista de Chile. Don Pedro de Valdivia contaba con una amplia experiencia militar en Europa; al servicio de Carlos V en su lucha contra los franceses, en Flandes combatió bajo las órdenes de Enrique Nassau; luego en Italia en el tercio de la infantería del marqués de Pescara y en 1525 luchó en Pavia, donde fue hecho prisionero y vencido Francisco I de Francia. Peleó, además, en Nápoles hasta 1527 y cubierto de gloria y experiencia, alcanzó el grado de capitán. En 1537 viajó a América a las órdenes de Jerónimo de Alderete, luchando en la conquista de Venezuela y Perú. Gonzalo Pizarro lo designó maestro de campo o sea, el oficial clave encargado de la organización y movilización del ejército, de la distribución de las tropas, cumplimiento de las órdenes, etc. En ese puesto luchó en la batalla de Las Salinas en la que fueron derrotados los almagristas. Francisco Pizarro lo premió dándole una rica encomienda en el valle de la Canela.

A la muerte de Almagro, Pizarro aprobó la petición de Valdivia para continuar su obra, no sin extrañeza, pues lo había colmado de beneficios. Con su prestigio, Valdivia sólo logró juntar, difícilmente, entre sus amigos españoles desorientados alrededor de 150 hombres y tres frailes, entre los cuales figuraba Rodrigo González Marmolejo, que fue el primer obispo de Santiago y numerosos almagristas dispuestos a volver a Chile. Entre los enrolados vino Inés Suárez, su conviviente.

Don Pedro era casado con doña Marina Ortiz de Gaete, quien sólo viajó a Chile en 1554, cuando su marido había muerto, acompañada del padre Martín Alonso de Aranda, futuro mártir evangelizador de Arauco.

Como el mundo estaba empapado aún de las novelas de aventuras de caballería, nadie emprendía una empresa sin la “vela de armas”. Así como Pizarro, Almagro y Luque sellaron su pacto, antes de lanzarse a la aventura del Perú, comulgando juntos en una iglesia en Panamá, Valdivia, en la catedral del Cuzco, que aún se conserva y en la cual el gobierno de Chile colocó una placa recordatoria, se arrodilló ante el Altísimo poniendo su empresa bajo la protección de Santiago (cuyo nombre daría a la capital del Nuevo Reino) y de la Virgen María, cuya imagen llevaba consigo. Sin esperar el enrolamiento, partió con 9 hombres, su socio Francisco Martínez y doña Inés Suárez.

¡Diez hombres tras la conquista de un imperio...! Había que ser español para pretender tan tremendo imposible, sabiendo que Almagro había sufrido graves pérdidas en su intento con 500 soldados que lo seguían.

Eran estos esforzados aventureros: Alvar Gómez, designado maestro de campo y tesorero real; su hijo Juan Gómez de Almagro, alguacil mayor; Luis de Toledo, amigo personal; Antonio de Zapata que llegó a ser miembro del cabildo de Santiago (1541-1545); Hernando Vallejos; López de Ayala (de sólo 15 años...); Luis Cartagena, escribano de la expedición, elemento indispensable en toda conquista, dado el espíritu legalista de los castellanos, que contaba con sólo 27 años, quien llegó a ocupar el mismo cargo en el mencionado Cabildo y se radicó más tarde en La Serena; Juan Almonacid, de 22 años, que se instalaría finalmente en Villarrica; Bartolomé Muñoz y el socio de la expedición, Pero Sancho de Hoz.

Venían con el grupo 5 esclavos negros y un negro horro (liberto) llamado Juan Valiente, del que hablaremos más adelante. Unos mil yacanas transportaban el bagaje.

En enero de 1540 salieron del Cuzco cumpliendo la primera etapa en Chucuito, junto al Titicaca. Bajaron a Arequipa donde se accidentó Pero Sancho de Hoz, debiendo regresar acompañado por Almonacid (se volvió a unir al grupo en Copiapó). Continuaron al sur hasta Arica y remontaron contrafuertes de la cordillera, teniendo en la mira tomar la ruta usada por Almagro a su regreso, plagada de pozos dejados allí con la esperanza de volver.

A principios de abril llegaron a la verde quebrada de Tarapacá, cuya fertilidad aseguraban los nativos con huano de aves marinas traído desde Pabellón de Pica (Luis Silva L.), a unos 80 kilómetros de Iquique actual.

La calidad humana de esta elite conquistadora, recién nombrada, era sobresaliente, considerando el término medio del español llegado a América; la formaban hombres que ambicionaban conquistar un pedazo de tierra para trabajarla y cambiar su condición, en un país en que, según se rumoreaba insistentemente, no había riquezas pero sí la posibilidad de asentarse y perpetuarse, lo que no ocurrió por lo general, en otras conquistas.

Paso a paso, la legión había logrado llegar a Tarapacá por diversos lados.

La pampa del Tamarugal que corre aproximadamente desde Zapiga (cerca de la quebrada de Tiliviche, frente a Pisagua) hasta la quebrada de Quillagua (regada por el río Loa) era, en aquella época como su nombre en quechua lo expresa, un "bosque impenetrable". Se extendía por el valle central limitado por el oeste por los contrafuertes de la cordillera de la costa y por el este los de la cordillera de los Andes, justo al pie de la quebrada de Tarapacá, que terminaba en Huarasiña, desbordándose en la pampa. Los españoles, pues, tenían una superficie cubierta por los tamarugos, árboles parecidos al espiño, pero que alcanzan altura hasta de 10 metros y cuyos troncos, a veces, son tan gruesos que apenas los cruzan los brazos extendidos de tres hombres. "Tarapacá", siempre en quechua, significa "tierra cubierta por árboles" (tara: árbol y pacac: cubrir), demostrando lo acertado del nombre el hecho que hay aún varias decenas de miles de hectáreas de impresionantes tamarugos en medio del desierto, avanzando los vehículos, después de atravesar pampas inhóspitas, por avenidas de más de diez kilómetros de frondosos árboles.

Durante la explotación intensiva del salitre por Chile (1879-1930), más de 50 años, en que llegaron a existir en las provincias de Iquique y Pisagua más de 120 salitreras, se talaron los bosques para usar la madera como combustible para alimentar las calderas. Hoy sólo queda el

recuerdo. Subsisten en la actualidad alrededor de 26.000 hectáreas, naturales o plantadas por el hombre que se destinan a la crianza de ganado lanar, siendo el clima apto para la segura crianza de aves (pavos según experiencias personales realizadas por el autor de esta obra). El agua aflora a los 6 metros y en el sector de Zapiga aún mucho más arriba, por lo que en el tiempo de los españoles era fácil extraerla. De Quillagua al sur empezaba, como ahora, el terrible desierto.

Poco antes de llegar a este punto, se les habían unidos otros 10 errantes vagabundos buscadores de ilusiones, deseos de aumentar su fama. Sin embargo, alarmado Valdivia por lo reducido de su tropa, envió a Pedro Gómez de Don Benito y a Gaspar de Vergara, que acababan de engrosar sus fuerzas, a buscar más gente en Alto Perú. Cumplieron la orden y durante dos meses anduvieron por Paria, Caranjas y Porco "vendiendo aventuras", sin resultados, porque Chile era una carta demasiado jugada como para participar en el juego... Regresaron solos.

En este lapso se había incorporado Rodrigo de Araya con 16 hombres montados que veían de Tarija y, luego, del mismo lugar, nada menos que Francisco de Villagra, uno de los pilares de la futura conquista, con 30 soldados ("Más vale venir a servir a su majestad, que no andar por tierras donde anda el demonio suelto", según dijo, queriendo aludir a las costumbres de los bárbaros). Eran los restos de la fracasada expedición a los chunchos y chiriguano.

No tardó en llegar Juan Bohon (futuro regidor de Santiago y fundador de La Serena en agosto de 1545) quien capitaneaba a 60 hombres decididos. Entre los recién llegados figuraban personas que tuvieron una significativa participación en la conquista, como el sacerdote Rodrigo González de Marmolejo (primer obispo de Santiago), Jerónimo de Alderete (1519-1556) gran amigo de Valdivia y su fallido sucesor, Martín de Solier, hidalgo desafortunado que sería ajusticiado por complotar contra su jefe; Juan Dávalos, alcalde del Cabildo de Santiago; Juan Jofré, fundador de San Juan en Argentina y que se enriqueció explotando sus encomiendas. Otros hombres destacados fueron Diego de Velasco, Bartolomé Flores, Pedro de Miranda, Diego García de Cáceres, Juan de Cuevas y Juan Fernández de Alderete. Vale la pena recordar sus nombres porque los chilenos les debemos demasiado como para ignorarlos, pues la mayoría entregó su vida en el impresionante esfuerzo de esta empresa.

Estos vagabundos de América, perdidos en las selvas de su salvaje geografía, sufrieron increíbles penurias antes de alcanzar su reciente destino, que Rodrigo de Quiroga describe explicando que por el interminable camino: "Iban quedando los cristianos de tres en tres y de cuatro en cuatro, fatigados, desflaquecidos y enfermos de hambre y cansancio y abrazados unos con otros morían y pasaban de esta vida y, después de haber caminado más de 700 leguas, de 300 españoles que entraron no salieron 80".

Sin embargo, descansados y bien alimentados, habían olvidado pesares y decididamente se unieron a Valdivia que les prometía más sacrificios, sufrimientos y aventuras en pos de un ideal caballeresco digno de la mejor novela de caballería.

Lamentablemente, el esforzado Maestre de Campo Alvar Gómez falleció víctima de una enfermedad y fue reemplazado por Pedro Gómez de San Benito, quien había formado parte de la expedición de Almagro y conocía el terreno, por lo menos mejor que los demás y tenía bastante experiencia en materia del cruce del desierto que tenían por delante.

Valdivia no estaba tranquilo. Temía por la seguridad de sus derechos, más aún cuando supo que el 22 de enero de 1540 Pizarro había entregado a Lucas Martínez Vegazo la encomienda de Tarapacá. Obviamente, mientras le había otorgado el virrey, en abril de 1539, autorización para dirigirse a Chile, ya estaba plagado su camino de encomiendas graciosas para pagar servicios, antes del año de la concesión de su permiso, sembrado su paso de escollos.

La encomienda comprendía al cacique Tuscasanga, del valle de Tarapacá, Pachica y Pachuca (Puchurca), además de Guamba (Huaviña) en el valle de Cato "con su señor Opo y el pueblo de Ranina (Camiña) y el cacique Ayavire, con otro que se llama Taucari (apellidos aún conocidos en la zona norte) y otro pueblo que se llama Omaguata (Usmagama) y el señor Ayavile y otro Chuyapa (Chiapa) con el señor Chupquichambeco y novecientos indios". Toda una merced de hombres subordinados al curaca el que, a su vez, quedaba subordinado al encomendero español.

Interesante sería que las autoridades se preocupasen de marcar con hitos recordatorios "la Ruta de Valdivia". Actualmente no existe rastro histórico alguno de su pasada por estas tierras.

Desde allí don Pedro bajó por el camino de la costa o "Ura Nan" para los incas, para diferenciarlo del camino andino, el que volvería a usar en septiembre de 1548 a su regreso del Perú.

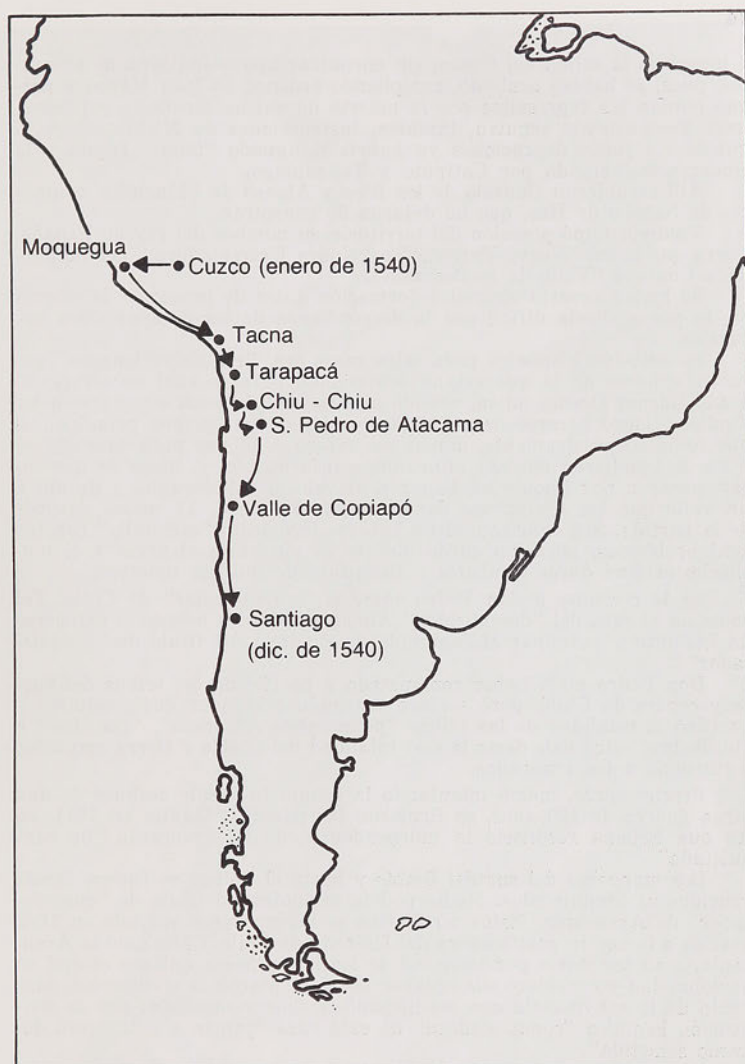
A principios de julio 1540, se adelantó a Atacama la Chica (Chiu-Chiu) dejando allí un campamento y se dirigió a San Pedro de Atacama, donde encontró a Francisco de Aguirre con 25 hombres, que hostilizaban a los aborígenes para castigarlos porque al retirarse Almagro habían dado muerte a varios españoles e "indios" cuzcos.

La fama de Aguirre era terrible. El fuertecillo en que cobijaba a sus hombres (14 según Quiroga) se llamaba "De las cabezas" por las 300 de los nativos que colgaban sobre sus muros. Pronto los veremos actuar...

El ambicioso Sancho de Hoz alcanzó a la expedición en Chiu-Chiu y, acompañado por Juan Guzmán, Antonio de Ulloa y Diego de Avalos, cayó sobre la tienda de Valdivia para asesinarlo, encontrando en ella sólo a Inés Suárez; Sancho de Hoz fue contenido por los leales a Valdivia. A pesar de esta traición, Valdivia no se atrevió a dar muerte a su socio por temor a las consecuencias, ya que Sancho tenía títulos reales superiores a los suyos para descubrir tierras. Prefirió ponerle grillos y liquidar en Atacama, el 12 de agosto, la sociedad, excluyendo a su belicoso socio del negocio.

En este irritante mundo de violencia, solían formarse camarillas por parte de quienes pretendían deshacerse del afortunado poseedor del derecho a la conquista, haciéndolo desaparecer a cuchillo, atrayendo a la mafia de arruinados sin esperanzas, mientras que los más vivos jugaban a ganador halagando al adelantado capitán para obtener premios y recompensas; y no dejaba de haber, por cierto, quienes jugaban a ambos lados, sonriendo a unos para darles la cuchillada por la espalda. Era la ley de la selva, en que imperaba el miedo, pues, en la desesperación por enriquecerse, la vida tenía un vil precio y los tropezones se pagaban con la muerte, siempre que se hiciese en forma legal, porque detrás de los aventureros estaba la autoridad del rey, representada por las instituciones y organismos creados por las leyes que los seguían como sombras castigando sus delitos.

Luego de permanecer 2 meses en Atacama la Grande, se inició la travesía del desierto. La agotada expedición llegó a Copiapó, después de



EXPEDICION DE PEDRO DE VALDIVIA

7 meses de la salida del Cuzco, sin encontrar apoyo indígena ni alimentos, pues, se habían ocultado, cumpliendo órdenes de Inca Manco y porque tenían las represalias por la muerte de varios españoles y yanacunas. Posiblemente seguían, también, instrucciones de Michimalongo, a quienes la junta de caciques ya habría designado "toqui" frente a la emergencia, asistido por Catiputo y Tangalongo.

Allí se unieron Gonzalo de los Ríos y Alonso de Chinchilla, cómplices de Sancho de Hoz, que no dejaron de conspirar.

Valdivia tomó posesión del territorio en nombre del rey de España, tierra que llamó "Nuevo Extremo" o "Nueva Extremadura", denominando a Copiapó "Valle de la Posesión".

Se hizo necesario obtener información antes de proseguir la empresa, lo que se hacía difícil por la desconfianza de los desaparecidos naturales.

La solución hispánica para estos casos era "ir a coger lenguas" para informarse de lo que estaba ocurriendo, para lo cual se ofreció el osado Gaspar Orense quien, vestido sólo con calzón para semejarse a los "indios", logró hacerse de un mozuelo, hijo de un cacique principal, al que tomó sorpresivamente, dando los naturales la paz para proteger al niño. Así pudieron obtener alimentos e información y, luego de descansar, pasaron por Coquimbo, llegaron al valle del Aconcagua y de allí a un valle que los aborígenes denominaban Mapocho, 11 meses después de la partida. Sin embargo, el no haberse llevado al "caciquillo" consigo creó problemas, pues, no quedó abierta la vía hacia el norte y el muchacho originó duros combates y fue causa de muchas muertes.

Se le reconoce a don Pedro como el "conquistador" de Chile. Tal como en el caso del "descubridor" Almagro, pero es necesario detenerse un instante y examinar el contenido de realidad del título de "conquistador".

Don Pedro pudo haber conquistado y pacificado las tribus del norte y centro de Chile, pero sería aventurado pretender que conquistó y pacificó la totalidad de las tribus "pehuenches", "cuncos", "puelches" y "huilliches", etc., vale decir la casi totalidad del pueblo y tierra mapuche, incluyendo a los araucanos.

Precisamente, murió intentando la conquista y sólo después de una larga guerra de 120 años, se firmaron las paces de Quillín en 1641, en las que España reconoció la independencia de la Araucanía "no conquistada".

Los mapuches del sur del Biobío y hasta el Toltén no fueron jamás vencidos ni conquistados. Nadie podría atribuirse el título de "conquistador" de Araucanía. Estos territorios se incorporaron a Chile en 1883 gracias a la acción pacificadora del Ejército de Chile. Chile unió la Araucanía, a su territorio por voluntad de los mapuches a quienes otorgó su nacionalidad y consideró sus iguales; éstos aceptaron la civilización, producto de la convivencia con los hispano-criollos y mestizos; fue la civilización la única "conquistadora" de esta raza "jamás a extranjero dominio sometida".

Personalidad de Valdivia. Don Pedro era un hombre que prácticamente lo había alcanzado todo. Rico, en vías de llegar a ser millonario gracias a la explotación de sus minas y encomiendas, no se sentía satisfecho. Anhelaba algo más para sentirse realizado. Su espíritu creador no tenía límites y lo hizo fijar su mente donde los demás no se atrevieron a hacerlo, en un país que había hecho fracasar a los más empeñosos conquistadores. No lo deseó solamente para enriquecerse, sino que



para "memoria y fama" de su nombre, como escribía al rey; para ello con sus propias manos aró la tierra y echó la semilla, trabajando como un peón más, cuando todo estaba perdido. Tal vez fue el mejor hombre de guerra que pasó por América y vino a esta tierra, no con el ánimo de lucirse en su carrera militar, sino que a forjar una nación en el molde de su propia naturaleza de hombre disciplinado, honrado, leal y de empresa.

Góngora lo describió como "de buena estatura, alegre, de cabeza grande y conforme a su cuerpo, que se había hecho gordo, espaldudo y ancho de pecho".

Visitaba a los enfermos y a los heridos, amó la tierra y a su gente; pero era inflexible en sus resoluciones, generoso, servicial, buen comedor y bebedor, de genio ligero, pues a veces terminaba una discusión con una bofetada... Orgulloso de su obra, solía firmar anteponiendo a su nombre "don" lo que le valió venenosas críticas; pero, en 1554 el propio rey por cédula le dio tal tratamiento, desgraciadamente cuando ya había muerto...

Gracias a estas cualidades, lo creó todo de la nada, al revés de Pizarro o de Cortés que conquistaron imperios con una organización perfecta y riquezas exuberantes.

LIBRO SEGUNDO

INICIACION DE LA GUERRA

CAPITULO PRIMERO

MICHIMALONGO, EL GRAN TOQUI "PICUNCHE"

En las verdes regiones del valle del Aconcagua sobresalía la figura de un noble cacique, rico y poderoso, que había reconocido el vasallaje del Inca conservando el mando de sus tribus. Era el joven Michimalongo, que se traduce como "Cacique de los Mitimaes", por sus relaciones con los súbditos del Inca, pero la Historia no ha recogido su nombre verdadero. Según Mariño de Lobera era hombre influyente que en cierta ocasión fue distinguido por el Inca sentándolo en su mesa.

Cuando los ejércitos de Atahualpa regresaron al Cuzco, a raíz de la revolución de Húascar, Michimalongo quedó como señor indiscutido de sus territorios, junto con los caciques de Atacama al Maule. Tuvo noticias de la llegada de Pizarro al Perú y, si bien le produjo terror, la distancia lo mantuvo despreocupado, máxime cuando los blancos doblegaron a su único amo.

Cuando Almagro avanzó en la primera invasión española, el astuto "ulmen" se mantuvo alejado de él negando toda cooperación al extranjero. Parece ser que los caciques de la región lo designaron "toqui" frente a la emergencia, por el gran ascendiente que mantenía sobre los demás "ulmenes".

Cuando Almagro llegó al fértil valle del Aconcagua, recibió el apoyo del Quilacanta, "orejón" del Inca, quien creía que al demostrarle vasallaje estaba rindiendo culto a su señor. El nombre de "orejón" provenía de la forma exagerada de agrandarse las orejas, como adorno y distinción.

Michimalongo vio con malos ojos la cooperación. Por lo mismo, cuando los españoles regresaron convencidos de la pobreza de la tierra, el cacique ordenó atacar las fuerzas que se retiraban, ocasionándoles algunas bajas, al mismo tiempo que persiguió a Quilacanta el que, como hemos dicho, huyó de Aconcagua hacia el valle del Mapocho buscando el apoyo del "orejón" del Inca, Vitacura.

Nadie envió ejércitos contra Michimalongo, como habría sido natural que ocurriese si el Inca hubiese estado libre de sus captores, porque la ofensa inferida a uno de sus representantes era agravio de hecho directamente al "hijo del sol".

Sin embargo, los caciques del Mapocho y Aconcagua, entre ellos Michimalongo, tal vez no estaban aún perfectamente al tanto de las relaciones del Inca con los españoles. Por lo mismo, cuando Michimalongo supo que avanzaba Valdivia, acompañado de un séquito para

él impresionante, temió que la represalia se le venía encima y envió a sus mejores observadores a espiar al ejército que se aproximaba.

Michimalongo elegido "toqui". Ataque "picunche". Siguiendo a Mariño de Lobera, que llegó a Chile en 1552 y combatió contra Lautaro en Mataquito y sirvió bajo las órdenes de Rodrigo de Quiroga, logramos descubrir estos pasajes ignorados por nuestros historiadores.

Los caciques del Aconcagua al Maule se alarmaron realmente del peligro avasallador hispano, que había doblegado a los hermanos "picunches" de Copiapó y Coquimbo. Recordando, seguramente, la actuación de Michimalongo en la primera invasión de Almagro, 1536, lo designaron "toqui", entregándole el "hacha simbólica" del mando, cortándole, una vez más, el pelo en forma de trenza. Todo hace suponer que el "orejón" Quilacanta, deseoso de congraciarse con los "picunches", también estuvo comprometido en el complot contra los invasores. Igualmente, ha debido pactarse alianza con los "promaucaes" y tribus del norte del Itata ya que los "picunches" eran muy pocos.

Orgulloso, deseoso de derrotar a seres extraños cuya vulnerabilidad ya había sido demostrada en las campañas de Almagro y en el fracaso de su expedición al Maule, preparó su ejército en número de alrededor de 6 a 8 mil hombres provistos de lanzas, picas, mazos y flechas. Los feroces "conas" con sus cuerpos pintarrajeados, aguardaban la orden de su jefe, adornados de vistosas plumas. Los rumores cundieron en el campo español donde, en las inmediaciones del río Coquimbo, 400 yanacanas desertaron misteriosamente, atemorizados.

No había llegado el momento y el astuto "toqui" estudiaba al enemigo inmovilizado. Valdivia sólo después de dos meses en el Valle de la Posesión continuó su marcha hacia el sur. Finalmente el 13 de diciembre de 1520 acamparon en el valle del Mapocho. Los españoles dieron a conocer su intención de apropiarse del suelo y fundar una ciudad, noticia que desagradó a los nativos. Mariño de Lobera explica la reacción mapuche frente a esta actitud castellana que los historiadores no consignan.

Michimalongo avanzó con sus fuerzas aceleradamente cayendo sobre los hispanos, lanzando la tropa gritos de victoria para infundirse ánimo, cuando los castellanos habían recién acampado y se preparaban para levantar la ciudad. El momento supremo había llegado.

Los castellanos al ver tal avalancha humana, organizaron la defensa y, como era costumbre, elevaron plegarias encomendándose a sus santos, en especial al apóstol Santiago. Valdivia reunió su gente y los arengó recordándoles que eran españoles y, como tales, jamás rehuirían el combate.

Se encontraron ambas fuerzas, frente a frente, en campo abierto, lo que favorecía a las armas españolas. Una impresionante nube de flechas oscureció el cielo y se estrelló contra las corazas españolas, los cuales sin separarse, como una muralla de hierro, avanzaron sobre sus enemigos, deshaciendo sus formaciones, a sablazos y golpes de lanza, bajo las patas de sus caballos.

No estaban acostumbrados los "picunches" a este tipo de guerra y tan ofensivas armas de hombres montados en extraños seres que relinchaban... y ostentaban una movediza cola.

Desbaratada una agrupación picunche, aparecía otra de refuerzo con dardos arrojadizos y porras con púa de metal, avanzando agazapados y pegados a la tierra, con un coraje extraordinario. Un cuadro dan-

tesco de sangre y gritos desesperados, juramentos y maldiciones en distintos idiomas... Existía, pues, un concepto de cómo hacer la guerra. El empleo táctico de la reserva no fue invento de Lautaro en Marihuenu; posiblemente oyó de esto y lo aplicó acertadamente al desarrollar sus planes o bien conocía el sistema incásico para combatir.

La lucha era incierta y ya los españoles se agotaban cuando, de pronto, los naturales dieron las espaldas y huyeron del campo de batalla en forma inexplicable.

Algunos prisioneros cogidos durante la persecución, declararon que un cristiano en un caballo blanco que volaba, con la espada en la mano, hizo estragos entre ellos.

Los españoles atribuyeron el hecho a un milagro del apóstol Santiago, lo que para ellos era natural. En el año 844 el mismo caballero en blanco caballo ayudó al rey Ramiro en Clavijo a derrotar a los moros...

Los indios ofrecieron las paces, en espera de una mejor ocasión y los castellanos pudieron seguir sus planes levantando la proyectada ciudad.

Poco o nada han dicho los historiadores sobre este "ulmen" (cacique poderoso) que fue el primer símbolo de la rebeldía mapuche, el cual combatió con inteligencia y decisión a los castellanos, poniéndolos en serios aprietos, siendo el primero en buscar alianza con otras tribus para fortalecerse, lo que no lograron comprender otros "toquis" hasta el alzamiento de Pelantaro en 1598.

No pasaría mucho tiempo, sin embargo, antes que la caballerosa y diplomática actitud de Valdivia, que se reveló como un consumado político, atrajese al belicoso enemigo a su lado, convirtiéndolo en su general; a cargo de los auxiliares fue el primer "picunche" que atravesó el Maule y luego el Biobío, derrotando a los fieros araucanos y salvando del desastre a sus aliados españoles (en Andalién y Concepción). Es muy posible que ayudase a los incas a contener a los araucanos en el primero de los citados ríos durante la guerra inca-mapuche.

Fundación de Santiago. En las llanuras del Mapocho (que los "indios" llamaban "Mapuche"), en tierras del cacique Huelén, que cedió de malas ganas echándose, además, encima la enemistad de los suyos, se fortificó un pequeño cerro que quedaba entre los brazos del caudaloso río.

El 12 de febrero de 1541 el valeroso Teniente General fundó allí la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, cumpliendo así la promesa hecha al apóstol, patrono del Ejército español, quien, según la tradición, evangelizó España.

Esto de levantar ciudades no era cosa simple. Los españoles eran harto burócratas y legalistas. Todo se hacía cumpliendo ciertas normas. Así, pues, se respetaron las disposiciones de las Leyes de Indias para formar 16 manzanas, divididas en cuatro solares cada una.

Para darles seguridad y ganar su confianza, llamó Valdivia a los caciques de la comarca, entre ellos a Hualahuala ("Los Patos", la huala es un pato), Inca Gevulonco, Millacura ("Piedra de Oro") y otros. Canjeó sus tierras por otras ocupadas por "mitimaes" en Talagante, lo que éstos aceptaron, al parecer, no de muy buena voluntad.

Erigió una cruz en el Huelén para levantar la Iglesia de la Virgen de la Asunción y fundó al pie del aludido cerro la ciudad. Levantó numerosas casas de barro y paja, lugares que asignó a sus soldados.

Valdivia amó a Chile, "porque es tal para vivir en ella y perpetuarse, no hay mejor en el mundo" (carta al Rey) y pensó quedarse para siempre en el hermoso país que conquistaba aunque el destino no le permitió terminar su obra.

Formaba la población la dotación de soldados, que no era la mejor gente de España, salvo los amigos personales y los sacerdotes que lo habían acompañado. Lo habían seguido, también, del Cuzco algunos maleantes de escasa moral e incultos, verdaderos forajidos, toda una legión de aventureros deseosos de hacer fortuna a cualquier precio. Sin embargo, militarmente hablando, eran individuos arrojados, valientes, fieles al rey, hechos para luchar, forjados por generaciones que habían combatido durante siglos contra los mejores ejércitos europeos y contra los moros, toda una élite militar, una casta guerrera sin escrúpulos, que iba a chocar con otra tan indomable como ellos y a la que jamás pudieron doblegar, como tampoco sus hijos mestizos ni sus nietos.

Las tribus de Aconcagua, del Mapocho y del Choapa, engañaron a los españoles haciéndoles creer que los aceptaban. En la realidad, silenciosamente, Michimalongo los había concertado para atacarlos nuevamente, esperando sólo recoger las cosechas.

El Primer Cabildo. Confirmación de Valdivia. La voluntad de la ciudad se manifestaba democráticamente a través del Cabildo (hoy municipio) que representaba a todos los vecinos con derecho a voz ante el gobernador y el propio Rey.

Valdivia, como buen español, formó el Cabildo (7 marzo de 1541) con dos alcaldes, regidores, mayordomos y procuradores. Fueron alcaldes Francisco de Aguirre y Juan Avalos y entre los regidores figuraban Juan Fernández de Alderete, Juan Bohon, Francisco de Villagra, Jerónimo de Alderete, Martín del Solier y Gaspar de Villarroel. Fue mayordomo Antonio Zapata y procurador Antonio de Pastrana. Valdivia sentía gran aprecio por Alderete, pues, cuando llegó a América era subalterno de éste, cambiándose posteriormente los papeles definitivamente, siendo uno de sus hombres de confianza.

Fue el Cabildo la expresión del bien común y del poder más grande del Reino, después del gobernador. Los vecinos reunidos por el Cabildo, debían defender con sus propias armas y caballos la ciudad.

El Cabildo, por su parte, como órgano de la expresión de la voluntad ciudadana, encabezó estas actividades consagrando la institucionalidad urbana, pese a que en España ya había perdido fuerza y autoridad como institución por el absolutismo de Carlos V y de sus sucesores. Controló el personalismo de los capitanes que tomaban la conquista como empresa propia, cometiendo todo tipo de abusos y tropelías, con lo que se constituyó en un freno del individualismo en una sociedad violenta que se había formado en América con moldes europeos, en que los que tenían el poder y la fuerza decidían la suerte de los que no los poseían.

Como el poder de Valdivia emanaba directamente de Pizarro, cuya enemistad con los hijos de Almagro, al que había hecho matar, era pública, resultaba necesario a D. Pedro obtener un nuevo reconocimiento de sus títulos para el caso que, de caer Pizarro, subiese en su reemplazo el hijo de Almagro. El Cabildo, el 31 de mayo de 1541, designó a Valdivia gobernador del Reino "por Su Majestad".

Don Pedro, que deseaba ardientemente independizarse de la tutela de Pizarro, rehusó varias veces, astutamente, el nombramiento. Quería que se lo impusiesen para no agraviar a Pizarro. Finalmente, ante la

insistencia del Cabildo, Valdivia se vio "obligado" a aceptar el cargo, el 10 de junio de 1541, según se lo comunicó al Rey.

Quedaba, en todo caso, resguardada su inocencia frente a Pizarro al cual, según los aborígenes, le habían dado muerte los almagristas, rumor que Pastrana supo explotar con cierto beneplácito de D. Pedro que ansiaba el nombramiento para deshacerse del tutelaje poco seguro del Virrey.

Esta mentira fraguada por los mapuches resultó verdad a los pocos meses, aunque la noticia se conoció en Santiago solamente dos años más tarde. De no haber sido así, posiblemente la intención de los indígenas destinada a dividir a los españoles bien pudo haberle costado cara a Valdivia frente al celoso Virrey.

Astillero de Concón. Su destrucción.— Frente a la inmensidad del desierto y el obstáculo natural de la cordillera, Valdivia resolvió construir una embarcación que permitiese la comunicación más rápida y segura con el Perú.

Como tenía trabajos en los lavaderos de Malga-Malga, estableció en Concón el primer astillero a mediados de 1541. En agosto tuvo que dirigirse desde allí a Santiago, como veremos, y dejó a cargo de la vigilancia de los trabajos a Gonzalo de los Ríos, con 14 soldados y numerosos yanaconas.

Tangalongo, cacique de Quillota, y Chigaimanga, cacique de la región, aprovecharon la ausencia de don Pedro y asaltaron a la descuidada guarnición, matando los 14 soldados y quemando la embarcación. De los Ríos y Juan Valiente, fueron los únicos que se salvaron, además de un grupo de yanaconas que logró ocultarse en la espesura.

Valdivia, político sagaz, tomó de rehenes a 7 caciques y los encerró en Santiago, sabia medida que permitiría a poco, en gran parte, la salvación de la capital.

El complot de los almagristas. El viaje de Valdivia obedeció al urgente llamado de Alonso de Monroy, su Teniente de Gobernador, porque había descubierto un complot fraguado por Martín de Solier, que era un distinguido hidalgo y sus enemigos de siempre, representantes de la corriente almagrista, Alonso de Chinchilla y sus suegro Antonio de Pastrana. Los tres perdieron la vida junto a otros, en manos de la justicia del conquistador que, sin embargo, no se atrevió a hacer lo mismo con Sancho de Hoz, seguramente para evitar falsas imputaciones en razón de haber detentado éste títulos reales para la empresa. En todo caso, una vez más, Sancho de Hoz probó la firmeza de los grillos salvándose por un pelo de la horca.

La Gasca, conociendo el proceso iniciado a Valdivia por estos sucesos que habían costado la vida de varios españoles, de lo que era celosa la corona, aprobó en definitiva la actuación del gobernador.

Volvió la paz al Reino, por escaso tiempo pues, como hemos dicho, los indígenas preparaban su segundo alzamiento.

Destrucción de Santiago. Valdivia, siempre dispuesto a tomar la iniciativa, decidió salir a aplastar la concentración más numerosa de indígenas que era la del Cachapoal por ser evidente que habría un alzamiento. Salió a la cabeza de unos 100 soldados, dejando en Santiago, 32 jinetes, 18 arcabuceros y alrededor de 400 yanaconas; allí había acumulado las cosechas para asegurar la subsistencia durante dos años, providencial medida que al final los salvó de morir de hambre.

En la tranquila noche del 10 al 11 de septiembre de 1541 el soldado Santiago Azoca cumplía su monótona guardia. Interrumpiendo sus sueños de grandeza, alcanzó a dar la alarma.

En la noche del 11 de septiembre, Michimalongo, que no había querido aprender la lección de su derrota anterior, atacó Santiago a la cabeza de 8.000 "conas", dejándose caer en masa sobre la firme empalizada con una lluvia de flechas y piedras. La lucha fue feroz; los aborígenes incendiaron los ranchos y los españoles se vieron obligados a retroceder concentrándose en la plaza.

Según los historiadores, gracias a que la valiente doña Inés hizo degollar por iniciativa propia a todos los rehenes, entre ellos a Quilacanta representante del Inca e hizo colgar sus cabezas por encima de las paredes del fuerte, los nativos se desbandaron ante una nueva carga española, en la que ella misma participó.

Estimamos que la aseveración que da por terminada la lucha con la exhibición de las cabezas de los caciques es un poco precipitada.

Indudablemente, doña Inés Suárez luchó con ardor y valentía y por su propia mano cortó la cabeza de algunos de los caciques cuando Hernando de Torres le preguntó, indeciso, en qué forma debía matarlos y con una cota de malla salió fuera del fuerte a repartir sablazos, junto con Francisco de Villagra y Francisco Aguirre.

Veamos. El ataque se inició el 11 de septiembre, según Mariño de Lobera, 3 horas antes del día o sea, en la noche alrededor de las 4. A.M. Como las cabezas no las querían para guardarlas, han debido exhibirlas de inmediato y lanzarlas sobre los atacantes, lo que pudo paralizar momentáneamente las acciones.

Pero, según el historiador, la batalla continuó con igual fiereza durante "gran parte del día". En consecuencia, no es efectivo que los indígenas se hayan horrorizado con el escalofriante espectáculo. No olvidemos que, usualmente, ellos hacían lo mismo y que, incluso, bebían chicha en los cráneos de sus enemigos más valientes, sin asustarse.

A medio día, hicieron los españoles una nueva carga, ayudados por los yanaconas traídos del Perú, que fueron sus fieles amigos y se produjo una suspensión del ataque y un breve descanso.

Michimalongo llegó en esos momentos con otros cinco mil hombres de su reserva. Alto, fornido, alegre, de rostro agraciado (Mariño) arengó a su gente.

Esta vez el "toqui" quiso estar seguro y antes de lanzar el ataque decidió adoptar medidas de seguridad para su éxito, más aún cuando sus refuerzos deben haber sido aliados "promaucaes" que recién llegaban al combate.

Como el temor del "toqui" eran los caballos que hacían estragos en sus filas, envió espías al fuerte que contasen cuántos quedaban. El sabía que eran 32, pero sus mensajeros contaron 33...

Posiblemente contaron mal, pero llevaron la noticia al campamento suscitándose inquietos comentarios. A los indios les entró el temor de la superstición. Corrieron la voz que otra vez estaba el guerrero del caballo blanco que participaba en la batalla (el apóstol Santiago para los españoles). A éste sí que temían los salvajes. Los espantaban los espíritus vengativos y los seres sobrenaturales. Es posible que por este lado les entrase el pánico, no por la muerte de sus caciques, sino que por los espíritus de a caballo... Esto retrasó el ataque "picunche", cediendo la iniciativa al campo español.

Había caído la noche. Este intervalo de indecisión en el ataque, que creemos más bien dedicado al pillaje de la ciudad destruida, con

un interesante botín de ropa y alimentos, indujo a Alonso de Monroy, jefe de la plaza, a arengar a los suyos haciéndoles ver la oportunidad de quebrar a los atacantes y salir (los 33...). Al amanecer, la ciudad o más bien lo que quedaba de ella, estaba a salvo.

Cuando Valdivia regresó del sur, se encontró con un lamentable espectáculo de desolación y hambre. Se había perdido todo, ropa, casas, enseres, alimentos, cosechas; fuera de un par de aves, tres cerdos y dos puñados de trigo, no quedaba nada. Otro habría tomado los escasos bártulos y emprendido el regreso. Otro, pero no don Pedro, que empezó de nuevo. Todos, incluso Valdivia, tuvieron que someterse al más riguroso racionamiento, alimentándose como los aborígenes de tallos y raíces. Sólo recibieron la cooperación de sus escasos y fieles yanaconas, que cumplieron con ellos cogiendo cuanta sabandija, bicho o ratón se les puso al alcance de la mano y ayudándoles a trabajar la tierra.

Según Mariño de Lobera, estas privaciones duraron 7 años. Años de trabajo duro para reedificar la ciudad y hacer producir una tierra virgen, llena de promesas.

El temple y capacidad de trabajo de Valdivia, sobreponiéndose a las más adversas circunstancias, son dignas de resaltarse. Jamás paralizó la conquista ni se amilanó por fracasos tan graves como la destrucción de Santiago y pérdida de sus vituallas y medios de subsistencia. Como siempre, como peón cualquiera, sin doblegarse al destino, inició la reconstrucción con entusiasmo impartiendo ánimo y fe a sus desalentados compañeros.

Fue el hombre que en cada eventualidad era capaz de encontrar el camino y remedio justo para reparar el mal en lo comunitario, en lo económico y en lo militar. Tenía, en verdad, pasta de conquistador, poseía lo que hoy llamamos "carisma".

Con una sagacidad extraordinaria logró captar, antes que los demás, las soluciones precisas que los hechos requerían. Se tragó, por ejemplo, las excusas de los nativos que le aseguraron su inocencia y culpaban a tribus venidas de otra comarca como las que habían caído sobre la ciudad, desconfiando en su fuero interno de sus promesas. Igualmente, simuló ignorar que esas tribus afuerinas habían sido concertadas por Michimalongo para el ataque.

Sin embargo, si en 1536 "promaucaes" y araucanos se habían aliado contra Gómez de Alvarado, no habría sido extraño que Michimalongo hubiese aceptado su apoyo, pues, siendo tan escasos los "picunches" resulta inaudito que juntase unos 8.000 hombres en el primer ataque y al final llegasen otros 5.000 de refuerzo.

Aquel puñado de españoles. Estudiando la Historia, se admira la gran capacidad de combate, resistencia y patriotismo de los españoles que acompañaron a Pedro de Valdivia, pudiendo sostenerse que la calidad humana y guerrera de los que posteriormente fueron llegando, con otros gobernadores, algunas decenas de años después, fue física y psíquicamente diferente y muy inferior, especialmente tratándose de mestizos o hijos de acomodados españoles, nacidos en el Perú, donde la riqueza traía aparejada la pereza y la falta de ánimo de lucha.

Era una élite de gente venida de España en cuya sangre se habían volcado las características étnicas de numerosos pueblos que formaron la raza, habiendo pasado la Península por la dominación de iberos, celtas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, vándalos, suevos, árabes, judíos, etc., que se amalgamaron en una apretada síntesis que generó el alma y mentalidad españolas.

En la prehistoria es el celtíbero el rebelde, amante de la libertad, el luchador infatigable, empeñado en guerrillas durante 200 años con los romanos, quienes reconocen su valor y lealtad, al extremo que al recibir Octavio el título de Augusto, el Senado lo juramentó "a la manera celtíbera".

El español, feroz en la guerra, capaz de derrotar a los ejércitos de Napoleón alzándose contra el invasor en una lucha nacional incontenible, absorbió la suavidad del cristianismo predicado por Santiago el Apóstol y San Pablo, que formó en su espíritu de soldado aventurero el cruzado que, junto a la espada al cinto, llevaba la cruz en la palabra.

El último romano que proclamó el catolicismo como religión oficial del Imperio fue español, Teodosio, logrando fusionar finalmente la Fe y el Estado, idea que subsistiría en los monarcas españoles, en especial en Isabel y Fernando, Carlos y Felipe y que fue transmitida al pueblo como un concepto legendario que prendió en su psiquis permitiendo la epopeya de la conquista de América, con ribetes propios del alma española, que dieron a la empresa un carácter cristiano, que posteriormente fue asegurado por las Leyes de Indias.

Esta era la calidad humana del soldado llegado con Valdivia, dispuesto a dar la vida por alcanzar la fama, sirviendo hasta la muerte al rey y a su religión, con la esperanza de morir rico.

El éxito de pequeños grupos de emigrantes armados frente a multitudes de nativos, aunque pésimamente mal armados, debe analizarse, también, comparando no sólo las armas de hierro castellanas sino otros factores como el de la alimentación de los aborígenes que se sustentaban en base a maíz o harina de maíz, mezclada con agua (ulpo) y a veces con ají, o piñones (como los "pehuenches") y en períodos de sequía sólo con tallos y raíces. Los españoles, en cambio, acostumbraban comer carne y tenían una alimentación más compensada. Los aborígenes de la costa se alimentaban con pescado y mariscos.

El deseo de volver. La misión de Alonso de Monroy. Muchos soldados decepcionados por la pobreza del país y la gravedad de la situación, quisieron regresar al Perú, otorgando Valdivia permiso a sólo seis de ellos; entregó el mando de la pequeña expedición al Capitán Alonso de Monroy, quien llevaba la misión específica de contratar más gente y conseguir mayores recursos en el Perú.

Para favorecer la tarea, D. Pedro envió todo el oro que había acumulado para impresionar a los incrédulos de las bondades de Chile. Para aligerar la carga del oro enviado, lo fundió haciendo vasos, estribos, espuelas, empuñaduras de espadas, etc. Con Monroy viajaban las esperanzas del Gobernador de llegar al corazón de los españoles provocando su codicia.

El "caciquillo" de Copiapó, inexplicablemente no tomado como rehén, empezaría a darle dolores de cabeza a don Pedro.

Sabiendo, por sus espías, la salida de la expedición, le preparó una desagradable sorpresa.

Al pasar por Copiapó, los confiados españoles fueron atacados por los naturales con una ferocidad extraordinaria, salvando la vida solamente Monroy y Pedro de Miranda, gracias a la oportuna intervención de su captor, el cacique Cateo, cuya hermana parece haberse prendado de él.

Instigador de la captura fue el español Francisco de Gasco que vivía con los aborígenes y al ver tanto oro ante sus narices se tentó más allá de lo conveniente.

Este incidente fue gravísimo para Valdivia, pues con Monroy había enviado 7.000 pesos oro para pagar deudas a su socio y acreedor Francisco Martínez, quien dudando de don Pedro, estaba preparándose para viajar a Chile a exigir una rendición de cuentas.

Los desesperados españoles cautivos comprendieron que su misión era decisiva para la conquista; convencieron a su amo cacique que, siendo todo un caballero, debía aprender a montar a caballo y entre clase y clase, un buen día le dieron una lanzada, matándolo; luego huyeron y se llevaron con ellos al traidor Gasco.

La lealtad de Monroy. Su regreso. El buen Monroy lo había perdido todo en Copiapó, menos lo principal en estos casos, el poder otorgado por Valdivia para obligarse por él. Llegó a Porco, donde don Pedro era conocido por su mina y el padre González Yáñez le facilitó cinco mil pesos para realizar su misión. Nada podía hacer en el sur del Perú porque allí gobernaba Almagro el Mozo, hijo de don Diego, que siendo un niño lo habían traído a Chile. Como Vaca de Castro estaba a punto de irse a las manos con Almagro, no recibió socorros de aquél y sólo después de la batalla de Chupas (16 de septiembre 1543), se le autorizó para enganchar gente para Chile. Pero Vaca de Castro, le otorgó solamente el reconocimiento de Valdivia como teniente gobernador, lo que en nada solucionaba la inestable posición del conquistador.

En estas condiciones, el viaje no pudo ser muy rápido y llegaron al Cuzco el 23 de septiembre, después de siete meses de penurias, mientras el desesperado Valdivia y sus esforzados soldados luchaban, pala en mano, contra la naturaleza para sembrar y cosechar frutos que asegurasen su subsistencia.

Cuando Monroy pasó por Arequipa ubicó a Lucas Martínez, que era entrañable amigo de Valdivia, quien se espantó con las noticias que amenazaban la existencia y éxito de su camarada. Como era un hombre adinerado, pues trabajaba los minerales de Tarapacá (plata), fletó un barco que comandó Diego García de Villalón, otro amigo de don Pedro y que llenaron de armas, pólvora, municiones, ropa, herramientas; además se embarcaron proveedores y comerciantes que se aventuraron a hacer el viaje para cambiar su mercancía por el oro que se suponía acumulado.

El acomodado Cristóbal de Escobar, por esas cosas del destino, siendo ya un hombre viejo, se entusiasmó con la idea de venir a Chile e invirtiendo gran parte de su fortuna, logró enganchar 70 soldados. En el viaje por tierra perdió la nariz por congelación, lo que no parece haberle importado mucho, pues siguió el viaje con el mismo empeño, entusiasmado por Monroy.

Llegaron a Santiago, el 20 de septiembre de 1543, aumentando así el número de españoles a 190, cantidad respetable para los escasos "picunches", que se retiraron prudentemente.

Admiraban el valor de los españoles y los respetaban, por lo que la presencia de una fuerza armada tan poderosa y la batida que había dado Valdivia a Tangalongo, señor del valle de Quillota, donde fundó un fuerte para evitar la repetición de los hechos de Concón, los hizo comprender que era mejor no provocar a los "huincas".

Todo el gasto de aparejar barcos y expediciones terrestres hecho por los amigos de Valdivia, sin que se lo pidiesen, fue prestado y bajo la sola palabra de Monroy se montó el socorro, como en las películas de suspenso, justo cuando la cuerda no daba para más... En honor a la

verdad, agregaremos que Valdivia pagó hasta el último centavo a sus amigos y que a raíz de estos acontecimientos nació una verdadera hermandad con García Villalón.

Por aquellos años las cosas no se daban tan aceleradas como hoy y, pese a que Monroy había llegado en septiembre de 1541, el *Santiago* llegó a Valparaíso en septiembre de 1543, siendo recibido con un alborozo extraordinario por los 118 semidesnudos españoles que iban quedando. Después de años de angustia, habían llegado, al fin, socorros...

Por García supo recién don Pedro de la muerte de Pizarro, lo que políticamente fue un alivio para él en vista del nombramiento hecho por el Cabildo que significaba desconocer la legitimidad del título otorgado por el difunto Virrey.

El conquistador avanza. Valdivia, hombre de espíritu impaciente, motor de la conquista, estimó necesario avanzar hacia el valle del Cachapoal (a la altura de Rancagua).

Frente a 80 hombres se enfrentó a los aborígenes atrincherados en un "pucará" en Palta, con fosos y albarrada. La lucha duró varios días y, al final, aceptó las paces de los "picunches" (nortinos y "promaucaes"). Cuando se descuidó, creyendo pacificados a los sublevados, fue atacado por sorpresa y casi derrotado, lo que lo decidió a regresar para iniciar una campaña mejor programada.

Su primera tentativa de conquistar el país había fracasado. Comprendió Valdivia que para cumplir la tarea necesitaba más gente y el apoyo de las tribus "picunches" como auxiliares y no como enemigos, ya que habían demostrado una admirable capacidad de combate. Hombre sagaz por naturaleza y experimentado, regresaba decidido a ganarse la confianza de las "rehues" que lo habían enfrentado. Nada ganaba con castigar las tribus alzadas.

Seguidos los castellanos por los mapuches ("picunches"), que creían que los habían vencido, dio vuelta Valdivia de improviso y con la caballería causó estragos en las filas de sus perseguidores. Los aborígenes huyeron a las montañas, pero a su paso arrasaron con todo: chozas, sementeras, etc., lo que, para Valdivia, que necesitaba de su unión y alianza, fue motivo de gran preocupación, por lo que encargó a sus capitanes Francisco Villagra y Francisco de Aguirre seguir a los fugitivos y convencerlos de sus buenas intenciones.

La gestión tuvo un éxito regular, pues sólo una desconfiada parte regresó, a los que se les proporcionó tierras y semillas. El resto huyó hacia el sur, a juntarse con otras tribus belicosas.

Pero Gómez (o Pedro), mientras tanto, había avanzado por el valle del Aconcagua; mas, atacado por el tenaz Michimalongo, tuvo que regresar por carecer de fuerzas suficientes.

A su regreso, el propio Valdivia se hizo cargo de la situación y se dirigió contra Michimalongo el cual, astutamente, se retiró hacia el norte a buscar mejores posiciones, hasta el valle del Limarí, donde ocupó una garganta muy estrecha que fortificó hábilmente.

El encuentro fue violentísimo y si bien por el lado español no hubo muertos, los contusos fueron innumerables.

La victoria castellana obligó a Michimalongo a retirarse más al norte, lo que hizo que el tráfico de Santiago al Perú se hiciese peligrosísimo.

Para conjurar el peligro y tener un punto de apoyo seguro, Valdivia ordenó a Juan Bohon dirigirse al norte con 30 hombres y fundar una ciudad que permitiese controlar la zona intermedia entre Santiago y Copiapó, abriendo y despejando la vía terrestre al Perú.

Después de 3 meses de encuentros afortunados, Bohon fundó a fines de 1544 la ciudad de La Serena.

Juan Bautista Pastene, un hidalgo del mar. Genovés, designado por Vaca de Castro para comandar la nave que trajo socorros a Valdivia (1543), se ganó la confianza de éste que lo designó capitán general del mar. Fue un hombre decisivo en el desarrollo de los planes de la conquista. Leal, honrado y capaz, merece que la Historia lo recuerde y no lo haya echado al olvido.

Llegó a mediados de 1544 al mando del *San Pedro*, fletado aparentemente por Juan Calderón, dependiente de Vaca de Castro, para encubrir negocios que éste, pese a su espíritu de comerciante, no podía realizar siendo el Virrey del Perú, lo que le acarreó más tarde un grave proceso por codicia (B. Arana).

Junto con el *Santiago*, el *San Pedro* se dirigió al sur en septiembre de 1544 para hacer actos de posesión sobre los territorios que el conquistador no había logrado ocupar. Lo acompañaban connotados hombres como Jerónimo de Alderete y Rodrigo de Quiroga. La dirección obligada era seguir la ruta al sur hasta el Estrecho de Magallanes, si era posible.

Por el sur, llegó a un punto donde fundó el puerto de San Pedro y regresó al norte tomando posesión de tierras en nombre del Rey. Descubrió el río de Aynilebo y el pueblo de Aynil, que denominó "Valdivia", llegando luego al Biobío. Sus informes sirvieron más tarde, para que los castellanos fundasen ciudades importantes.

A su regreso, Valdivia encargó a Pastene, llevar, junto con Monroy, su pequeño tesoro al Perú para reclutar gente y consumir la conquista.

Valdivia tenía su mente permanentemente en ebullición. Se embarcó con Pastene y se dirigió a La Serena. Dejó en el barco sus esperanzas de días mejores para su empresa.

Pastene siguió al Perú con Alonso de Monroy y Antonio de Ulloa, natural de Cáceres, mientras Valdivia regresó por tierra, reconociendo la región.

Pastene, venciendo las ideas e intrigas de Ulloa, logró comprar en Lima un barco y, con 30 hombres, partió a Coquimbo, donde llegó a fines de septiembre de 1547. En 1550 acompañó por mar a la expedición de Valdivia y estuvo presente en la fundación de Concepción. García Hurtado de Mendoza lo confirmó en el cargo como su capitán de mar y llegó a ser alcalde de Santiago.

Pastene fue, pues, el primer navegante de Chile, el padre de nuestros marinos, hombre de grandes virtudes, que nuestros hombres de mar han heredado.

Segundo viaje de Monroy. Así como don Pedro hacía cosas buenas, también las hizo malas, por confiado y por ser hombre de absoluta buena fe.

El aludido Ulloa era un consumado bellaco, que ya había complotado con Sancho de Hoz en la primera oportunidad que éste trató de asesinar a Valdivia en Atacama.

El buen don Pedro juntó \$ 70.000 que entregó a Monroy y algo de dinero que dio a Ulloa para que fuera a España, donde tenía, según él, relaciones cercanas a la Corte, a dar noticias de la conquista y obtener beneficios y honores para Valdivia.

Ulloa se concertó, antes de partir, con Sancho para hacerle una mala jugada a Monroy.

Pasaban los meses y no llegaban noticias de Ulloa. Don Pedro, impaciente, envió en 1546 a Juan de Avalos, con copias de las cartas entregadas al primero y \$ 60.000 conseguidos en su mayor parte "prestados", de muy malas ganas, entre los colonos. ¿Qué había ocurrido?

Cuando llegó Pastene a Santiago en octubre de 1547, Valdivia supo las últimas noticias. Vaca de Castro había sido apresado por el nuevo Virrey Blasco Núñez de Vela, contra quien se había alzado Gonzalo Pizarro, lo que equivalía a alzarse nada menos que contra el Rey. Las noticias eran como para asustarse, por la peligrosa amistad entre don Pedro y los Pizarro. La Audiencia, por suerte, había apresado al Virrey y Gonzalo había jurado como gobernador. Por su parte, el desesperado Virrey había pedido auxilios al Ecuador y en un enfrentamiento con Gonzalo, en Añaquito, don Blasco había muerto.

Como epílogo de esta tragedia política, el buen y noble Monroy había muerto y Ulloa descaradamente lo había traicionado, quedando de manifiesto que estaba en connivencia nada menos que con el inefable revolucionario, don Sancho de Hoz.

La traición de Ulloa. Ulloa se concertó con Antonio de Aldana, su primo, lugarteniente de Gonzalo Pizarro, que deseaba ardientemente, pese a ser su amigo, usurpar los títulos de Valdivia. Pretendía lograr que Pizarro mantuviese a don Pedro aislado en Chile, sin enviarle ayuda. Le quitó el dinero al desesperado Monroy y se lo entregó a Ulloa, para montar una expedición contra Valdivia y colocar en su reemplazo a Sancho de Hoz. Logró llegar con 130 hombres sólo hasta Atacama. La expedición fracasó en definitiva.

La nueva traición de Hoz. Aprovechando el descontento de los encomenderos por haber reducido Valdivia las encomiendas de 60 a 32 (en 1544), don Sancho trató una vez más de asesinarlo. Fue descubierto por las recientes revelaciones de Pastene que acababa de llegar. Valdivia nuevamente le salvó la vida. No tardaría Sancho de Hoz en traicionarlo otra vez.

Deudas del Conquistador. Valdivia se desesperó y no quiso esperar en Santiago que su destino se jugase en el Perú. Sobre esto volveremos más adelante.

La empresa de conquista que Valdivia había montado era, sin dudas, económicamente hablando, superior a sus fuerzas. Valdivia no tenía título alguno para aspirar a una "capitulación", pues no era ni mariscal ni gobernador o adelantado como Almagro. Explotaba exitosamente una mina de plata en Porco y era un progresista encomendero. Con gran esfuerzo logró reunir apenas 900 pesos de oro y préstamos por otros 15.000 para adquirir armas y caballos. Por lo mismo, se había asociado con Francisco Martínez, conocido y desconfiado patrocinador de empresas de este tipo, hombre dedicado al comercio, quien hizo de capitalista en el negocio.

Estando todo planificado y habiendo encontrado a última hora tres socios para acordar con Pizarro el envío por mar de los elementos para la fabulosa aventura, por el valor de 10.000 pesos oro, apareció, un negro día, Pedro Sancho de Hoz, nada menos que con una "autorización" en la mano para explorar la costa de Chile "al sur de Magallanes", términos imprecisos en esa época en que prácticamente nadie sabía a ciencia cierta qué era "Magallanes" y qué podía existir al sur de tan quimérico punto de referencia.

Basta examinar un mapa de aquellos siglos para comprender que no decía la capitulación absolutamente nada, pero era un título formidable para montar una empresa, lo que desde luego perjudicaba a Valdivia.

Este personaje Sancho de Hoz había ya participado en la conquista del Perú, por lo que era tipo de muchas influencias y que gracias a su participación en el tesoro de Atahualpa y otras riquezas, tenía magníficos contactos en la Corte. Era de suponerse entonces que abusaría de sus títulos para amagar cualquier éxito de Valdivia anteponiendo los suyos. Por ello, a Valdivia no le quedó otro recurso que, de malas ganas, asociarlo en la empresa antes que perderlo todo, máxime cuando no tenía fama alguna ni renombre entre los allegados a la corona. Valdivia, a regañadientes, tuvo que cederle parte de la mitad que correspondía en el negocio, sin tocar la mitad de Martínez, reservándose el mando de la expedición, pero con la idea de deshacerse de Sancho, honorablemente, lo más pronto posible.

Como sabemos, tuvo suerte, pues partió con 9 hombres y en el camino se le fue juntando más gente y al llegar a Copiapó ya eran 150 expedicionarios.

En 1543, Martínez se trasladó a Chile a reclamar la nulidad de la sociedad con Valdivia y al final, de común acuerdo, la disolvieron arbitrariamente, pagando don Pedro a su ex-socio \$ 2.518 oro. Fueron penurias económicas del conquistador.

En cuando a Sancho de Hoz, como comentamos en otra parte, trató dos veces de asesinar a Valdivia, pero él prefirió ignorar el hecho por razones de conveniencia.

Don Pedro se había endeudado más allá de lo razonable, pero confiaba que el reino sería capaz de proporcionarle los recursos para cancelar sus obligaciones. Tenía un pasivo de arrastre impresionante; mas, su activo fijo era el trabajo, la conquista y la explotación del territorio que una vez pacificado produciría los frutos esperados. Confiaba en Chile. Fue el primer ser humano que confió en esta noble y larga faja de tierra.

La actitud de Valdivia de explotar yacimientos auríferos y de esclavizar a miles de "indios" en las faenas (cosa natural de la época) se explica por sus agudos problemas económicos. Tenía compromisos urgentes que cancelar a los que no podía eludir y le inquietaban seriamente.

Los 7.000 pesos oro que logró extraer de Marga-Marga los perdió Monroy al regresar por tierra al Perú y ser atacado por los "copianoes". Además, se endeudó en \$ 8.000 pesos oro comprando el cargamento del *San Pedro*. También exigió un préstamo a la propia Caja Real de Santiago, incluso en una ocasión con violencia y por último, pidió a sus amigos, para lo cual, incluso, en una oportunidad (1546) usó con audacia el púlpito después de la misa a fin de exhortarlos a desprenderse del dinero acumulado para apoyar la conquista. Finalmente y como veremos luego (1547), se apoderó en "préstamo" obligatorio del barco en que varios conquistadores desilusionados iban a regresar a España, dejándolos en tierra. Así pues, se estima que el total de gastos en que había incurrido entre los años 1540 y 1553 (13 años), ascendía a 787.000 pesos oro, o sea, casi la mitad del tesoro de Atahualpa.

Acciones en 1546. El 11 de febrero de 1546 Valdivia salió de Santiago con sólo 60 hombres. Obviamente desconocía el posible valor militar de los mapuches, que fue la causa de problemas y de su perdición final,

acostumbrado a los éxitos militares de los españoles en México, Venezuela o Perú. Las recientes informaciones de Villagra y de Pastene guiaban su incansable pensamiento, en permanente ebullición mental.

Pasó el Maule y luego el torrentoso Itata, tomando camino a Quimel. Se fue dando cuenta, preocupadísimo, del hecho alarmante de la densidad de la población que habitaba la región y del odio con que los observaban.

En Quilacura batió a 200 atrevidos nativos que huyeron despavoridos, pues jamás habían imaginado ni visto un blanco ni un caballo pero, en la noche, negra y silenciosa, a no más de 13 leguas de Penco, sobre el campamento español se dejó caer repentina y sorprendentemente el grueso de la fuerza armada indígena; ésta estaba constituida por tribus dirigidas y azuzadas por sus caciques, sin un comando definido ni un bosquejo de plan de ataque organizado, por lo que los aborígenes se retiraron totalmente destrozados después de varias horas de combate, en el que posiblemente participaron 8 mil hombres.

Valdivia levantó su campamento apresuradamente llegando al otro día a las tierras del cacique de la región Andalién (Antulien: "Plata del Sol"): recorrió las escabrosas riberas del Biobío y el lugar en que hoy está ubicada Concepción. Había inquietud entre su gente, impresionados vivamente por la rudeza del ataque y el exceso de población de indígenas en la región.

El ejército enemigo lo venía, ocultamente, rastreando desde Quilacura, engrosado por las tribus (de los "rehues" de Penco y Quilacura) que se iban sumando a su paso a la incontenible avalancha (según algunos 100 mil a los que habría que, cuerdamente, hacer una rebaja, pero nunca menos de 20 mil). De pronto sorprendentemente Valdivia se vio en peligro de ser rodeado y se refugió aceleradamente en Penco (donde fundaría Concepción 4 años más tarde).

Hizo encender fogatas en el campamento y a medianoche lo abandonó aceleradamente sin parar hasta llegar a Santiago... Fue la primera lección de don Pedro: la próxima vez, había que hacer el intento con más fuerzas, para lo cual había que atraer a Michimalongo y conseguir refuerzos en el Perú. Cuando los araucanos cayeron sobre el campamento no encontraron a nadie. Los españoles se les habían escapado por los caminos de la costa.

Pasarían cuatro largos años sin que volvieran los españoles y serían cuatro años de preparación de los araucanos para la guerra. Se ejercitaron en el arte de atacar a la caballería, combatir de noche, protegerse cabeza y cuerpo, etc.

Valdivia decide viajar al Perú. Detallaremos someramente los acontecimientos, que no son materia de fondo de este libro y sólo para ubicarnos en los hechos y en el tiempo.

Las noticias de Pastene tenían alarmadísimo a Valdivia, pues resultaba indudable que sus enemigos complotaban exitosamente en su contra dentro del clima de violencia, propio de la conquista y derivado de la situación política que vivía Europa, en que el pez más grande devoraba al más chico y en que el dinero y la ambición lo movían todo. Además, no podría intentar la conquista del sur del territorio con las fuerzas y elementos con que contaba.

En noviembre de 1547 terminó por decidirse a viajar al Perú al conocer por Diego de Maldonado, uno de los que seguían a Ulloa y que había preferido continuar por su cuenta a Chile, la noticia que Pedro de la Gasca se aproximaba al Perú por encargo del rey y que la escuadra había abandonado a Gonzalo Pizarro plegándose a su enemigo. El

nombre de "Pizarro" se convertiría en breve en un estigma para sus protegidos, entre ellos don Pedro.

No podía ya Valdivia permanecer de espectador en el desarrollo de acontecimientos políticos en que cualquier aventurero allegado al partido vencedor, incluso si apoyaban a Pizarro y éste triunfaba, tendría derecho a arrebatarle sus magros títulos, no habiendo podido prevalecer aún sus derechos en vista de los fracasos de sus emisarios, tanto Ulloa como Juan de Avalos (Avalos regresó a Santiago en 1548 cuando Valdivia estaba en el Perú).

Difícil tarea se imponía, pues había agotado los fondos al remitirlos con sus enviados. Sin embargo, la audacia de Valdivia lo llevó a concebir un plan.

Hizo correr la voz de que quienes desearan regresar al Perú podrían hacerlo, poniendo a disposición el barco de Pastene (primeros días de diciembre de 1547).

Más de una docena trasladaron a Santiago el oro acumulado con grandes esfuerzos y privaciones, muchas veces ganado a costa de sus vidas.

Valdivia les dio una opípara y regada comida de despedida y, en medio del ágape, los invitó a firmar un acta en que se comprometían a no difamar la conquista y sus resultados para no desmoralizar a futuros colonizadores. Mientras firmaban los incautos, don Pedro se embarcó en el único bote que estaba disponible y se hizo a la mar, fuera del alcance de sus amigos, en medio de maldiciones cuando fue sorprendido. Hubo uno, según los historiadores, que enloqueció y lo individualizaron como el escribano Juan Pinel, que esperanzado regresaba a España a dotar a sus pobres hijas casaderas. En 1549, al regreso de Valdivia, terminaría ahorcándose desesperado, lo que constituyó un grave remordimiento para don Pedro.

En total, el dinero propio y "prestado" reunido, ascendía a unos 100 mil castellanos y respaldaron la presencia del conquistador en el Perú. Valdivia juró e hizo dejar constancia, que así había obrado con sus amigos por el servicio del Rey y para salvar la empresa, dejando a Francisco de Villagra de gobernador interino, el cual dio seguridades de pago, por encargo expreso de Valdivia. La deuda, dicho sea de paso, fue cancelada posteriormente.

Muerte de Sancho de Hoz. Valdivia permaneció unos días al ancla en Valparaíso. En Santiago, Sancho de Hoz encabezó una revuelta, confabulado con los encomenderos descontentos y apoyados por los defraudados viajeros, programando, incluso, llegar hasta el barco de don Pedro y barrenarlo. Denunciado, fue aprehendido y, estando confeso, fue decapitado por orden de Villagra que tenía mal genio. Su cabeza fue exhibida públicamente ante los horrorizados santiaguinos que vieron sacar en vilo su cuerpo, sin cabeza, desde la casa de Francisco de Aguirre (8 diciembre 1547).

Don Pedro quedó vivamente impresionado (9 diciembre) al conocer la noticia a bordo de la nave, por las consecuencias que podía acarrearle la ejecución de su ex socio, hombre aceditado ante la Corte. Tan mal presagio no tardó en cumplirse.

Valdivia en el Perú. Sólo el 13 de diciembre de 1547 pudo zarpar el *Santiago*, acompañando a don Pedro una docena de sus mejores hombres, entre ellos Jerónimo de Alderete y Juan Jufré que se embarcaron sigilosamente.

En Coquimbo supo que Francisco de Carvajal, el mejor soldado del Perú, al mando de las tropas de Pizarro, había derrotado en Guarina a las fuerzas del Virrey al mando de Centeno (20 octubre 1541). La noticia era como para regresarse... pero, Valdivia se jugaba la última carta y no podía hacerlo. En Tarapacá (Iquique) supo que el resto de la escuadra revoltosa se había rendido a La Gasca y los ánimos le volvieron al cuerpo.

Su brillante hoja militar lo colocó rápidamente a la cabeza del ejército real. Cuenta la Historia que cuando Carvajal vio desplegarse al ejército enemigo, expresó que sólo Valdivia era capaz de tales movimientos, adivinando su presencia ("Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo"). El triunfo de Valdivia sobre Carvajal en Las Salinas fue total, siendo saludado después de la victoria por el entusiasmado La Gasca como "señor gobernador", lo que equivalía a otorgarle, al fin, el ansiado título a nombre del rey. Efectivamente, fue oficialmente reconocido como Gobernador y Capitán General de Nueva Extremadura.

Las intrigas de Aldana. Aldana, que se había pasado al bando real, acusó a Valdivia, cuando ya había sobrepasado Arequipa de regreso a Chile, de contravenir las órdenes de La Gasca trayendo yanaconas peruanos con la gente reclutada, de incorporar pizarristas a sus huestes y del asesinato de Sancho de Hoz. El quisquilloso Virrey mandó detener a don Pedro, sin importarle su rango ni su prestigio.

El camino recorrido durante más de un mes tuvo que hacerlo ahora don Pedro de regreso y como detenido. El 20 de octubre de 1548 estaba en Lima.

El Virrey empezó la investigación y el 24 llegó don Pedro de Villagra con cartas del Cabildo solicitando el regreso de Valdivia. Traía además otra carta pidiendo se designase gobernador a Francisco de Villagra para el caso de que don Pedro, del que nada se sabía, hubiese muerto, ya que había partido a la guerra y nada se conocía de su suerte.

Los enemigos de Valdivia, llegados en el mismo barco, formularon más de 50 cargos en su contra, incluso se le acusó dolosamente de haber ido al Perú a ponerse a las órdenes de Gonzalo Pizarro. El tiempo corría y la conquista de Chile estaba paralizada. La suerte de don Pedro pendía de un hilo.

A fines de noviembre de 1548 se dictó sentencia absolutoria. Si bien se hizo justicia al ilustre gobernador, éste ha debido soportar todo tipo de amarguras y preocupaciones, con la ansiedad de ignorar su destino y el de la gente que había abandonado en su camino por tierra, de regreso a Chile.

Otra persona se habría derrumbado. Valdivia no. Era un hombre de temple extraordinario. Sólo pensó en volver rápidamente a su querido Chile a recuperar el tiempo perdido.

Valdivia, como veremos, regresó a Valparaíso a fines de abril de 1549.

La larga ausencia. Destrucción de La Serena. Descabezado el mando en Chile, Francisco de Villagra se comportó como un fiel y leal amigo de Valdivia. Si se había enviado a Pedro de Villagra al Perú no fue con el afán de desplazar a su jefe, sino que por instancias del Cabildo y por la omisión de Valdivia de dar a conocer periódicamente el estado de su situación. Valdivia, conocedor de la fibra humana de sus hombres, no criticó la actitud del Cabildo ni de su buen amigo y capitán.

A fines de 1548 los "copiapoes" habían vuelto a hacer noticias matando a 30 españoles y a su capitán Juan Bohon, sorprendiéndolo cuando dejó 15 hombres en La Serena, para dirigirse con 40 hombres a Copiapó a castigar a los sublevados. En la noche del 11 de enero de 1549, con los "huascos y limaríes", asaltaron La Serena dando muerte a 14 españoles, salvándose sólo Juan de Cisternas. No perdonaron mujeres, niños y auxiliares, dando lugar a una matanza despiadada en que, incluso, empalaron (sentados en una pica como a Caupolicán) a numerosos prisioneros, enseñándoles, así, a los castellanos tan cruel castigo.

Villagra salió al norte con 50 hombres a castigar a los "indios", los cuales pusieron resistencia al desembarco de los arcabuceros que llegaban por mar, pero huyeron al ser atacados por las fuerzas que se aproximaban por tierra. Villagra siguió a Copiapó, pero fue duramente atacado y tuvo que regresar a Santiago derrotado.

Las tropas que Valdivia había enviado desde el Perú, al mando de Juan Jufré, por deposición de Ulloa, muy reducidas por las deserciones, evitaron a los "indios" logrando burlar sus ataques.

Los nativos, que no habían cesado de atacar a Francisco de Villagra a su regreso a Santiago, terminaron ofreciendo las paces, que fueron aceptadas.

Sin embargo, cuando pasó hacia el sur Pedro de Villagra con los refuerzos que traía del Perú, también fue asaltado. Obviamente, si ambos Villagra hubiesen juntado sus fuerzas habrían dejado expedito el paso de Copiapó al Perú. Les faltó comunicación, harto difícil lograrla en aquellos tiempos.

El regreso de Valdivia. Don Pedro inició nuevamente el viaje de regreso y para la Pascua de 1548 llegó a Arequipa. Casi terminó allí el viaje por haber contraído una feroz fiebre, que por poco no lo convierte en difunto. Pero la Providencia había decidido que no muriese en la cama...

En enero de 1549 se embarcó en Arica en el *San Cristóbal* con 200 hombres, reclutados entre los más granados de la hez humana. Vio con amargura La Serena reducida a cenizas y llegó, al fin, a su destino.

Debemos imaginar la inquietud y sufrimiento durante todo su largo viaje. ¿Qué iba a encontrar en Santiago?, ¿y en sus lejanas marcas del sur?

CAPITULO SEGUNDO

VIENTOS DE GUERRA. EL TOQUI AYNAMILU.

Alianza Hispano-Picunche. Aunque la Historia no señala el momento preciso, parece ser que los nativos no salieron mejor librados que los castellanos por la hambruna y que, según refiere Mariño, se celebró un parlamento, al que asistieron caciques como Jaujalongo, Apoquindo, Vitacura, Colina, Lampa, Melipilla, Peumo, Pico, Teno, Gualemo, Poangue, Cachapoal, Michimalongo, etc., estableciéndose una confederación para luchar contra los enemigos comunes araucanos a cambio de su protección y ayuda.

D. Pedro, junto a doña Inés Suárez, regalaron especialmente a Michimalongo (peines, tijeras, chaquira y hasta un espejo), quien se sacó una de sus plumas, que dijo ser de un ave que se cria en los volcanes, sin salir de la nieve, que causó admiración por no poder quemarse, cosa que Mariño de Lobera jura haber presenciado en el brasero.

Los "picunches", empapados de la cultura chincha-chilena fueron fácil presa del avance español. Compararon sus dos señores y encontraron que los hispanos les ofrecían mucho más que los incas. Ahora se les daban tierras, semillas, un trato humano y chucherías desconocidas, además de la promesa de un colosal botín al derrotar a sus enemigos ancestrales.

Michimalongo comprendió que era más beneficioso acoplarse al carro del vencedor, cuya capacidad combativa había probado personalmente.

Valdivia, desde luego, reconoció los derechos y el rango de su aliado y nada de raro tiene que hasta le haya proporcionado un caballo en señal de mando para la iniciación de las campañas que emprenderían en el sur.

Se reinicia la guerra. Campaña del Norte. Sintiendo fuerte militar y políticamente, Valdivia planificó una nueva incursión por territorio enemigo.

La fuerza española se dividió en dos secciones, una de las cuales, al mando de Francisco de Aguirre, designado teniente gobernador del Choapa a Atacama, se dirigió al norte a apaciguar a los "copiapoes". La otra, que se dirigió al sur, iba al mando del propio Valdivia.

Aguirre era temido por su mala costumbre de no dejar hombre en pie. Fanfarróneamente, para mortificar a Villagra, solicitó solamente 30 hombres para consumir la pacificación nortina, a lo que se negó D. Pedro, por estimarlo sumamente peligroso y arriesgado para todos, puesto que Villagra, su mejor capitán, acababa de fracasar con cincuenta soldados. Sin embargo, el astuto Villagra, que no quería ver a Aguirre cerca del gobernador, pues la rivalidad entre ambos era manifiesta, logró influir en Valdivia, adjudicándosele los 30 soldados a Aguirre.

En la guerra ocurren cosas inexplicables. A veces el hombre es decisivo. Así, sucedió que los "copiapoes", que temían a Aguirre, prefirieron pactar con él antes de comprometerse en otra masacre, preparándose para darle un mal golpe en la primera ocasión.

Temerariamente dejó Aguirre a 20 hombres en Coquimbo, cuyo fuerte había reedificado y con sólo 10 soldados, muy bien montados, se aventuró en el corazón de Copiapó. El cacique se atemorizó cuando supo que "el de Atacama" se le venía encima y sin averiguar con cuánta gente venía, envió a su mejor capitán, Cateo, a ofrecerle la paz y asegurarle el vasallaje de su señor.

Enseguida, Aguirre envió a 5 hombres con Cateo a "saludar" al cacique, dándole muerte. Más tarde llegó Aguirre, el cual consumó la obra apresando a Cateo y al cacique de mayor importancia de la región y los mantuvo encarcelados hasta que Coquimbo se llenó de españoles y no fue posible el "mal golpe" preparado por los nativos.

Nuevo intento de invadir Araucanía. Segunda campaña al sur. En enero de 1550 creyó Valdivia llegado el momento de repetir la campaña al sur, anteriormente detenida en su intento de llegar más allá del Biobío (1546).

Esta vez, con acertado criterio político, se había atraído a Michimalongo y a los principales caciques de la región, contando con la cooperación de la gran masa "picunche". En 4 años de paz había robustecido sus fuerzas con sus nuevos aliados.

Programó la empresa enviando a Pastene por mar, con encargo de reunirse con vituallas y elementos para la guerra en el *San Pedro* (Concepción).

Al mismo tiempo envió fuerzas al norte, como hemos dicho, con lo que aseguraba su retaguardia y abastecimiento terrestre desde el Perú.

Se dirigió al sur, llevando como teniente general a Jerónimo de Alderete y maestre de campo a Pedro de Villagra y Diego de Oro, 200 hombres y numerosos "indios", tanto yanaconas como "conas", "picunches".

En carta escrita al rey el 15 de octubre de 1550, Valdivia le cuenta que el 8 de septiembre, mientras ejercitaba sus tropas para iniciar la campaña, "andando escaramuzando con la gente de a caballo por el campo, cayó el caballo conmigo y di tal golpe con pie derecho que me hice pedazos todos los huesos del dedo, desechando la choquezuela del dedo pulgar y sacándomela toda a pedazos". Estuvo tres meses en cama y salió a campaña en camilla ("silla de indios"). Por su parte, Góngora Marmolejo asegura que Valdivia se quebró una pierna, en este incidente.

Como medida de precaución, no conociendo el territorio, adelantó patrullas montadas de reconocimiento que exploraban el terreno, siguiendo atrás con el grueso de las fuerzas.

El bagaje iba en medio de la columna para prevenir sorpresas.

Los nativos, al mando de Ainavilu, seguían sus pasos por la enmarañada y salvaje floresta y en forma desordenada atacaban esporádicamente todo el tiempo, pero siempre eran fácilmente desbaratados. Llegó, así, la columna al río Laja (Nivetequen) y procedieron a cruzarlo lentamente. Nuevamente los mapuches se lanzaron atropelladamente contra los españoles para impedirles el cruce del río, pero Villagra, con su vanguardia, contrató con éxito y obligó a sus perseguidores a retirarse y esconderse nuevamente en la espesura de los bosques. Este sistema de lucha convenció a Valdivia que los araucanos eran cosa fácil de vencer, concepto errado que, al final, le costó la vida... No alcanzó a captar la evolución bélica y adaptación psíquica de los mapuches al nuevo sistema de hacer la guerra.

En la lucha participaban las tribus "picunches" del centro, que se habían retirado al ocupar los castellanos su territorio y los "promaucaes" que tanto éxito habían obtenido en su guerra con los incas y más tarde contra las fuerzas de Almagro en Reinohuelén, en su incursión al sur, hasta el Itata.

Todo hace pensar que, tal como ocurrió en estas últimas oportunidades, las fuerzas araucanas del margen al sur del Biobío habían sido llamadas por sus vecinos, seculares enemigos, para unirse contra el "huinca" invasor.

El avance continuó hasta el Biobío, devolviendo allí Valdivia a los yanaconas, quedándose sólo con los guerreros "picunches" al mando de su aliado Michimalongo, que había demostrado mayor capacidad de combate que los frágiles incas del servicio, que estorbaban su marcha y sentían terror de introducirse en Araucanía.

Como los naturales se mostraban más violentos, les hizo leer un requerimiento de paz redactado por el letrado Juan López de Palacios Rubio, lo que los dejó muy satisfechos, aunque los aborígenes no entendiesen palabra alguna de lo que se les leía. Se había cumplido con el formulismo legal, con el código debajo del brazo era otra cosa. El que se oponía era, simplemente, un rebelde, aunque fuese iletrado.

El 24 de enero aparecieron nuevamente los mapuches en la orilla opuesta del río, vadeándolo quizás por dónde, en los momentos en que los españoles construían balsas para cruzarlo. Desde luego, los conquistadores, si bien se sorprendieron por la movilidad del astuto enemigo, no se alarmaron y continuaron sus labores sintiéndose erradamente protegidos por el ancho brazo del río.

Ignoraban que los mapuches eran diestros nadadores y expertos vadeadores del río y, cuando menos se lo pensaban, vieron venirles encima una masa de guerreros ("moluches") vociferantes, que cruzaban con cierta facilidad el río a nado.

Nuevamente fueron rechazados, puesto que las simplísimas armas de madera y piedras no podían oponerse a las filudas armas de acero españolas que cercenaban sus extremidades o les producían heridas mortales. Faltaba aún un caudillo militar que los dirigiese.

Se había reiniciado, así, la interminable guerra de casi 300 años de duración entre los españoles y las tribus aliadas de ellos, contra un ejército mapuche de alrededor de 80.000 hombres, dispersos entre las tribus de Araucanía, efectivos que irían paulatinamente disminuyendo por los efectos de la lucha, el hambre y las pestes, hasta que llegarían los tiempos en que juntar 3.000 "conas" era un prodigio...

Valdivia, para burlar las concentraciones enemigas y facilitar el paso de sus pesados armamentos, estimó oportuno vadear el Biobío por otro lado, lo que, indudablemente, los nativos consideraron una derrota, que celebraron ruidosamente desde la otra orilla.

Remontó la corriente por el costado derecho del río y pronto, a los pocos kilómetros, fue atacado por nuevas fuerzas mapuches decididas a impedirles otra vez el cruce. Los valientes "aucas" ("rebeldes" en quechua), eran realmente insistentes.

Esta vez la defensa estuvo a cargo de Alderete, uno de los más sobresalientes hombres de Valdivia (llegaría a ser designado su sucesor, muriendo antes de poder asumir el cargo en viaje de regreso a España), quien desbarató a los nativos, sin experimentar bajas, siendo numerosas las de los atacantes, a los que hicieron, incluso, algunos prisioneros.

Perseguidos día y noche, siguieron remontando el río. Los araucanos atacaban y caían en gran número, sin importarles las bajas. Lo hacían en forma desordenada y sin dirección eficiente, demostrando un

concepto anticuado de la forma de hacer la guerra contra un ejército moderno, distinto al incásico, con armamento más complejo que sus simples armas de palo. La caballería ocasionaba estragos en sus filas y ellos trataban de derribar a macanazos a los monstruos con forma de animal, sin lograrlo. No tenían armas cortantes ni penetrantes para hacerlo. Sin embargo, acostumbrados a vencer a sus enemigos, no aceptaban su derrota e insistían, tesoneramente, en sus ataques.

El sector denominado "Isla de La Laja" fue escenario de duras luchas de contención del invasor que duraron ocho interminables días con sus largas noches de vela, en que los españoles no podían atravesar el Biobío.

Valdivia, por último, encontró un vado apto para el cruce y sólo con 50 jinetes cruzó el río, cargó contra los indios que los atacaron y los desbarató varias veces. Regresó repasando el río y luego el Laja menos caudaloso, dirigiéndose al oeste en busca del mar, hacia el valle de Andalién que en 1546 ya había conocido.

La hostilidad manifiesta de las reducciones hacía muy peligrosa su situación.

En la zona de Concepción, los aborígenes obedientes a Ainavilu ("Culebra Sentada") le ofrecieron ladínamente la paz. Los españoles la aceptaron de inmediato, ocupando a los mismos indígenas reducidos en buscar y probar el rendimiento de los lavaderos de oro, metal no muy apreciado por éstos, que consideraban locos a los españoles que preferían un puñado de oro antes que un cuchillo u otras especies, útiles para ellos.

No tardaron los nativos en concentrarse amenazadoramente en pocos días; los que eran empleados en las labores y estaban oprimidos, se plegaron nuevamente a la rebelión a sus nuevos amos.

Un impresionante ejército araucano de 20 a 30 mil guerreros atacó sorpresivamente el campo hispano-picunche en Andalién, cuando éstos menos lo pensaban.

Una nación sin Estado. Se formaron pronto nuevas unidades mapuches que aparecieron en las márgenes de Andalién y Penco (Concepción) armados de palos, piedras y largas astas puntudas. Las lagunas de Andalién corresponden al lugar en que está la actual Concepción.

Estas acciones marcan una primera etapa dentro del desarrollo del arte guerrero indígena. Más tarde, como veremos, con una inteligencia extraordinaria, imitaron a los españoles, adoptando sus armas y estilo de guerra, haciendo más difícil la conquista.

Nada de extraordinario tiene pensar que en estas acciones desarrolladas a lo largo del camino de Valdivia, intervinieron por primera vez, midiendo sus armas, hombres como Caupolicán, Tucapel, Ongol, Cayucupil, Paicaví, Lemolemo, Colo-Colo, Ongolmo, Peteguelén, Elicura, Lincoya y tantos otros caciques que más tarde darían gloria y brillo a las leyendas de Araucanía.

Por otra parte, es posible pensar que Lautaro ya estuvo comprometido en acciones, esta vez cooperando con el bando hispano, atendiendo a Valdivia, sacando las experiencias que le servirían más adelante, para realizar la tarea que el destino le tenía encomendada.

También es digno de observar que, existiendo un principio primitivo de nación entre las tribus que ocupaban un mismo territorio y tenían una misma lengua, no existía aún una idea de una nación organizada en Estado, tal como existió entre los incas, los aztecas y los mayas.

Sin embargo, merece especial atención el hecho que esta gente, en situaciones de emergencia lograra, mediante el envío de embajadores,

concertarse para formar un frente común, sujetándose a la autoridad de un jefe o "toqui", cuyas órdenes eran cumplidas, escuchando para la solución de los casos graves, a una especie de senado formado por un consejo de caciques. Podemos sostener, pues, que en situaciones de peligro nacía temporalmente un incipiente Estado, para desaparecer una vez terminada la guerra.

Al jefe se le entregaba una especie de hacha o madero con un terminal de piedra filuda de "licán", llamado "toque", símbolo del mando que originaba su nombre de "toqui".

Este espíritu guerrero, propio de las tribus que habitaban lo que hoy es Chile, desde Copiapó al sur y en especial de Araucanía, no se vio disminuido, como en el caso de las tribus que habitaban el Perú, que fueron barridas y objeto de la fácil conquista hispana.

La selecta estirpe guerrera de los conquistadores, al decir de don Francisco Antonio Encina, reconocía los moldes de su ancestro castellano-vasco, con una enorme afluencia de sangre goda, de origen germánico, que formó parte de la corriente sanguínea hispano-araucana que originó la nacionalidad chilena.

Don Leopoldo Castedo no participa de la existencia de esta corriente sanguínea; pero, indudablemente, la influencia guerrera de la raza ha debido estar suficientemente alimentada por la ferocidad de los araucanos y españoles, rivales en valentía y heroísmo.

El "indio", pues, en dos palabras, luchaba por su libertad y en tiempos de Pelantaro, después de casi 50 años de lucha, por sentirse "mapuches miembros de una misma raza y nación", aunque siempre sin un Estado organizado.

La Real Audiencia informaba en 1639 al Rey, de la codicia de los españoles por cautivar "piezas vivas" (así nombraba a los seres humanos), aprovechándose de ellas cabos (jefes) y oficiales sin beneficios para la real hacienda. Diego de Vivanco (1656) contaba al Rey que los "indios" se vendían a \$ 100 y las "indias" y muchachos a \$ 200 y a más de \$ 100 los menores de 10 años, presas cogidas de preferencia por los "indios" amigos que iban a la vanguardia, a los españoles les pagaban \$ 20 por pieza, no pudiendo vendérselos a terceros. De estas piezas le correspondía el 20% al maestro de campo y el resto al gobernador, motivo por el cual a nadie le interesaba acabar con la guerra.

El valor de los mapuches lo demostraron también las mujeres. Los nombres de Fresia, Guacolda y tantas otras, tienen su expresión exacta en Janequeo, cuyo heroísmo resalta el padre Rosales (que la llama Anuqueupu, o "Pederal de Paz"), mujer del cacique Llifeu Huepotaen, muerto por Alonso de Sotomayor (1583-92). Ella dirigió los "conas" de su marido luchando a la cabeza de sus tropas, combatiendo duramente a los españoles en Nahuelbuta, sin lograr ser sorprendida. Cuando sus guerreros fueron diezmados por las pestes (1587-88), desapareció en el follaje impenetrable de los bosques de Villarrica.

Batalla de Andalién. Volviendo a la batalla (22 de febrero de 1550), los araucanos cercaron a los españoles, formando un muro humano impresionante. Afirmados de sus brazos formaban círculos estrechos encerrando a los castellanos y caballos; cuando rodaban, alcanzados por sus armas de acero, eran reemplazados por otros. Así, impidiendo a los españoles moverse por falta de espacio y lanzando mazazos, lograron derribar a don Pedro de Valdivia, que se salvó gracias a la rápida acción de sus capitanes.

Aún más, la valiente actitud de los "auxiliares" que se mantuvieron fieles, salvó al grueso de la fuerza española tomada por sorpresa por más

de 20.000 "conas" que no seguían una dirección superior capaz de organizar el ataque.

Estos auxiliares, comandados por Michimalongo, ahora obedientes y disciplinados, cumplían las órdenes de los jefes españoles con eficiencia y prontitud; siendo tan "mapuches" como los araucanos, tuvieron desde ese momento decidida participación en la conquista, supliendo su inferioridad numérica con la excelente dirección de los admirables capitanes castellanos.

El aplastante número de los atacantes, los que con gran temeridad y arrojo trataban de apoderarse de las armas castellanas y lo estrecho del terreno irregular, no permitía el despliegue de la caballería, por lo que los españoles, después de agotadoras horas de combate, no lograron inclinar la suerte de la batalla a su favor. En tres horas, cien hombres de a caballo no habían logrado penetrar en los escuadrones enemigos.

En vista de esta difícil situación y de la anulación de la caballería, Pedro de Villagra convenció entre gritos y órdenes a Valdivia de desmontar a los soldados, formando una valla de acero impenetrable de picas, lanzas y espadas, donde los atacantes fueron contenidos y barridos por los flecheros "picunches", que alumbraban con carrizos encendidos el campo de batalla para iluminar el terreno.

La idea providencial de Villagra cambió los resultados del combate, hasta que en un supremo y desesperado esfuerzo, los españoles rompieron el frente, lanzándose con los auxiliares en persecución de los araucanos, protegidos por la caballería.

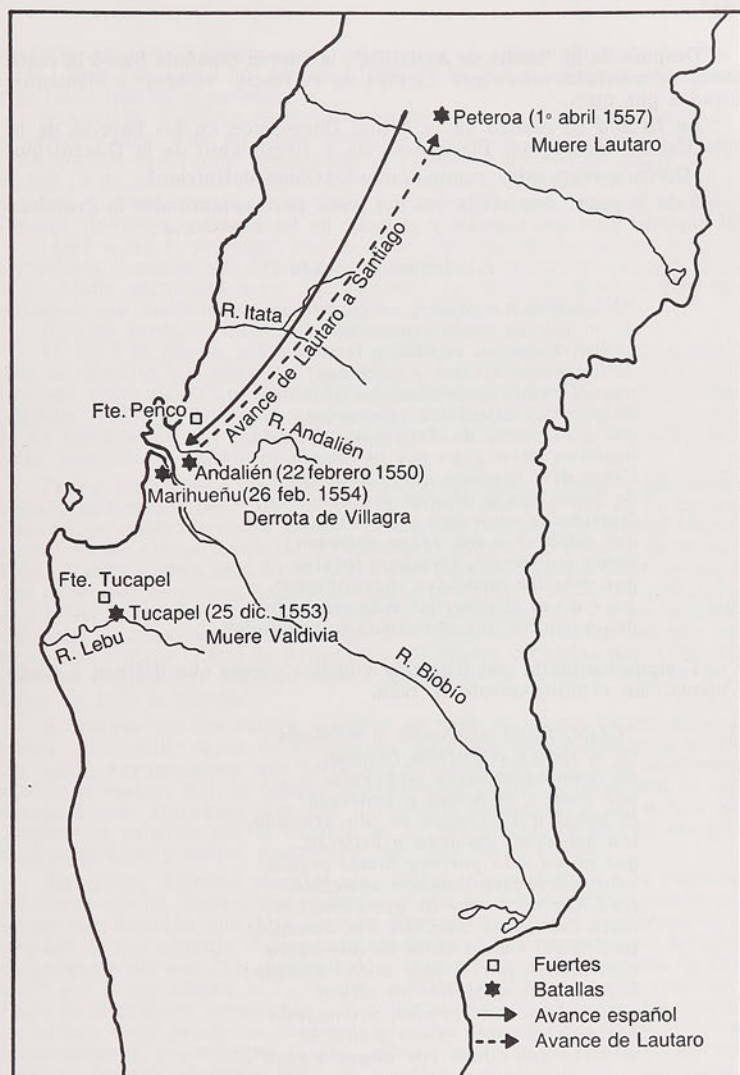
El sistema primitivo de atacar en masa y en un solo bloque sería la causa de muchas derrotas araucanas, hasta que el brillante cerebro militar de Lautaro cambió la situación. Este introdujo la táctica de atacar en grupos, los que, una vez agotado su empuje, se retiraban para ser reemplazados de inmediato por otro grupo de reserva, con armas distintas a las empleadas por el anterior.

Valdivia estaba vivamente impresionado por el coraje de sus enemigos. En una larga carta, de octubre de 1550 decía al Rey: "Acometiéronos con tan gran ímpetu y alarido que parecían hundir la tierra y comenzaron a pelear de tal manera que, prometo por mi fe, hace 30 años que sirvo a Vuestra Majestad y he peleado con muchas naciones y nunca tal tesón de gente he visto jamás en el pelear".

Esto da una idea de la valentía araucana y el coraje de los españoles y de sus auxiliares "mapuches" nortinos.

Agrega: "Estábamos esperando aquellos toros... y se presentaron más de 40 mil "indios". Hay que hacerle una rebaja, comprendiendo que se trataba de ponerle los pelos de punta al Rey para atraer su atención y simpatía. Serían entre 20 y 30 mil, lo que en todo caso no deja de ser impresionante ante el reducido número de hispanos y aborígenes auxiliares. Pero lo que hace resaltar Valdivia, y llama la atención, es que estos "toros" estaban protegidos por "pescuezos de carneros, ovejas y cueros de lobos marinos, de infinitos colores, que eran cosas muy vistosas... y grandes penachos, todos con celadas de aquellos cueros, a manera de bonetes grandes de clérigos y no peleaban con piedras. Raro es que el "peñascazo" estuviese excluido del ataque araucano; pero, si lo dijo don Pedro, hay que aceptarlo como hecho cierto.

Las piedras las usaron más adelante como galgas para lanzarlas al fondo de las quebradas o bien para proyectarlas con hondas. En todo caso, los pehuenches fueron siempre expertos en lanzar piedras con hondas. Los araucanos, al parecer, no lo eran tanto.



LA GUERRA MAPUCHE DURANTE EL GOBIERNO DE PEDRO DE VALDIVIA

Después de la "noche de Andalién", la fuerza española buscó la costa donde se esperaba encontrar fuerzas de refresco, víveres y elementos llegados por mar.

La batalla se realizó en la actual Concepción en los barrios de la calle Camilo Henríquez, Plaza Acevedo y Regimiento de la Guarnición. ¿Quiénes eran estos combatientes? ¿Cómo definirlos?

Vale la pena escuchar la voz del poeta para comprender la grandeza del espíritu guerrero español y el valor de los araucanos:

La Araucana. Canto 1º

- 1 "No las damas, amor, no gentilezas
 de caballeros canto enamorados!
 ni las muestras, regalos y ternezas
 de amorosos afectos y cuidados;
 mas el valor, los hechos, las proezas
 de aquellos españoles esforzados,
 que a la cerviz de Arauco no domada
 pusieron duro yugo por la espada.
 Cosas diré también harto notables
 de gente que a ningún rey obedecen,
 temerarias empresas memorables
 que celebrarse con razón merecen;
 raras industrias, términos loables
 que más los españoles engrandecen:
 15 pues no es el vencedor más estimado
 de aquello en que el vencido es reputado".

Y sigue cantando con maestría aquellos versos que definen a Chile e identifican orgullosamente la raza.

- 41 "Chile, fértil provincia y señalada
 en la región Antártica famosa,
 de remotas naciones respetada,
 por fuerte, principal y poderosa:
 la gente que produce es tan granada,
 tan soberbia, gallarda y belicosa,
 que no ha sido por rey jamás regida
 ni a extranjero dominio sometida.
 Es Chile norte sur de gran longura,
 costa del nuevo mar, del Sur llamado;
 tendrá del este a oeste de angostura
 cien millas, por lo más ancho tomado;
 bajo el polo antártico en altura
 de veinte y siete grados, prolongado
 hasta do el mar Océano y chileno
 mezclan sus aguas por angosto seno".

Batalla de Penco. Llegaron así los españoles a Peyuco (Penco), donde Valdivia decidió fundar una ciudad por las bondades de la bahía y como punto de apoyo a futuras incursiones, aprovechando seguramente los informes de Pastene.

Con piedras, adobes y troncos recién se levantó una muralla con un amplio foso, cuando aparecieron los naturales con tablones para cruzar

las defensas, pero Valdivia cargó sobre ellos en campo abierto y los dispersó. Este fue como un primer "tanteo" de las posiciones enemigas practicado por los araucanos.

Enseguida, Valdivia construyó un fuerte con un foso, al poniente de la actual Penco. Fue un claro error araucano no haberse concentrado antes que los castellanos terminasen la fortaleza. Delineó las calles de la ciudad (3 de marzo de 1550), nombró alcaldes a Cristóbal de la Cuba y Esteban de Sosa, repartió encomiendas, ocupando con estos quehaceres 7 meses (marzo a octubre).

Llegó a ser el principal puerto, pues durante mucho tiempo los gobernadores llegaron allí directamente del Perú a asumir sus cargos. Esto ha hecho orgullosos a los "penquistas" que durante muchos años se sintieron, con justicia, la capital política y militar del Reino.

Pero no tardaron en ser atacados por los araucanos.

El día 9 de marzo, mientras los mapuches cruzaban el río, cayó ante ellos un aerolito que también fue visto por los españoles. Hubo junta de caciques, entre ellos Caupolicán, Lincoyán, Rengo, Tucapel y otros (Pedro Córdoba, 1739) y siguieron avanzando por estimar que no se trataba de un mensaje de los "pillanes". Gran parte, sin embargo, desconfió del éxito, deteniéndose la acción.

Pese a tan funesto presagio, los araucanos no aceptaron la presencia hispana con caracteres de permanencia en su suelo y el día 12 de marzo atacaron en cuatro grandes grupos, protegidos por pieles contra el efecto mortal de las armas españolas y cubierta la cabeza con celadas de cuero. Según Valdivia eran más de 80 mil. Como toda Araucanía disponía poco más de 80 mil guerreros, habría que hacer una rebaja al cálculo y dejarlo en 25.000, lo que era una imponente masa humana frente a los escasos españoles y tropas de Michimalongo. Los "pencones" habían llamado en su auxilio a otras tribus de Araucanía que venían dirigidas por Aillavilú ("Nueve Culebras"). En todo caso el ataque lo hacían sólo algunas tribus y no toda la nación.

El ataque por los cuatro costados no tuvo éxito por faltar, nuevamente, un caudillo capaz de dirigirlos y de coordinar la operación entre las cuatro agrupaciones, que perdieron contacto entre sí y no se dieron asistencia mutua. Así, la caballería española que cargó sobre una de las agrupaciones atacantes, que fue derrotada, desbarató a las demás al meterse los caballos por la espalda de los araucanos, cuyos vistosos penachos, celadas y cueros protectores de nada les sirvieron.

En efecto, Alderete atacó el ala central que se dirigía a la entrada del fuerte con 50 jinetes; que se lanzaron contra ella, a campo abierto, en forma tan decidida que dejó el suelo lleno de cadáveres y cuerpos cercenados, lo que produjo el desbande araucano; ahora veían en su derrota el fenómeno del aerolito, conteniendo el furor y desagrado de sus "pillanes", por lo que dieron la lucha por perdida de antemano. En realidad, fuera de la primera agrupación que había peleado en Andalién, las demás no habían visto jamás un caballo. Las otras tres secciones atacantes se descontrolaron y perdieron fuerza, retrocediendo hasta ocultarse en los bosques, dejando el campo lleno de muertos y cuatrocientos prisioneros.

El éxito de la batalla se debió, otra vez, a la feliz y oportuna idea de Pedro de Villagra, que poseía grandes dotes militares, quien convenció a Valdivia que era un error encerrarse en el fuerte para quedar sitiados. Como el terreno era apto para el despliegue de la caballería, propuso no perder la iniciativa y lanzarse en ataque concentrado contra un grupo para derrotarlos separadamente a campo abierto. La carga de Jerónimo

de Alderete a la cabeza de 50 jinetes fue decisiva para desbaratar a los sitiadores.

El número de muertos reveló la terrible eficacia de las espadas, picas, lanzas y adargas, armas de acero usadas en desigual combate, contra piedras y armas de palo y, además, el feroz rendimiento de los caballos cayendo con todo su peso sobre débiles cuerpos humanos semi indefensos. Dos mil nativos sucumbieron despedazados por las armas de acero y el peso de las patas de los caballos.

Doscientos prisioneros (según otros, 400) fueron sometidos a la salvaje sanción hispana de cortarles la mano derecha y la nariz como castigo, con el objeto de sembrar el terror en las tribus. Entre los heridos estaba el propio Aillavilú, que fue hecho prisionero, desapareciendo en la vorágine de la guerra.

Don Pedro, como la cosa más natural, contaba al rey en la carta antes referida: "Mandé cortar hasta doscientos las manos y narices en rebeldía de que muchas veces les había enviado mensajeros y hécholes los requerimientos que Vuestra Majestad...". Después de "hecha justicia", dice don Pedro, "les torné a hablar porque había, entre ellos, caciques e "indios" y les dije como aquello se hacía porque...". Obviamente, nadie en el auditorio ha debido aplaudir el discurso y en la corte muchos se persignarían de espanto, contribuyendo a reforzar los reclamos que progresivamente irían haciendo los misioneros por la crueldad demostrada con los prisioneros.

Estos mutilados, formaban más tarde legiones de impedidos que acompañaban a los ejércitos mapuches y se mantenían ocultos y alertos durante el combate. Cuando la suerte era favorable a sus armas, los que podían hacerlo, caían sobre los enemigos heridos rematándolos con saña descontrolada, participando, desde luego, del botín.

En todo caso, la crueldad española, impropia de seres civilizados sería, desgraciadamente, aprendida por los nativos, haciéndose la lucha más cruel.

Concepción quedaba definitivamente fundada y Carlos V por Real Cédula no tardaría en confirmarla como ciudad, dándole escudo de armas (águila negra en campo de oro), pasando a ser la cuna de la aristocracia chilena (vecinos como el conde del Monte de Oro, el conde de la Marquina, etc.).

La coordinación de los planes de Valdivia resultó perfecta, pues el insustituible Pastene llegó por mar a la isla frente al fuerte (hoy Santa María) con 50 hombres de refuerzos y elementos, lo que permitió a Valdivia fundar La Concepción (5 octubre, 1550), repartiendo encomiendas entre sus servidores. Recorrió por mar la costa mientras que Pedro de Villagra lo hacía por tierra y, posteriormente, junto con Alderete llegó hasta el Cautín ("Patos Caques") en pleno corazón de la Araucanía.

De marzo a octubre hubo paz aparente en Araucanía. Llovía torrencialmente.

Valdivia cree pacificada la Araucanía. La sumisión durante el invierno convenció a Valdivia que la guerra de pacificación estaba terminada. No tenía aún experiencia para comprender que en esa temporada los mapuches se rehacían de sus pérdidas y preparaban sus siembras y cosechas.

Como debía coger los frutos de su empresa redactó, con su peculiar e ilustrado estilo, las cartas para el Rey y un memorándum acerca de lo que debería exponer su representante ante el monarca y el Consejo de

Indias. Su mayor preocupación era pedir la confirmación del nombramiento que le había extendido La Gasca en 1548. Debido a eso, el 15 de octubre de 1550, Alonso de Aguilera salió para el Perú con su codiciado encargo de anunciar su éxito definitivo en la campaña.

Se inicia la conquista del sur. En Concepción (Penco) recibió por mar otros 100 hombres y... una carta del Rey para La Gasca reconociendo los servicios de Valdivia, lo que lo llenó de orgullo y esperanzas. El Rey ya lo conocía de nombre. ¡Tenía fama en la corte! ¡Su nombre se pronunciaba con respeto en las altas esferas del gobierno de España!... ¡Era todo un triunfador! Ya no existía el temor que llegase otro Sancho de Hoz con mejores títulos y lo despreciase públicamente como a un "don nadie". Era ya todo un gran señor... Ahora había que seguir adelante conquistando "su tierra". Pero Valdivia ignoraba que el Rey, por cédula de noviembre de 1551, había ordenado suspender la ampliación de la conquista de Chile, debiendo civilizarse sólo lo que ya estaba conquistado. Después de la experiencia de los Pizarro era peligroso que humildes capitanes se asentasen por su cuenta en ricos territorios que despertaban ulteriores apetitos separatistas.

Jerónimo de Alderete pasó al Biobío con instrucciones de descubrir el "Estado de Arauco", de donde provendría tanta gente de guerra que lo había enfrentado. Doblegando al Estado, como en México o Perú, caería el país entero... y sus tesoros.

Pasó el río y entró por Colcura hasta las tierras de Colocolo, donde lo impresionó la masa humana, altiva y belicosa que habitaba la región.

Regresó proclamando haber descubierto un Estado llenando de júbilo a Valdivia y a los conquistadores. ¡El Estado de Arauco, domado! Pero... ¿cómo domarlo?; ¿dónde estaban sus reyes o monarcas para doblegarlos...?

En su trayecto, Jerónimo de Alderete había salido al sur por la costa en la misma dirección que Pastene, llegando a la bahía de Arauco frente a Lavapié; cruzó a la isla Santa María y fue agasajado por los nativos que lo llenaron de víveres y obsequios.

Alderete recibió una nueva misión de explorar los llanos de Angol que habían sido recientemente visitados por Pedro de Villagra. Se dirigió a Nahuelbuta atravesando el Biobío (1551), para llegar a los márgenes del Cautín; penetró en Maquehua y regresó a Penco después de 20 días de recorrer tierras extrañas, donde los nativos los insultaban echándolos de su suelo.

Valdivia conocería, ahora, el terreno que tenía por delante gracias a los informes de sus capitanes.

La invasión de Araucanía. Alderete y Pedro de Villagra, que se habían adelantado muy al sur, enviaron emisarios al Gobernador para encontrarse en el Cautín.

Fortificado el bastión de Penco, Valdivia con 170 soldados y numerosos "picunches" auxiliares, dejó allí a Diego de Oro con 50 hombres y salió, en febrero de 1551, en dirección al Biobío que cruzó en canoas nativas (de un solo madero) por San Pedro. Preocupado por la reacción de los aborígenes, pero impulsado por la idea de encontrar el fabuloso Estado de Arauco, siguió pegado a la costa buscando dónde fundar un puerto para abastecerse.

Después de un penoso viaje, entre selvas, ríos y difíciles pasos, llegó al Tirúa, que no le brindó las ventajas para el deseado puesto avanzado;

siguió hasta orillas del Cautín, donde en la unión del río Las Damas fundó un fuerte (cerca de la actual Nueva Imperial) que bautizó con el nombre de Imperial y que dejó al mando de Pedro de Villagra, designación providencial para la crisis que se desencadenaría en el alzamiento de 1553. Posiblemente pensó fundar allí la capital de Chile, por lo cual la bautizó con dicho ostentoso nombre (Mariño de Lobera), repartió encomiendas entre 27 fundadores y regresó a Penco en abril, por acercarse el invierno. Su intención era regresar en primavera, por lo que encargó a Villagra explorar el territorio para preparar su conquista.

Don Pedro estaba encantado con la hermosura y fertilidad de su reino y con la mansedumbre de los aborígenes.

El regreso del Gobernador. Terminó el crudo invierno y esta vez nada le impediría hallar el famoso Estado y repetir la hazaña de Pizarro.

El 5 de octubre de 1551, cumpliendo su palabra, con 200 buenos soldados y numerosos auxiliares, salió el esforzado Gobernador desde Penco; siguieron el camino de la costa, llegó a La Imperial, donde fue recibido con grandes demostraciones de júbilo por Pedro de Villagra y sus colonos; allí dio el solemne nacimiento de la ciudad.

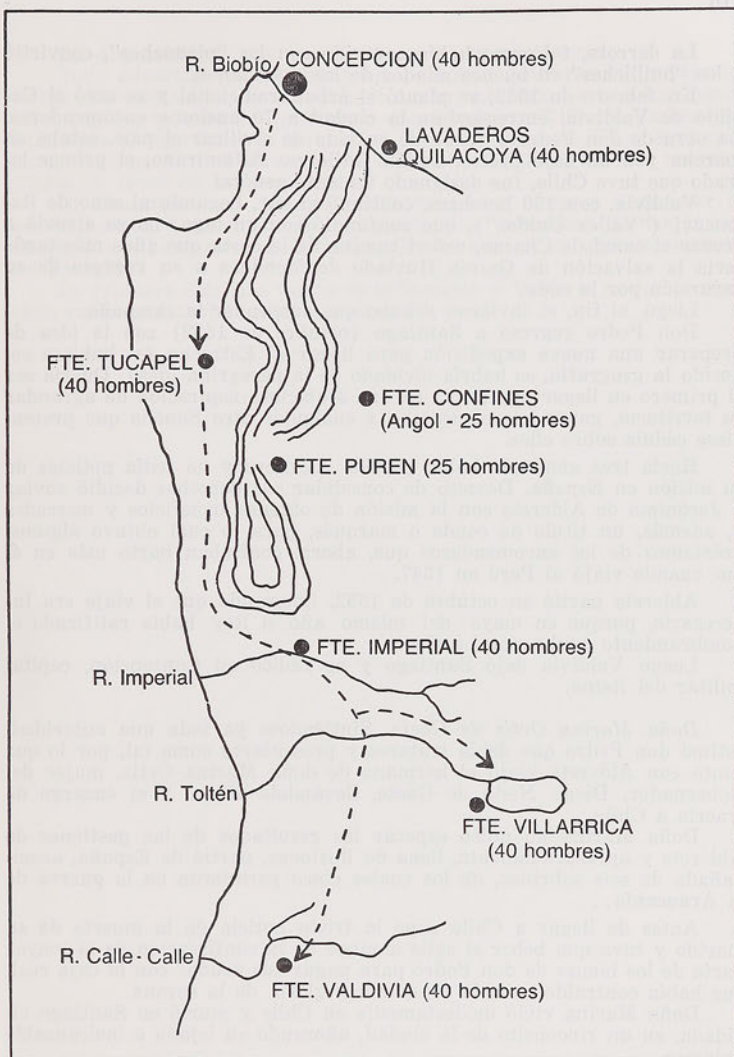
A mediados de enero de 1552, Valdivia salió de La Imperial al sur y llegó al Toltén, al extremo de Araucanía; lo cruzó, siendo seguido por los "huilliches" que se mostraban hostiles y que lo esperaron en el valle de Pucón (Villarrica). Por suerte para ellos, estas tribus eran menos belicosas que los mapuches ubicados entre el Biobío y el Toltén. Los "huilliches" no eran amigos de dichas tribus; pero, cuando se unieron a ellas bajo el mando de Pelantaro, casi 50 años después, lograron éxitos extraordinarios en sus empresas. Esta vez, las concentraciones enemigas fueron fácilmente desbaratadas por los españoles.

Hemos referido, y conviene recordarlo, que posiblemente cuando los araucanos penetraron en Chile, según los historiadores, se introdujeron como punta de lanza, separando las tribus empapadas por cultura chincha (chincha-chilena), quedando una parte en el norte ("picun") y otra en el sur ("huilli").

De esta manera, los mapuches del sur, a quienes enfrentaban esta vez los españoles, eran menos guerreros que los araucanos y más dispuestos a admirar y acoger la nueva civilización europea.

Cuenta la tradición histórica que el joven Aliacan, enamorado de la bella Marabuta ("Diez Maridos"), hija del cacique Antonabal, dueño de la Mariquina, como carecía de bienes para comprarla, desesperado, confesó a los españoles el paso al valle de la Mariquina (donde se fundaría Valdivia), encargándose los castellanos de entregarle la moza. El cacique Antonabal atacó a los españoles y fue derrotado.

Don Pedro, dejando la ruta central, cruzó el territorio hacia el oeste en busca del famoso valle y estimó conveniente levantar una ciudad con acceso a la costa para abastecerse desde el mar. Fundó Valdivia a orillas del río Guadalabquen en febrero de 1552 ante la mirada de los inquietos "huilliches". Estos decidieron tentar nuevamente la suerte de las armas para echar a tan molestos invasores, atacándolos otra vez en el campamento costino; se lanzaron en masa contra ellos, con tan mala fortuna que los castellanos los desbarataron fácilmente, los persiguieron y los estrellaron contra los barrancos, ahogándose muchos en el río al tratar de salvarse de la mortífera acción de las espadas. Se calcula que murieron alrededor de 2.500 nativos de una masa que los historiadores españoles elevan a 30 mil y que prudentemente habría que robarla a la tercera parte.



ESPIRITU COLONIZADOR DE VALDIVIA

La derrota, tal como había ocurrido con los "picunches", convirtió a los "huilliches" en buenos aliados de los castellanos.

En febrero de 1552, se plantó el árbol tradicional y se creó el Cabildo de Valdivia, entregándose la ciudad a 70 ansiosos encomenderos. La obra de don Pedro y razón de su vida de civilizar el país, estaba en marcha y a un bajo precio. Julián Gutiérrez Altamirano, el primer letrado que tuvo Chile, fue designado teniente general.

Valdivia, con 150 hombres, continuó al sur, llegando al seno de Reloncaví ("Valles Unidos"), que confundió con un lago; no se atrevió a cruzar el canal de Chacao, usó el camino de la costa que años más tarde sería la salvación de García Hurtado de Mendoza a su regreso de su excursión por la zona.

Llegó, al fin, el invierno y hubo que suspender la campaña.

Don Pedro regresó a Santiago (octubre de 1552) con la idea de preparar una nueva expedición para llegar al Estrecho (si hubiese conocido la geografía, se habría olvidado de la peregrina idea). Quería ser el primero en llegar por tierra en una ambiciosa aspiración de agrandar su territorio, ganándole el derecho a cualquier otro Sancho que pretendiese cédula sobre ellos.

Hacía tres años que había partido Aguilera y no tenía noticias de su misión en España. Deseoso de consolidar sus derechos decidió enviar a Jerónimo de Alderete con la misión de obtener beneficios y mercedes y, además, un título de conde o marqués, para lo cual obtuvo algunos préstamos de los encomenderos que, ahora, confiaban hartos más en él que cuando viajó al Perú en 1547.

Alderete partió en octubre de 1552, ignorando que el viaje era innecesario, porque en mayo del mismo año el Rey había ratificado el nombramiento hecho por La Gasca.

Luego Valdivia dejó Santiago y se radicó en Concepción, capital militar del Reino.

Doña Marina Ortiz de Gaete. Sintiéndose ya toda una autoridad, estimó don Pedro que debía tratarse y presentarse como tal, por lo que junto con Alderete viajó el hermano de doña Marina Ortiz, mujer del Gobernador, Diego Nieto de Gaete, llevándole dinero y el encargo de traerla a Chile.

Doña Marina no quiso esperar los resultados de las gestiones de Alderete y apresuradamente, llena de ilusiones, partió de España, acompañada de seis sobrinos, de los cuales cinco perecieron en la guerra de la Araucanía...

Antes de llegar a Chile supo la triste noticia de la muerte de su marido y tuvo que beber el cáliz amargo de la confiscación de la mayor parte de los bienes de don Pedro para pagar sus deudas con la caja real, que había contraído para la conquista y gloria de la corona.

Doña Marina vivió modestamente en Chile y murió en Santiago olvidada, en un rinconcito de la ciudad, añorando su lejana e inalcanzable Zalamea.

El año fatídico de 1553. Fundadas La Imperial, Villarrica y Valdivia, 1553 se presentaba como el año del vasallaje del cóndor araucano al águila española. Sin embargo, Valdivia ocupaba territorios sin haberlos conquistado. El precio sería terrible.

A mediados de 1553 se fundaron los fuertes de Arauco, Tucapel, Purén y finalmente Angol en territorio de Araucanía.

La dispersión de sus escasas fuerzas era manifiesta.

Todo advertía que los españoles pensaban quedarse definitivamente con sus conquistas, lo que empezó a alarmar seriamente a los inquietos caciques, quienes no ignoraban que Francisco Villagra pasaba por Villarrica al otro lado de los Andes, que Francisco de Ulloa exploraba hasta el Estrecho y Alderete había viajado a España a obtener tierras y títulos en favor de los invasores.

El alzamiento era inevitable. El "tam-tam" empezó a resonar silenciosamente, los señores de Araucanía, los "ulmenes" de las tribus, empezaron a juntarse y a deliberar, finalmente, en un gran parlamento en Tucapel.

La frontera estaba a punto de inflamarse y Valdivia no había reparado en la catástrofe que se aproximaba.

CAPITULO TERCERO

L A U T A R O

Parece ser, según examen de las diversas versiones de los historiadores, que a la fecha Valdivia tenía ya a su servicio en su casa paternal a un joven y robusto mocetón, hijo de un respetable cacique, que actuaba como palafrenero y mantenía sus armas y aperos.

No se podía imaginar don Pedro que cada vez que el joven araucano le sostenía el caballo para subirse y le pasaba las riendas, era la muerte quien lo ayudaba y, cada vez que se posaba su paternal y firme mirada en la del pequeño mapuche, que escuchaba sus órdenes, estaba mirando o dirigiéndose al autor de su desgracia final, quien lo privaría inesperadamente del privilegio de gozar del triunfo de sus agotadores esfuerzos por conquistar la tierra.

Este muchacho iba a cambiar el curso de la guerra, eternizándola, despertando el espíritu guerrero de la raza y poniendo en peligro la conquista.

Cuando Valdivia cometió la crueldad de cortar los miembros a sus prisioneros después del combate de Penco, en Lautaro ("Traro Veloz", el traro es un ave), que así se llamaba el muchacho, se acrecentó el espíritu de rebeldía y de venganza. Por ello decidió activar sus contactos con sus hermanos de raza, para lo cual parece haberse ausentado secretamente del campamento español, en forma reiterada, entrando en conversaciones con los principales "ulmenes" de Araucanía.

Hemos preferido esta traducción más guerrera y legendaria del nombre "Lautaro" a otra más literal y pacífica proveniente de la palabra "lau", calvo, o sea, "Traro Pelado". Derivamos, así, el nombre de "lef" que significa veloz: "Lef- traro" o "Traro Veloz". De no ser así, tendríamos que suponer que el muchacho era calvo y no hay antecedente alguno para estimar que lo fuese. Por el contrario, como veremos, se le cortó la trenza de general posteriormente, lo que demuestra que tenía una buena cabellera. Para otros "Luan-traro" viene de "guanaco" (luan) y traro (ave rapiña) y para Barros Arana el vocablo viene del verbo "leutun" (acometer). Nos quedamos con el nuestro...

Lautaro fue indudablemente escuchado y expuso vehementemente ante la asamblea de principales sus claras ideas en materia de táctica basada esencialmente en su gran capacidad de observación del enemigo. Con ello captó la admiración y simpatía de los "ulmenes", pese a que era un jovencito y mirado con recelo en el seno de las juntas por tratarse de un "pucona" o sea, un mapuche al indigno servicio de los "huincas".

En principio, su teoría consistía en llegar al convencimiento de la posibilidad de vencer a los españoles mediante su agotamiento físico, como también el de sus caballos, a los cuales infinidad de veces vio llegar heridos e inutilizados después de las expediciones y combates. De este modo se expulsaría al enemigo del territorio, llevando la guerra al norte

del Biobío, a fin de destruir sus bases, cuyo centro Lautaro ubicaba correctamente en Concepción y Santiago.

Para ello había que descartar definitivamente la táctica del empleo total y masivo de fuerzas, comprometiéndolas en un solo ataque. Los desastres de Andalién, Penco y Valdivia así lo demostraron. Esto suponía la coordinación en el combate, unificando el mando.

La idea ya había sido empleada por Michimalongo en su ataque a Santiago y es muy posible que el muchacho hubiese escuchado las referencias de los castellanos a sus dificultades para rechazar ataques escalonados con tropas frescas de relevo. Oyendo atentamente las explicaciones de Valdivia, el mejor militar de España que llegó a América, aprendió las lecciones del mejor profesor que alumno alguno pudo tener en Chile. Comprendió y asimiló, así, la importancia de la persecución después de la derrota.

Conociendo la organización de las fuerzas españolas, no había escapado a su ojo observador que los españoles habían dispersado sus fuerzas, repartiéndolas entre las nueve ciudades que habían fundado, por lo que era factible atacarlos aisladamente con posibilidades de éxito. Es posible que más de algún cabo de plaza (jefe) hubiese representado a Valdivia su intranquilidad por la permanente amenaza de ser atacado y aislado. Posiblemente escuchó sus críticas a los sistemas de ataque y de defensa que mostraban los vacíos de las fuerzas castellanas y la imposibilidad de socorrer los lejanos puestos avanzados.

Era imprescindible dividir el ejército de Araucanía, modificando su anterior esquema, en varias agrupaciones separadas según sus armas: grupos ligeros armados de lanzas, rápidos en sus despliegues como los flecheros y otros más pesados armados de macanas o mazos. Era necesario proteger al infante con coseletes y cascos de cuero e introducir técnicas sorpresivas tales como garrotes arrojadizos, construcción de pozos profundos y pequeños "pozos de lobo" para quebrar las extremidades de los caballos, etc.

El combate debería realizarse en consideración al terreno previamente elegido y reconocido y no en aquel impuesto por el enemigo; de preferencia debía ser estrecho, escabroso y empinado para impedir el despliegue de la caballería y agotar los caballos en su constante trepar por las cuestas, donde los naturales estarían fortificados. El retiro táctico no era derrota y debía emplearse para hacerse seguir por el enemigo, atrayéndolo hacia fuerzas superiores.

Impuso el empleo de piqueros en tres líneas de 100 a 200 hombres cada una para contener la caballería, como Carlo Magno con sus falanges el año 334 antes de Cristo, cosa que sólo pudo escuchar de Valdivia.

Las agrupaciones deberían renovarse y las que agotasen sus fuerzas y capacidad de ataque se retirarían del lugar de la lucha, dejándose caer por las laderas abruptas o escondiéndose en los bosques impenetrables, lo que haría imposible la persecución, gracias a la elección previa del terreno; enseguida serían reemplazadas por reservas frescas que entrarían de inmediato al combate antes que el enemigo pudiese reponerse y rehacerse.

Los grupos de piqueros estarían cubiertos en sus flancos por honderos y flecheros, como lo hizo Aníbal el año 211 antes de Cristo...

Toda retirada debería ser impedida, manteniéndose fuerzas de tapón ocultas de la vista del enemigo, para cortar el paso y destruirlo en su huida. Se daría oportuno aviso de la retirada a la retaguardia mediante señales de humo, para cerrar la trampa, colocando todo tipo de obstáculos en el camino (troncos de árboles, fosos, etc.).

Impuso, además, el empleo del mimetismo para ocultarse e hizo a cada jefe responsable de la parte de la operación táctica encomendada.

Fue Lautaro, indudablemente, el primero de los genios militares de Chile y su espíritu belicoso innato, una clara demostración de la capacidad guerrera de la raza, logrando sus ideas tácticas poner en jaque al enemigo haciendo peligrar, como en Tucapel y Marihueñu ("Muy Alto"), la conquista desde Santiago al Sur.

Lautaro había propuesto, obviamente, la necesidad de preparar a los "mapuches", acostumbrándolos a este nuevo y desconocido estilo de hacer la guerra. Nada podía improvisarse.

Sus huidas desde Concepción al campo araucano deben haber sido muchas, regresando nuevamente a observar a los españoles, espionando constantemente sus movimientos, esperando la llegada de su hora para actuar personalmente.

No es lógico ni razonable pensar que si hubiese sido un desconocido en el campo de la Araucanía y no siendo el "toqui" en Tucapel, careciendo aún de mando, cuando los españoles desbarataron a las huestes de Caupolicán en la primera etapa de la batalla, Lautaro hubiese podido plantarse frente a los generales mapuches y pronunciarles un ácido discurso de reproche. Simplemente no le habrían hecho caso por falta de ascendiente.

Según la Historia, fue escuchado y si lo oyeron y siguieron fue porque sabían algo de él, porque ya lo conocían y formaba parte de la dirección del consejo de la guerra de Caupolicán. Esto nada tenía de extraordinario, pues, frecuentemente los "toquis" se confabularon con los yanacunas para atacar de sorpresa a los españoles, sin que éstos se diesen cuenta de los peligrosos contactos de sus fieles servidores, táctica empleada frecuentemente por Caupolicán y que, en otras ocasiones, fueron la clave para desastrosos alzamientos generales, como en tiempos de Pelantaro.

Es, pues, necesario concluir que no era un personaje desconocido y que el mando de los caciques araucanos lo reconoció en ese instante crucial de la batalla y aceptaron sus términos con caracteres de reprimenda, precisamente porque no se habían cumplido las normas ya acordadas para realizar el ataque, que se efectuó en masa, desordenadamente y desvirtuando la táctica convenida. Además, no debe haberse pasado sólo Lautaro de bando, sino que todos los auxiliares confabulados con él, pues todo hace pensar que Valdivia había dado a Lautaro el mando de los flecheros, aprovechando su inteligencia y capacidad, lo que convulsionó al derrotado ejército araucano en el momento álgido de la derrota, dándole nuevos bríos y fe en la victoria con tan oportuno refuerzo.

Los primeros síntomas de la rebelión. Valdivia no había captado aún la diferencia entre los "picunches" y "huilliches" con las tribus que vivían al sur del Biobío (Butalebu: "Río Grande"), hasta el Toltén ("Trol-tren", imitación del sonido de las olas). Como sus encuentros con los araucanos en Andalién y Penco habían sido durísimos, pero nada de extraordinario había resaltado aún la capacidad guerrera de aquellas tribus y, para él, los aborígenes del norte y sur eran lo mismo, no se imaginó que la suerte de la guerra pudiese prepararle sorpresas desagradables. Confió, pues, demasiado en su capacidad y en la superioridad de su gente y armas para doblegar a indígenas fáciles de desbaratar.

La rebelión estaba en marcha y los hispanos no lo comprendían.

Francisco de Villagra había sido atacado varias veces a su regreso de la cordillera, después de fundar Villarrica, por tribus cuyos caciques le habían dado la paz. En la isla de Pucureo (entre Villarrica y La Imperial), dentro de la encomienda de Valdivia, pese a las paces, fueron atacados los españoles que estaban al mando de Alonso de Moya, quien pereció en el encuentro; sólo la providencial llegada de Villagra los salvó de un inminente desastre, con lo que los asaltantes, desbaratados, se retiraron para preparar otra embestida. Don Francisco, pues, no temía a los nativos y confiaba excesivamente en su superioridad, al igual que Valdivia.

Mientras se acordaban nuevas paces, los aborígenes introdujeron en el campamento gran cantidad de leña y pasto en cuyo interior llevaban sus arcos, flechas y mazas. Fueron sorprendidos "con las manos en la masa" antes de que se organizaran, siendo atacados sin piedad por los españoles; varios caciques rebeldes perdieron la cabeza y los demás debieron huir. Villagra, razonablemente, se sentía superior e imbatible.

Como una medida para contrarrestar concentraciones indígenas, Valdivia fundó en 1553 el fuerte de Arauco, que era una especie de contención en el lado sur del Biobío, en pleno corazón de la Araucanía. También fundó, en octubre de ese año, el de Tucapel, al costado occidental de Nahuelbuta, en la región costina. Nahuelbuta fue, durante toda la guerra, el epicentro de las rebeliones y se hallaban allí las tribus más guerreras e indomables. Al mismo tiempo, al costado sur oriental de la cordillera, creó el fuerte de Purén, que tenía por objeto evitar el libre tránsito de los naturales de un lado a otro de la cordillera y de contrarrestar, así, la fortaleza natural araucana de Purén ("Pantanos") y Lumaco ("Agua de la Luna").

El punto de concentración de los encomenderos en caso de emergencia era la ciudad de Los Confines (cerca de Angol). Tenían la convicción que, frente a cualquier alzamiento, podrían actuar sofocando la revuelta los fuertes de uno u otro lado. La idea no era mala, pero sólo razonando sobre la base de un alzamiento local. Si el alzamiento era general, las fuerzas quedaban dispersas y cada una sería tan pequeña que no podría resistir el golpe de grandes masas de atacantes, debiendo Los Confines defender su propia existencia, como realmente ocurrió. De hecho, teniendo Valdivia no más de 1.000 hombres, jamás podría juntar 200 en caso de emergencia, lo que, evidentemente, constituía un grave peligro para las desanimadas guarniciones.

Esta era la mentalidad del conquistador español. Siempre se actuó así en América. Pero en Chile era diferente y no lo comprendieron los gobernadores del Reino hasta que Alonso de Ribera dio la voz de alerta y no fue escuchado.

Había que avanzar con el ánimo de conquistar tierras y repartirlas entre los ansiosos colonos, protegiéndolos con débiles fuertes que, para otras razas americanas, habrían sido suficientes, pero para los mapuches no, pues sus mentes en permanente ebullición bélica doblegaron tales fortalezas, convirtiéndolas en cementerios de soldados.

Desafortunadamente, la pobrísima reacción de los gobernadores los hacía reincidir en tan funesta estrategia; todos excepto Ribera, volvieron a cometer el mismo error de Valdivia, porque no comprendieron la psicología guerrera del mapuche, hasta que la corona perdió la guerra y tuvo que esconderse detrás de la línea del Biobío.

¡Araucanía en pie de guerra! El Consejo designa "toqui" a Caupolicán. Como era costumbre frente a un peligro común, los mapuches se vieron precisados a buscar un caudillo que los guiase.

Cuando las diferencias se suscitaban entre tribus o "rehues", era el jefe de la respectiva tribu o "rehue" el que los dirigía en la guerra, pero, cuando la situación era más grave, se reunían dos o más grupos y elegían un jefe supremo o "toqui", portador del hacha de guerra, símbolo del mando.

Estos acuerdos se adoptaban en reuniones secretas, por lo que a los sospechosos de espionaje los mataban de inmediato. Estas sesiones o juntas se denominaban "aillarehues", siendo un "Gen toqui" encargado de cursar las citaciones corriendo la flecha ensangrentada que llevaba el "Leb-toqui" (mensajero).

Esta vez, siguiendo la tradición, el sordo golpear de los "trepucultrum" (palillos) sobre los tambores ("cultrum") resonó en los valles y haciendo eco en las montañas, llamó nuevamente a los mapuches (hombres de la tierra) a la guerra. Los veloces mensajeros ("huerquén") corrieron hacia las "rehues" (grupo de tribus), llevando la flecha ensangrentada ("pelguitun") para citar los ülmenes (caciques principales) a celebrar una junta de guerra ("aucantraue") para alzarse contra el invasor en defensa de las tradiciones de la raza ("admapu"). "Corriendo la flecha"... se anunciaba la guerra.

Cada señor de la tribu recibió un cordelillo lleno de nudos, que iban deshaciendo en cada luna. Al deshacerse el último nudo, deberían encontrarse en el lugar del bosque que se había señalado por los mensajeros. Era un compromiso de honor ineludible.

Los "conas" o "moluches" (guerreros) dispuestos a ser proclamados como "reches" (muy hombres), sentían el valor del cóndor ("mañque"); pensaban derrotar a los "huincas", para lo que invocaban, antes de partir, a sus "pillanes" (almas de sus antepasados).

En el claro del bosque la noche de la cita, las "machis" (hechiceras) quemaron ante el congreso de guerreros ramas de canelo para espantar a los malos espíritus, en medio de grotescas danzas rituales que aumentaron la atención de los presentes. El silencio era absoluto y una tensión nerviosa dominaba el ambiente: las llamas de las fogatas endemoniaban los rostros.

Después de los ceremoniosos saludos de estilo ("mari-mari", expresión sin sentido que literalmente significa "diez-diez"), los ülmenes expusieron el motivo de la reunión ante el atento senado; lo hicieron, con largos y sentidos discursos, pronunciados como verdaderos tribunos romanos. Era necesario elegir al portador del "toque", para defender la tierra heredada de los "pillanes" y la sagrada libertad personal y familiar, abominando del yugo de la esclavitud, del trabajo obligatorio, de la prédica de la monogamia, entre otras cosas. Un ronco bramido de aceptación aprobó la idea de hacer la guerra al tirano invasor.

Como era tradicional, luego de adoptado por unanimidad el acuerdo, se consultó a un adivino, sacerdote o "chamán", quien, aparatadamente, en medio del silencio sepulcral, examinó el corazón de un animal sacrificado (otras veces de un prisionero). El chamán era un personaje que parecía encontrarse en trance, en comunicación directa con los "pillanes", por lo que su fallo sería decisivo. Los presentes contenían su aliento, escuchándose sólo el murmullo del pitoniso, confundido con el ruido de los grillos en la oscuridad del bosque.

El "calcu" (brujo) fue de opinión que los pillanes habían apoyado resueltamente los acuerdos de la junta, por lo que procedía hacer el nombramiento del "toqui", el cual, a su vez, estaba autorizado para designar, en forma inapelable, a sus jefes y oficiales. Un ensordecedor grito de triunfo espantó las aves dormidas, sacudiendo los árboles. ¡Guerra! Para eso se habían preparado y había llegado la hora de demostrar el valor y coraje.

Dos guerreros desnudos desde la cintura arriba, lanza en mano, dieron vueltas alrededor de la asamblea gritando roncamente: "Leones valerosos, lanzaos sobre la presa. ¡Despedazad a vuestros enemigos!" "¡Como el halcón al pajarillo!" Los congregados lanzaron un sonoro grito del "¡Ooooh!", que retumbó en el bosque, junto con golpear rabiosamente con los pies la tierra, que se sintió temblar, a lo que respondieron los "conas" que corrían "Valientes, la tierra tiembla por vosotros..." ("Yape Pullimen...").

Concertados los caciques y aprobado su acuerdo por el brujo, se procedió a la elección de un "toqui", encargado de dirigirlos en la guerra. Los araucanos acostumbraban elegir al guerrero más capacitado para la dirección de la guerra, al más fuerte y resistente, para entregarle el mando. No obstante, hubo caciques ancianos, como Colocolo o Colipí, que por su prestigio fueron designados para el cargo en numerosas ocasiones.

Cuando estaban a punto de pelear entre ellos, por ser muchos los aspirantes al cargo, se habría alzado en medio de la asamblea en el claro del bosque la voz de Colocolo, gran orador y guerrero experimentado, llamándolos a la cordura. Al parecer, el anciano cacique tenía su candidato, que era Caupolicán, el cual por razones de distancia (aún no se usaba el caballo) llegó atrasado a la junta. Por lo mismo, la proposición de Colocolo de realizar un torneo para examinar previamente la capacidad física de los aspirantes tenía, entre otros motivos, el de permitir la llegada de Caupolicán, el cual, seguramente, ya se había distinguido como un magnífico conductor y hombre de guerra en los combates de Aillavilu contra Valdivia.

En definitiva, Caupolicán fue elegido "toqui". Esto ocurrió después de varios días del torneo competitivo con discursos, borracheras, proposiciones de nombres y riñas. Pero, una vez designado el "toqui", todos los ülmenes, sin excepción, reconocieron el mando del Jefe del Ejército, ofreciéndole sumisión y cooperación.

El nombre del afamado cacique viene de las expresiones mapuches "queupu", que significa pedernal y "licán", denominación de las piedras de cuarzo.

Como el pedernal se usaba para hacer hachas, un arma muy estimada por los guerreros, el nombre de Caupolicán puede interpretarse como "Licán de Pedernal" o "Hacha de Pedernal".

Nos quedaremos con esta última traducción que se ajusta más al espíritu combativo del "toqui", ya que era su arma favorita en la lucha cuerpo a cuerpo.

Escucharemos a Ercilla quien nos narra la junta de guerra, empezando por el hermoso discurso puesto en los labios de Colocolo.

Canto 2º

- 217 *"Caciques, del Estado defensores,
codicia de mandar no me convida
a pesarme de veros pretendores
de cosa que a mi tanto era debida;
porque, según mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el temor que siempre os he mostrado,
a bien aconsejaros me ha incitado".*
- 233 *"¿Qué furor es el vuestro, ¡oh araucanos!,
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan a golpe a los cristianos,
¿volvéis contra vosotros el cuchillo?
si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido".*
- 273 *"En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse;
mas ha de haber un capitán primero,
que todos por él quieran gobernarse;
éste será quien más un gran madero
sustentarse en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual de ser más fuerte".*

A Caupolicán, pues, se le reconoció como "toqui" para dirigir a los guerreros. Se le cortó el pelo, dejándole al medio una trenza, símbolo de su rango y, después de jurar obediencia a los "ülmenes", pronunció un belicoso discurso que, según el padre Rosales, era inmediato a la elección, asegurando a la audiencia que barrería con los invasores y llegaría en su persecución hasta España. Dos "conas" corrieron alrededor de la asamblea dando los gritos rituales, afirmando la victoria. Luego el general designó sus capitanes.

No debemos creer a ojos cerrados los relatos de La Araucana. Mariño de Lobera duda que el oficio de comandante en jefe quedase simplemente reducido a la fuerza bruta de los aspirantes, pues, muy bien el cacique más inútil y mentalmente tarado podría haberse convertido en un general por el solo hecho de quedarse dormido con un tronco al hombro. Seguramente las pruebas físicas de correr, saltar, luchar, usar el arco, la lanza, sus condiciones de caudillo, además de los antecedentes militares, formaban parte del duro examen. Para ello, cada bando haría alarde de las condiciones de su candidato, en medio de gritos y amenazas.

Los araucanos se unieron esta vez con los "picunches", "promaucaes", tal como lo hicieron antes en otra gran empresa guerrera, como fue la lucha contra los incas. Los "huilliches" no fueron considerados. Por lo demás, la lucha era cercana al Biobío y no más allá del Toltén.

Primeras acciones de Caupolicán. Asalto al Fuerte Arauco. Jerónimo de Quiroga registra como iniciación de las hostilidades por parte del

"toqui", el asalto al fuerte de Arauco, que no han considerado otros historiadores.

Cuenta Quiroga que Caupolicán, deseoso de demostrar su valor y capacidad, eligió 80 de sus mejores guerreros para que "mudasen a los que servían ordinariamente en la plaza", dando a entender que se trataba de servidores que salían del fuerte a buscar leña y eran reemplazados por los "conas" que vestían de la misma manera, para hacer difícil el distinguirlos.

Guardaban sus armas debajo de los bultos y pasaban por la puerta del fuerte disimulando su capacidad de guerreros marchando en forma lenta, como si estuviesen agotados, con cara de todo menos de soldados de Araucanía. Los indolentes guardias los dejaron entrar sin reparar en que Caupolicán era un ingenioso militar y que esta treta parecía ser una de sus armas favoritas, como que la volvió a emplear con éxito en Tucapel.

Los que ingresaban estaban en contacto con los servidores yanaconas y en un momento dado se alzarían, luchando hasta retirarse, dejándose perseguir por los españoles, de manera que cuando saliesen del fuerte, serían sorprendidos por las fuerzas de "Hacha de Pedernal", ocultas esperando el momento preciso para actuar.

Ocurrió tal como se había planificado, de tal manera que, cuando se produjo el alzamiento con el desorden y confusiones imaginables, los castellanos tomaron las armas y furiosamente repelieron el ataque; tomando la iniciativa, lograron montar muchos y salir en persecución de los que huían, con lo que fueron derecho a la emboscada. Retrocedieron prestamente los españoles, encerrándose en el fuerte con sus puertas trancadas, mientras afuera la masa indígena trataba de ingresar al recinto amurallado.

A medianoche los sitiados abrieron las puertas entrando en tropel los araucanos, al mismo tiempo que los hispanos salían en una carga de caballería; atropellando a sus enemigos, huyeron del campo. El fuerte fue demolido por Caupolicán, consumando su primera victoria. Luego, los araucanos se retiraron hacia Tucapel.

Según Quiroga fue la primera vez que los españoles dieron la espalda a los nativos... y no sería la última.

Ataque al Fuerte Tucapel. Para conjurar el alzamiento, Gabriel Villagra salió desde Concepción hacia La Imperial, para reforzar la plaza y Diego de Maldonado lo hizo en dirección a Tucapel con un refuerzo de sólo 4 soldados. La rebelión obligó a todos a quedarse en Arauco después que Maldonado perdiera tres de sus cuatro hombres.

Obviamente se notaba imprevisión porque, en diciembre, Alonso Coronas, jefe de la guarnición de Purén, había prevenido a Valdivia de la inminencia de la sublevación. Al parecer no le dieron crédito.

Caupolicán, cacique de Pilmaiquén, joven y musculoso guerrero, al cual le faltaba un ojo, lo que afeaba su rostro dándole un aire fiero, tenía innatas condiciones de caudillo. Su singular astucia lo llevó a ordenar se introdujeran 80 diestros y decididos "conas", cual caballo de Troya, dentro de Tucapel, fuerte al mando de Martín de Ariza, mientras él colocaba sus fuerzas frente a la fortaleza, esperando los resultados de la acción de sus comandos.

Como en Arauco, entraron éstos cargando leña y forraje, sus armas, ocultas, en connivencia con los yanaconas de los españoles, con el encargo de incendiar la ciudad, obligando a sus enemigos a salir de la

plaza, donde darían cuenta de ellos las emboscadas tropas de "Hacha de Pedernal" (diciembre de 1553).

Caupolicán se revela, así, como un astuto comandante con capacidad para idear un plan basado en la sorpresa y desarrollarlo metódicamente, demostrando condiciones de mando.

Los hechos sucedieron tal como se habían planificado. Una vez provocado el incendio, los "conas" cayeron sobre los españoles. Sin embargo, en su precipitación no esperaron la llegada del grueso de las fuerzas araucanas, deseosos de demostrar su capacidad y valentía. Repuesto de la sorpresa inicial que le significó varias bajas, Ariza cargó de inmediato sobre la masa que se aproximaba, aún dispersa, al fuerte, después de haber destrozado a los osados comandos. Esta vez ellos fueron los sorprendidos y les faltó coordinación para sincronizar los movimientos con la fuerza principal de la avanzada que se introdujo en el fuerte, seguramente por la falta de experiencia en este tipo de acciones. Los atacantes se retiraron a prudente distancia, sitiando el fuerte después de 4 días de combate. Indudablemente los desorientaron la fuerza y presión de la caballería, que aún no aprendían a soportar con éxito, sin que sus líneas fueran quebradas.

Alarmados por el número de sus atacantes que se habían instalado asediando el fuerte, a medianoche los españoles hicieron una salida desesperada y heroica, pasando la caballada por encima de sus sitiadores; repartiendo sablazos, huyeron al sur en dirección a Purén a través de Nahuelbuta, salvándose de la persecución solamente seis hombres que llegaron muy maltratados a esta posición, donde dieron noticias del desastre y del alzamiento masivo de las tribus de la región.

Obviamente si la retirada se hubiese programado hacia el norte, en dirección a Arauco, lo que parecía peligroso, no se habría sellado la suerte de Valdivia que estaba en Concepción.

Tucapel fue ocupado y destruido. Eran los tiempos de la "guerra heroica" en que los mapuches peleaban por su libertad y la del suelo y en el que podían reunir masas de hasta 30 mil hombres. El prestigio de Caupolicán aumentó entre los sublevados. Las cabezas de sus enemigos ensartadas en las puntas de sus lanzas daban claro testimonio de su victoria. Los "chamanes" no se habían equivocado al consultar a los "pillanes", cuyo apoyo al "toqui" era indiscutible. Si bien el éxito de sus primeras acciones como "toqui" acrecentó el prestigio de Caupolicán, sin embargo la batalla había sido un desastre por la acción descoordinada de los caciques que entraban y se retiraban del combate sin considerar la operación como un solo acto dependiente de un plan superior. Caupolicán demostró controlar la masa atacante hasta el momento del asalto. Le fallaba todavía su control y conducción durante el combate.

Arauco y Tucapel habían sido anulados. Ahora correspondía caer sobre Purén.

Ataque a Purén. Gómez de Almagro, que por casualidad había llegado a La Imperial, recibió el encargo del Cabildo de acudir en auxilio de Purén, que estaba al mando de Alonso de Coronas y podría ser el nuevo objetivo de la ofensiva araucana. Como se ve, tampoco los españoles tenían un plan defensivo y cada Cabildo actuaba por su cuenta. Gómez, Alcalde de Santiago, reemplazó a Pedro de Villagra que estaba en Neuquén buscando unas salinas y salió en socorro de Purén.

El 14 de diciembre de 1553, un ejército de cerca de 5.000 mapuches divididos en cinco cuerpos se presentó ante los castellanos. Gómez los

atacó de inmediato con una fuerza de 21 hombres y varios cientos de auxiliares.

Esta vez el genio militar de Arauco ya había comenzado a reaccionar para contrarrestar las armas ofensivas españolas. Recibieron las cargas hispanas con verdaderos erizos de picas contra los que se estrellaron los caballos, recibiendo los animales golpes de macana en la cabeza que los derribaban. Los infantes araucanos no se lanzaron en masa sobre el enemigo.

Después de varias horas de lucha y de cargas inútiles, el jefe español se retiró al fuerte, donde se encerró, esperando ser socorrido.

Al atardecer salieron algunos auxiliares amigos, ocultos en la penumbra de la noche, a pedir auxilio a La Imperial y a Los Confines. Sólo de la primera de dichas plazas recibió alguna ayuda, juntando, así, 34 hombres.

Al mismo tiempo, los osados sitiados intentaron, con admirable sangre fría, un nuevo asalto con 11 hombres de a caballo y 6 infantes, además de varios centenares de nativos amigos "picunches" y "promaucaes", que peleaban con fiera porque sabían que se jugaban el pellejo, ya que de caer prisioneros serían irremisiblemente sacrificados como "traidores".

Inexplicablemente, ocurrió algo inesperado...

Los araucanos retrocedieron, aunque en orden, abandonando el campo. Gómez creyó haber triunfado definitivamente y Coronas cometió el error de hacérselo saber a Valdivia, que estaba en los lavaderos de Quilacoya. El conquistador dio crédito a la información y estimó seguro acudir personalmente a Tucapel con escasa fuerza de apoyo, para seguir a Purén a consolidar la situación, ordenando a Gómez juntarse con él en Tucapel.

Fue una estratagema para atraer a Valdivia al sitio amagado, en conocimiento de su marcha al sur. El retiro araucano era una trampa a todas luces y Coronas no se dio cuenta del engaño. Su actitud es, sin embargo, excusable porque mal podría saber qué había ocurrido con Tucapel y cuál era la real situación del Gobernador. ¿Había más enemigos cerrándole el paso en Tucapel? ¿Estaba la región despejada para atacar Purén?

No olvidemos que los araucanos tenían un magnífico sistema de espionaje disimulado entre los mismos auxiliares y que Lautaro estaba operando desde el interior de las líneas castellanas, seguramente como jefe de dicho servicio. Esto le daba la ventaja sobre Gómez de precisar con tiempo los movimientos del enemigo.

El foco del conflicto, pues, quedaba radicado entre Purén y Tucapel, a elección de Caupolicán. Ambos puntos estaban separados por la cordillera de Nahuelbuta.

Valdivia, por su parte, tenía una idea errada de la situación. Como no era prudente internarse en pleno corazón de la alzada Araucanía con 60 hombres, don Pedro creyó suficiente ordenar que Gómez acudiera a su encuentro a Tucapel, dejando en Purén una guarnición mínima para su defensa, por no ser ya un sitio amagado por el enemigo; además pidió ayuda a La Imperial. El hombre que había salido del Cuzco con nueve soldados a conquistar Chile no podía sentirse preocupado por una fuerza seis veces mayor para poner orden en tribus a las que había derrotado en su primera campaña hasta Concepción y a las que Gómez acababa de desbaratar con un insignificante número de soldados.

Por la nota remitida al jefe español de Purén y caída en sus manos, Caupolicán conoció anticipadamente la unión de fuerzas y, astutamente, ideó el sistema para obligar a los sitiados a no moverse de la plaza de Purén. Con un poco de teatro, especialidad nativa, fingió el ataque ya referido, mediante movimientos de tropas y órdenes bulliciosas.

Tanto Coronas como Gómez no quisieron saber más y sin dar aviso a Valdivia se encerraron en Purén a la espera del inminente ataque, preparando aceleradamente la defensa después de corregir los defectos del combate anterior.

Seguramente el comando hispano tuvo miedo frente a la tremenda responsabilidad de abandonar la posición, exponiéndose al ataque de una masa vociferante de enemigos.

La suerte de Valdivia quedó sellada por tan precipitada resolución. Los jefes españoles no podían debilitar su posición frente a una impresionante concentración enemiga. Lo que les faltó fue dar aviso oportuno de sus actos a Valdivia por medio de sus auxiliares. Pero para hacerlo había que esperar la noche por estar rodeada la plaza y las horas corrían en favor de los mapuches.

Caupolicán había logrado, así, dividir las tropas españolas "clavando" en Purén la única fuerza capaz de ayudar a Valdivia a reconquistar Tucapel. Las fuerzas araucanas se desplazaron rápidamente sobre este último punto, completando totalmente su concentración, abandonando Purén en la oscuridad de la noche en forma silenciosa y disciplinada. El abandono del campo no fue detectado por los castellanos, puesto que todo indicaba que el enemigo no se había movido de su campamento.

Confiadamente don Pedro salió de Concepción, el 23 de diciembre, y el 25 llegó a la vista de Tucapel, cuyas cenizas aún humeaban, preocupándose por la ausencia de Gómez de Almagro, que no se divisaba por ninguna parte. Pernocó en Levolebo, en la orilla del río Lebu y en la mañana del mismo día siguió adelante.

Gómez de Almagro esperó en su encierro hasta el día 25 y, al no ser atacado, recién se dio cuenta de que incautamente había sido engañado. Temiendo por Valdivia, esa misma noche salió a Tucapel con 13 hombres y algunos auxiliares..., como veremos, llegó a Tucapel el 26, demasiado tarde.

Entre tanto, las noticias llegadas a Concepción sobre el alzamiento y de asaltos a Arauco y Tucapel preocuparon a los españoles sin llegar a alarmarlos. Era necesario una acción rápida y ejemplarizadora para apaciguar los ánimos de los bárbaros y Valdivia lo estaba haciendo.

Sin embargo, la política de diseminar guarniciones en un territorio hostil y no dominado, estaba produciendo consecuencias trágicas para los conquistadores.

CAPITULO CUARTO

EL GRAN CAPITAN Y LAUTARO SE ENFRENTAN

Batalla de Tucapel. Errores Mortales. Pedro de Villagra, que se encontraba en Concepción con 200 hombres recién traídos del Perú, inicialmente se ofreció para castigar a los alzados nativos; sin embargo, Valdivia no aceptó el ofrecimiento, estimando que su sola presencia a la cabeza de 60 hombres infundiría suficiente respeto para provocar la pacificación, lo que confirmaban las experiencias de los combates del Laja, Biobío, Andalién y Penco.

Las malas lenguas de sus contemporáneos creyeron ver en su negativa el rechazo a verse obligado a otorgar "repartimientos" en Araucanía a quienes contribuyeron a pacificar y recuperar la tierra. De haber sido así, la ambición habría perdido a don Pedro, pues, con estos 200 hombres el éxito de los araucanos habría sido discutible.

Lautaro, hijo de Cariñancu, hizo saber, posiblemente, a Caupolicán la resolución del Gobernador, que dejaba sus fuerzas protegidas sólo por la oportuna llegada de los refuerzos que saldrían de Purén a su encuentro, lo que facilitaba el plan táctico de "Hacha de Pedernal". Si los refuerzos no llegaban, quedaría abandonado.

Bien pudo Valdivia haber seguido la línea recta de Tucapel para llegar allí antes que el enemigo se concentrase y reorganizara; pero, luego de salir de Concepción, a fines de diciembre de 1553, se detuvo demasiado tiempo en las minas de Quilacoya y Miyapoa cuyo éxito le entusiasmaba, controlando los trabajos para su mejor rendimiento. Realmente, partió cuando debió quedarse o regresar a su punto de partida, puesto que nada había que hacer en Tucapel. Posiblemente se confió demasiado con la noticia de que Gómez de Almagro había reforzado Purén y derrotado a los alzados.

Continuó a la cabeza de sus 60 jinetes (según otros, 50), todos magníficos soldados y numerosos auxiliares, entre ellos Lautaro a cargo de importante parte de ellos. Marchaba rápidamente pensando en terminar su tarea para pasar la pascua, ya muy próxima, junto a los suyos. Pensaba en infinidad de cosas, menos en la muerte... que estaba más cerca que la Navidad.

Precavido, envió alguna gente a explorar el terreno con la orden de volver al atardecer. Como no llegó ninguno, la columna se intranquilizó. Otros, como Mariño, sostienen que envió a Bobadilla con 6 corredores y luego a Diego Oro con otros 6, en vista que los primeros no regresaban, pereciendo ambos con su tropa.

Parece más acertado creer que siendo ya de noche, envió a Bobadilla cuando estaban cerca de Tucapel. Su caballerizo llevaba la misión de inspeccionar la ruta y como no regresase a reportar información, envió a su capitán Diego Oro, con otros 6 hombres, con el mismo objeto. No regresó ninguno...

Al tropezar con los araucanos, tanto uno como el otro, se lanzaron contra los aborígenes que les opusieron resistencia con sus picas, se abrieron en un momento dejándolos pasar, cerrándose las filas como una trampa mortal, donde incontenibles de fieros "conas" los atacaron hasta voltearlos de sus cabalgaduras, degollándolos.

¡Qué soldados estos de Valdivia. Cómo iban a la muerte, impertérritos, sin pensar en retroceder, confiando siempre en la victoria...!

Don Pedro siguió su avance y a pocos kilómetros encontró las cabezas de sus soldados colgando de los árboles junto al camino. Sin embargo, continuó la marcha, pensando, seguramente, que pronto llegarían los refuerzos de La Imperial en viaje desde Purén y tomaría al enemigo entre dos fuegos.

Unos 3.000 guerreros le cerraron el paso y sus yanaconas le advirtieron que no siguiera avanzando porque en Tucapel en ruinas le esperaban más de 20.000 enemigos. El monto pudo ser exagerado pero, en todo caso, su número no bajaría de 10.000, lo que era excesivo para 60 hombres y unos centenares de auxiliares.

No olvidemos que Valdivia no conocía aún a los araucanos como grandes guerreros, pues, en sus anteriores incursiones, más allá del Biobío, los había derrotado con fuerzas insignificantes y el apoyo de los auxiliares picunches. ¿Qué problema podría tener para destrozar una masa vociferante de oborígenes desarmados y sin experiencia militar? Los hechos demostraban que la lucha sería dura pero al final lograría la victoria.

Valdivia pagaría muy caro su error táctico de dividir su ejército en grupos, todos ubicados en lugares apartados, exponiéndolo a la destrucción. Sin embargo, no podría reprochársele la resolución porque siempre en América la conquista se hizo en la misma forma, en todas partes. Avanzar era colonizar.

Bien pudo, en este momento, haber cambiado de camino para encontrarse con Villagra; pero, por exagerada confianza y valentía, no lo hizo. No quiso pensar, como Bernard Shaw, siglos más tardes, que "la guerra es el arte cobarde de atacar siendo fuerte y de guardarse del enemigo siendo débil..."

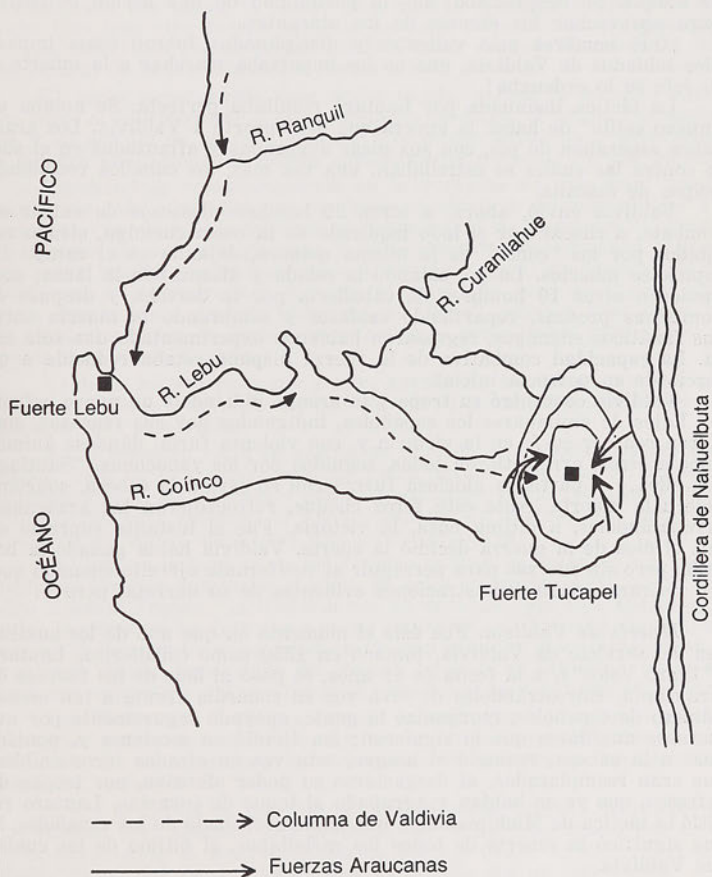
Pronto llegó a la humeante Tucapel, totalmente demolida. El fuerte estaba sobre algunas colinas, que rápidamente se cubrieron de bárbaros que ocupaban las planicies, de tal manera que había que atacarlos cuesta arriba. Al pie de las colinas corría un riachuelo pantanoso donde había nativos esperando a quienes pretendieron retirarse. Don Pedro miró hacia el horizonte donde debía estar Gómez de Almagro, atrasado ya a la cita.

Desmontó don Pedro y, de rodillas, junto a sus soldados, elevó una oración en acto de contrición, con cortada voz y lágrimas en los ojos.

El indomable espíritu hispano, deseoso de gloria y voluntad de rebasar la honra, les hacía despreciar el peligro. Valdivia se detuvo en un momento preocupado, con ánimo de volver a Arauco por refuerzos (Mariño de Lobera) y preguntó a sus oficiales "¿Caballeros, qué hacemos?" "Qué quiere que hagamos, vuestra señoría, sino que peleemos y muramos", fue la respuesta del capitán Altamirano, apoyado por varios jóvenes, reclutados recientemente llegados de España, que ansiaban regresar cubiertos de laureles. "Caminemos", dijo Valdivia, "que aunque estoy viejo soy Valdivia y no dejo de ser Valdivia aunque soy viejo" (sólo tenía 55 años).

Es de suponer que estos diálogos fueron narrados por algunos yanaconas que sobrevivieron la tragedia.

BATALLA DE TUCAPEL



Inquieto, volvió don Pedro a mirar en lontananza, pero... Gómez de Almagro no llegaba...

El fiel Agustín, su yanacona inca, le suplicó de rodillas que se retirase. Vanos esfuerzos. A don Pedro le hervía la sangre y cuando la sangre española hierve...

Acometió de frente, de inmediato, a los nativos una pequeña agrupación de 20 hombres de a caballo, a la cual la masa indígena le abrió paso y se la tragó, cercándola. No regresó ninguno. La pequeña fuerza hispana al desmembrarse en pequeños grupos disminuía su capacidad de ataque. Se despreciaba, así, la posibilidad de una acción defensiva para aprovechar los errores de los atacantes.

¡Qué hombres más valientes y disciplinados fueron estos impasibles soldados de Valdivia, que no les importaba marchar a la muerte si su jefe se lo ordenaba!

La táctica insinuada por Lautaro resultaba perfecta. Se notaba un "nuevo estilo" de hacer la guerra que desconcertó a Valdivia. Los araucanos esperaban de pie, con sus picas avanzadas y afianzadas en el suelo contra las cuales se estrellaban, una vez más, los caballos recibiendo golpes de macana.

Valdivia envió, ahora, a otros 20 hombres deseosos de entrar en combate, a chocar por el lado izquierdo de la masa enemiga, siendo recibidos por los "conas" de la misma manera, dejando en el campo 10 españoles muertos. Luego, calando la celada y afianzando la lanza, acometieron otros 10 hombres de caballería por la derecha y después de homéricas proezas, repartiendo sablazos y sembrando la muerte entre sus fanáticos enemigos, regresaron habiendo experimentado una sola baja. La capacidad combativa de la fuerza hispana estaba reducida a un tercio de su potencia inicial.

Valdivia concentró su tropa y la arengó pidiéndole un nuevo esfuerzo. Lejos de amilanarse los españoles, indignados por sus fracasos, sintieron renacer su fe en la victoria y, con violenta furia, dándose ánimos unos a otros, arremetieron todos, seguidos por los yanaconas. "Santiago y a ellos..." partió la gloriosa fuerza con su jefe a la cabeza, sonriéndole a la muerte. Ante este feroz choque, retrocedieron los araucanos, arrebatándoles, a última hora, la victoria. Fue el instante supremo en que el dios de la guerra decidió la suerte. Valdivia había ganado la batalla, pero sin fuerzas para perseguir al vociferante ejército enemigo que, sin retirarse, daba demostraciones evidentes de su derrota, pero...

Muerte de Valdivia. Fue éste el momento en que uno de los auxiliares del servicio de Valdivia, tomado en 1550 como caballerizo, Lautaro ("Traro Veloz"), a la fecha de 19 años, se pasó al lado de las fuerzas de Araucanía. Enrostrándoles de viva voz su cobardía frente a tan escaso número de españoles, reorganizó la gente, apoyado seguramente por numerosos auxiliares que lo siguieron; los dividió en secciones y, poniéndose a la cabeza, reanudó el ataque, esta vez en oleadas incontenibles, que eran reemplazadas, al desgastarse su poder ofensivo, por tropas de refresco, que ya se habían reagrupado al toque de cornetas. Lautaro repitió la táctica de Michimalongo, que había escuchado de los españoles, lo que significó la muerte de todos los castellanos, el último de los cuales fue Valdivia.

Luego de confesarse con el fraile Pozo, que lo seguía, el Gobernador se lanzó valientemente al ataque al verse acorralado, siendo derribado por la muchedumbre que lo acosaba; al tratar de huir, quedó empantanado en las ciénagas y cayó prisionero de los nativos, los cuales le dieron

muerte dudosa, al parecer contra la opinión de Caupolicán y Lautaro que esperaba mantenerlo como rehén para sacar provecho de su rescate, imponiendo condiciones favorables a la causa araucana. Según Mariño de Lobera, el cacique Pilmaiquén lo derribó de un mazazo. Ercilla dice que fue el viejo Leocato. De todas maneras, no parece ser efectivo que muriese obligado a beber oro líquido, lo que no pasa de ser una fábula que el propio Mariño no se atreve a confirmar. Luego volveremos a analizar este suceso.

El heroísmo de los conquistadores no tenía límites. Para ellos caer combatiendo era ganar la fama. Una muerte ejemplar honra toda una vida. Uno tras otro fueron cayendo hombres valiosísimos, insignes guerreros, individuos que no tenían miedo a morir después de pasado el miedo natural de la incertidumbre previa a todo combate.

El héroe seguramente debe sentir miedo, porque es humano sentirlo; pero, al sobreponerse a esta aprensión psíquica, el hombre se agranda y su actitud de entrega alcanza niveles que espantan y aterrorizan a quienes analizamos los hechos cómodamente sentados en una butaca.

Hundiéndose voluntariamente en la vorágine de una masa vociferante, sin más compañía que su deseo de gloria y de inmortalizar sus nombres (por lo mismo tenemos el deber moral de recordarlos), fueron derribados de sus cabalgaduras y bárbaramente despedazados, después de haber vendido caras sus vidas, Diego Oro, Juan de Lamas, Martín Gutiérrez de Altamirano y Reinoso, al igual que Juan de Gudiel, aquel gran espadachín y Andrés Villarroel, el "flaco", junto a Juan de la Peña, cubiertos todos de heridas pero luchando como leones gritando el sagrado nombre de España...

Valdivia los vio caer uno a uno, aprobando su valor y coraje, gritándoles órdenes y aplaudiendo de viva voz su desempeño, sintiéndose impotente para socorrerlos.

Aquel hermoso viaje de aventuras iniciado una cálida mañana en el Cuzco, lleno de fe y esperanzas, los había llevado a la muerte, digna recompensa para un indomable guerrero español. ¡Cómo falta en Chile un monumento para recordar al soldado español de la conquista, que fue el forjador de tantas orgullosas tradiciones militares!

Tal vez, en la hora triste del fracaso militar, se encendió con mayor brillo la luz que iluminaba el alma de estos guerreros pues, como bien dijo Anatole France, "la Historia nos ha enseñado que sólo aparecen los actos heroicos en las derrotas y en los combates..." No cabe duda alguna que en el desastre los conquistadores fueron grandes, pues lucharon en un apartado rincón desconocido del mundo, lejos de su familia y de su patria, con entereza y valor como si el propio rey los estuviese observando.

Don Pedro fue el último en caer acosado por un enjambre de enfiurecidos guerreros; amarrado, con las manos a la espalda, fue conducido, como era la costumbre, ante el senado de caciques que lo esperaron sentados, rodeando al "toqui".

Sobre la forma en que fue ultimado, corren muchas versiones, entre ellas la muy singular que pretende que le hicieron tomar oro derretido, parodiando la muerte de Marco Licinio Craso (1153 A.C.), apodado "dives" (el rico) durante una entrevista con un jefe parto.

Es preferible seguir al Padre Rosales, que vivió en la época y escuchó la narración de viejos caciques que parecen haber estado presentes en el fúnebre consejo.

Lautaro lo hizo comparecer ante Caupolicán, que era el jefe; es muy posible que lo hayan desnudado, pues una manera de inferir agravio a un prisionero era, precisamente, el exponerlo públicamente sin sus vestimentas (lo hicieron con el capitán Bastidas en el sitio de Villarrica). Luego, los "ulmenes" (señores principales) le criticaron ácidamente su disposición a arrebatárles sus tierras violando el suelo de sus "pillanes". Es posible que el derrotado Gobernador hubiese ofrecido alguna recompensa por su libertad, haciendo ofrecimientos que fueron rechazados, pese a que Lautaro ha debido sentirse inclinado a tratar de proteger a su antiguo amo, cuya habilidad como soldado tiene que haber admirado y Caupolicán ha podido desear tenerlo vivo antes que muerto para obtener dividendos con una substanciosa recompensa. Todo es posible. Sin embargo, Rosales dice que algunos caciques hicieron señas a un capitán y mientras le hablaban, sin que Valdivia se diese cuenta de lo que iba a ocurrir; el capitán le proporcionó por detrás un golpe de maza en la cerviz que le hizo caer de espaldas en medio de los gritos destemplados de los "conas" que formaban el cerco, que corrieron junto al cuerpo muerto del Gobernador colocándole las puntas de sus lanzas, batiendo los pies en tierra hasta hacerla temblar, para dar a entender que la tierra temblaba de su valentía.

Un guerrero blandió un cuchillo cortando de la garganta el pecho y con maestría metió la mano por el tajo, extrayéndole el corazón palpitante, chorreando en sangre. Lo mostró a la asamblea y untó con la sangre de su trofeo macabro las hachas de piedra ("toquis") y flechas; partiendo luego el corazón en pequeños pedacitos, lo comieron todos los caciques, mientras los guerreros relamían la sangre, quedando todos juramentados, de esta manera, para unir sus armas contra los "huincas".

Le cortaron la cabeza, entregándola como trofeo a Caupolicán, la que fue colocada sobre una pica. Luego cantaron victoria celebrando grandes borracheras, pues creyeron que su nación estaba liberada del peligro del invasor.

El cuerpo quedó expuesto, sin piernas, para usar las canillas como flautas, para que se lo comiesen las fieras y aves de rapiña, mientras que la cabeza fue exhibida frente a la choza del "toqui" junto a otras de los demás soldados caídos en el combate; muchas se enviaron a las demás tribus para obtener su apoyo.

Los caciques principales solían beber en el cráneo de sus enemigos, privilegio vedado a cualquier "indiaco" de segunda categoría.

Así ocurrió algunos años más tarde con el cráneo de Martín García Oñez de Loyola, otro Gobernador caído en combate con los mapuches, cuyo cráneo fue encontrado casualmente, cuando habían pasado varios años de su muerte. El de don Pedro, no apareció.

Por el lado araucano murieron también caciques valientes y lo mejor del ejército mapuche, cayendo la mayor parte en la primera etapa del combate.

Alonso de Ercilla estuvo siempre de parte de los aborígenes y dispuesto a cantar su coraje. Escucharemos un instante su pluma iluminada.



CAMINO DE PUREN A CAÑETE EN LA CORDILLERA DE NAHUELPUTA
Ruta de "Los Catorce de la Fama"

Canto 3º

365

*"Un hijo de un cacique conocido
que a Valdivia de paje le servía,
acariciado del favorito,
en su servicio a la sazón venía;
del amor de su patria conmovido
viendo que a más andar se retraía.
Comienza a grandes voces a animarla
y con tales razones a incitarla:
"¡Oh ciega gente, del temor guiada!
¿A dó volvéis los temerosos pechos?
que la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos;
de señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos".*

Esta arenga del "Traro Veloz" que, desde luego, no fue tan elegante, fuida y poética, sino que un reproche duro, envuelve el contenido étnico y orgullo legendario de una raza belicosa (Prof. U. Cars).

381

*"Mancháis la clara estirpe y decencia
y engerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpetuo, ignominioso;
mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento, y el fogoso
latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre y de sudor bañadas".*

El genio militar de Lautaro. Justificación de su acción. Lautaro nació en las selvas del Carampangue y del Tirúa en 1534. Era un mozo robusto e inteligente que entendió la lengua y captó los usos españoles de la guerra, sus virtudes y defectos. Fue el primer genio militar de Araucanía y organizador, después de Tucapel, del primer ejército, propiamente tal, con mando unificado y comandante de unidades, capaces de hacerse obedecer en el combate. Introdujo en el arte guerrero bárbaro las innovaciones que lo modernizaron y colocaron en condiciones de enfrentar a los ejércitos españoles-criollos.

Su actitud en Tucapel, sin embargo, parece ensombrecer su aureola heroica por haber abandonado a los suyos para pasarse al campo enemigo ante la sorpresa de sus jefes.

Alonso de Ovalle supone que Lautaro luchó lanza en mano directamente con el Gobernador, el cual lo habría tratado de traidor, increpándolo como reproche: "¿Qué haces?" Mariño de Lobera señala que los españoles que lo veían a diario no imaginaron que conspiraba en contra de ellos. ¿Traidor, conspirador?

En medio de una lucha cruenta, en que dos razas combatían por sobreponerse, eliminándose mutuamente con crueldad y dureza, es difícil aceptar dichos calificativos. Se trataba de una guerra de "conquista", en que unos, que se decían civilizados, venían a quitarles a otros sus posesiones, su libertad, como ocurrió al propio Lautaro esclavizado desde pequeño y la de sus familias, para venderlos como objetos en beneficio

propio. Era una lucha con bárbaros rebeldes para quienes no existían tratados ni palabras empeñadas, sino el natural deseo de hacer la guerra y de vengarse; actitud, por lo demás, muy justificada, pues pretendían proteger sus mujeres e hijos del oscuro destino de la servidumbre.

Si para los españoles los araucanos eran rebeldes y reos de castigo por alzarse contra el rey, los nativos no tenían idea de lo que pudiese ser un rey, ya que jamás estuvieron sometidos a monarca alguno y no llegaron nunca a comprender que pelear y matar a sus enemigos a cualquier precio pudiese ser delito, cuando toda la vida se les había preparado para la guerra, que era su principal y gran preocupación.

Miradas así las cosas, la figura de Lautaro parece agrandarse. No traicionó a Valdivia. Más bien él pudo sentirse traicionado al ser trasplantado forzosamente de su civilización primitiva a un mundo en que lo que él consideraba bueno se tildaba de malo y en que el derecho de vivir y ser libre, era condenable por no sujetarse a la organización piramidal del rey, que lo obligaba a ver impasiblemente cómo mataban a sus hermanos y desarticulaban sus familias. Volvió a los suyos, a su raza y a su gente, de donde no había salido por su voluntad sino que por imposición de terceros, por el imperativo de su conciencia que le señalaba cuál era su enemigo.

Consecuencias del desastre. Valdivia, aquel hombre grueso, activo, inteligente y ambicioso, de buen rostro, rubio y galán, al decir del padre Rosales, afable, bondadoso, buen consejero, de gran corazón y acertadas resoluciones, tuvo el triste mérito de atraer, con su holocausto, la atención de España por estos territorios cuyo abandono podría significar la pérdida del Perú. Todo lo bueno o malo que llegó a suceder tuvo principio en la oportuna acción de Lautaro en el terrible día del desastre de Tucapel, que costó la muerte de 60 españoles y cerca de 1.500 leales yanaconas que los acompañaban; además murieron otros tantos por el bando araucano, en el cual cayeron luchando bravamente por la libertad y su suelo indomables caciques y feroces guerreros como Triponcio, Gameande, Alcanabal, Curilén, Layan, Ayanquete y muchos otros que no registra la Historia.

Es posible que otros 1.500 auxiliares se pasaran al bando araucano con Lautaro.

Los pocos yanaconas que se salvaron llegaron a Concepción, que fue presa del dolor y del llanto de madres, viudas y huérfanos. Así se iba formando la raza a costa de coraje, sangre y sufrimiento.

Nadie podía creer que el Gobernador, aquel hombre superior e infalible, hubiese sido derrotado pereciendo en el combate.

Ercilla canta la triste prisión de Valdivia y su actuación frente al vencedor. Escuchémoslo silenciosamente.

Canto 3º

605

*"Caupolicán, gozoso en verle vivo
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente.
Valdivia, como mísero cautivo,
responde y pide humilde y obediente
que no le dé muerte, y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura".*

*"Así el determinado viejo cano,
que a Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que a Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caída
estremeciendo el cuerpo, dio la vida.
Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolicán, dello enojado,
quiso enmendar el libre desacato,
pero fue del ejército rogado;
salió el viejo de aquello al fin barato,
y el destrozo del todo fue acabado,
que no escapó cristiano desta prueba
para poder llevar la triste nueva".*

Es indudable que hombres de la entereza, capacidad de organización, acertado ojo militar y espíritu indomable de aventura, como Hernán Cortés, Francisco Pizarro y Pedro de Valdivia, fueron realmente grandes capitanes que supieron cohesionar sus hombres transmitiéndoles fe en el éxito, llevándolos a realizar empresas imposibles, dando el ejemplo, marchando a la cabeza de sus hombres, buscando siempre el peligro.

Valdivia dejó una expectable situación en el Perú para arriesgarlo todo en una aventura. Era el espíritu de la época. Gonzalo Pizarro dejó la gobernación de Quito para internarse en el Amazonas en la quimérica empresa de la Canela; Diego de Almagro despilfarró su fortuna para descubrir Chile, tarea que lo llevó al desastre. Cuando todo estaba perdido para Valdivia, envió a Alonso de Monroy en busca de socorros y éstos llegaron... dos años más tarde, soportando estoicamente la espera.

¿De qué pasta estaban hechos estos hombres? Con razón los mapuches los miraron como a dioses...

Epílogo... Después de tanta desgracia narrada, diremos que, según las crónicas, Agustinillo, posiblemente herido en el combate, no murió. Se habría salvado escurriéndose por la selva y habría llegado a Concepción donde dio la triste noticia del desastre de Tucapel, sembrando el pánico en la población. Sin embargo, Mariño hace de "malo", pues, insinúa que Lautaro le dio muerte con su lanza cuando mataron a Valdivia, porque "le tenía rencor".

El padre Pozo, por el contrario, no escapó y debe figurar entre los primeros mártires de la Iglesia. Es de suponer que no murió "rezando" y como el padre Lobos en Santiago, en el asalto de Michimalongo, moriría repartiendo sablazos a los infieles que pilló sin confesarse. Alonso de Góngora escribió que hizo una cruz con dos palitos, estando en poder de los vencedores, confesó a Valdivia y ambos fueron muertos...

Conclusiones Militares. Objetivos. Pedro de Valdivia, por razones de orden político y necesidad de afianzar sus títulos, tenía como objetivo principal el de ocupar todo el territorio que fuese posible. Mientras dispusiese de más tierras, mayores beneficios podría otorgar a los encomenderos, interesando a futuros colonos por trasladarse a Chile.

Militarmente es un error ocupar territorios sin conquistarlo previamente. El sistema había dado magníficos dividendos en México y Perú, llegando a constituir el sistema español de colonización; pero en Chi-

le el araucano no iba a ser doblegado por la sola presencia del hispano, por lo que sembrar fuertes por todos lados significaba debilitar las fuerzas exponiéndolas a la reacción mapuche.

Por el lado araucano, el objetivo principal era destruir al "huinca", pero no sabían cómo hacerlo y recién lo estaban aprendiendo.

En esta selección de objetivos, los españoles llevaban la peor parte, puesto que no dominaban el centro y norte del país como para aventurarse a ocupar el sur. Con sus escasísimos medios, D. Pedro difícilmente podía lograr el feliz término de la guerra.

El enclave español de Concepción bien pudo servir de base a la conquista, por tratarse de una plaza perfectamente escogida, pero no debió Valdivia aventurarse en la invasión de Araucanía sin contar antes con la fuerza necesaria para hacerlo.

Por su parte, los araucanos tampoco pudieron consumir su objetivo porque inicialmente no fueron capaces de comprender el sistema de hacer la guerra a estos nuevos enemigos y solamente por la acción coordinada de Caupolicán, que supo organizar y cohesionar grandes masas de combatientes, y de Lautaro, que supo enseñarles una nueva forma de combatir, introduciendo nuevos sistemas de combate y armas aptas para la lucha, en especial el factor sorpresa, lograron, en definitiva, producir por primera vez, el colapso hispano.

Acción ofensiva. Los españoles llevaron al principio la ofensiva, elemento esencial para invadir territorios salvajes, explorando lugares apartados de sus centros ya poblados.

Los araucanos, en cambio, no atacaron a los españoles mientras no trataron de cruzar su territorio, pero a partir de ese momento, también emplearon la ofensiva sorpresiva, pero sin la persistencia necesaria para derrumbar a su enemigo, producto de la dispersión de sus fuerzas después de cada campaña.

Los españoles perdieron esta fuerza y libertad de acción, cuando se encerraron en sus fuertes a la espera del ataque araucano, cediéndoles la iniciativa. Lo hicieron por falta de capacidad para concentrarse, por tener sus fuerzas diseminadas en los fuertes de la frontera.

Precisamente, la destrucción de Tucapel obstruía el desarrollo de la ocupación planificada por Valdivia, de manera que en su afán de recuperar la posición, avanzó hacia ella desde Concepción, ordenando a Gómez de Alvarado hacerlo desde Purén.

Los mapuches, sin embargo, pese a tener el factor de la libertad de la elección del objetivo, no pudieron aprovecharlo porque aún no existía la idea de fusión de toda la raza para echar del territorio al invasor, lo que logró Pelantaro 40 años más tarde.

Economía de Fuerzas. Ninguno de los bandos fue capaz de hacer efectivo este clásico principio.

Los españoles, como hemos visto, dispersaron sus escasísimas fuerzas por un inmenso territorio, tratando de imponerse por presencia. Los araucanos no fueron capaces de concentrar sus fuerzas hasta que Caupolicán y no Lautaro como se pretende por muchos, pudo presentar a los castellanos fuertes formaciones de guerreros en Tucapel que casi fracasaron por no seguir fielmente las instrucciones convenidas con Lautaro, por tratarse de tribus acostumbradas a hacer la guerra en forma primitiva, con marcados vicios, como el de disputarse el botín y regresar a sus reductos con la repartija obtenida después del combate y el de luchar separadamente obedeciendo a sus propios caciques.

Sorpresa. Inicialmente estuvo de parte de los invasores, ya que su armamento constituyó, junto con los caballos, la fuerza sin contrapeso de sus avances. Pero, esta acción sorpresiva no fue empleada por los castellanos en esta primera etapa y, más tarde, aprenderían la necesidad de recurrir a ella obteniendo resultados como en Peteroa y en la captura de Caupolicán.

El aborígen, en cambio, recurrió constantemente a la sorpresa para compensar la diferencia de sus armas, aunque por lo general sus ataques carecieron de la potencia necesaria para obtener el éxito.

El Comando de las Fuerzas araucanas en Tucapel. Intervención de Lautaro. Al igual que el General Téllez, don Francisco A. Encina ha explicado los hechos acaecidos en Tucapel señalando que Lautaro dirigía las fuerzas araucanas (mapuches). También se consigna así en la "Historia Militar de Chile" y en una "Síntesis Histórico-Militar de Chile".

No coincidimos en esta conclusión y estimamos que los antecedentes históricos, aunque imprecisos, permiten con claridad concluir que era Caupolicán el "toqui" al mando de las fuerzas araucanas y que la intervención de Lautaro se produjo en la segunda etapa de la batalla, cuando las tropas indígenas habían sido derrotadas por los españoles y se producía el desbande. No existen antecedentes históricos para concluir que la junta de "úlmenes" (notables) hubiese designado "toqui" a Lautaro, pero sí los hay que revelan que Caupolicán fue nombrado para el cargo y no había sido depuesto. Su mando se confirma con su ataque a Arauco (J. Quiroga), poco antes de Tucapel.

Como la ceremonia de nombramiento de "toqui" era larga y requerría de preparación previa, Lautaro habría tenido que huir muchos meses antes de la batalla del campo español. Por lo mismo, se habría sabido de él en el asalto a Tucapel y toma de dicha posición y no fue así.

En las crónicas de Pedro Mariño de Lobera se lee que, después del último intento castellano, "los indios perdieron todo el sitio de la batalla, sin quedar en él hombre de su bando, fuera de los muertos". Agrega que a este tiempo "se revistió este espíritu (reacción contraataque) en un indio llamado Lautaro que era el caballerizo de Valdivia y actualmente (vale decir en estos momentos) le tenía los caballos que le remudaba". Señala que "estando la batalla en tal punto ganada, se pasó al bando de los indios", reprochándoles su cobardía. Incluso, manifiesta que Lautaro, posteriormente, atravesó, con su lanza a Agustinillo (intérprete de Valdivia) "con quien andaba de malas como persona con el cual vivía dentro de la misma casa como gente de servicio" (Mariño).

No caben dudas, pues, que Lautaro, según fuente fidedigna de la época, estaba con Valdivia y participó sólo al final del combate, con una lanza que había tomado al pasarse de bando, lo que indica que no estaba armado, cosa rara en un "toqui". Tan raro como suponer que siendo el general mapuche estuviere sirviendo al general enemigo.

Ercilla canta en "La Araucana" que cuando los castellanos creían suyo el triunfo y gritaban "Victoria ¡España!", el paje que servía a Valdivia y que a "su servicio a la sazón venía", comenzó a animar a los vencidos. Esto explica que Lautaro no estaba en el lado araucano sino con don Pedro hasta esos momentos, pues, con él "venía". Esta derrota araucana en la primera etapa del combate es ignorada por quienes sostienen la tesis contraria. Además, habría demostrado que la táctica empleada por Lautaro no era tan buena como para darle inicialmente la victoria.

Como Valdivia se había hecho acompañar de algunos auxiliares, parece que entre ellos venía, como servidor suyo, Lautaro y, posiblemente,

como hijo de cacique principal, algún mando de tropa se le habría encomendado cuando todos peleaban. Ercilla eleva a 2.000 el número de nativos amigos. Es obvio que estaban, en gran parte, confabulados con Lautaro para entrar en combate, tan pronto fuese necesario, por el bando araucano, máxime cuando nadie ha hablado de la actuación de esta importante masa nativa desempeñándose en el bando castellano y nadie ignora que los españoles jamás dejaron de hacerse acompañar por fuerzas aborígenes rivales de los araucanos.

En los versos 765 a 772 del poema épico, como veremos, se explica cómo, después de la batalla frente al senado, recién Caupolicán hizo su capitán a Lautaro, con la autoridad del consejo; él mismo lo rasuró dándole el copete y larga trenza como señal de mando, insignias que debió haber tenido antes del combate si hubiese sido el "toqui". Aún más, resultaría absurdo que habiendo sido Lautaro general, Caupolicán lo premiase sólo como capitán... (expresión que da la idea de subalterno suyo).

Rodrigo de Quiroga, en sus memorias, sostiene que "un mozuelo que servía de paje a Valdivia, casualmente o con cuidado, se halló entre los enemigos y frente a la derrota reprendió a Caupolicán y demás caciques".

Esto demuestra que sólo fue visto en la segunda etapa de la batalla, cuando los araucanos llevaban la peor parte.

La expresión "casualmente" ha querido significar que no había concierto y con "cuidado", por el contrario, que la presencia de Lautaro en campo enemigo obedeció a una consigna, o sea, ejecutaba un plan previsto para el caso de flaquear el ataque araucano.

Así las cosas, por la forma como acaecieron los hechos, según testigos presenciales, nos quedamos con la impresión de que el mando era de Caupolicán, porque no sería justo que habiendo sido Lautaro el general, hubiesen llevado a Valdivia ante la presencia de "Hacha de Pedernal" para que éste resolviese sobre su destino como, asimismo, que éste fuese quien reprendió a Leucatón (o Leocado, en Ercilla, "Gran Ruca junto al Río") por dar muerte a don Pedro con un mazo sin su consentimiento.

Fernando Alegría, en su obra sobre Lautaro, acepta la narración histórica de que Caupolicán mandaba nerviosamente la batalla y Cuyumanque miraba desesperadamente hacia las lomas donde estaba Lautaro con sus seguidores, temiendo que los traicionase y no se pasase oportunamente a su bando en esos momentos angustiosos.

Así, pues, nos quedamos con la versión más ajustada a las relaciones de los historiadores de la época, para concluir que en esta etapa crucial del combate, defeccionó la retaguardia española al pasarse en masa Lautaro, con gran parte de los auxiliares armados, al campo araucano organizando el contraataque, asumiendo "Traro-Veloz" ocasionalmente el mando de las fuerzas araucanas atacantes, imponiendo la táctica estudiada de antemano con Caupolicán. Es la conclusión, entre otros, a que llega Rodrigo de Quiroga, que algo más que nosotros sabía de la guerra de Araucanía.

No olvidemos que, más tarde, en la batalla de Millaragüe, Caupolicán se exhibió frente a García Hurtado montando el caballo blanco de Valdivia, como trofeo de guerra y cuando el "toqui" lo desafió a duelo, le prometió darle muerte tal como lo había hecho con Valdivia y comerle el corazón... Esto debe ser cierto puesto que se lo contaba D. García al rey.

Como si los argumentos no fuesen suficientes existe, también, la evidencia del ofrecimiento de Caupolicán a Reinoso al ser hecho prisionero, de devolver algunas especies personales del ex-gobernador que tenía en su poder como parte del botín y que sólo podía haber adquirido

siendo el general de las fuerzas vencedoras en Tucapel, por derecho propio del "toqui". Góngora Marmolejo incluye entre los objetos ofrecidos devolver la espada, celada, crucifijo con una cadena de oro, etc. ¿Cómo no las tenía Lautaro?

CAPITULO QUINTO

NUEVAMENTE "CORRIO LA FLECHA"

Por su parte, los nativos parecen haber hecho una junta, inmediatamente después de la victoria, para resolver sobre las acciones que se adoptarían. Es muy posible que la cabeza de Valdivia fuese paseada como testimonio de la gran fuerza mapuche y de la debilidad de los castellanos.

Canto 3º (Refiriéndose a la Junta de Guerra)

685

*"Era allí la opinión generalmente
que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
a dar en las ciudades descuidadas:
que tomadas de saltos y de repente
serían con solo el miedo arruinadas,
y la patria en su honor restituida,
no dejando cristiano con la vida".*

Lautaro, que participó en la junta, aclamado como héroe de la jornada, fue elevado al rango de capitán, a cargo de una fuerte división de guerreros y fue en este momento cuando, en señal de mando, el "toqui" le cortó el pelo dejándole un largo copete en trenza. Recordemos que los mapuches, en general, si bien no usaban barbas, no se cortaban el pelo que caía sobre sus hombros.

Canto 3º (Discurso de Caupolicán)

765

*"Y, señores, pues es tan manifiesto,
(esto dijo volviéndose al senado)
el punto en que Lautaro nos ha puesto
(que así el valiente mozo era llamado)
yo, por remuneralle en algo desto,
con vuestra autoridad que me habéis dado,
por paga, aunque a tal deuda insuficiente,
le hago capitán y mi teniente".*

781

*"Del grato mozo el cargo fue aceptado
con el favor que el general le daba;
aprobólo el común aficionado,
si a alguno le pesó, no lo mostraba;
y por el orden y uso acostumbrado
el gran Caupolicán le trasquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo".*

En esta junta de caciques, desde luego dirigida por Caupolicán, con asistencia de Lautaro, se convino por unanimidad continuar la ofensiva dividiéndose las fuerzas, por resolución del "toqui", en dos grupos, uno de los cuales quedó a cargo del "Traro Veloz". Este debía avanzar por el costado occidental de Nahuelbuta atravesando hacia Purén, para barrer en su camino todas las fuerzas y haciendas españolas, incorporando las tropas nativas que se plegasen en su camino y especialmente alzando aquellos auxiliares que servían en las ciudades y encomiendas, a medida que fuesen cayendo en su poder. La otra división, al mando de "Hacha de Pedernal", bajaría por el oriente de la cordillera arrasándolo todo, para unirse finalmente a la primera en Purén. Todo en perfecto desplazamiento sincronizado, en forma de tenaza.

Al parecer, Colo-Colo, que como hemos visto no era un mito de Er-cilla, sostuvo en la referida junta que, como era de suponer, los españoles tratarían de tomar represalias contra sus enemigos y vengar a Valdivia. Por ello era aconsejable dejarlos entrar en el territorio de Arauco y esperarlos para emboscarlos, evitándose el costoso asedio de las plazas amuralladas, que eran prácticamente inexpugnables por el poder defensivo y de largo alcance de las armas españolas, que ocasionaban muchas bajas a los atacantes. Esta vez, la excesiva prudencia del viejo cacique evitó el derrumbe castellano.

Así se resolvió y, a medida que continuaban los festejos, una avanzada española sorprendió a tiempo una emboscada mapuche puesta en la entrada de Purén, continuando su avance, recibiendo Caupolicán la noticia impasible, sin inmutarse ni demostrar precipitación. Ordenó a Lautaro cortar de inmediato el paso a los españoles, ejecutando el plan táctico convenido con su división que debía avanzar al sur. Eran, en realidad, 14 hombres que citados por Valdivia trataban de apoyarlo, sin conocer la tragedia acacia.

Por su parte, el "toqui" concentró su división para la ejecución del plan inicial de cerco, poniéndose en marcha con menos rapidez que la fuerza del "Traro Veloz".

Los Catorce de la Fama. Recordemos que antes de partir a Tucapel, Valdivia solicitó refuerzos a La Imperial y Purén. Sin embargo, era tal el estado de nerviosismo y la falta de recursos, en especial de elementos humanos, que sólo pudieron salir 14 españoles de refuerzo en demanda de Tucapel, el día 25 de diciembre, después de darse cuenta que el anunciado ataque a Purén había sido una exitosa estratagema de Caupolicán para "clavar" allí a Gómez de Almagro, que era pariente del recordado descubridor de Chile. Estos 14 hombres, tomando en cuenta a Gómez, eran Córdova, Neira, Cortés, Gonzalo Hernández, Morán, Peñaloza, Maldonado, Castañeda, Vergara, García de Cáceres, Escalona, Pedro Niño y Lorenzo Manríquez, quienes se juramentaron de entregar la vida si fuese necesario en la empresa suicida de auxiliar a su jefe.

Salieron cargados con sus pesadas armaduras de hierro y vestimentas, acompañados de sus fieles auxiliares y, a cada paso, por valles y cañadas, escuchaban el fúnebre retumbar del "tam-tam" que denunciaba su presencia y seguía sus pasos con augurios fatídicos de destrucción y muerte. Las bestias se tropezaban nerviosas y mascaban el freno, sobresaltándose con las sombras verticales de los arbustos movidos por el viento, a la tenue luz del amanecer.

Marchaban conscientes del peligro y, sin embargo, pese a que los azuzaba el miedo, que siempre enaltece a los valientes, iban decididos a vender sus vidas peleando, sin dar ni pedir cuartel. Tensos, atentos, fija la mirada, escudriñaban los rincones y recovecos del camino...

Humos amenazantes anunciaban en las colinas las concentraciones del enemigo a su paso y, aún así, su deseo de vencer lo hacía más imponentes detrás de las nubes de tierra que dejaba la columna a su paso.

Hicieron el pesado ascenso de la cordillera de Nahuelbuta en cuyas estrechas curvas y angostos claros de la tupida floresta, existía el presentimiento de que miles de ojos les seguían celosamente.

Llevaban una preocupación enorme, que se reflejaba en sus rostros, por haber fallado a la cita del Gobernador, dejándolo solo en medio de un país convulsionado. El acompasado golpear de las espadas y lanzas sobre las sillas de montar y el tintineo navideño de las espuelas, parecía un reproche que aceleraba el violento palpitir de sus intrépidos corazones.

No tardaron en aparecer nativos emboscados que se lanzaron a cerrarles violentamente el paso, brotando de sus gargantas feroces juramentos y amenazantes gritos de guerra, que les anunciaban la muerte de Valdivia. Los castellanos, lejos de arredrarse, creyeron llegada la oportunidad de cubrirse de gloria y, sin tragarse el cuento de la derrota de D. Pedro, desenvainando sus espadas "Santiago y a ellos ¡Viva España!" galoparon a su encuentro, abriéndose camino, ahuyentando a sus enemigos. Atravesaron, así, siempre combatiendo, la fría cordillera y descendieron al llano por su costado occidental, tomando un camino polvoriento que hacía tropezar las bestias.

Llegaron, al fin, a la vista de Tucapel y con rabia e impotencia contemplaron la humareda que se alzaba. Se acercaron cautelosamente y, la negra duda de la suerte de Valdivia, cuyas fuerzas no se divisaban, anudó en sus gargantas un funesto presentimiento.

No habían terminado de bajar de sus cabalgaduras cuando una masa de mapuches, compuesta de varias unidades se les vino encima. Era la división de Lautaro que cerraba la trampa mortal.

Apenas lograron poner pie en los estribos, cuando Gonzalo Hernández ya había picado espuelas seguido por algunos de sus camaradas lanzándose contra el primer grupo araucano. El choque fue tan tremendo que casi todos rompieron las lanzas, llamando la atención de los castellanos las numerosas armas españolas que lucían muchos guerreros enemigos, que manejaban con escasa destreza.

Ya no cupo duda alguna a los castellanos, a la vista de los trofeos que exhibían los mapuches y despojos de los soldados de Valdivia, la suerte que éstos habían corrido.

Ahora, después de tomarse el cáliz amargo de la evidencia del desastre, sobrevino el deseo de salvarse y alertar rápidamente a otras guarrniciones. En este afán, los grandes perdedores fueron los yanaconas que quedaron rezagados, abandonados y entregados a su propia suerte. Los auxiliares preferían luchar junto a los españoles de infantería antes que de a caballo porque, peleando junto a los primeros, estaban seguros que no los abandonarían.

Espada en mano, habiendo perdido ya varios hombres, los españoles se lanzaron contra los siguientes grupos que, ordenadamente, presentaban los mapuches, buscando de nuevo el camino a Purén, puesto que dirigirse a Arauco resultaba más peligroso, ya que significaba tener que atravesar el corazón del territorio alzado.

En esos momentos decisivos llegó Lautaro con tropas de refresco y asumió la dirección de la batalla, mientras caía el sol, después de ocho horas de lucha incesante. Negros nubarrones oscurecían el cielo, al extremo que, providencialmente, una gruesa lluvia de granizos contuvo momentáneamente a los combatientes, aprovechando los castellanos la oportunidad para alejarse gracias a la velocidad de sus caballos.

En su amarga retirada, cuando ya sólo quedaban ocho hombres, llegaron al caer la tarde, a una garganta que cierra el paso al valle de Ilicura ("Piedra Blanca"), con graves heridas y con sus bestias agotadas. Sabían que Lautaro les tendría cerrada la retirada, conforme a la táctica que el cacique había adoptado. Angustiosamente se dividieron en dos grupos. Uno compuesto de cinco hombres, dio un rodeo y logró burlar a los perseguidores. El otro decidió sacrificarse para contener al enemigo y facilitar la huida de los primeros y cargó de frente, logrando forzar la masa de nativos que, cual muralla humana, les cerraba el paso; allí murió el valiente Alonso Cortés. Nuevamente, a la tenue luz de las estrellas, se reunieron ambos grupos concentrándose en el valle de Ilicura, donde el noble caballo de Gómez de Almagro murió desangrándose por las heridas que había recibido. Como el marqués de Pescara en Pavía, Almagro, agradecido, debe haber pensado... "Oh, Mantuano! Plugiera a Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida". Desgraciadamente, nada pudo hacer y quedó a pie...

¡Un caballo! En la batalla de Bosworth (Guerra de las Dos Rosas, mitad s. XV, emblema de los York y Lancaster) Ricardo III también gritó desesperadamente... "A horse, a horse, my kingdom for a horse!". El grito de Gómez de Almagro sonó como un desesperado sollozo en la negra y triste noche... Quedaba solo, abandonado, como una fiera peligrosa perseguida por una muchedumbre vengativa.

Los guerreros venían corriendo detrás de ellos con Lautaro a la cabeza, rastreando el camino, siguiendo las huellas con chonchones que desde lejos simulaban una serpiente voraz que avanzaba lentamente. La hidalguía hispana, en esos momentos trágicos, mostró una vez más su temple, cuando Gómez de Almagro ordenó a los demás seguir en demanda de Purén mientras él, de a pie, dejando como señuelo su caballo muerto, se internaba en el bosque para atraer la atención de sus perseguidores. Frente a tanto heroísmo no cabría sino repetir con Eduardo Marquina: "¡España y yo somos así, señora!" ("En Flandes se ha puesto el sol").

Los emocionados camaradas se despidieron perdiendo la esperanza de volver a encontrar a Gómez de Almagro, a quien se lo tragó la negra espesura del bosque húmedo. No tardó mucho rato antes que los araucanos llegasen al lugar y, tal como se había previsto, se internaron en la selva al ver el caballo muerto al borde del bosque ("lemu").

Los otros seis agotados soldados llegaron al amanecer a Purén, después de atravesar Nahuelbuta, sembrando temor y desconcierto al dar la noticia de la derrota de Tucapel y de la aproximación de Lautaro.

Nadie pensó en quedarse. Aceleradamente empacaron lo que pudieron y, abandonándolo todo, al amanecer la dotación del fuerte emprendió la huida a La Imperial con los errantes pobladores de Los Confines (Angol) que habían llegado a Purén a buscar protección. La medida fue acertada, pues Caupolicán se acercaba por el lado este de la cordillera con la otra división, para cerrar la tenaza y caer sobre Purén, cercándolo con las fuerzas de Lautaro.

Cuando los fugitivos habían caminado varios kilómetros, la columna fue alcanzada por un agotado yanacona que traía noticias de que un español mal herido estaba oculto cerca de Purén y necesitaba ayuda.

Olvidándose del sueño que los tenía agotados y de las privaciones que los había reducido a guiñapos humanos, Avendaño, Ariza, Gutiérrez, Riera y Alonso Coronas volvieron grupas y, exigiendo un esfuerzo más a sus arruinadas bestias, se acercaron cautelosamente cerca del fuerte que ya había sido incendiado y cuando perdían las esperanzas de encontrar al incógnito castellano, relinchó uno de los caballos y alguien se

asomó en la espesura llamando a los jinetes, era Gómez de Almagro...

Escondido en el bosque vio pasar a sus perseguidores que, al no hallarlo, siguieron a Purén para atacarlo. Nada mejor para orientarse y ubicar el buen camino que seguir a los "conas"... Así se aproximó al fuerte observando que había notorias señales de su abandono. Agotado, con los pies destrozados y sangrando, se internó de nuevo en el bosque, hasta que tuvo la suerte de ser encontrado por el yanacona que corrió a buscar socorro.

Dejemos que Ercilla nos cuente la épica hazaña de singular manera:

Canto 4º

- 89 *"Los catorce españoles abajaban
por un repecho, al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban,
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aún no igualaban
cuando los indios, súbito sonando
bárbaras trompas, roncós tamborinos,
los pasos ocuparon y caminos".*
- 201 *"A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas:
otra vez arremeten, no bastando
infinidad de puntas enastadas,
puestas en contra de la airada gente,
a que no se mezclasen igualmente".*
- 313 *"La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, coraje y la revuelta,
y el río de la corriente sangre crece,
bárbara y española toda envuelta;
del grueso aliento el aire se oscurece;
alguna infernal furia andaba suelta,
que por llevar a tantos en un día,
diabólico furor les infundía".*
- 369 *"El buen Morán con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido;
Gonzalo al duro paso de la muerte
le apercibe y esfuerza condolido;
pero Morán gritó: "No estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
que solo, así herido, soy bastante
a vencer cuantos veis que están delante".*

Estos pasajes de "La Araucana" dan una idea del furor con que se combatió, lanzándose los españoles contra una masa de aborígenes contra los cuales rompían sus lanzas, para volver a la carga espada en mano, escurriéndose entre su "piquería", como resalta Mariño de Lobera. Esta "rabia bélica", sobrehumana en el combate, la veríamos repetirse en 1879 cuando Eleuterio Ramírez, en el fondo de la Quebrada de Trapacá, junto a Vivar y a sus bravos del 2º de Línea, se lanzaron a la bayoneta sobre sus

tenaces y más numerosos atacantes, traspasando sus líneas, para volverse luego, como toros enfurecidos, al punto inicial del ataque. Furia chilena, heredada de la de los hijos de Castilla...

Era un choque de gente que no pedía ni daba cuartel en su lucha por la sobrevivencia.

Los españoles estaban acostumbrados a la guerra contra infieles y moros, a quienes acababan de echar de la Península, y contra los turcos, destrozados al fin en Lepanto por don Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, lucha que había sido cruel y despiadada. Estas guerras religiosas entre cristianos y musulmanes se hicieron con gran encono, el que se trasladó a América donde los bárbaros adoraban dioses y creían en el sol y, en estas tierras, en nada fuera del "pillán".

Lautaro con un ala del ejército llegó a Purén, ya abandonado y lo destruyó. Después de saquearlo, los guerreros se regocijaron buscando vestimentas, caballos y armas, de lo que poco o nada encontraron.

Casi al mismo tiempo llegó Caupolicán con sus fuerzas, en un movimiento sincronizado y perfecto, cerrando la tenaza con la otra fracción. Después del saqueo, regresaron ambos generales a Tucapel a celebrar la victoria y a lucir los trofeos, no continuando la campaña al sur, lo que constituyó un error, pues dio a los españoles la oportunidad de reagruparse y organizarse cuando todo estaba perdido. Las fuerzas araucanas se desintegraron, dando por terminada la guerra con la derrota de los "huincas".

El reemplazo de Valdivia. Estando Pedro de Villagra, el soldado "comodín" que siempre estaba donde hacía más falta, cerca de La Imperial, zona que había llegado a reforzar, fue llamado por el Cabildo con urgencia y al imponerse de los desastres de Tucapel y Purén ordenó a la población de Villarrica replegarse a La Imperial. Era don Pedro un hombre experimentado y siempre activo. Impartidas las primeras medidas esenciales, dio noticia de lo obrado y mandó llamar a Francisco de Villagra que había regresado de una expedición al otro lado de los Andes y estaba cerca de Valdivia. Por razones no sólo militares sino que de orden político relativas a la sucesión en el mando, consideraba conveniente que pasase a sus manos, frente a las aspiraciones de otros, como Francisco de Aguirre.

Así pues, don Francisco de Villagra asumió de hecho el mando y adoptó medidas inmediatas.

El repliegue ordenado comprendió también las guarniciones del fuerte de Arauco y de los lavaderos de Quilacoya, concentrándose las fuerzas de Concepción. En el fondo, era un reconocimiento del error táctico de Valdivia de haber dispersado su gente exponiéndola a la destrucción por separado. Esta medida, como veremos, salvó la vida a muchos colonos y, en definitiva, la propia conquista, creando dos polos de resistencia en Concepción y La Imperial.

Contó, además, con el apoyo de los naturales aún no sublevados y pidió ayuda a Santiago. Las desesperadas poblaciones españolas lo apoyaban y expresaban confianza en sus condiciones de organizador y de soldado.

En 1549 Valdivia había hecho testamento al realizar la primera expedición al sur, que fue rápidamente abierto por el Cabildo de Concepción y se constató que contenía una terna para sucederle en el mando, formada por Jerónimo de Alderete, su ex-superior al venirse a América, que estaba en España convenciendo al rey de la total pacificación de Chile; Francisco de Aguirre, también fuera de Chile y Francisco de Vi-

llagra, que junto a Pedro de Villagra eran los mejores capitanes del Reino.

La ciudad de Valdivia, excediéndose en sus atribuciones designó a Villagra Gobernador de Chile, cosa que podía hacer sólo respecto al gobierno de su jurisdicción. Luego Villarrica, Imperial, Angol y Concepción lo designaron Capitán General y Justicia Mayor de sus respectivas ciudades. El Cabildo valdiviano pronto tuvo que revocar su decisión y hacer lo mismo.

Santiago, por su parte, cuyo Cabildo no se daba cuenta aún de la gravedad de la situación y de la necesidad de actuar con decisión militar antes que con interés político, designó para estos mismos cargos a Rodrigo de Quiroga. Más adelante, después del desastre de Marihueñu y abandono del sur, Villagra pidió este reconocimiento para sí al Cabildo santiaguino para mantener la unidad del mando frente a tan grave situación de emergencia.

Francisco de Aguirre, provocativamente, se había hecho nombrar gobernador por Santiago del Estero (dependía de Chile) y La Serena. Era un hombre de mal genio y atolondrado, enemigo personal de Villagra.

El panorama político, pues, estaba listo para una guerra civil.

Bien dijo Benavente que "es más fácil poner de acuerdo a todo el mundo, que a una docena de españoles".

La Audiencia de Lima, convencida de su falta de recursos para ayudar a Chile, estimó que cada ciudad debía resolver sus propios problemas. Era esconder la cabeza como el avestruz, comprometiendo la responsabilidad de los Cabildos a quienes se reconocían, de hecho, funciones administrativas, políticas y militares, para su autodefensa.

Por suerte para la conquista, en 1556 la misma Audiencia, con mayor criterio, designó Corregidor y Justicia Mayor a Francisco de Villagra el que pudo así, tomar responsablemente la dirección de la defensa.

Después del desastre. Volvamos nuevamente con Villagra, a poco tiempo de que Valdivia fue destruido en Tucapel. Comandaba 140 soldados en la ciudad de Valdivia que, rectificando su anterior acuerdo, le otorgó la jefatura de la gobernación, como dijimos, y con 80 de ellos se trasladó a La Imperial donde el Cabildo lo reconoció como suprema autoridad local. Todo el sur confiaba en Villagra y tenía fe ciega en su capacidad. Hasta el momento, el empeinado soldado se preocupaba más de la parte política que de la guerra, porque no podría realizar la campaña sin el férreo respaldo de los Cabildos.

Ratificó despoblar Villarrica replegándose su gente a Valdivia (fines de enero), internándose osadamente en Araucanía.

Rápidamente subió a Concepción, donde reunió a otros 140 hombres y, aprovechando un barco surto en la bahía, envió a Santiago a los capitanes Diego de Maldonado y al maltratado Gómez de Almagro a defender su posición y reconocimiento como sucesor de Valdivia.

En este constante traginar de Villagra por Valdivia, Imperial y Concepción, resulta muy extraño que ni Caupolicán ni Lautaro le atacasen en pleno territorio alzado. La única explicación es que, estando los mapuches celebrando afanosamente el triunfo luciendo sus trofeos de guerra, se hubiesen dispersado, por lo que hubo que dedicarse a concentrarlos durante un par de meses. Lo lógico habría sido que los araucanos les cerraran el paso cuando marchaba de La Imperial a Concepción, con sólo 80 hombres y no que lo esperasen a su regreso de esta última plaza a la cabeza de fuerzas más numerosas.

Esto demuestra que, entre los bárbaros, aún no estaba organizado el ejército nativo en la forma como lo concibió Pelantaro años más tarde. La dispersión fue manifiesta, lo que hace suponer que era muy difícil la conducción de los guerreros para una acción coordinada, lo que explica la razón por la cual el "Traro Veloz", en su posterior campaña hacia el norte, prefirió marchar a la cabeza de un grupo seleccionado de guerreros que constituyó la "Guardia Araucana", desentendiéndose de tener que convencer a tantos caciques y caciquillos de la conveniencia de hacer la guerra más allá del límite norte de Araucanía.

La dispersión por el bando hispano también era evidente.

Arauco había sido abandonado. La gente de Angol se fugó a Purén y ambas poblaciones huyeron a La Imperial y Concepción. Sólo resistían esta última plaza, Imperial y Valdivia. Esto permitió a Villagra reunir algunos soldados y concentrar sus escasas fuerzas en el sur, en tres puntos defensivos.

Villagra salió decididamente hacia el sur en busca de Lautaro que se suponía andaría posiblemente entre Tucapel y Arauco, confiando plenamente en sus fuerzas. Lo acompañaba, como maestro de campo, un veterano soldado de las luchas de Centro América y del Perú, Alonso de Reinoso, odiado por los nativos por su reconocida crueldad. Tres días más tarde llegó al pie de la sierra de Marihueñu.

Marihueñu. Tiene la cordillera de Nahuelbuta por su costado occidental, un espolón formado por varias mesetas o planicies, que caen cortadas a pico al mar. Precisamente "mari" significa diez, sinónimo de muchos y "hueñu" arriba o sea muy alto, vale decir cerros o cumbres muy elevadas. Es un monte situado en la bahía de Arauco en la que se interna como un promontorio.

Existen 3 cerros paralelos que, saliendo de la cordillera de Nahuelbuta, avanzan hacia el oeste formando en el mar un acantilado. El primer cerro se ubica entre la playa de Laraquete y la quebrada de Chivilinco. Desde allí hay una cuesta que sube al segundo cerro que deslinda por el norte con el valle de Colcura. Luego viene el tercer cerro que cae en el actual pueblo de Lota.

Pues bien, la fuerza hispano-picunche subió penosamente, cargada de armas pesadas, la pendiente de la cuesta de Colcura para trepar el segundo de los cerros nombrados. Bajó este cerro caminando por el sur, la quebrada de Chivilinco ("Tierra muy poblada"), cruzada por un riachuelo del mismo nombre que cierra el cerro Andalién. En esta quebrada acampó. Empezó el 26 de febrero de 1554 a subir la cuesta del último de los cerros, el llamado "Marihueñu", en cuya cima existe una planicie. Allí los esperaba Lautaro.

La idea táctica de Lautaro era perfecta. El valor defensivo de estos cerros es innegable. Se combatió en ellos por lo menos en 1562, 1578, 1584, 1589, 1601, 1602, 1664 y en 1770 y, por lo general, el éxito favoreció a los defensores.

Bien se podría llamar esta campaña "de los tres Villagras", pues, D. Francisco dejó Concepción a cargo de su viejo tío Gabriel y Pedro fue el reorganizador de las fuerzas y cerebro del repliegue después de la muerte de Valdivia.

Los tres eran excelentes soldados y el hecho de no esperar refuerzos de Santiago y partir al sur de inmediato, retrataba el cuerpo entero de D. Francisco para quien la mejor defensa era el ataque, seguramente confiado en que iba a dar la gran sorpresa a los mapuches con 6 pequeños cañones que llevaba consigo y 30 arcabuces. Como invento, agregó unas planchas de madera, portátiles, para cubrir a los arcabuceros



CORAZON DE NAHUELBUTA

Topografía abrupta, apta para sorpresas

de las flechas y piedras lanzadas por los flecheros y honderos enemigos.

Sin embargo, en materia de sorpresas los nativos tenían la ventaja, pues Villagra creía que la táctica araucana era la de siempre, por no haberse encontrado en Tucapel ni haber tenido oportunidad de conversar con algún sobreviviente (no los hubo).

Ignoraban los españoles el sistema de defensa de colina inclinada, que exigía desgaste prematuro antes del combate para llegar a la fortaleza, la obligación de atacar "hacia arriba" y el empleo de las grandes masas sucesivas de infantes con armas diversas y renovables.

No supieron, en resumen, que la táctica de Lautaro tenía un nombre: "cansancio". Iban a perder la batalla por agotamiento planificado...

Villagra cometió el error inicial, menospreciando la capacidad combativa del enemigo, de no hacer caso a la recomendación de Reinoso de proteger su avance mediante el empleo de patrullas. En vez de hacerlo, ocupó su gente en destruir sistemáticamente los sembrados indígenas, tarea encomendada al mismo Reinoso.

Lautaro, por su parte, tan pronto Villagra "movió banderas" cruzando el Biobío, se preparó para el combate buscando la tropa más eficiente para colocarla en el mejor sitio de la batalla. En el monte Andaliquén, el último cerro del sur, que era el límite de Araucanía, preparó con tiempo la sorpresa. Debido a este nombre, los historiadores conocen también este combate como de Andalicán (o "liquén").

Con acertado ojo militar, levantó un fuerte colocándole una elevada estacada al frente, protegida por un ancho foso, teniendo como defensa por un costado un espeso bosque montañoso y por el otro lado un despeñadero que daba al mar.

Se ignora, a ciencia cierta, a cuánta gente ascendía su ejército, pero no creemos que fuesen más de 10 mil hombres, porque jamás los mapuches lograron juntar grandes masas de guerreros después de los primeros encuentros con Valdivia. En todo caso, fuesen 10, 20 o más miles de "conas" la situación era hartó seria para una fuerza de sólo 154 españoles (63 quedaron en Concepción, incluyendo los enfermos) y alrededor de unos 3 mil auxiliares.

El acceso al lugar era estrechísimo, debiendo subir los caballos una empinada cuesta (de Marihueñu) en su paso obligado del valle de Chivilinco al de Colcura. Lautaro daba la espalda al este, de tal manera que al atacar a los españoles les daba el sol de frente en la cara, dificultando la visibilidad.

Si consideramos que Lautaro era un bárbaro, no cabe sino admirar su brillante concepción táctica como general, que Ercilla inmortaliza en sus magníficos versos:

Canto 4º

713

*"Un paso peligroso, agrio y estrecho
de la banda del norte está a la entrada
por un monte asperísimo y derecho;
la cumbre hasta los cielos levantada;
está tras éste un llano, poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada
que divide el distrito andalicano
del fértil valle y límite araucano.
Esta cuesta Lautaro había elegido
para dar la batalla, y por concierto
....tenía todo su ejército tendido
en lo más alto della y descubierto;*

*viendo que a pie en lo llano es mal partido
seguir a los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro deja esento,
pensando allí alcanzarles por aliento".*

La entrada de esta trampa tenía un "tapón" aprovechando que el camino era estrechísimo. Estaba defendido por 2.000 "conas" encargados de cerrarla una vez que ingresase a su interior la fuerza enemiga, evitando su retirada. Así lo hicieron, con palizadas y troncos de árboles que tenían ocultos en la espesura. Villagra, como Valdivia en Tucapel, descuidó totalmente la retirada y no adoptó medida alguna para asegurarla. ¿Para qué preocuparse de la retirada, si iba a castigar a unas tribus bárbaras alzadas y ya se había paseado de Valdivia a Concepción sin peligro alguno?

La orden de Lautaro era de resistir a los primeros atacantes de la vanguardia sin que se comprometiesen las fuerzas que estaban ocultas en el interior de los bosques; debían simular un quiebre en la defensa para inducir a los castellanos que venían retrasados a penetrar en la trampa ocultando, así, el plan concebido.

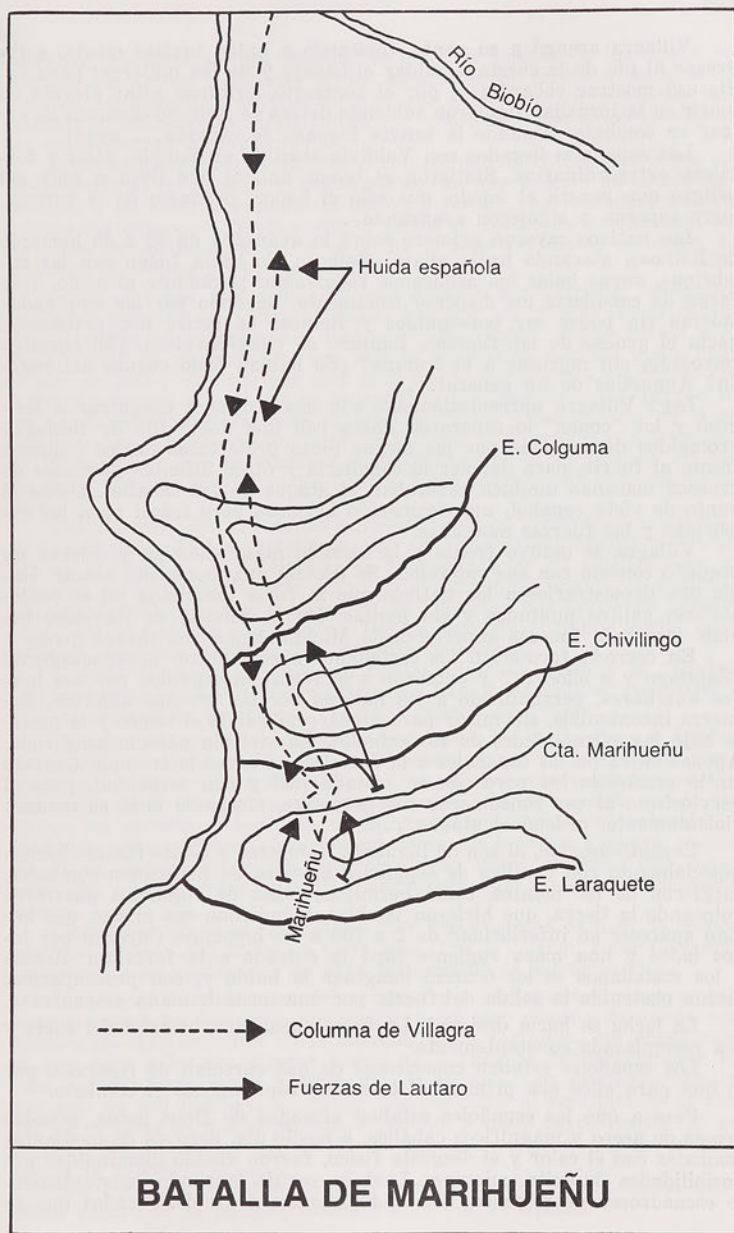
La disciplina araucana en el teatro de las acciones era perfecta. Indígenas sin cultura eran, ahora, consumados y obedientes soldados. Bajo pena de muerte, nadie podía hablar ni revelar su presencia en sus escondites dentro de los bosques y ocultos en las colinas que bordeaban el centro de la fortaleza. De esta manera, los españoles conocerían sólo un número reducido e insignificante de las tropas que les cerraban el paso, que no constituían peligro alguno como para adoptar otras medidas de seguridad y serían fácil presa, concentrando sobre ellas el violento ataque de la vanguardia, bastante adelantada.

En los dos meses transcurridos desde Tucapel, Lautaro había preparado concienzudamente a su gente, practicando en el terreno mismo del próximo combate e introduciendo en sus cerebros el concepto importantísimo de la disciplina.

El 26 de febrero de 1554, Villagra estaba al pie del fuerte araucano con sus hombres bien armados y montados y sus "indios" del servicio, valientes "picunches", decididos a participar de los despojos del odiado vencido. Villagra se sintió seguro. Creyó llegada la hora de vengar a Valdivia y de hacerse de gran cantidad de nativos como presas para repartirlos entre sus hombres, para esclavizarlos y venderlos. El negocio era "redondo" y la lección escarmentaría a los rebeldes. Bien podría Villagra lucir el mérito de haber apaciguado el Reino y lograr ser designado gobernador. La oportunidad, pues, no era despreciable.

Bien pudo don Francisco amagar a Lautaro, con poca gente en proporción a los que le cerraban el avance y rodear la fortaleza, pasando fácilmente por un costado. No quiso imaginar inteligencia militar en los indígenas. Inició el penoso ascenso de la pendiente desordenadamente (cuesta que desde esa día se llamó "Villagra") y pocos metros antes de presentarse el enemigo, esperó a su retaguardia muy retrasada y algo dispersa por lo abrupto de la cuesta y pedregoso del camino, mientras Reinoso avanzaba con su grupo explorador bastante adelantado.

Del ejército araucano no había indicio alguno que revelase su presencia. De pronto, aparecieron cubriendo la cima de la cuesta junto a la explanada, fuertes formaciones enemigas dando gritos amenazadores, agitando sus armas y golpeando el suelo estrepitosamente con los pies.



Villagra arengó a su gente, invitando a quien tuviese miedo, a regresar al pie de la cuesta a cuidar el bagaje y de las mujeres; pero nadie osó mostrar cobardía y, por el contrario, gritaron estar alegres de morir en la jornada. Siguieron subiendo detrás de Reinoso deseosos de entrar en combate. ¡Cuando la sangre hispana se calienta... arde!

Los españoles llegados con Valdivia eran de un temple, valor y fortaleza extraordinarios. Sintieron el temor animal que lleva a huir del peligro que genera el miedo, que sólo el honor, producto de la cultura, logra superar y siguieron avanzando...

Los nativos cayeron primero sobre la avanzada de 30 a 40 hombres de Reinoso, atacando hacia abajo; Reinoso les hacía fuego con las culebrinas, cuyas balas los araucanos esquivaban pegándose al suelo. Una carga de caballería los dispersó finalmente, huyendo por las empinadas laderas sin poder ser perseguidos y Reinoso se retiró por precaución hacia el grueso de las fuerzas. Lautaro se puso nervioso. ¿El enemigo retrocedía sin ingresar a la trampa? ¿Se habían dado cuenta del engaño? Angustias de un general...

Legó Villagra apresuradamente con sus tropas a encontrar a Reinoso y los "conas" lo esperaron ahora con una doble fila de flecheros protegidos desde atrás por las largas picas protectoras de los piqueros frente al fuerte, para detener la caballería y otros infantes provistos de gruesas macanas también esperaban el ataque de los caballos. Desde el punto de vista español, una formación hermosa pero frágil para las culebrinas y las fuerzas montadas.

Villagra se detuvo frente a la cerrada masa enemiga y celebró un pequeño consejo con sus capitanes. Se decidió unánimemente atacar. Había que demostrarles a los nativos que la furia castellana no se contenía con palitos puntudos y sin puntas. En la defensa de Santiago habían derrotado fuerzas superiores de Michimalongo con menos gente.

En cerrada formación los castellanos arremetieron impetuosamente "Santiago y a ellos..." y entraron a la fortaleza seguidos por sus bravos auxiliares, persiguiendo a los nativos por las brechas abiertas, con fuerza incontenible, sin mirar para atrás, sembrando el temor y la muerte bajo las extremidades de sus caballos. La victoria parecía asegurada. Apenas entraron los españoles a la fortaleza se cerró la trampa. Lautaro sintió erizársele los poros de su tostada piel y con serenidad, pese al nerviosismo al ver consumarse sus proyectos, sintiendo latir su corazón violentamente, ordenó el ataque...

Repentinamente, al son de lúgubres trompetas y de las flautas hechas especialmente con canillas de españoles muertos en anteriores combates, surgieron de los montes, como hormigas, miles de rugientes guerreros golpeando la tierra, que hicieron temblar, blandiendo sus armas, que hacían aparecer en inferioridad de 1 a 100 a los hispanos. Cayeron por todos lados y una masa rugiente tapó la entrada a la fortaleza. Recién a los castellanos se les ocurrió imaginar la huida y, con preocupación, vieron obstruida la salida del fuerte por una masa humana amenazante.

La lucha se hacía desigual. La fuerza araucana brotaba del suelo y era reemplazada constantemente.

Los españoles estaban conscientes de que carecían de reservas, por lo que para ellos era primordial terminar rápidamente el combate.

Pese a que los españoles estaban armados de finos petos, pesadas armas de acero y magníficos caballos, a medio día, después de incesantes combates con el calor y el desgaste físico, fueron viendo disminuidas sus posibilidades de éxito, mientras Lautaro seguía lanzando constantemente escuadrones de refresco, que reemplazaban a los destrozados que se

retiraban, rodando por las empinadas laderas, muchos de los cuales esgrimían las armas y corazas de los españoles ya caídos y de aquellos muertos en combates anteriores. Usaban, asimismo, un novedoso lazo colocado al extremo de largas picas con que atrapaban a los jinetes en sus cabalgaduras desmontándolos.

Difícilmente podría explicarse el control que logró Lautaro sobre sus formaciones si no se supone que contaba con una especie de estado mayor que, a su lado, coordinaba la acción y hacía llegar sus instrucciones a todos los extremos. Obviamente, a gritos en medio de un combate entre miles de vociferantes luchadores, no lo habrían podido escuchar. La dirección de masas no es cosa simple.

Como si fuese una consigna, los bárbaros concentraron repentinamente su atención en Villagra, ubicándolo por las plumas de su celada, el que estaba en todas partes dirigiendo las tropas, dando ánimo a su gente. Llegó un momento en que estuvo totalmente cercado y fue cogido por un lazo y atacado por una gran masa de rugientes guerreros que lo derribaron del caballo; si no lo mataron fue, posiblemente, porque todos se atropellaban para darle el golpe de gracia y por hacerse de la celada y armas del gobernador interino. Gracias a la oportuna intervención de 13 valientes que se lanzaron arriesgadamente a su rescate, en medio de la nube de polvo que los cubría, logró salvarse de una muerte segura.

Osadamente, los araucanos aprovechando un momento de calma y de paralización de los castellanos por su visible agotamiento y porque habían perdido ya la iniciativa, se apoderaron de su artillería en un supremo esfuerzo, hecho que significó el derrumbe total y el desánimo hispano, agravado por la masacre de 20 artilleros que murieron heroicamente sin abandonar sus puestos. Parece ser éste el punto inicial de la brillante tradición artillera del Ejército Nacional.

Cuando el honor es superado por el miedo se produce el "pánico" (dé la mitología, cuando los alaridos de Pan y los nativos cubrieron el Nilo al conocer la muerte de Osiris, a manos de Tifón).

Existían dos caminos aparentes para salir de la fortaleza y, habiendo cundido la desmoralización, se elevaron voces para retirarse hacia abajo, a las llanuras de Chivilinco. Atropelladamente partieron muchos para salir de la trampa en que habían caído, sin conseguirlo por la masa que les cerraba el paso, en medio de los apóstrofes de "cobardes" y "a dónde vais, gallinas", que furiosamente les lanzaba Villagra, en medio de su desesperación por controlar a su gente evitando que fuesen presa del pánico, etapa psíquica peligrosísima en que nadie obedece al mando.

Cuando el miedo es insuperable, las leyes penales eximen de responsabilidad al reo. Allí la honra nada vale. Por lo mismo, razonablemente, excusemos a los castellanos su afán insuperable de salvar la vida.

Un tropel de auxiliares del servicio que luchaba desordenadamente y muchos españoles tomaron, sin embargo, el otro camino de salida aparentemente más expedito de la derecha de la fortaleza. sin darse cuenta que daba a los acantilados y que los araucanos deliberadamente habían dejado libre, como posible vía de escape. Los cronistas cuentan que más de mil hombres murieron despedazados al precipitarse al abismo, en el lugar en que terminaba el camino y sobre cuyos bordes los empujaban los araucanos que corrieron detrás de ellos al verlos tomar la vía de la muerte.

Sin embargo, alrededor del gobernador interino aún había cierto orden dentro de la natural desesperación por el fracaso.

Villagra se dio cuenta del desastre y ordenó tocar reunión y retirada, siguiéndole todos los que alcanzaron a escuchar la trompeta. Pero, como la entrada por donde habían llegado estaba ahora firmemente defendida por varios miles de "conas" de la reserva, cargó impetuosamente sobre ellos con desesperación, seguido por los 13 valientes que lo acababan de salvar; se estrelló contra las defensas de la salida norte que llevaba al valle de Colcura, obstruida con árboles y piedras. Derribando la empalizada con los pechos de los caballos, abrieron una pequeña brecha por la que, a costa de pérdidas irreparables, lograron escurrirse los escasos sobrevivientes, quedando los heridos y desmontados a merced del implacable enemigo y el terreno lleno de armas abandonadas.

Lautaro también estaba en todas partes e hizo lo imposible por evitar la huida, pero no luchaba contra hombres sino contra fieras heridas que conocían su oficio...

Estos nuevos "Catorce de la Fama", incluyendo a Villagra, fueron Diego Cano, Pedro Olmos de Aguilera, Juan Alvarado y su hermano Hernando, Pérez, Castañeda, Ruiz, Pantoja, Gonzalo Hernández, Bernal del Mercado el infatigable, Tomás Guerrero, Reino y Maldonado, este último un viejo soldado diestro en el arte de la guerra. Por esas ironías del destino, en 1563, en este mismo lugar, sería muerto en combate Pedro de Villagra, hijo de Don Francisco.

Lautaro dejó escapar a los más diestros y se dedicó a reducir el bolsón de la trampa sin piedad, ebrio de victoria, lanzando un destacamento contra los fugitivos.

Los "conas", una vez llegados en su persecución al llano de Colcura, se despreocuparon de los españoles por apoderarse del bagaje y de la comida preparada por las mujeres de los "indios" de servicio, a las cuales violaron y luego mataron brutalmente junto a sus hijos. Así se relajó definitivamente la disciplina por participar del botín arrebatándose a los lisiados y mujeres araucanas que habían llegado antes que los combatientes. Las tribus alzadas tenían vivo interés de sumarse en la campaña para apoderarse de los atractivos despojos de los vencidos, lo cual alteró cualquier plan destinado a perseguir y destrozarse definitivamente a los fugitivos españoles, más aún careciendo de caballería, arma no incorporada al ejército nativo todavía.

Esta interrupción de las acciones dejó libre el camino al Biobío, donde los castellanos habían dejado algunas embarcaciones para cruzarlo, siendo Villagra el último que lo hiciera. Por fortuna para ellos, Lautaro no supuso una retirada enemiga y no atacó a los escasos guardadores de las balsas, lo que más que un error, fue la falta de imaginación creyendo liquidar la contienda en Marihueñu.

Volvamos los ojos a La Araucana y escuchemos su canto desesperado.

Canto 5º

169

*"Los cansados caballos trabajaban,
mas poco del trabajo se aprovecha,
que los nuestros en vano les picaban,
heridos y hostigados de la flecha;
las bravezas de algunos aplacaban
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados".*

337

*"Mas eran los contrarios tanta gente,
y tan poco el remedio y confianza,
que a muchos les faltaban juntamente
la sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
llevados, pues, al fin de la corriente,
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña".*

Canto 6º

265

*"Atruenan todo el valle el gran bullicio,
armas, grito y clamor triste se oía
de la gente española y de servicio
que a manos de los indios perecía;
no se vio tan sangriento sacrificio
ni tan extraña y cruda anatomía
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron".*

Caupolicán aguardaba con el grueso de sus fuerzas en Talcamávida, cerca del valle de Colcura. Si el ataque hubiese sido conjunto, el desastre habría sido mayor.

Dstrucción de Concepción. La tragedia de la llegada de los restos de las fuerzas a Concepción fue indescriptible. Además de los 3.000 indios del servicio, que casi en su totalidad perecieron, cayeron 88 españoles, maridos, padres o hermanos que jamás regresaron a sus hogares.

El territorio del sur quedó en poder de los araucanos. como asimismo todos los fuertes, haciendas y poblaciones, excepto La Imperial y Valdivia.

En la Historia de Chile se escribía una página más de dolor y llanto; pero la férrea voluntad de sobreponerse a la desgracia formó la base que acrisolaría una nueva raza sufrida, valiente y heroica.

Muchos, en especial los ancianos y mujeres, entre ellas doña Mencía de Nidos (o Juana Ximenez, última concubina de Valdivia para algunos), demostraron su valor, esperando contener a los que huían para tratar de salvar la ciudad, sin resultados. Quien haya estado en un bombardeo, en una salida de mar o en un terremoto, sabe lo que es el "pánico" y que, una vez que se hace presente en la población, nadie razona tratando de salvarse.

Al final, se abandonó Concepción y su territorio a los araucanos, por carecer de plaza de fortificaciones y haber huido sus defensores. Carecía Villagra, además de fuerzas suficientes para defenderla y había gran cantidad de niños y mujeres que debía proteger. Dentro del desorden más espantoso, se produjo el desbande. Civiles y soldados temerosos, marcharon confundidos rumbo al norte y no pararon hasta llegar al Maule.

Acá hubo, nuevamente, una gran falla de Lautaro. Si hubiese juntado unos cuantos miles de guerreros, coordinando la acción con Caupolicán, habría dado el golpe de gracia a la conquista. No supo o no pudo aprovechar su gran oportunidad para cortar la retirada a los fugitivos exterminándolos. Por lo demás, en sus victorias no logró imponerse sobre sus hombres evitando se entregaran al pillaje y borrachera, como volvió a ocurrir con las fuerzas que ocuparon la plaza. Obviamente,

Caupolicán no parece haber querido, por celo, agrandar la victoria de Lautaro y éste fallaba notablemente en materia de ataques a la retaguardia enemiga (por descuidado).

Agotadísimo, después de 12 dolorosas jornadas, esta masa humana de desorientados españoles llegó a Santiago, dejando el camino lleno de rezagados, que no fueron atacados por los aún leales "picunches", mientras Lautaro y sus huestes entraron a Concepción saqueándola e incendiándola.

Cuenta la tradición que Lautaro, hinchado de orgullo, saboreaba su victoria gritando frenético "Inche Leftrarú apumfin ta pu huinca!!" ("Soy Lautaro vencedor de los extranjeros!!").

El poema de Ercilla narró esta vez los angustiosos momentos de la derrota, legándonos una visión apocalíptica de los sucesos.

Así, pues, arranquemos "La Araucana" de los exclusivos brazos de la poesía y califiquémosla, además, como una obra histórica, que hizo famoso a Chile antes de nacer.

Pero, antes, permítaseme un breve comentario...

La búsqueda de la Historia a través de la Epica. Se ha estimado que la exaltación del orgullo y del idealismo llevaron a quienes narraron los hechos de la conquista a exagerar desmesuradamente todas las actuaciones de quienes participaron en ella, tanto en prosa como en versos, olvidando deliberadamente el egoísmo, los abusos y las pasiones consumadas, deformando la realidad y magnificando hechos sin importancia.

Así se expresan los detractores de "La Araucana".

Cierto es que en las 12 cartas de Pedro de Valdivia a Carlos V, escritas por un hombre inteligente, culto y de gran criterio político, se exageran muchas veces los hechos, como cuando llegó a comparar a los araucanos con los "tudescos" (alemanes) y cuando hablaba de un ejército de 20 mil nativos, con beneficio de inventario debemos entrever que sólo eran 8.000. Obviamente, el capitán tenía que impresionar al monarca exagerando aventuras, hazañas y heroísmo en su desempeño, haciéndose acreedor, como heraldo de la justicia, cual caballero de leyenda, al reconocimiento del rey que, seguramente, tenía la tendencia de jibarizar los relatos de sus gobernadores.

A través de las relaciones de Valdivia y de los ardientes comentarios de historiadores más veraces y menos exagerados, como Jerónimo de Bibar, Góngora Marmolejo o Mariño de Lobera, podemos descubrir la realidad encuadrándola dentro del margen de lo verosímil.

Así, resulta posible realzar el valor de los mapuches en la defensa de su libertad, las trágicas consecuencias de la codicia castellana o de la esclavitud y la situación del Reino en una época de convulsión.

La épica, como exaltación del idealismo, era una forma de expresión de su tiempo. Equivaldría (perdonando la comparación) a lo que hoy es la propaganda, que todos aceptamos, pero a la que pocos creemos porque partimos de la base de su natural exageración.

Así como la propaganda es hoy indispensable, sin la épica la labor de muchos capitanes de otros tiempos pudo haber pasado desapercibida. En la sociedad actual subsiste a todos los niveles, veladamente, disfrazada, como demostración de actitudes sobresalientes, magníficas, que abarcan incluso el deporte.

Si fuésemos exactos, como medianamente lo fue Bibar, se llega al extremo opuesto, corriéndose el riesgo de negar muchas cosas que pudieron ocurrir, como pretender que los "Catorce de la Fama" no avanzaban sino que huían atropelladamente por el temor de verse asaltados

y muertos por los araucanos. Una especie de "humor negro" dentro de la Historia.

Preferimos, pues, escarbar las ideas de "La Araucana" y de la exagerada explicación de Ercilla, conociendo el valor y orgullo de los soldados que acompañaban a Valdivia en la conquista. Así concluimos, en este caso especial que hemos puesto como ejemplo, que los aludidos "Catorce de la Fama" acudieron hidalgamente a la cita de su jefe, cumpliendo su deber de soldados y que si bien se retiraron, tuvieron que hacerlo porque a nadie le gusta que lo masacren y un soldado vivo vale más que uno que no respira.

Donde la épica deforma la realidad en forma deliberada y engañosa es, posiblemente, en las crónicas pagadas, encargadas para realzar la memoria de algunos gobernadores, como en el caso de "Los Hechos de D. García Hurtado de Mendoza", de Cristóbal Suárez de Figueroa, que aduló tanto al ya difunto Virrey que la obra careció de mérito, sin convencer a nadie. La épica no engaña al historiador experimentado.

Pero, como generalmente se reconoce, tanto "La Araucana" como las obras de Góngora y Mariño, debiendo agregar, incluso, las cartas de D. Pedro de Valdivia, las obras épicas encierran y descubren un elevado espíritu de justicia, que trata de comunicar o revelar que la conquista era una obra colectiva, que se debía a todos, glorificándose hasta el último soldado, reconociendo el valor y entereza de los indígenas llegando, gracias a su aporte, a comprender que la épica no desfigura la verdad, sino que solamente la disfraza, resaltando a la simple vista la realidad.

Por muy bonitos que sean los pasajes en que Ercilla canta la forma como Caupolicán ganó la olimpiada mapuche, nadie va concluir partiendo de la narración épica, que es cierto el cuento de que Caupolicán se pudo basear con un tronco de árbol durante tantas horas, sin descansar. Preferimos creer, lógicamente, que ésta fue una de las tantas pruebas, de las muchas que no se consideraron en el canto, tales como y muy principalmente, sus cualidades de guerrero y su capacidad como cacique principal para dirigir sus tropas en el combate, condiciones que parece haber revelado en las primeras excursiones de Valdivia más allá del Biobío.

En el fondo, Ercilla quiso cantar las glorias de España para resaltar su propio ego, como partícipe en una empresa colosal, como igualmente a los hombres que sirvieron lealmente al rey, ignorados y perdidos en la vorágine de una lejana guerra, pero no pudo dejar de reconocer, al mismo tiempo, que los araucanos fueron dignos contendientes de los hijos del Cid.

Si para equiparar a los contendores tuvo que realzar la figura de los caciques elevándolos en sus actos y diálogos a la categoría de ilustrados y nobles caballeros, no podemos creerle, aunque nos entusiasme la idea; pero, aceptaremos, eso sí, leyendo entre renglones, el incomparable valor guerrero y admirable espíritu belicoso de los mapuches, a quienes bautizó con el apellido de "araucanos", aunque a muchos les cueste creerlo.

Ercilla había ganado ya muchos honores y gozaba de una magnífica situación económica a su regreso a España, pero jamás fue aceptado en la corte y esto lo mortificaba.

En su juventud, siendo D. Felipe príncipe, Ercilla le sirvió como page. Cuando fue designado rey, por renuncia de Carlos V, recibió a su

regreso al insigne poeta-soldado para conocer, posiblemente, de su boca aquellos hechos heroicos que narraba en versos. Pero don Alonso se turbó de tal manera que el propio Rey tuvo que calmarlo.

Inteligentemente, Ercilla, al igual que Valdivia, cantó las glorias del Rey, paseándose por sus victorias en Portugal o Lepanto y, desde luego, por las glorias y virtudes de sus súbditos esforzados, entre los cuales se contaba que en Chile luchaban contra tan fieros y belicosos salvajes.

Si bien no cumplió su objetivo y siguió olvidado del monarca, la historia y la poesía lo colocaron en América en un pedestal elevado. A Ercilla le hemos levantado hermosas plazas y monumentos, porque su obra es verídica y nos ha permitido reconstituir nuestra propia historia.

Las naciones que conocen su historia llegan a ser más fuertes y "de la fuerza nace el derecho" (Bismark), por lo menos en estos áridos tiempos en que el que tiene más bombas atómicas es el que manda...

Pedro de Oña, poeta nacido en Angol, no tuvo la misma suerte con su "Arauco domado", porque "nadie es profeta en su tierra", salvo que desde afuera (como a la Mistral y Neruda) le reconozcan los méritos...

La épica ha sido y será un magnífico vehículo para llegar a la historia.

Dentro del género épico, "La Araucana" tuvo un valor incalculable en la formación del espíritu nacional. Francisco A. Encina, por ejemplo, cree que con su conocimiento y lectura, especialmente en las postrimerías del siglo XX, comenzó a despertarse el amor patrio y a desarrollarse el sentimiento guerrero propio de la raza y una desbordante sed de gloria en la juventud, que leía con admiración y orgullo las hazañas de los araucanos, sus compatriotas y de los esforzados españoles, sus ascendientes, igualándose en coraje y valentía.

Fue el deseo de imitación el que los llevó, también, a desear tener una Patria por la cual sacrificarse, emulando a tan legendarios héroes que lucharon por Araucanía.

Antes de terminar, tal vez falte hacer presente que Ercilla se refirió a hechos acaecidos alrededor de 1557, cuando estuvo en Chile con D. García. Desde esa fecha al gran alzamiento que siguió a la muerte de Oñez de Loyola, habían transcurrido cerca de 40 años de lucha continua, en los cuales los mapuches aprendieron el arte de hacer la guerra, incorporando elementos antes desconocidos, como el uso masivo de la caballería, el uso de elementos defensivos y el desarrollo de normas tácticas e incluso estratégicas, que no se imaginaron en el tiempo del poeta. Por lo mismo, su narración épica tiende más a la admiración de los valores del mapuche como indomables luchadores por su libertad, antes que consumados guerreros que lograron imitar lo mejor del soldado español, superándolo en grandes aspectos. Es de suponer que nos faltó otro Ercilla en los alzamientos posteriores...

Para terminar, la narración épica de Ercilla tiene el mérito de emanar de un actor de la tragedia y, dice el adagio, "más vale un testigo que vio, que cien que oyeron...". Volvamos a la caída de Concepción.

Canto 7º

49 *"Quién llora el muerto padre, quién marido,
quién hijo, quién sobrinos, quién hermanos;
mujeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos;
con el fresco dolor crece el gemido,
y los protestos de accidentes vanos;
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.
De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados
los muertos que murieron peleando
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y los ojos levantados
piden a Dios por dolor tan fuerte
el último remedio de la muerte".*

153 *"Doña Mencia de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempos que a los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo".*

216 *"Volved, no váis así desa manera,
ni del temor os deis tan por amigos,
que yo me ofrezco aquí, que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos!
¡Haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros seréis dello testigos!
¡Volved, volved! gritaba, pero en vano,
que a nadie pareció el consejo sano".*

Después de la victoria, los mapuches realizaron un "aucantraun" para estudiar la situación junto a un claro del bosque bañado por la luna. Su estado mayor entró a deliberar para planificar futuras acciones. Al parecer Caupolicán seguía aún al mando de las fuerzas.

Canto 8º

113 *"A manera de triunfos, ordenaron
el venir a la junta así vestidos; (a la usanza española)
y en el consejo, como digo, entraron
ciento y treinta caciques escogidos; ("ulmenes")
por su costumbre antigua se sentaron,
según que por la espada eran tenidos;
estando en gran silencio el pueblo ufano,
así soltó la voz Caupolicano:
Bien entendido tengo yo, varones,*

*para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas sólo el apuntarlo brevemente:
que, según vuestros fuertes corazones,
entrar la España pienso fácilmente,
y al gran Emperador, invicto Carlo,
al dominio araucano sujetarlo".*

Sin embargo, diseminadas como vimos las fuerzas de Lautaro, Araucanía no consumó la victoria cortando la retirada a quienes huían de Concepción hacia el norte, por lo que la prueba de Caupolicán no pasaba de ser una exagerada amenaza.

Así como el prestigio de Lautaro lo elevó al estrellato militar, causó el desprestigio de Villagra, lo que le significó la pérdida de la ansiada gobernación. También quedó opacada la figura de Caupolicán, que no volvió a brillar mientras "Traro Veloz" tomó el control de las futuras campañas.

Hubo en el consejo, posiblemente, dos tendencias, una: la de llevar la guerra al corazón del campo español hasta Santiago, insinuada por Lautaro (conocedor de los caminos en sus viajes con Valdivia) y el bravo Tucapel y otra recomendando precaución y asegurar lo ya obtenido, propuesta por el anciano Peteguelén. Era harto discutible contradecir a Lautaro, cuya visión táctica tenía deslumbrada a la gran masa del ejército. Aún más, es de suponer que el celoso Caupolicán apoyase sus descabellados planes militares para que su estrella se eclipsara un poco y dejase brillar la propia, opacada a raíz de tanta fortuna del joven general. Por eso ofreció llegar a España con el brazo de Lautaro...

Escuchemos los razonamientos del anciano cacique a través de los versos de Ercilla.

(Mismo canto).

193

*"Fuerte varón y capitán perfecto,
no dejaré de ser el delantero
a probar la fineza deste peto
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas, como quien lo entiende, te prometo
que falta por hacer mucho primero
que salgan españoles desta tierra,
cuanto más ir a España a mover guerra".*

Obviamente, sembró la duda, pero nadie quería contradecir la autoridad militar de Lautaro, por lo que se resolvió liquidar el asunto por la magia protectora del joven general, por voluntad de los "pillanes".

Como los mapuches no hacían nada trascendental sin consultar a sus hechiceros, el consejo creyó, pues, conveniente pedirle la opinión al viejo hechicero Puchecalco, alarmados por la obstinación de Peteguelén. Después de una aparatosa ceremonia consultando a los espíritus, el afa-mado "calcu", con gran indignación de los "ulmenes" más belicosos, confirmó el funesto presagio del viejo cacique, con ruidoso escándalo de la audiencia que deseaba complacer a Lautaro, aún a costa del prestigio de Caupolicán que, seguramente, el pitoniso quiso resguardar.

321

*"El aire de señales andaba lleno,
y las nocturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro día sereno,
mil prodigios funestos anunciando;
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir frutos, secando;
las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
cien mil agujeros tristes lo confirman".*

Indignado Tucapel, ante la posibilidad de ver frustradas sus perspectivas de ataque, tomó su maza y se hizo justicia por sí mismo aplastando de un golpe en la cabeza al pitoniso, que cayó muerto frente a los espantados caciques.

345

*"Tucapel, que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
que dice: "Yo veré si adivinando,
de mi maza este necio se defiende".
Diciendo esto, y la maza levantando,
la derriba sobre él, y así lo tiende,
que jamás midió curso de planeta
ni fue más adivino ni profeta".*

Se alzó la junta indignada frente a tan grave sacrilegio que exigía reparación ejemplar y, cuando Caupolicán iba a ordenar la muerte de Tucapel, Lautaro, que compartía su moción de atacar al enemigo, solicitó su perdón salvándole la vida.

Sin la oposición del hechicero, el senado aprobó la idea de Lautaro de continuar la guerra, pero atacando las plazas del sur antes de amargar Santiago, bajo el mando superior de éste y la suprema dirección de Caupolicán.

Al parecer, Lautaro era de opinión de atacar hacia el norte de inmediato, como lo demuestra la facilidad con que abandonó la empresa del ataque al sur para volcarse hacia Santiago, como luego veremos. La asamblea, sin embargo, definió un plan previo para borrar del sur la presencia hispana antes de comprometerse en el frente norte. Se perdió, así la oportunidad de cortar la huida a la masa humana que, despavorida, abandonaba Concepción.

Lautaro, empeñado en reorganizar el ejército disperso, dos meses después de la caída de Concepción, logró, por fin, marchar a La Imperial el 23 de abril de 1554. Valdivia, aislada, permanecía al mando de Pedro de Villagra, pariente de don Francisco y sólo en septiembre se supo de él en Santiago. En tan grave situación ninguna de las plazas podía socorrerse mutuamente y la suerte de cada una quedaba entregada a su propio destino.

Este insignie soldado fue uno de los hombres claves de la conquista. De gran voluntad, decidido, con un excelente criterio militar igual o superior a Pedro de Valdivia, fue la herramienta de salvación del sur, organizando la defensa sin más recursos que los insuficientes que dejó el gobernador interino a su regreso a Concepción para poder preparar la campaña que terminó en Marihueñu.

CAPITULO SEXTO

ALONSO DE ERCILLA

Fue en 1554, precisamente el año en que llegaron a Londres, donde se encontraba Alonso de Ercilla "Cantor de la Raza", sirviendo como paje al príncipe Felipe II, hijo de Carlos V y que había viajado a casarse con María Tudor; allí se conocieron las noticias de la muerte de Valdivia. Entusiasmado por Jerónimo de Alderete, obtuvo permiso para viajar a América, llegando a Chile en 1558 al servicio de don García Hurtado de Mendoza, después de un borrascoso viaje en que estuvo a punto de perder la vida en un terrible temporal. El Virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, nombró Gobernador de Chile a D. García, por haber muerto en el mismo viaje Jerónimo de Alderete, que era la persona que había sido designada para el cargo.

Si no hubiese fallecido, hubiese llegado a Chile con la tercera parte de los recursos de García y de otra manera habría escrito *Caupolicán la Historia*... pero no fue así...

Siguió a don García en su campaña hasta el Reloncaví y, a su regreso a La Imperial, tuvo un serio altercado con don Juan de Pineda, al que nos referimos más adelante.

Como buen español de la conquista, era un magnífico soldado, un brillante oficial de caballería. Su famosa carga en la batalla de Milla-rapue, contra el ala izquierda araucana en apoyo de Ramón, contribuyó al triunfo de Hurtado de Mendoza sobre Caupolicán, en momentos en que el combate estaba indeciso. Aprovechando su experiencia de guerrero, escribió "La Araucana", algunas de cuyas estrofas copiamos en esta obra. Ercilla escribió parte en Chile y parte en el Perú, donde la completó con noticias de Villagra y de Francisco de Aguirre. El poema que fue publicado en España en tres partes (1569-1588-1589), lo hizo grande en la poesía mundial. Murió el 29 de noviembre de 1594.

La obra de Ercilla tiene el mérito de referirse a hechos ciertos y a personajes que realmente existieron.

Extraña, sin embargo, mirados los hechos a la luz de nuestro tiempo, que en sus versos aludiese a nativos dándoles la calidad de verdaderos señores. Se explican tan elevados conceptos por la influencia de la "caballería andante" en el ánimo de don Alonso. Así como don Quijote creyó salvar el honor de Dulcinea y arremetió contra leones y molinos de viento imaginándolos obras de encantamiento, todo un mundo irreal y distinto, en aquellos tiempos, para que una acción constituyese una empresa de "caballería" era necesario que el adversario además de valiente, fuese también un caballero. De esta manera, el mapuche pasó a ser un noble señor, tan hidalgo como el español, porque así lo imponía, además, la civilización cristiana de que eran portadores los tercios de España que, jurídica y moralmente, llegaron a considerar, proteger y defender al aborigen, como ser humano, igual ante Dios, al revés de

lo que ocurrió con la colonización sajona de triste recordación. No olvidemos que sólo los reyes españoles trataron al "indio" como su "vasallo".

Por lo mismo, ¿qué habrán podido entender los caciques del Mapocho cuando don Pedro de Valdivia les leyó la hermosa pieza redactada por el letrado Palacios Rubio conminándolos a someterse al Rey de España? Nada, abolutamente nada. Sin embargo, se trataba de aplicar las normas del Derecho Internacional vigente en la época, al tomar posesión de la tierra a seres que, quijotesicamente, consideraban iguales que los castellanos. Estos principios prevalecieron durante la "Gran Guerra" y fueron más tarde el fundamento de la política pacificadora de la corona iniciada por el padre Luis Valdivia.

En el fondo, Ercilla cantó las glorias de Arauco porque respetó al enemigo, elevándolo a la categoría de "caballero", capaz de concebir el principio de la libertad, al extremo de rechazar la esclavitud. Esta idea estaba tan forjada en el alma española que, medio siglo más tarde, García Ramón, gobernador del Reino, se negaría a cumplir la real cédula que declaraba esclavos a los nativos hechos prisioneros de guerra, por "repugnar a su conciencia".

Esta concepción psíquica de la naturaleza del indígena estuvo influida por la rebelión mundial católica. Láinez (jesuita) en el concilio de Trento (lucha con el protestantismo) había sostenido la igualdad de todos los hombres y Vitoria (dominico), profesor de Salamanca, había mantenido similar principio en la vida internacional, ambos basándose en la esencia misma del cristianismo. En la lucha de la moral con la economía del encomendero se impuso, pues, la filosofía moral de la iglesia. Siglos más tarde diría Kant que "todos somos iguales ante el deber moral". Aquella, pues, tenía la razón.

Esto explica por qué, luchando de igual a igual, los españoles, que casi llegaron a dominar Arauco, el Flandes de América, compararon aquellas guerras entre los mejores ejércitos de Europa, con la "Guerra Mapuche" hecha a tribus indígenas.

Se ha pretendido disminuir el mérito de la obra de Ercilla, aduciendo que copió a otros o que se basó en lo que le pudieron contar terceras personas.

Se ha comentado que la crónica de Gerónimo de Bibar (o Vivar) escrita en 1558 y que llegó a Chile en 1548, antes que Ercilla escribiese "La Araucana" (1569), coincide con hechos narrados por este último. ¿No es, acaso, labor del historiador informarse de los hechos.

Es muy posible que Ercilla obtuviese información de los hechos acaecidos antes de su llegada a Chile de personas que vivieron la guerra de la conquista como, además de Bibar, de Francisco de Villagra, Francisco de Aguirre, Juan Jufré y muchos capitanes y caciques que se hicieron famosos en la lucha. El propio Mariño de Lobera, que llegó a Chile en 1552, si bien duda de algunos episodios de "La Araucana", como la elección de Caupolicán por el hecho de haber sostenido un tronco sobre sus hombros o discute la veracidad y existencia de diversos personajes y caciques, en su obra publicada en 1594, reconoce pleno valor a su trabajo.

Góngora Marmolejo escribió su "Historia de Chile" para rectificar "La Araucana", por haber vivido las campañas. ¿Y qué se desprende de su obra? Que los combates existieron. Sin embargo de la sola lectura de ambas obras, me quedo con la última. El crítico entra en detalles sobre hechos que no tienen gran significación histórica, como aquéllos

en que explica la muerte de Valdivia, pero no analiza en detalle la batalla de Tucapel ni el alzamiento previo, ignora a Caupolicán y ubica a Lautaro en un sorpresivo papel en el comando de la acción que no convence a nadie y ha llevado a equívocos.

¿Que la obra de Ercilla tiene defectos? No olvidemos que sólo los hombres tienen grandes defectos...

CAPITULO SEPTIMO

PIERDE FUERZA LA OFENSIVA

Habíamos dejado a Lautaro frente a sus hombres, después de la caída de Concepción, impotente para inducirlos a seguir al enemigo, logrando, dos meses más tarde, reorganizar fuerzas menos numerosas por la dispersión, para amagar las ciudades del sur, postergándose su idea de atacar hacia el norte.

En el intertanto, Francisco de Villagra, a la fuerza, se había hecho reconocer por el Cabildo de Santiago, en una encerrona preparada en su casa, Capitán General y Justicia Mayor. Logró reunir, así, con sus títulos, 155 soldados para iniciar una contraofensiva desde la capital, partiendo de Santiago el 2 de noviembre; en ese momento devolvió la autoridad al Cabildo, pues no tenía tanto interés en el gobierno como en recuperar, previamente, el prestigio enlodado en Marihueñu frente a un ejército de nativos, además del territorio perdido para el rey, estigmas por los cuales jamás obtendría el reconocimiento de la Corona.

Los tres Villagra. Era, pues, una carrera contra el tiempo; Gabriel de Villagra quedaba en Santiago, Francisco avanzaba hacia el sur y Pedro defendía las ciudades aisladas de La Imperial y Valdivia.

Francisco no tuvo problemas hasta el Maule y desde allí al Biobío tuvo esporádicos y violentos encuentros con los mapuches, que le gritaban al paso que habían destruido La Imperial y dado muerte a sus habitantes. Una especie de guerra psicológica... Había salido en enero de La Imperial y en septiembre nada se sabía aún de él en la plaza.

A fines de noviembre llegó hasta las ruinas de Concepción y bastante le costó vencer la insistencia de los ex colonos de la ciudad, que intentaban reconstruirla de inmediato, abandonando el propósito de auxiliar a La Imperial, cuyo destino, incierto, se ignoraba.

No era posible dispersar fuerzas, justo antes de cruzar el Biobío, con la posibilidad cierta de enfrentar grandes masas indígenas. Necesitaba hasta el último hombre. El permiso para separarse fue negado.

Situación de La Imperial. La falta de información era recíproca, pues, a su vez, Pedro de Villagra, que se había hecho cargo de la defensa de la ciudad, no tenía idea del desastre de Marihueñu, ya que los nativos, muy astutos, por supuesto, habían guardado inteligentemente secreto de lo acaecido, con el objeto de concentrarse y preparar la ofensiva planeada por Lautaro.

Así las cosas, don Francisco avanzaba hacia el sur, al encuentro de don Pedro.

Don Pedro, con 150 hombres, había fortificado fuertemente la ciudad, ante la mirada impasible de los aborígenes que, en espera de recibir refuerzos, se atrincheraron por los alrededores, concentrándose en "pu-carás", manteniendo el cerco de la ciudad mientras pasaba el invierno; era una nueva táctica introducida por Lautaro. Villagra organizó hasta

jaurías de perros que se abalanzaban sobre los enemigos, sin perdonar mujeres ni niños, atacando por todos lados. Fueron ocho meses de lucha desesperada. Recordaremos que el desastre de Marihueñu había ocurrido en febrero de 1554. Pues bien, durante todo el año hubo acciones guerreras en el frente de La Imperial, ya que para evitar los efectos de las concentraciones enemigas los españoles se dedicaron a atacar y destruir separadamente los "pucarás", uno cerca de la ciudad y otro en Peltacavi en la laguna de Pulanquén, cerca de la costa en el lado de Budil.

A este último Villagra lo atacó sorpresivamente, asaltando el islote. Se peleó dentro del agua y luego en la isla durante 4 horas sin descanso, derrotando al fin a los tenaces defensores, muchos de los cuales se ahogaron en su huida a través del río. Fue un combate naval entre 15 grandes canoas con 70 soldados contra 40 más frágiles que tuvieron que enfrentar la furia de los arcabuces. El primer combate naval de nuestra Historia...

Al mismo tiempo, se dedicaron a talar las sementeras de los mapuches para ahuyentarlos por el hambre. Estos procedimientos, usados siglos más tarde en la guerra napoleónica y en la Segunda Guerra Mundial, provocaron graves consecuencias: una gran mortalidad que influyó en la guerra, pues no pudieron ya los mapuches presentar ejércitos de 30 ó 40 mil hombres como al principio, lo cual no favoreció, por cierto, la capacidad guerrera de las fuerzas de Lautaro; no pudo contar, en lo sucesivo, con cuadros poderosos como en Marihueñu y tuvo que recurrir, incluso, a alianzas con los "picunches".

En Valdivia. La situación en Valdivia no había sido de emergencia, pues los "huilliches" eran enemigos de los araucanos y no tenían grandes intenciones de ayudarlos. Por ello, una guarnición de 60 hombres se estimó suficiente para conjurar, inicialmente, cualquier situación difícil. Por lo demás esto era poco probable por tratarse de una plaza fuera de los límites del Toltén, vale decir, más allá de Araucanía, constituyendo, eso sí, un valioso apoyo para las comunicaciones y abastecimientos marítimos.

Sin embargo, Tucapel y Marihueñu trajeron efervescencia entre las tribus de la zona con resultados alarmantes y comenzó a hacerse evidente la posibilidad de un alzamiento. Villagra pensó en retirar las fuerzas de Valdivia y abandonar la ciudad, pero el Cabildo no lo permitió. Considerándose que la ciudad era totalmente necesaria para el futuro defensivo de la región, se acordó mantenerla y se enviaron emisarios al norte, por mar, para imponer de la situación a Concepción, los que debían seguir a Valparaíso en caso de peligro. D. Pedro se limitó a construir un fuerte cuando estuvo de regreso en La Imperial.

Recién en septiembre de 1554 volvió uno de los emisarios, Andrés de Escobar, quien trajo la noticia del desastre de Marihueñu en febrero, junto a la alentadora información de la partida de Francisco de Villagra con refuerzos.

Tempestad salvadora en La Imperial. Habíamos mantenido a Lautaro avanzando hacia el sur a fines de abril de 1554. Los araucanos estaban a punto de asaltar La Imperial, cuando se desencadenó una horrible tempestad con rayos, truenos, relámpagos y enormes granizos que cayó sobre su ejército. El presagio de Puchecalco erizó los pelos a los belicosos araucanos. Si los españoles eran supersticiosos, cabe imaginar cómo lo serían los indígenas que eran más ignorantes. Por lo demás, los "conas" en numerosas oportunidades habían suspendido una batalla o una campaña porque signos de mal agüero les indicaban que el momento no era favorable para luchar.

El hecho es que, según la tradición, se les apareció un monstruo de color verde musgo de cara parda, azuzándolos, ante lo cual los indígenas se retiraron sin atacar su objetivo. Según los españoles, fue María Santísima, a quien imploraron su protección, la que ordenó a los guerreros a retirarse.

Una estrategia incomprensible. Lautaro parece no haber demostrado interés en continuar la campaña al sur impuesta por el consejo, como lo hizo Pelantaro 50 años más tarde, con resultados inesperados. No se conocen nuevas tentativas de volver sus fuerzas contra La Imperial y, por el contrario, lo vamos a ver dirigiéndose hacia el norte en pos de Santiago, como objetivo final, la que era su gran idea estratégica, en la que no participaría Caupolicán, celoso de los éxitos de su subalterno.

El hecho de que recién en abril Lautaro hubiese logrado dirigirse contra La Imperial, en vez de caer sobre ella de inmediato en febrero después de Marihueñu, estaría demostrando que no había mucho interés en concretar el movimiento entre los caciques bajo su mando, resultando muy difícil reorganizar el ejército, naturalmente desbandado después del triunfo.

De hecho, se cedió la iniciativa a Villagra entre abril y noviembre, permitiéndole rehacerse y marchar en socorro de las ciudades del sur y derrotar a los escasos rebeldes que se opusieron en su marcha.

El refuerzo oportuno y la decidida actuación de Pedro de Villagra afirmaron las posiciones españolas y se recuperó parcialmente el prestigio entre las tribus amigas.

Los estragos del hambre y las pestes. Los araucanos no habían cultivado sus campos para evitar que los españoles se alimentasen de ellos y sufrieron, por su parte, las consecuencias de este hecho, ya que una feroz hambruna les ocasionó enormes problemas de inanición en toda la región, lo que contribuyó a diezmarlos.

Así, Villagra llegó a las plazas asediadas y pudo socorrerlas sin ser atacado por los agotados araucanos. La inacción de "Traro Veloz" debe tener una explicación. No era normal que el general araucano hubiese abandonado el campo a sus enemigos y que perdiese la iniciativa y su asombrosa capacidad para trasladar grandes masas armadas, aunque a cortas distancias (Tucapel a Purén o a Concepción). Jamás se le vio mover fuerzas masivamente a puntos lejanos (como a Santiago). Cuando las movilizó a La Imperial, le echaron la culpa al mal tiempo...

Se supone que las enormes bajas de Tucapel y Marihueñu y algunas pestes diezmaron las tropas de Caupolicán, especialmente el "chavalongo" (tifus), influyendo en ello el clima, pues durante siete años por lo menos (1554-1561) se produjeron sequías y hubo un hambre espantosa y muerte en el campo araucano. El período crítico de las sequías parece haber sido de dos años después del ataque a La Imperial (J. Quiroga).

Como último obsequio macabro del destino, sobrevino al final una atroz epidemia de viruela. Se estima que esta peste, que era frecuente en Araucanía, teñiría a muchos hijos de esta tierra marcados con deformantes hoyos en la cara, que afeaban el rostro de quienes sobrevivían, hasta que apareció la vacuna.

Desde luego que las "machis", cada vez que moría un enfermo, no le echaban la culpa ni a la peste ni a la incapacidad del médico, sino que a los españoles que esparcían el mal intencionalmente, lo que acrecentaba el odio de los aborígenes en su contra.

Se calcula que alrededor de un tercio de la población mapuche sucumbió en los 7 años de plagas.

Reconstrucción de Concepción. Habiendo observado los españoles (octubre, 1554) que había nuevamente tranquilidad en las fronteras, impusieron otra vez su autoridad en el sur hasta La Imperial y Valdivia.

Villagra, deseoso de vengarse, en su avance de Santiago a La Imperial, cruzó los llanos de Angol sembrando el terror y la muerte y arrasó todo a su paso hasta llegar a su destino, mascando su rabia.

Esta "guerra a muerte" duró un año y el vencedor de Tucapel no apareció.

La experiencia demostraría que los nativos eran pacíficos mientras maduraban los frutos, pero una vez que cogían sus cosechas ocultaban a sus familias en las montañas, preparándose para la guerra.

Los críticos de la época señalan que los gobernadores no pudieron o no quisieron comprender que los aborígenes daban la paz mientras se preparaban para atacarlos. Por lo demás, como habían sido educados para la guerra, que era su única gran preocupación, estimaban lo más lógico echar las promesas en saco roto una vez que se habían rehecho.

Francisco de Villagra dejó al fin La Imperial y envió desde allí expediciones hacia el sur y norte, sin intenciones aún de repoblar Concepción, por estimar que Los Confines (Angol) era el centro más seguro para dominar el tráfico de Santiago-Valdivia, ya que por el lado oeste de Nahuelbuta estaban las tribus más belicosas y la vía era más peligrosa.

Desafortunadamente, los españoles que no eran los más unidos, fácilmente armaban una tempestad en un vaso de agua. Los santiaguinos, que habían acogido a los pobladores del sur después de Marihueñu, no hallaban la manera de deshacerse de ellos por escasear los alimentos y existir problemas habitacionales. Por ello, de muy buenas ganas, apoyaron la repoblación del sur.

Por otra parte, los colonos que habían abandonado Concepción, también clamaban por la iniciación de la reconquista de lo que consideraban sus tierras. De una relativa opulencia estaban convertidos en allegados, sin perspectivas de hacer riquezas.

Ambas tendencias presionaron tanto que, en 1555, la Audiencia de Lima ordenó la reconstrucción y repoblación de Concepción. El ambiente era de odio, presión, envidia y desconfianza.

Partieron, pues, los ex penquista al mando de don Juan Alvarado con 70 hombres, además de mujeres y niños, los que viajaron por mar a reconstruir la ciudad.

Por fortuna, los mapuches estaban totalmente desarticulados como para oponerse en su camino. Es de imaginar cómo estarían de angustiados Lautaro y Caupolicán tratando de convencer a los caciques para organizar a los "conas", sin resultados.

El 24 de noviembre de 1555, después de casi dos años del desastre de Marihueñu, se efectuó la repoblación de la ciudad.

Lautaro, habilísimo como siempre, reunió al fin 4.000 guerreros y no atacó directamente a Concepción, sino que a Angol, que era la plaza vanguardia enemiga en la Araucanía y centro de la proyección hispana hacia el sur, la que estaba prácticamente desguarnecida.

Cundió el pánico nuevamente, sin darse cuenta los castellanos que "Traro Veloz" no tenía ya las fuerzas de los tiempos de Tucapel, huyendo desordenadamente hacia La Imperial.

Con esto se cumplieron dos objetivos. El primero fue el de obtener un triunfo fácil que entusiasmase a las agotadas tribus haciéndolas plegarse nuevamente al movimiento bélico para reanudar la ofensiva y, en

segundo término, anular cualquier posible tentativa de amagar la retaguardia araucana en su próximo ataque a Concepción. Cerebro militar sobraba en el campo araucano.

Destrozada Angol, con sus fuerzas aumentadas ahora con las tribus indecisas y con el ánimo insuperable de sus tropas, Lautaro hizo una conversión a Concepción.

Un día, un nativo amigo de los españoles llevó la noticia alarmante de que Lautaro se aproximaba a la cabeza de un enorme ejército. El 12 de diciembre de 1555, a la vista de los españoles, el "toqui" inició la construcción de un poderoso "pucará", prácticamente inexpugnable, destinado a evitar el combate en campo abierto y anular la caballería y lanzas castellanas. Estaban con él Purén, Tucapel, Cayeguano, Ongolmo, Elicura, Mareguano, Loncoya, Leucotón, Mereande y decenas de caciques afeados.

Las formaciones mapuches demostraron una disciplina impresionante y a su armamento, mucho del cual era español tomado en combate, agregaron la nota sorpresiva de petos y corazas de cuero de lobo marino endurecido, que no debía ser muy oloroso, pero sí harto eficiente para evitar los desastrosos efectos de las armas cortantes de los españoles.

Alvarado, precipitadamente, decidió lanzarse sobre el fuerte enemigo, pero su ataque se vio paralizado por profundas quebradas que lo protegían por los costados, que hacían invulnerable la posición para la caballería. El acceso a la fortaleza se hacía imposible y las bestias se estrellaban contra la empalizada central, donde los golpes de macana hicieron retroceder a los caballos, quedando un saldo de cuatro muertos. Salieron de inmediato los mapuches de su refugio protector y atacaron ordenadamente a los castellanos hasta la puerta de su fortaleza. Posteriormente atacaron a la misma Concepción, donde pelearon todos los españoles, incluso mujeres y niños, para salvar el pellejo. La infantería hispana, armada de picas y arcabuces, no fue capaz de romper el frente. Otros 18 españoles perecieron rápidamente en la refriega y, como no disminuía la fuerza del ataque, se inició el repliegue hacia la costa, donde se embarcaron varios y otros emprendieron la más desordenada retirada por tierra, dejando abandonado a Alvarado, quien hubo de luchar desesperadamente no sólo contra las fuerzas de Lautaro, sino que contra los nativos de Penco y Talcahuano que llegaron al lugar y rápidamente se unieron a los vencedores para participar del botín.

Juan y Hernando de Alvarado y el Capitán Ibarra estuvieron a punto de perecer aislados; asediados por una masa vociferante de guerreros, milagrosamente lograron huir, en un momento en que pasaron a segundo plano en medio del saqueo que centró la atención de los atacantes, escabulléndose entre el humo y los escombros.

Las mujeres, que siempre seguían a los ejércitos araucanos, acostumbraban a quedarse cerca del campo de batalla, al igual que los mutilados, cuando los suyos obtenían la victoria, bajaban armadas de lo primero que encontraban a mano para atacar a los heridos y despojar a los muertos.

Quedaron muchos prisioneros que debieron sufrir la afrenta de la esclavitud, que no era sino una vuelta de mano, puesto que los castellanos hacían lo mismo con sus prisioneros, aunque el trato de los aborígenes era posiblemente mejor y más humano, pues de hecho los incorporaban a sus familias como servidores y convivían con ellos.

Entre las pérdidas se contabilizaron diez caballos, que junto con los de Tucapel y Marihueñu fueron los primeros que empezaron a formar lo que sería la famosa caballería araucana.

Lautaro, por segunda vez, había logrado tomar Concepción y destruirla implacablemente. No logró, sin embargo, coronar su magnífico triunfo militar, con la derrota total de su enemigo, porque su tropa se dio al saqueo y a la bebida para festejar a los pillanes.

Nada de extraño tiene el interés por apropiarse de los bienes de los vencidos como botín, pues no había ejército en esa época, por muy moderno que fuese, que no abusara de la rapacidad después de las victorias. En esto los mapuches eran harto civilizados y europeos, si se quiere...

Ambiciones peligrosas. Los mapuches continuaron asolando la región llegando a cercar Villarrica. Mientras en La Imperial (1556), en vez de concentrarse para la defensa, los españoles aún se iban a las manos unos con otros, peleando por los problemas de la sucesión del gobierno.

A todo esto, el Rey había designado en 1555 a Jerónimo de Alderete gobernador de Chile, de manera que las peleas, de hecho y sin saberlo, no pasaban más allá de ser una lamentable expresión de vagas ilusiones.

Villagra era, por ahora, el hombre necesario para reagrupar las fuerzas y unificar la defensa, por lo que, como hemos visto, el Cabildo de Santiago aprobó su designación para el mando (11 de mayo de 1556).

En Santiago existía, por lo demás, total desinformación de lo sucedido en el sur; creían la lucha centrada en La Imperial y Villarrica. Es muy posible que si hubiesen conocido la realidad militar, habrían depuesto su peligrosa actitud de pelearse por la dirección del Reino a punto de desaparecer.

La ciudad heroica. La historia de Concepción está jalonada de ruinas y progresos. Fundada en 1550, fue destruida en 1554. Repoblada en 1555, fue arrasada el mismo año. Se volvió a reconstruir y repoblar en 1558 y cuando ya se levantaba de la nada, la destruyó totalmente el terremoto del 8 de febrero de 1570. Fue un trágico Miércoles de Ceniza en que un maremoto terminó la obra de lo que la movediza tierra no alcanzó a destruir. En el alzamiento de 1598 estuvo a punto de caer en poder de los araucanos. En fin, en 1751 un terremoto y un maremoto asolaron nuevamente la ciudad. Bien podemos llamarla "Concepción la Heroica".

Un rosario de errores. Indudablemente Valdivia, Villagra y Alvarado cometieron errores militares incalificables ante la Historia. La dispersión de las fuerzas de D. Pedro y su exceso de confianza en sí mismo, errores también reiterados por Villagra y la falta de sagacidad de Alvarado para evaluar la verdadera situación de Lautaro y concentrar sus tropas, los llevaron a la perdición. No fueron capaces de darse cuenta del progreso repentino alcanzado por los mapuches después de las primeras batallas de Penco y Andalién para amoldarse, también, al cambio de su táctica.

Obsesionados por la guerra, no lograron darse cuenta que el simple reparto de tierras no era un aliciente suficiente para consolidar por sí solo la colonización. No pudieron vislumbrar, a esas alturas, que lo que se necesitaba para colonizar era que los españoles fuesen lo suficientemente fuertes en el sur como para proteger con las armas a esta incipiente clase de agricultores, tanto españoles como aborígenes de las reducciones que les daban la paz, como ya había ocurrido en el norte y en especial en la zona central con Michimalongo.

La tendencia del hombre de arraigarse en la tierra terminaría por imponerse, siempre que los conquistadores les prestasen el auxilio de la

fuerza para defenderlos de la amenaza mapuche, proveniente de tribus permanentemente alzadas y poder dedicarse a hacer producir la tierra mientras los soldados hacían la guerra.

Los araucanos lo comprendieron antes que los españoles y en sus campañas hicieron lo posible por desbaratar estos asentamientos, cuyo resultado final fue, muchas veces, que los naturales del servicio se plegasen a la sublevación, para evitarse males mayores, aunque odiaban a sus temporales aliados por la pérdida de las ventajas que la cultura les aportaba; pero en infinidad de ocasiones cooperaron con los castellanos para derrotar a los sublevados y poder seguir gozando con tranquilidad de un pedazo de tierra. Cuando Lautaro avanzó sobre el norte por tercera vez, por ejemplo, sus tropas cometieron toda clase de tropelías, tratando a los "picunches" como enemigos, destrozándoles sus bienes, ganados y siembras, convirtiéndose su figura en la de un "cona" siniestro (un "huele", Huelén: maldito). El "Traro" se dio cuenta que el goce de la tierra en paz era la mejor arma de los españoles en contra de Araucanía. Por eso fue demoledor, tratando de erradicar de raíz el mal, al extremo que los nortinos, ya empapados de la nueva cultura, que, como la tinta se puede sacar pero deja la mancha, se mantenían al margen de sus acciones. La ferocidad araucana fue implacable, como única manera de borrar cualquier intento de cooperación futura.

Canto N° 11 (Avance de Lautaro al norte)

281 *"Con esta buena gente caminaba
hasta el Maule de paz atravesando,
y las tierras, después, por do pasaba
las iba a fuego y sangre sujetando:
todo sin resistir se le allanaba
poniéndose debajo de su mando;
los caciques le ofrecen francamente,
servicio, armas, comida, ropa y gente.
Así que por los pueblos y ciudades
la comarca los bárbaros destruyen,
talan comidas, casas y heredades,
que los indios de miedo al pueblo huyen:
estupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que a todo riesgo y trance era la guerra".*

El espíritu de cooperación había que exterminarlo con violencia y muerte, antes que fuese tarde.

Esta política amenazaba todo progreso de la conquista y exponía a la pérdida total de sus avances por el abandono definitivo de los aliados. Esto nada tenía de extraordinario, puesto que aún en nuestros tiempos, en las guerras mundiales, los aliados de un bando frecuentemente se pasaron al otro.

Decisión del Consejo. La caída de Concepción y la evidencia de que los españoles seguirían enviando refuerzos desde Santiago, hizo comprender a los "ulmenes" de Araucanía que el plan estratégico de Lautaro de avanzar hacia el norte, aprovechando el desconcierto enemigo era viable. Por ello se dio carta abierta al proyecto del "Traro Veloz", que permanecía archivado en el cajón de los recuerdos, en cuya ejecución Caupolicán

parece no haberse querido comprometer en la ofensiva o bien, no lo tomaron en cuenta. El hecho es que el mando de las fuerzas se entregó a Lautaro, lo que ha tenido que producir natural envidia en "Hacha de Pedernal".

La falta de cooperación de Caupolicán se haría notar, ya que su joven rival tendría serios problemas para juntar gente para levantar un ejército y parece haber carecido de asesoría castrense, pues la Historia habla solamente en su tercera campaña de la presencia de Chilicán, que era un experimentado comandante. Esto sin considerar que acompañaban a Lautaro magníficos guerreros, como Picol, Corpillán, Talco, Guacoldo, Guarcondo y su hermano el famoso Rengo, Cron, Pon, Guaticol, etc., quienes eran más bien probados soldados de Araucanía, pero no cerebros militares como Lautaro y Caupolicán.

La guerra, pues, seguiría... Escrito está: "Combatiréis y tenéis horror a la guerra...". (Corán 2).

CAPITULO OCTAVO

ANALISIS CRITICO DE LOS ELEMENTOS OFENSIVOS DE LOS EJERCITOS EN LUCHA. LAS ARMAS INDIGENAS

La infantería. Los indígenas usaban picas, flechas, macanas y hondas como armas ofensivas, en cuyo uso eran preparados desde su niñez, junto con una intensa preparación física. Carecían de armas cortantes capaces de separar miembros, como la espada de los españoles. Denominaban la infantería "namuntu-linco" (linco: ejército, y namun: pie).

Las picas las hacían de ramas de coligüe, más livianas y largas que las de los españoles, y le adaptaron en la punta trozos de espadas y otros objetos de hierro. En 1550 (segunda expedición de Valdivia) usaban picas de 4 a 5 metros en la primera fila y de 6 a 8 metros en la segunda fila, con magníficos resultados, para contener los ataques de la caballería (como erizos). Detrás de los piqueros se colocaban los honderos y arqueros. Esto demuestra que en ese lapso los araucanos estudiaron los sistemas de ataque españoles y trataron de contrarrestarlos. Los arcos eran cortos y reforzados. Al decir de Alonso González de Nájera, que estuvo en Chile entre 1598 y 1605, eran más pequeños que los usados por otros nativos de América, teniendo más o menos 1 metro de largo y sus cuerdas estaban hechas de nervios de animales; lanzaban flechas de 50 centímetros que las hacían de caña maciza, que solían pintar y en cuyas puntas le colocaban huesos de diversas formas, difíciles de extraer de las heridas; las transportaban en "carcajes". Solían envenenar las puntas de las flechas con jugo de colliguay. Flechas y hondas se usaron en Reinohuelén, Andalién y en el resto de la guerra, aunque fueron cayendo en desuso por no penetrar las armaduras enemigas. Una piedra ("cura") bien dirigida era temida; así lo pensó don García, que en el fuerte de Penco lo tiraron a tierra de un hondazo. Las prácticas las hacían en un "rapünlemu" ("lemu": bosque, para el ejercicio de los flecheros).

Las macanas, que se colocaban junto a piqueros, eran trozos de madera de luma de más de 3 metros, pesados, como el grueso de la muñeca, que terminaban en una vuelta de 30 cms., con su extremo en forma de codo para darles peso. Era el arma predilecta para rematar a los enemigos que se defendían porfiadamente. González de Nájera vio arrodillarse a más de un caballo al recibir un macanazo en la cabeza.

Las mazas tenían unos 3 metros con una porra o piedra amarrada en un extremo, piedras que se encontraron en los cementerios de Aconcagua al Reloncaví, lo que permite aceptar que su uso era común.

La piedra, gran elemento de combate, se lanzaba con gran puntería, a mano o bien con una honda de cuero. El golpe era potente y mortal si daba en partes no protegidas.

Como defensa, al principio no se usaban grandes elementos, fuera de gorros de cuero, incluso con la cabeza del animal, que daba fiero aspecto al combatiente.

Los "conas" se entrenaban para la guerra manteniéndose con una dieta rigurosa para permanecer delgados y ágiles. Esta práctica la denominaban "collellaullín". Acordada la guerra, durante ocho días intensificaban sus ejercicios y reducían su alimentación, al extremo de dejar de beber chicha y cortarse el pelo para evitar que los enemigos los arrastrasen de los cabellos.

Comían sólo unos pocos puñados de harina de maíz para llegar a ser guerreros valientes ("huentrun"). En campaña, en una bolsa llevaban la harina y con ají ("trapi") y sal preparaban la comida ("rubul"). En los combates usaban como adornos plumas de aves de vuelo rápido, para transmitirse mágicamente su rapidez... ("lepi": pluma).

La Araucana define así las fuerzas mapuches:

Canto 1º

- 169 *"Cada soldado una arma solamente
ha de aprender, y en ella ejercitarse,
y es aquella a que más naturalmente
en la niñez mostrare aficionarse;
desta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.
Hacen su campo, y muéstranse en formados
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de más de cien soldados;
entre una pica y otra los flecheros
que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir a pica al enemigo".*
- 201 *"Del escuadrón se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de extremarse por valientes;
las picas por los cuentos arrastrando
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: "Si hay valiente algún cristiano,
salga luego adelante mano a mano".
Hasta treinta o cuarenta en compañía,
ambiciosos de crédito y loores,
vienen con grande orgullo y bizarría
al son de presurosos atambores;
las armas matizadas a porfía
con varias y finísimas colores,
de poblados penachos adornados,
saltando acá y allá por todos lados".*

Con estos elementos de palos y piedras se enfrentaron a una raza de militares que llevaban más de 250 años luchando contra los moros, experimentada en las guerras de Italia, Francia, Flandes, etc., y con muchos soldados que se lucieron y foguearon en México y Yucatán, para venir al Perú y pasar a Chile.

Los españoles de la época eran románticos y quijotes, con la mente llena de fantasía, propia de la novela caballeresca de su tiempo. El libro más leído era el "Amadís de Gaula", que todos conocían y a quien trataban de imitar en pos de la fortuna, porque querían cubrirse de fama y gloria combatiendo a los descreídos.

En 1600, sin embargo, a imitación de los españoles, los mapuches usaban coseletes (coraza de cuero), capacetes (protectores de cabezas) y adargas (escudo de cuero en forma ovalada o de corazón). El cuero era de vacuno.

Incluso muchos llevaban colete (vestido de piel con o sin mangas), que cubrían el cuerpo ceñido a la cintura o un peto (armadura protectora del pecho) e, incluso, celadas que protegían cabeza y cara.

Así, pues, cuando nos referimos a las batallas de Arauco, debemos colocarnos en la época, considerando que en los primeros años los aborígenes luchaban "a lo indio" y fueron superando sus tácticas hasta lograr imitar, en gran parte, a los españoles, o sea peleando "a la europea".

González de Nájera (1605) cuenta que cuando los naturales no encontraban un mal agüero que los hiciera desistirse del ataque, cercaban silenciosamente los fuertes en la oscuridad de la noche y al iniciarse el ataque los hachadores cortaban y derribaban las estacadas y se lanzaban al ataque con un murmullo diabólico y ensordecedor, producido por los guerreros que se nombraban a sí mismos, para demostrar que estaban presentes en el combate, con arrogancia y valentía, sin protegerse en el terreno contra los arcabuces y mosquetes.

Grupos de "conas" sin armas se encargaban de retirar del campamento los muertos y los heridos para evitar que cayesen en manos de los enemigos. Había, pues, un primitivo sistema de asistencia a los heridos, a cargo, seguramente, de las propias mujeres del guerrero caído.

El mismo autor y testigo narra que en tiempos de Alonso de Ribera, uno de los genios militares de España en la guerra, se construyó un fuerte con toda la ciencia de la época: fosos, hoyos, estacas, abrojos (para lacerar los pies). La fortaleza fue atacada por nueve mil guerreros que, silenciosamente, la rodearon y en un momento dado se lanzaron contra ella, sin importarles fosos ni estacas, en medio del griterío más horroroso, peleando en el interior del recinto o sobre la empalizada, lanzando flechas o hiriendo con sus largas picas.

Lucha desigual con armas de palo que no eran capaces de penetrar las pesadas armaduras, ni de contrarrestar los efectos de la pólvora o del cortante filo de las espadas.

Demostración de coraje y heroísmo que debe recordarse cada vez que narremos una batalla.

La caballería. Al comienzo los bárbaros tenían temor a los caballos, tal vez más que a los españoles, por sus efectos desastrosos. Los primeros caballos de los conquistadores eran andaluces, con mezcla árabe, delgados para ser caballos de guerra, comparados con los europeos, pero muy resistentes. El "Motilla", de Almagro, caminaba treinta leguas diarias sin agotarse.

Los organizadores de la caballería araucana serían Nancunahuel ("Aguilucho Tigre") y Cadehuala ("Huala Gris". La huala es un pato) alrededor de 1580. En lengua mapuche el arma se denominó "cahuelutulinco" (de "cahuel": caballo, y linco: ejército).

Poco a poco se fueron proveyendo de caballos que aprendieron a usar. Alonso de Ovalle decía de ellos, a los que conoció por haber nacido en Chile el año 1603 (hijo de españoles y muerto en el año 1651), cuando

la guerra llevaba más de 90 años y las técnicas y tácticas mapuches habían cambiado radicalmente, que eran "grandes hombres de a caballo y con mal fustecillo (silla de montar) y aún en pelo van más seguros que otros en silla de encaje" (jinete encajado). "Se arrojan corriendo por una cuchilla de un cerro o por ladera abajo, como gamas". Prosigue: "un poco de harina de maíz, un pedacillo de sal y algunos ajíes hacen la talega (bolsa o zurrón) y esto les basta para mantenerse su propio tiempo, ni necesitaban de más cocinas que una calabaza". Con la harina y un poco de agua satisfacían la sed con el llamado ulpo ("ullpan").

En 1630, Butapichun ("Pluma Grande") organizó la infantería montada, consistente en jinetes que se trasladaban de a caballo para luchar de a pie o infantes llevados al anca por los jinetes. Esta modalidad, dicho sea de paso, no era usada aún por los ejércitos europeos.

Los araucanos llegaron a dominar el arte de la crianza de los caballos, al extremo de que con el tiempo la caballería mapuche era más numerosa que la hispano-criolla y sus caballos causaban envidia a los oficiales españoles. El negocio de venta de caballos fue muy lucrativo en tiempos de paz.

Adiestraban los caballos para la guerra, para lo cual los adelgazaban a objeto de alivianarlos, dándoles de beber especies disueltas en agua, restregándoles las patas con piedras de bezar o patas de guanaco para transmitirles el efecto mágico de la velocidad.

"Indios" fronterizos. Algunos historiadores han creído ver la existencia de "indios" de guerra, algo así como "fuerzas especiales" o mercenarios, pagados entre los mismos araucanos.

En el siglo XVI hubo alianzas mediante prestaciones mutuas, como el caso citado por Góngora, en que los nativos de Sierra Nevada recibieron de los Reinoguelén "perros, chaquira y ropa en pago de sus servicios". Para Herrera había una sola clase de guerreros "como los soldados de Italia" que prestaban servicios por meses. Incluso caciques de paz, para no comprometerse directamente, enviaban tropas a otros caciques secretamente.

Después del alzamiento general los españoles trataron de recuperar el territorio perdido y aparecieron "conas" muy ágiles, movedizos y muy belicosos que mantenían la frontera norte de Araucanía. Estos programaban "malocas" y eran toda una casta guerrera muy respetada, pues llevaban tranquilidad a sus protegidos, quienes en retribución les proporcionaban alimentos y medios para combatir, recursos que si no se los daban, los tomaban por la fuerza, poniendo en peligro la vida de los violadores del compromiso. Algo similar a lo que hicieron los soldados españoles que regresaban de franco al norte de la frontera, que cometían cualquier clase de tropelías (informe de la Real Audiencia de 1639, C. Gay).

Se ha estimado que en el siglo XVII, desde el río Imperial al sur, nadie tomaba armas contra España y la frontera del Biobío estuvo defendida sólo por los fronterizos reforzados por "conas" voluntarios de otras tribus.

Estos "servidores" se generaron más de 70 años después de la iniciación de la conquista, cuando las tribus huyendo de los españoles se fueron retirando desde el norte atrás de la nueva frontera, una vez que ésta se estableció. Bajaron, entonces, de la zona alta del Biobío (cordillera) los "pehuenches" a ocupar las tierras abandonadas, haciendo de "tapón". Las tribus mapuches y los araucanos, entre ellos, acosados por los hispanos, buscaron el apoyo "pehuenche" ya en el siglo XVI y se

agudizó la ayuda en el siglo XVII. Las tribus ahora mezcladas originaron una estirpe guerrera muy especial, que sirvió más tarde de baluarte en la frontera de Araucanía. Como la cordillera no era un límite en aquellos tiempos, los "aucas" (araucanos) aliados con los "pehuenches" llegaron en sus correrías cerca de Buenos Aires, robando ganado y caballos, actuando como fuerzas auxiliares de los aborígenes de Argentina (padre Tomás Falkner, siglo XVIII).

En el informe de D. Miguel Olavarria (1594) se declara que los "indios de la Imperial son de poco valor militar y que los demás indios ("araucanos" y "pehuenches") obedecían a sus caciques y defendían sus tierras", "...al llamado de otras provincias acuden (los caciques), a la que les pide favor, sin llevar más paga que ser bien hospedados y agasajados y si sucede matarles algunos indios la provincia que les sirvió favor satisface a los deudos cercanos con caballos, ropa, chaquira y armas" (un concepto primitivo de la indemnización de guerra).

El gobernador Jaraquemada escribía al rey en 1611: "si me vinieran ahora 400 ó 500 soldados iría a hacer un fuerte a Tirúa que está a cuatro leguas de Paicavi y ganar la Isla de Mocha de donde todos los años tributan los indios a los de guerra mil picas, cantidad de arcos y flechas, comida...". Podemos, pues, concluir que había tribus más belicosas que otras y que las más feroces se dedicaban permanentemente a hacer la guerra por lo demás o apoyándolos en sus luchas con los castellanos u otras tribus y que, en esta labor, se confundían especialmente araucanos y "pehuenches" y sus acciones pasaban los límites de la cordillera.

Estos guerreros eran astutos y agresivos. D. Diego Vivanco, capitán de caballos de lanza, contaba al Rey, en 1556, "son tan mañosos soldados que con ardides de guerra procuran fatigar nuestra caballería e infantería, estando a la mira para embestir al menor descuido... Parecen rayos cuando dan el golpe acometiendo tan bien y mejor que los españoles... sin traer consigo más vestimenta que una mochila de harina tostada... y cuando sienten que se les puede ofender, se retiran tan liberalmente que pocas veces se les da alcance".

Concluya el lector la calidad de los combatientes y los graves problemas que debían enfrentar los españoles.

La táctica española. El pueblo español, tradicionalmente, había mantenido una constante actividad guerrera. Durante 900 años luchó contra moros, árabes, turcos, ingleses, franceses, holandeses y aborígenes de América. Si bien en 1492 los moros fueron derrotados en Granada, último reducto, huyeron a las sierras de Alpujarras y en 1567 (en plena conquista de Chile) seguían luchando, hasta que en 1609 fueron definitivamente expulsados.

Los ejércitos españoles entraban en batalla divididos en tres grupos: la vanguardia, el cuerpo principal y la retaguardia. Esta línea de combate se dividía, a su vez, en tres alas: izquierda, centro y derecha.

La infantería se colocaba en forma cerrada, en escala de profundidad dividida en tercios y éstos en cuadrillas. Solían usar perros europeos adiestrados en despedazar aborígenes. Se emplearon en Chile en tiempos de Pedro de Villagra. Era más bien un "arma de tormento".

Al lado de los "piqueros" se colocaban los "arcabuceros", los cuales disparaban alternadamente para mantener vivo el fuego, por ser muy complicada y demorosa la carga y encendido de mecha, siendo su uso difícil en períodos de lluvias. Su empleo demandaba 73 movimientos entre disparo y disparo.

La caballería se colocaba entre los tercios o bien en las alas de la infantería, en formación cerrada, dividida en banderas o secciones.

Como no tenían que enfrentarse con enemigos con armas poderosas, terminaron aligerándose de las pesadas armaduras, usando peto y escudos.

Por lo general, la caballería iniciaba el ataque (verdaderos blindados) que se iba sobre los nativos al trote y, luego, al grito de "Santiago y a ellos...", al galope tendido.

En cuanto a la artillería, tuvo escaso uso al principio y sólo se empezó a usar con éxito al ser emplazada en los fuertes para barrer a los atacantes. Recordemos su primer empleo en Marihueñu.

Durante la conquista, el mando supremo de las fuerzas españolas lo ejercía el gobernador, como representante del rey. Dicen que los soldados temen más al general que al enemigo (Valerio Máximo). Los gobernadores fueron siempre temidos, obedecidos y respetados.

El título de capitán general correspondía al comandante en jefe; el de teniente general, al jefe administrativo de las fuerzas; el de maestro de campo, que siempre mencionaremos, al equivalente de lo que hoy sería el jefe de estado mayor, encargado del movimiento de las tropas; el de sargento mayor, al de comandante de batallones y, luego, venían los capitanes, tenientes, sargentos y soldados.

En la conquista no hubo inicialmente un ejército propiamente tal. Los mismos conquistadores hicieron las veces de colonos y de soldados y, al fundarse las ciudades, era obligación de sus habitantes concurrir a su defensa cuando el Cabildo lo solicitaba. Cada uno ponía las armas, sus caballos y auxiliares que los acompañaban. El sistema llamado *derrama* era pésimo y retrasaba la conquista.

Hasta 1603, en que Ribera organizó el ejército, los españoles actuaban en el combate en forma más bien individual, confiando en la bondad de sus armas y caballos; salían a campaña sólo en verano, debido a que el clima se los impedía en el invierno por los efectos de las lluvias, las crecidas de los ríos que los hacían infranqueables, la falta de caminos, etc. El factor clima, pues, fue determinante en la lucha.

Los desplazamientos de las tropas eran totalmente desorganizados y cada soldado llevaba, por lo menos, tres servidores (uno para llevarle la yerba, otro para los alimentos y cama y uno le preparaba las comidas), sin considerar que, normalmente, cada uno llevaba de 10 a 20 caballos y alrededor de 6 yanaconas y la "piedra de moler". Todo ello hacía que el avance del ejército fuera lentísimo y, más bien, parecía el traslado de una ciudad (carta de Jaraquemada al Rey, 1611).

El sistema fracasó no sólo porque el ciudadano debía dejar abandonada su familia y tierras, expuestas a los ataques enemigos, sino porque, además, estaban arruinados y no tenían fondos para comprar armamentos y útiles para la guerra.

Estos abandonos de la tierra provocaron, desde luego, su mala explotación y un notable bajo rendimiento de las cosechas.

Sólo en tiempos de Alonso de Ribera se comprendió en España la necesidad de crear un ejército profesional, a comienzos del siglo XVII, con una dotación de 2.000 plazas, que generalmente no fueron cubiertas por falta de recursos, fluctuando las tropas en un promedio de 1.500 hombres. Los gastos eran costeados con el "Real Situado" puesto por el Virrey del Perú a disposición del gobierno del Reino (que llegaba tarde, mal y nunca). Chile fue el primer reino con ejército permanente, creado

por Real Cédula de Felipe III. Tenemos, pues, una clara tradición militar profesional.

Tenía el nuevo sistema el incentivo de que podía el militar llegar a "reformarse" (retiro con pensión) y veremos que en numerosas oportunidades, para suplir la falta de personal, en casos de emergencia, los gobernadores llamaron al servicio a muchos capitanes reformados, que eran gente de mucha experiencia militar en la "Guerra Mapuche".

En un comienzo, la función de las armas se consideraba una ocupación casi exclusiva de los españoles, que formaban la fuerza armada en un 70%; sólo un 5% era natural de Chile y el resto peruanos, mexicanos y ecuatorianos.

Los intérpretes. Los capitanes españoles contaron siempre con intérpretes, que eran yanaconas que habían aprendido el español, lo cual facilitaba la comunicación entre los gobernadores y los mapuches. Famoso fue Felipillo, intérprete de don Diego de Almagro, y Agustinillo, el fiel intérprete de Pedro de Valdivia, que se presume murió a su lado, implorándole que se salvase, en el desastre de Tucapel.

Felipillo, por el contrario, resultó harto "chueco" e instó a su paso a los caciques para que se alzaran, por lo cual le duró muy poco la cabeza en el cuello...

En 1602, los "lenguaraces" formaban parte de la planta del ejército; eran mestizos, lo que mereció la crítica histórica de González de Nájera que los consideraba peligrosos. En la "guerra defensiva", un "lenguaraz" al servicio del padre Valdivia incendió la guerra y fue causa de una masacre patrocinada por el cacique Ancanamón ("Pies Chicos").

En 1703, cien años más tarde, se designó un "lengua general" en el Ejército y en 1753 y 1788 se mantuvo el cargo.

CAPITULO NOVENO

OFENSIVA MAPUCHE HACIA EL NORTE

Las tres campañas de Lautaro sobre Santiago. Normalmente se ha creído que después de Marihueñu, los araucanos de inmediato atacaron Santiago y que frente a Mataquito el "toqui" fue derrotado. Los hechos no ocurrieron así. Después de la derrota de Villagra en Marihueñu, el 26 de febrero de 1554 y del frustrado asalto a La Imperial, los araucanos permanecieron casi dos años reponiéndose de las pérdidas y estragos de las enfermedades.

Como explicáramos anteriormente, la Audiencia de Lima en febrero de 1555 anuló el testamento de Valdivia en cuanto a la orden de su sucesión en el mando y desvaneció, así, las ilusiones de Aguirre y Villagra, sin contar a Alderete que andaba en España.

En consecuencia, faltó interés por hacerse cargo de la situación, con la agravante de haberse licenciado dos tercios de las fuerzas.

Más vale un diablo conocido que otro por conocer, dice el adagio. Es lo que sucedió a los españoles por ambiciosos y pendencieros, ya que quedaron expuestos a la llegada de un desconocido, como ocurrió, con el cual tuvieron grandes y graves problemas por el desconocimiento de los problemas del Reino y de las encomiendas entregadas por Valdivia.

En el sur hubo disensiones en las ciudades de Valdivia y La Imperial por el nuevo reparto de tierras y la codicia se impuso a la cordura (octubre 1557). Más les hubiese valido no sembrar vientos para cosechar tempestades. Pero retrocedamos en el tiempo junto al "Traro Veloz"...

Lautaro, que tenía un magnífico servicio de informaciones, estaba en conocimiento de la falta de unidad y caos reinante en el campo enemigo.

Fue el momento en que atacó Angol, asedió La Imperial y destruyó Concepción por segunda vez con escasísimas fuerzas, como ya vimos anteriormente. Supo explotar el "momento psicológico" de los colonos desorientados por sus anteriores fracasos.

Villagra, Corregidor y Justicia Mayor, ignorando lo ocurrido, envió refuerzos por mar a Valdivia. Por suerte para él, la expedición tuvo que regresar a Valparaíso y pudo contar con esas fuerzas en los sucesos que se avecinaban, sin las cuales bastante difícil e improbable habría sido parar la ofensiva del "Traro Veloz".

Pese a que la aureola de Lautaro brillaba como la del héroe que había derrotado al enemigo castellano, es posible que no se alcanzase un acuerdo para iniciar una campaña por falta de recursos humanos, después de la dispersión de sus fuerzas tras la victoria de Concepción y las fuertes bajas de Marihueñu, a todo lo cual debemos contabilizar también los innumerables heridos con armas cortantes, imposibilitados para seguir luchando.

Sólo en 1556, después de dos años de Marihueñu, pudo encomendarse al joven general por parte del senado de los caciques de Araucanía, que al

parecer seguían dirigidos por Caupolicán como “toqui” indiscutido, la iniciación de las acciones que culminarían a mediados de 1557 con la derrota de las armas lautarinas en Peteroa.

En este largo lapso hubo tres campañas dirigidas por Lautaro destinadas a llegar a Santiago, doblegando al invasor en su propia capital y que serán el objeto de nuestro estudio crítico. Fue toda una brillante concepción estratégica.

La primera campaña. Los historiadores han estimado que Lautaro, discípulo de Valdivia, guardando las debidas proporciones, desde luego, superó a su maestro en talento militar.

El joven guerrero organizó su gran “Guardia Araucana” con 600 excelentes “conas”, hijos de caciques, a quienes adiestró durante dos años convirtiéndolos en experimentados soldados. No quiso perder tiempo reclutando grandes masas de hombres y prefirió avanzar con su elite militar en el verano de 1556. Escurriéndose, sin oposición, hacia el norte, atravesó la frontera del Biobío hasta llegar al valle del Mataquito (frente a Curicó) entre Peteroa y el Lora, donde construyó una poderosa fortaleza o “pucará”, que le serviría de base armada y de centro para la propagación de la insurrección que había planificado; así, evitó la lucha en campo abierto y le permitió esperar los ataques españoles en recintos previamente preparados.

Para el mejor conocimiento del lector, conviene tener presente que del Biobío al Mataquito hay más de 300 kilómetros. Se trataba, pues, de una invasión araucana.

Lautaro buscó la alianza de los “promaucaes” (del Maule al Maipo), que se iban enrolando a medida que avanzaba hacia el norte; así, suplió la escasez de tropas por falta de espíritu expansionista de las tribus de Araucanía y su natural agotamiento después de las anteriores campañas y desastrosas consecuencias de las pestes que las asolaron.

Constituyó un error de Lautaro aliarse con los “picunches”, chinchilenos asimilados a la cultura incásica y, ahora absorbidos por la cultura europea, carentes de espíritu militar, pero pensó que la antorcha de la independencia encendería la llama de la libertad, produciendo un alzamiento general. No ocurrió así, como tampoco ocurrió en 1820 cuando el Ejército Libertador no logró entusiasmar con la idea de liberarse del tutelaje español a nuestros vecinos.

La idea político-estratégica era una concepción prodigiosa incubada de mentes aborígenes, destinadas a desarticular las bases de la defensa española, concentrando una impresionante masa mapuche en la ejecución del plan de asaltar Santiago. Otra cosa es que, tal como más tarde se equivocaron O'Higgins y San Martín, también se equivocó Lautaro.

Villagra no creyó en la veracidad del avance araucano y, para desvanecer dudas, ordenó que Diego Cano saliese con 14 hombres de a caballo a cerciorarse y desbaratar al “toqui”, de ser cierta la noticia. Su mente no podía concebir que indígenas que habitaban regiones al sur del Biobío hubiesen tenido la imaginación, osadía y suficiente decisión bélica para montar una campaña que significaba avanzar por territorios desconocidos cruzando el Itata, el Ñuble, el Maule, etc., entre otros caudalosos ríos, solucionando enormes problemas logísticos para proveerse de alimentos y refugio, como ocurría a los ejércitos castellanos, caminando de a pie por extensas y boscosas regiones, sin dispersarse y manteniendo la cohesión.

Recordemos que no llegaban aún los tiempos en que los mapuches aprendieron a usar el caballo. Debemos agregar que los mejores generales de Araucanía jamás lograron pasar el Maule cuando contaron, años

más tarde, con esta moderna arma y, sin embargo, Lautaro lo lograría en tres oportunidades. Indiscutiblemente, ¡era un gran general!

La duda de Villagra era, pues, perfectamente razonable. Sólo así se explica el envío de escasos 14 hombres contra el vencedor de Tucapel y Marihueñu. Fue un error, excusable, de Villagra, más aun cuando Cano fue seguido permanentemente por los hombres de Lautaro, que indicaban su desplazamiento con señales de humo desde las cumbres de los cerros.

Cano dio al fin con las fuerzas del "Traro" y el resultado de su valiente ataque contra sus líneas significó la muerte de un español y numerosos auxiliares, al estrellarse contra el sólido "pucará"; enseguida marchó apresuradamente con la alarmante confirmación a la capital de que Lautaro había cruzado ya el Maule, invadiendo por primera vez el territorio español.

Los invasores ocuparon el verano levantando la región y preparándose para el asalto final. El invierno paralizó sus ajetreos bélicos.

Recién en julio pudo salir Pedro de Villagra, primo del Gobernador, con 50 hombres a buscar al enemigo asistido por numerosos auxiliares, logrando tomar contacto en Peteroa con las fuerzas de Araucanía, que por la época lluviosa no los esperaban.

El invierno era crudísimo y los ríos difíciles de vadear. Pero Villagra hacía la guerra igual en el verano que en el invierno... Era, en el fondo, el mejor capitán que podía oponerse a Lautaro.

Las fogatas del campamento del descuidado "Traro Veloz", que en sus campañas demostraría excesiva indolencia para protegerse del contrario, permitieron a sus enemigos ubicarlo fácilmente y acampar cerca de él.

Lautaro se sorprendió ante la presencia de los castellanos, los cuales tampoco demostraron acuciosidad para protegerse, pues, estimando que sus enemigos estaban en su fortaleza, también descuidaron su vigilancia. Fue entonces cuando Lautaro, socarronamente, para demostrarles a sus vecinos que los tenía en la mira, lanzó uno de sus escasos caballos al galope sobre el campamento español, lo que produjo gran alteración en él, en medio de la oscuridad. Esto llevó a Villagra a espiar con más cuidado a sus adversarios para evitar posibles sorpresas.

Cabe, sin embargo, preguntarse por qué Lautaro no atacó esa noche a sus desprevenidos enemigos, al alcance de su mano. Parece ser que no había completado la concentración de sus fuerzas y que el aporte humano de sus aliados aún no le daba la superioridad necesaria para hacerlo. No se sintió seguro de la victoria y el "Traro" atacaba solamente cuando estaba convencido del triunfo, como lo demostraban sus anteriores éxitos militares. Por primera vez dudó... Después del fracaso de La Imperial, fue el segundo apagón de su luminosa estrella.

En todo caso, nos queda la impresión que Lautaro tenía problemas para conducir grandes masas en campo abierto. En Marihueñu lo hizo dentro de un espacio estrecho, pero fracasó en la persecución masiva, tal como no obtuvo resultados positivos en el ataque a La Imperial. Era partidario del golpe mediante contraataques fulminantes y reiterados. Tucapel parecería desmentir esta aseveración, pero en aquella oportunidad actuó solamente en la segunda etapa de la batalla y cuando ya los españoles estaban imposibilitados para reaccionar. Cualquier contragolpe los destruiría, máxime si se proporcionaba con tropas frescas aportadas por el joven comandante.

En conducción de masas Caupolicán parece haberlo superado (Penco, Lagunilla, Marihueñu).

Es presumible que las tribus del norte del Maule no hayan respondido unánimemente con el entusiasmo esperado a su llamado, temerosas de las

represalias españolas y poco convencidos por la ausencia de ventajas obtenidas hasta entonces de los araucanos, a quienes miraban con desconfianza. Ciertamente es que los "picunches" habían cooperado con éxitos en su campaña de Tucapel, pero estaban cautelosos porque no se había producido el anunciado desbande español como se les había pronosticado.

El reajuste de las fuerzas españolas, la presencia de los Villagra cuya capacidad reconocían, los preparativos de éstos para la defensa y la prematura aparición de Lautaro por el norte del Maule, sin aprovechar el verano para atacar, los dejó indecisos. Por lo demás, el toqui se encerró en su fortaleza, en una actitud defensiva, esperando la primavera y la inacción corroía la confianza en el mando. Lo mismo le ocurrió a San Martín en 1820 en el Perú.

Para distraer a Lautaro, Villagra envió a Marcos Veas, que había sido su amigo en tiempos de su servidumbre en Santiago, para espiar personalmente las posiciones araucanas y buscar un punto débil.

Marcos llamó a Lautaro, a corta distancia del fuerte, conminándolo a retirarse, a lo que éste, notoriamente ofendido, le respondió altaneramente que si no se retiraban ellos, los mataría a todos; les ofreció hacerlos sus vasallos si respetaban el límite del Maule, lo cual da a entender que tenía bajo su alianza tribus desde este río al Biobío. No hubo proposición más insolente para el español, que se retiró convencido que serían atacados. Pero el ataque no se realizó, permaneciendo los araucanos protegidos por el "pucará", con lo que demostraron una modalidad que se impondría finalmente en el bando mapuche para contrarrestar la acción de la caballería; cada vez que la olvidaron, el dios de la guerra se los hizo pagar muy caro.

Ambas fuerzas recrudecieron la vigilancia nocturna y antes de levantar el alba el vaho del campo, estando aún oscuro, los españoles pudieron observar la imponente fortificación, donde resaltaban a la tenue luz del amanecer las figuras de los guerreros y un movedizo bosque de lanzas en sus bordes, sobresaliendo la imponente estampa del general araucano en su puesto de combate, protegido por una brillante armadura y flotando al viento los penachos de su rojo bonete; vivos destellos se desprendían de su acerado peto.

Sin apagar las luces de las fogatas del campamento, los españoles se desviaron silenciosamente por un costado y pudieron avanzar sin ser vistos. Los araucanos fueron momentáneamente engañados. Decididamente los aborígenes subestimaron la capacidad española para vencerlos.

Ahora se podía observar a Lautaro con su trompeta terciada, que era su instrumento favorito para impartir órdenes a la tropa.

Furioso Villagra, deseoso de cubrirse de gloria, descubrió repentinamente su posición y al grito de "¡Santiago y a ellos..." se lanzó al ataque a la cabeza de sus huestes contra las posiciones enemigas.

La recepción fue estruendosa; flechas, boleadoras, mazas y picas entraron en acción tratando de herir preferentemente a los caballos para contener la ofensiva. El choque fue tan brutal que los castellanos arrastraron con la primera fila de contención araucana "picunche" y penetraron al interior de la fortaleza como una tromba; en el interior se inició un feroz y despiadado combate cuerpo a cuerpo. Gritos, juramentos, relinchos, flechas, voces de mando, mazas, ruidos de aceros, picas, etc., en medio de una confusión total, amparada por el deseo de matar...

Los flancos del "pucará" estaban protegidos por pantanos, cubiertos disimuladamente por pajonales, peligrosísimos para la caballería.

Lautaro, demostrando un control absoluto de sus nervios, sereno y concentrado en su mando, esperó que el empuje español comprometiese todas sus tropas en el sitio del combate en el momento preciso, lanzó

varios toques de corneta que, al ser escuchados por su ejército, inició un ordenado retroceso, hacia los pantanos. Los aborígenes demostraron un acabado entrenamiento, al ejecutar un movimiento de defensa elástica en la que la base o núcleo, no la constituía ya la fortaleza que era el atractivo del enemigo, sino que su centro movidizo fue trasladado a posiciones favorables e inexpugnables anticipadamente escogidas. Así los castellanos quedaron encerrados dentro del fuerte.

Al ver los castellanos que los aborígenes abandonaban las posiciones, creyeron consumada la victoria y dando gritos de triunfo se lanzaron en desordenada persecución de los cuadros enemigos, cayendo así en la trampa tendida por el hábil "toqui".

Llegó el momento en que los caballos no pudieron seguir por estar empantanados e inmovilizados, sin que pudiesen los acorazados soldados de España bajarse de sus cabalgaduras por temor a ser tragados por el suelo movidizo.

En ese momento de infortunio para las armas del Rey, sonó la lúgubre corneta de Lautaro ordenando el contraataque de las fieras legiones araucanas picunches sobre el enemigo, causando estragos entre ellos. Después de horas de combate el cielo empezó a oscurecerse cayendo de pronto una fuerte lluvia, un verdadero torrente, que hizo imposible continuar las acciones (¡San Isidro es el patrono de Madrid... dicho sea de paso!).

¡Lautaro y las lluvias...! El agua del cielo salvó a "los 14 de la fama", luego arruinó el asalto de La Imperial y ahora... permitió a los acosados españoles retirarse como conejos sin poder ser perseguidos, no sólo por el agotamiento de los guerreros después de 6 horas de combate ininterumpidos, sino que, además, por carecer aún la Araucanía de caballería para hacerlo y en campo abierto.

Los araucanos volvieron a ocupar y reforzar el "pucará", con ruidosas manifestaciones de triunfo que corroían el alma de los hispanos.

Sin embargo, para evitar que los españoles se rehiciesen y volviesen a atacar, careciendo Lautaro de fuerzas para batirlos, procedió a desviar un brazo del Mataquito que empezó a inundar el campamento enemigo en forma peligrosa, con lo que quedó eliminado como punto inicial de un nuevo ataque.

Cano y Villagra habían pagado caro, gracias a la fértil imaginación guerrera del joven general araucano. Esta vez, el "Traro Veloz" había derrotado al mejor comandante y soldado de caballería español en el Reino.

Si bien quedaba expedito el camino a Santiago, el éxito no pudo ser aprovechado de inmediato por el comando de Araucanía porque sus bajas habían sido elevadísimas ya que los españoles no se entregaban fácilmente y eran diestros en el uso de las armas de hierro. Era necesario, pues, rehacerse. Además, llegaba ya el invierno inclemente, capaz de arruinar la mejor campaña y escaseaban los víveres por la falta de cooperación "picunche".

Ambos comandantes solicitaron refuerzos. Villagra recibió una partida de jinetes y Lautaro, nada; simplemente ni su reciente victoria lograba entusiasmar a sus desconfiados aliados.

Comprendió Lautaro que sus líneas eran demasiado extensas para solucionar sus problemas logísticos de reemplazo de hombres, armas y abastecimientos. Se dio cuenta que la fuerza a su mando había perdido la capacidad de ataque y, lo peor, incluso la de defensa. Villagra no iba a repetir por segunda vez sus errores y no sería posible emplear el mismo sistema para derrotarlo.

El nuevo asalto de los españoles era inminente; ellos sabían que sus enemigos carecían de refuerzos y los encontrarían más débiles que en el

asalto anterior. Lautaro no estaba en condiciones de adelantarse a Villagra para desbaratarlo en sus propias bases. Se enfrentaba, así, a un enemigo, que día a día iba reforzándose, mientras que el tiempo complotaba en contra de Araucanía por tener a sus espaldas caminos intransitables y ríos que amenazaban con sus crecidas toda retirada.

Astuto como siempre, equilibrado en sus juicios, comprendió con sus capitanes que estaban a punto de ser destrozados.

Tragando su amargura, el joven general araucano se escurrió silenciosamente esa misma noche, perdiéndose como una serpiente en la oscuridad del paisaje, abandonando la fortaleza sin cuidarse de proteger su retaguardia, convencido de que los hispanos no lo seguirían.

Cuando atacaron resueltamente al amanecer los españoles, encontraron el fuerte vacío. Villagra voló a Santiago con la buena nueva no sin antes encargar a Godínez iniciar la persecución, que se hacía difícilísima por las pésimas condiciones del tiempo.

Persistió el incansable Godínez tras las huellas de Lautaro, deseoso de vengar la muerte de su padre en manos de los araucanos; venciendo la inclemencia del duro invierno, llegó junto al Maule, donde dio con los restos del ejército nativo, que fue totalmente sorprendido cuando ya estaba desorganizado y agotado.

Verlos y cargar sobre ellos fue un solo acto. La situación de los mapuches era muy difícil, puesto que tenían en su retaguardia la división española y por delante el caudaloso río. Iban a ser masacrados.

Otra vez Lautaro dio muestras de su gran capacidad para resolver problemas insolubles... Dio una orden perentoria: ¡Lanzarse todos al río! Si bien practicaban este ejercicio desde su infancia, el caudal los arrastró varias cuadras resultando inútiles sus sobresalientes condiciones de nadadores.

Los españoles quedaron frustrados en su ataque y admirados de tanto arrojo dieron por ahogados los suicidas restos del ejército mapuche, proclamando la muerte de Lautaro.

La lucha contra la helada corriente resultó interminable y, agotadas las fuerzas físicas, sólo algunos lograron afianzarse en la orilla opuesta, entre ellos Lautaro...

Mascando su rabia, consternados por la muerte de tantos hermanos, el "toqui" y su "Gran Guardia Araucana", reducida a unos cuantos maltratados guerreros, se internaron en las selvas de Araucanía.

La segunda campaña. Es muy posible que ese invierno, Lautaro lo haya pasado en constantes reuniones con Caupolicán y los principales "ülmenes" junto a las vegas del Itata, analizando las causas del fracaso y programando una nueva embestida una vez recogidas las cosechas. Ha debido juntar nuevos voluntarios para la próxima ofensiva; enseñándoles las técnicas del combate, en especial el ataque y defensa de la caballería, conocimiento del cumplimiento de las órdenes, toques de corneta, etc.

Al llegar la primavera ya estaban las legiones listas para emprender la marcha. La "Gran Guardia" había sido reorganizada y su moral era ejemplar. En noviembre de 1556 se les vio avanzar hacia el sur seguidos por numerosas tribus nativas del Nuble, Quirihue y Cauquenes, entre otras.

Habían transcurrido casi tres años desde Tucapel y el "Traro" aún acaudillaba las alzadas huestes de Araucanía inspirándoles fe y seguridad en la victoria. Iba, ahora, montado en un hermoso corcel blanco que realzaba su musculosa estampa de guerrero.

El consejo había acordado, esta vez en el "aucantraun" (junta de guerra), reiniciar la guerra hacia el norte dividiendo las fuerzas en numerosas guerrillas que irían avanzando separadamente, en forma de rastillo, para concentrarse en un punto determinado. Se trataría de no comprometer a las tribus del extremo norte, que habían demostrado ya sus simpatías por los españoles y más bien se les darían lecciones que les hiciesen arrepentirse de sus anteriores devaneos con el enemigo. En todo caso, se reforzó la fuerza con una agrupación picunche, voluntariamente enrolada.

La primera etapa del avance los llevó nuevamente hasta el Mataquito; se escurrieron por el valle del Lontué (Curicó) con la mira de hacerse fuerte en la ensenada de Apalta, aprovechando los pantanos y bosques que hacían inexpugnable la posición. De allí sería sumamente difícil que los españoles pudiesen sacarlos.

Es interesante observar cómo Lautaro, sin ser de la zona, tenía un acabado conocimiento de la geografía de la región que, desde luego, estudió antes de decidirse a elegirla como base de sus operaciones. Recordaremos que en aquellos tiempos no existían los mapas a escala, como hoy, por lo que las conclusiones eran el resultado de una acabada información previa a la iniciación de las operaciones.

Sorpresa de Gualemo. Los rumores de la nueva invasión llegaron a Santiago tan rápido como el viento, por boca de los quejosos "picunches" que veían con horror el peligroso despliegue de las huestes de Araucanía en su territorio.

Villagra se encontraba en La Serena por lo que el fogueado Godínez, que no pensaba ver al difunto Lautaro, tuvo que hacerse cargo de las escasas fuerzas junto con el "cara cortada" Alonso de Escobar.

Fácil resultó a los hispanos adivinar el rumbo y destino del "Traro Veloz". Su servicio de informaciones era envidiable. Decidieron, pues, atacarlo de inmediato antes que se atrincherase en Apalta, de donde resultaría muy difícil sacarlo.

Los araucanos se concentraron en dos agrupaciones, una formada por los "picunches" y otra por guerreros de Araucanía.

Para evitar sorpresa en su desplazamiento, acamparon junto al río Gualemo, manteniéndose a la vista a cierta dictancia, de manera que en caso de sorpresa no quedase comprometido el total de la tropa.

Una vez más falló la vigilancia que había costado ya a Lautaro más de una desagradable sorpresa. Por lo mismo, Godínez pudo acercarse silenciosamente hasta el grupo "picunche" al atardecer y esperó oculto la llegada de las primeras horas de la madrugada. Había elegido con muy buen ojo militar, el cuerpo de ejército más débil.

En las primeras horas del alba cayó sobre sus enemigos, por sorpresa mientras dormían, ocasionándoles una seria derrota, sin que Lautaro corriese en su auxilio, pese a estar a menos de dos millas de distancia. Simplemente, comprendió que nada podía hacer, sin comprometer sus propias fuerzas.

Bien dijo Clausewitz ("De la Guerra") que "el azar, junto con la accidental y la buena suerte, desempeñan un gran papel en la guerra".

Después de pasar a cuchillo y sablazos a los "picunches", Godínez convergió hacia los araucanos, cuya "Guardia" se retiró. Lautaro había perdido la mitad de sus fuerzas, por lo que estimó que en estas condiciones la campaña se hacía imposible.

Si bien las tropas araucanas se mantuvieron fieles al mando, los restos "picunches" desertaron, perdiéndose en los bosques.

La fría actitud de Lautaro de salvar su agrupación sin comprometerse en la ayuda de la otra, quebró definitivamente la alianza, dejando resentidos a los nortinos, que no volvieron a dar crédito a las promesas de sus hermanos del sur.

Godínez, héroe de la acción, regresó a Santiago, siendo clamorosamente recibido por Villagra. Estudiada la situación, se llegó al acuerdo que, estando el ejército enemigo derrotado y desarticulado, era conveniente atacarlo de inmediato antes que lograra rehacerse.

Se hacían presente ya los primeros calores del verano. Era, precisamente, la temporada de ataque de los españoles cuyo término lo señalaba, como lo hemos repetido, la llegada del invierno. Todo un "ciclo bélico". Como idea de hacer la guerra era pésima, puesto que la lucha se eternizaba.

Lautaro se retiró a los bosques de Araucanía y Villagra movilizó sus fuerzas hacia el sur; atravesó el Biobío, sin tener problemas serios y llegó a La Imperial a principios de aquel verano.

Del "Traro" no se encontró ni el rastro. Había calma perfecta en el frente. Por todas partes los astutos caciques se asomaban con sus ramos de canelo a ofrecer las paces.

Sin embargo, Lautaro no estaba en tela de juicio. No se adjudicó su derrota al error de dividir sus fuerzas y no encarecer la vigilancia. Simplemente se hizo pagar los platos rotos a los "picunches".

Tanto Lautaro, pues, como el consejo decidieron cambiar su actitud hacia los "promaucaes" y nortinos a quienes culparon de su fracaso. Las tribus al norte del Maule, simplemente no eran objeto de la confianza de los araucanos, con lo que se revivieron antiguas querellas y odiosidades.

Todos aceptaron que la actitud de Lautaro de no comprometerse en una aventura y de retirarse, había sido prudente, pues había salvado, por lo menos, la totalidad de las fuerzas de Araucanía.

El triunfal paseo de Villagra por el sur, lo convenció que había logrado lo que otros no habían podido hacer: pacificar Araucanía, consumando la conquista. Ahora la bandera del Rey podía pasearse libremente por el territorio enemigo y no existían fuerzas organizadas para oponérsele.

El valiente soldado, tenía títulos suficientes para aspirar a la ansiada gobernación...

La tercera campaña. Ya la estrella de Lautaro había brillado demasiado y el dios de la guerra se cansó de verla fulgurar...

Aquel verano terminó trunfo, como si la paz verdaderamente hubiese calmado los espíritus. Gozoso de su éxito, Villagra inició su regreso a Santiago desde La Imperial (1556), admirado de la belleza del territorio.

Cruzó los ríos caudalosos de Araucanía, renegando de los achaques que a cada rato le recordaba su tropezona cabalgadura, pero su ánimo estaba alegre al ver consumada, por fin, la obra de Valdivia.

Su tranquilidad no duró demasiado. Cuando estaba junto al Maule recibió la increíble noticia de que Lautaro avanzaba nuevamente sobre Santiago y que, corriendo paralelamente a él, llevaba la delantera, con la intención evidente de cerrarle el paso a la capital.

El "Traro Veloz", aprovechando la presencia del grueso de las fuerzas españolas en el sur, se había organizado en la retaguardia de Villagra y con la celeridad de su nombre, había volado para ganar la delantera en un peligroso intento de caerle encima en cualquier momento.

Lautaro seguía siendo el hombre de confianza de los "ülmenes", lo que da a entender que el joven general tenía gran atractivo y poder de convicción, que lo agrandaba y elevaba a la categoría de caudillo.

Acompañaban al escurridizo "Traro", el ágil Chillicán que lo asistía en el mando y su dulce y decidida mujer Guacolda ("Maíz Rojo"). Sus fuerzas se fueron engrosando con tribus de Araucanía y, luego, con las fuerzas de algunos caciques "picunches" amigos, o temerosos de las represalias de su ejército por los hechos acaecidos durante la segunda campaña, tropas que Lautaro, desde luego, no se mostró decidido a aceptar, salvo escasísimas excepciones.

Esta vez su táctica era la ferocidad. Empleaba el escalofriante principio de la "tierra arrasada". Al paso de su loca carrera hacia el norte, no quedaba nada... Ni ranchos, ni ganados y morían cruelmente asesinados, hombres, mujeres y niños. Quiso imponerse por el terror para convencer a los "picunches" acerca de quién era el amo. Esta vez vengaría la afrentosa defección en Gualemo frente al enemigo.

Las tribus del norte del Maule comprendieron que Araucanía no era su amo, sino que su peor enemigo y huyeron buscando el apoyo castellano, estrechándose la cooperación para dar nacimiento a una unión hispano-criolla que consolidó vínculos que perduraron hasta la Independencia y durante la "Guerra a Muerte" después de 1818.

Obviamente, el "Traro" fue un excelente militar, pero un pésimo político y un desastre como psicólogo...

El camino del terror y la sangre terminó, una vez más, al norte del Mataquito, lugar preferido para su defensa. Consolidó sus posiciones al pie del Cerro Chilipirco, con una acequia a un costado y un carrizal al otro, lo que le daba suficiente protección.

Había ganado la carrera a Villagra y ahora esperaba sorprenderlo a su paso. Sagazmente había explotado el error del gobernador interino de dejar abandonada la capital en su retaguardia.

Lo que no se comprende es por qué si se sentía con fuerzas suficientes como para batir a Villagra, no se le ocurrió avanzar directamente sobre Santiago, prácticamente desguarnecido, dejándose caer de noche y sorpresivamente con su "Guardia Araucana". Si su idea era evitar que se juntasen las fuerzas que avanzaban desde el sur, con las que guarnecían Santiago, bien pudo eliminar la fuerza más pequeña fortaleciéndose con las vituallas y armamento que encontraría en la capital.

La conclusión parece ser que, históricamente, no era tan cierto que sus fuerzas fuesen suficientes para ninguna de las dos empresas y que confiaba en un golpe de suerte para consumir su proyecto.

Espiado por los "picunches" a quienes había ofendido, Villagra conocía sus pasos y comprendió su peligrosa táctica. Seguramente ha debido tener un momento de tranquilidad en su angustiosa duda cuando supo que Lautaro había paralizado su avance en el Mataquito.

La sorpresa pretendida por el "toqui" era ya sumamente improbable, menos aún cuando, según cuenta Ercilla, el viejo Gabriel Villagra asesoraba a don Francisco.

Godínez, de malos recuerdos para Lautaro, no se inmovilizó y recurriendo a todo el que era capaz de sostener una lanza, salió de Santiago hacia el sur, convencido que para él Lautaro no era un problema y que la tercera era la vencida. Sus movimientos, desde luego, también fueron conocidos por los equipos de observación araucanos.

Así, pues, tres ejércitos se buscaban para sorprenderse. Lautaro se movió por los márgenes del Mataquito y del Lontué y volvió a su refugio.

Godínez, a su vez, apareció en las cercanías de la fortaleza mapuche y desapareció llamado por Villagra, para concentrar ambas fuerzas cerca de Curicó. Ahora todo era cuestión de audacia. Un error podía perder la conquista.

Fue el momento en que Villagra decidió engañar a Lautaro; envió a Santiago su equipaje con sus sirvientes disfrazados de soldados...

Lautaro "picó el anzuelo", imaginando que Villagra rehusaba el combate...

El "Traro" había caído en la trampa y los errores se pagan caro... Relajó las medidas de seguridad en su campamento y, otra vez, descuidó la guardia...

Muerte de Lautaro. Casualmente, un "picunche" de esos que habían sido expoliados por los araucanos y que temía más a Lautaro que a los españoles, le proporcionó a Villagra referencias exactas sobre la ubicación de su ejército y, además, sobre las tropas cristianas que avanzaban desde Santiago, al parecer extraviadas, sin poderlo encontrar.

Villagra esperó a Godínez, señalándole su ubicación y guiados por el nortino, llegó muy cerca del campamento nativo casi al anochecer. Allí se ocultó con sus tropas y 400 "picunches" flecheros que lo acompañaban.

Al romper el alba, se inició el avance silencioso y, a una voz lanzó un ataque sincronizado que con un griterío espantoso sorprendió a los aborígenes durmiendo.

El 1º de abril de 1557 se inició una de las acciones más salvajes y homéricas de la conquista, conocido como el combate de Peteroa.

Los "picunches" del servicio cayeron como manga de langostas por el ala derecha de la fortificación enemiga. Por su parte, los españoles avanzaron de frente, en una operación envolvente, pasando sobre las empalizadas que fueron destrozadas por la caballería, saltando fosos, penetrando al interior de la fortaleza como un torrente incontenible, sin dar tiempo para reaccionar a los "conas" que dormían confiadamente, incluso Lautaro que lo hacía en brazos de Guacolda.

Resulta inexplicable que un soldado de la experiencia de Lautaro haya podido reincidir en el error de relajar la guardia, que en la anterior campaña le había significado la pérdida del 50% de sus fuerzas "picunches" y en su desesperada retirada la destrucción de su "Guardia" al lanzarse al río, por la imprevisión de descuidar su retaguardia.

"La Araucana" nos da una idea de lo acaecido:

Canto 14

25

*"Villagrán con silencio y paso presto
había el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto
hacer mucha labor es excusado:
llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
viendo que el cielo estaba aún estrellado
paró esperando el claro y nuevo día
que ya por el Oriente descubría".*

81 *"Así medio dormidos y despiertos
saltan los araucanos alterados,
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados;
por verse de corazas descubiertos
no dejan de mostrar pechos airados;
mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.
Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebató, quién un leño,
quién del fuego un tizón, y quién la espada;
quién aguija al bastón de ajeno dueño,
quién por salir más presto va sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden a puños, a bocados".*

121 *"Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,
que con extrema fuerza y prestas manos
gran número de tiros despidieron;
del toldo el hijo de Pillán salía,
y una flecha a buscarle que venía.
Por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!,
rompe la cruda punta, y tan derecho
que pasa al corazón más bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho;
de tal tiro quedó ufana la muerte,
viendo de un solo golpe tan gran hecho;
y usurpando la gloria al homicida
se atribuye a la muerte esta herida".*

La Historia nos recuerda la titánica pelea de un lombardo llamado Andrea, al servicio de España, que atrajo la atención de los muchos de los cuales dejaron de pelear para verlo combatir.

Canto 14

361 *"Llamábase éste Andrea, que en grandeza
y proporción de cuerpo era gigante,
de estirpe humilde, y su naturaleza
era arriba de Génova al Levante:
pues con aquella fuerza y ligereza
a los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte
que a todos los que alcanza da la muerte.
De un tiro a Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena...".*

Su lucha con Rengo, otro gigante y valiente cacique araucano, es digna de transcribirse.

Canto 15

- 45 *"De malla está cubierto el italiano,
el indio la persona desarmada;
y así como más suelto y más ligero,
en descargar el golpe fue el primero.
El membrudo italiano, como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto, y recogido
debajo del, el golpe reparaba;
por medio el fuerte escudo fue rompido,
y en modo la cabeza le cargaba,
que, batiendo los dientes, vio en el suelo
las estrellas mas mínimas del cielo".*

Rengo no murió en el duelo, pues más adelante lo veremos aparecer en otro combate. Al parecer fue dado por muerto, después que el italiano hizo "forza" y se desquitó a mandobles capaces de derribar un toro.

Lautaro, valiente hijo de la selva del Carampangue y del Tirúa, cayó herido de muerte por una certera flecha, según otros por una lanza luego de anunciar a grandes gritos su nombre para infundir pavor a sus enemigos y atraer sobre sí el ataque para aliviar a sus camaradas y permitirles su retirada. Desgraciadamente, sus órdenes de abandonar el fuerte no se pudieron cumplir, porque se luchaba con odio y ardor y estaban prácticamente cercados.

Lo acompañaba Guacolda, ex-criada en casa de Pedro de Villagra y se supone la conoció el cacique cuando servía a Valdivia. Guacolda, su fiel acompañante, huyó al ver caer a su marido. Según los historiadores Lautaro no escuchó sus presentimientos del peligro que lo amenazaba.

"Traro Veloz", "Leftraru" para los mapuches y "Felipe" para los españoles, que así lo bautizaron al tomarlo Valdivia a su servicio, vencedor de Tucapel (26 de diciembre de 1553), de Marihueñu (16 de febrero de 1554), el soldado que asaltó Penco (1556), el "toqui" que dos veces destruyó Concepción y tres veces inició la campaña contra Santiago, el mismo que se enfrentó con afamados capitanes como Valdivia, Francisco y Pedro de Villagra, había muerto escribiendo una de las páginas más brillantes de la Historia Militar de Chile. Fue un genio militar que, de no haber desaparecido prematuramente, bajo su dirección el pueblo mapuche arrasado por las pestes y las hambrunas habría, posiblemente, expulsado a los españoles de Chile.

Glorioso epílogo de una empresa imposible. "Traro Veloz" murió joven y cubierto de gloria... Como dijo Schopenhauer, "tener gloria y juventud a la vez, es demasiado para un mortal...".

Idealizado por Ercilla como la figura del héroe, se transformó en la Independencia en el símbolo del amor a la Patria que nació y del espíritu guerrero del pueblo chileno.

Los nativos reclutados por Lautaro de otras tribus huyeron cuando el combate aseguraba su derrota. Sin embargo, los 500 araucanos de la "Gran Guardia" de Araucanía combatieron hasta el último, siguiendo el ejército el ejemplo a su jefe: "La guardia muere, pero no se rinde...". Su coraje y desprecio por la vida, lanzándose suicidamente contra acerradas armas enemigas, causaron la admiración de sus adversarios.

Villagra, sorprendido, suspendió la lucha momentáneamente concediéndoles el perdón, pero el indomable grupo, que aún resistía en su alcázar, no lo aceptó prefiriendo la muerte a la rendición; así cayeron uno a uno, bajo las lanzas y espadas españolas y criollas; no se entregó ninguno, regando con su sangre generosa, lejos de su patria, el fértil suelo de sus vecinos del norte.

Este es el crisol en que se fundió nuestra raza, que fue capaz, siglos más tarde, de escribir páginas tan hermosas en nuestra Historia como Rancagua y La Concepción. Sic itur ad astra! ("Así se llegó a los astros", Virgilio).

Bien podrían nuestros investigadores históricos buscar el lugar aproximado de tan magnífico holocausto para colocar un monolito recordatorio al valor de la infantería araucana, madre de nuestra aguerrida e indomable infantería de estirpe tan guerrera.

Canto 1º (¡Honosres a la guardia!)

361

*"Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores
de fríos, mortales, hambres y calores.
No ha sabido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada".*

Esta debería ser la definición del "chileno" y deberían aprenderse la memoria, para recitarla con orgullo, los estudiantes de esta tierra...

Con Lautaro desaparecía el hombre genial que habría podido poner en jaque la conquista. Fue el primero, pero no el único, que fue capaz de concebir un plan para destruir el poder español en el centro mismo de su abastecimiento y dirección. Si no lo logró, fue debido a que la debilitada Araucanía no estaba ya en condiciones de levantar un ejército como aquél que combatió en Marihueñu. Cabe, eso sí, imaginar qué habría ocurrido si en vez de un esforzado grupo de araucanos hubiese avanzado sobre Santiago una masa de 20 mil hombres organizados y obedientes a la voz de mando del "toqui". Seguramente la Historia se habría escrito de otra manera.

En todo caso, desde el punto de vista español y en particular de Villagra, la afrenta de Marihueñu había sido vengada. Ya podía el gobernador interino ceñirse los laureles de la victoria asegurando la conquista, por lo menos del Biobío hacia el norte.

"Los golpes de la adversidad son amargos, pero nunca estériles" (Renán). La dura lección de Marihueñu fue la mejor escuela para la ulterior reacción de los castellanos.

Desaparecido Lautaro, es de suponer que los ojos se volvieron a Caupolicán, en el consejo de los caciques de Araucanía.

Conclusiones militares del comando de Lautaro. Mirando retrospectivamente las campañas de Lautaro podemos hacer un balance crítico de su actuación al mando de las fuerzas de Araucanía.

Posiblemente se observen vacíos en la continuidad de sus resoluciones, puesto que después de la derrota de Tucapel bien pudo marchar de inmediato sobre Concepción y no haberlo hecho luego de la derrota de Marihueñu, encontrando la ciudad abandonada.

Al derrotar a Villagra, no aprovechó la confusión y desconcierto para cortar la retirada al enemigo, interponiéndose entre Concepción y Santiago y lanzarse luego con las fuerzas victoriosas sobre la capital del Reino. Llegó tarde a Concepción para saciarse solamente con sus ruinas. Falló al desviar las fuerzas hacia el sur para atacar La Imperial, sin que la potencia de su ataque fuera capaz de amagar seriamente la posición.

Ya hemos analizado cómo, a nuestro modo de ver, las resoluciones no las adoptaba Lautaro con prescindencia del senado y cómo gran parte de su fracaso se debió a la falta de espíritu de cohesión que permitió que solamente algunas tribus se uniesen para efectuar una empresa que requería del apoyo de toda la nación mapuche.

Como conductor militar, sin conocimiento de la Historia Militar y sin preparación alguna para la ejecución de operaciones bélicas, demostró condiciones innatas para planificar ataques y desarrollar una táctica defensiva con brillantes contraataques, que no floreció en las mentes de otras naciones nativas de América.

El ejército de Araucanía aprendió a entrar en combate disciplinadamente, pero al final, sus fuerzas carecieron, sin embargo, de una más pronunciada disciplina, que difícilmente pudo haberse plasmado en la psiquis mapuche, acostumbrada a hacer la guerra en forma independiente, actuando los caciques por su cuenta, tanto para entrar al combate como para retirarse y en la elección de los objetivos. Esta circunstancia hace aparecer a Lautaro, frente a la Historia, como poco afortunado para dirigir grandes masas fuera de los "pucará", en campo abierto. Esto lo hizo, en definitiva, optar por trasladarse al norte con un grupo seleccionado de guerreros, para no ver reiterado el descalabro del avance sobre La Imperial.

Tal como los españoles, los araucanos tampoco tenían un ejército profesional y la tropa la formaban fuerzas irregulares.

Esto demuestra que "Traro Veloz" mantuvo siempre la iniciativa en sus enfrentamientos con los castellanos y, aún más, contó con una gran libertad de acción para adoptar sus resoluciones; no aceptó interferencias cuando estuvo en campaña, pero no contó con el poder político que era esencial para unir los "rehues" frente a la carencia de un Estado y a la indecisión de los "ülmenes" para facilitar sus mocetones para una lucha que no les interesaba al haber alejado ya a los españoles de su territorio.

Espíritu ofensivo. La idea fundamental de Lautaro era la de no perder la iniciativa y mantener siempre la ofensiva. Así lo hizo en Tucapel cuando los araucanos eran derrotados y se defendían de los posteriores golpes de los hispanos. Tomó el control y avanzó incontestablemente. Incluso en posiciones defensivas o "pucará" como en Marihueñu, abandonó las trincheras para sobrepasar al enemigo y su fallido avance sobre La Imperial fue una ofensiva frustrada a última hora.

Estas acciones las coordinó con el factor sorpresa: dejarse perseguir y volver sobre sus pasos para aplastar al perseguidor o mostrar débiles fuerzas para dejarse caer con todo el peso de su potencial bélico, empleando armas extrañas, etc., como lo hizo en Marihueñu y en sus ofensivas sobre la capital. Fueron factores de triunfo que no dieron mejores resultados porque sus disciplinadas tropas perdían todo concepto de la

obediencia cuando había que dedicarse al saqueo o celebrar los triunfos con ruidosas borracheras. Esto lo llevó a elegir pequeños grupos selectos en sus campañas finales.

"Traro Veloz" supo elegir siempre el terreno en el que iba a luchar, limitando el empleo exitoso de la caballería española, a la que logró sorprender mediante el uso de lazos, largas picas contenedoras y macanas.

En gran parte el factor sorpresa lo logró mediante el empleo de un magnífico servicio de informaciones, aprovechando el gran defecto de los españoles (en esa etapa de la guerra) de no mantener un servicio de reconocimiento y exploración que los hizo (como en Marihueñu) iniciar el ataque en un terreno inadecuado para el uso de la caballería y artillería, lo cual producía la natural desmoralización en sus filas.

En estas condiciones el solo hecho de aglutinar elementos humanos para la ejecución de una empresa militar, por intuición y no por tener conocimientos en haber sido capaz de aplicar todos los principios básicos de la conducción militar, en la realización de sus campañas, revela que "Traro Veloz" tenía condiciones innatas para el mando.

Selección del objetivo. Su principal objetivo fue la destrucción del enemigo y si no lo logró en definitiva, después de las campañas de Tucapel y Marihueñu, de su ofensiva sobre La Imperial y de sus tres invasiones hacia el norte, no se debió a fallas en su conducción sino a las limitaciones a que se vio expuesto, que le impidieron una mayor libertad de acción por falta de cohesión del pueblo mapuche y la carencia de un ejército permanente.

Desde el punto de vista estratégico, los directores de la guerra de Araucanía no supieron elegir los objetivos, como ocurrió al destruir la abandonada Concepción y cuando en vez de avanzar aceleradamente sobre la capital, desviaron sus fuerzas hacia La Imperial. Posiblemente el senado araucano estimó más peligroso para su seguridad la existencia de un foco militar en su propio territorio que la presencia española en territorio "picunche", lo que estaba, por lo demás, más de acuerdo con la idiosincrasia del mapuche, celoso por la integridad de su territorio (Biobío al Toltén), sin importarle el de sus vecinos.

Lautaro eligió con acertado ojo militar el objetivo final de Santiago, pero trató de realizarlo sin contar con los medios suficientes frente al desinterés araucano por la empresa, confiando en el apoyo "picunche", pese a que los conocía por haber convivido con ellos y no ignorar que tenían ya más afinidad con los castellanos que con sus seculares enemigos araucanos.

Reunión de los medios. "Traro Veloz" buscó siempre la reunión de los medios, concentrando en los puntos de ataque la mayor cantidad de tropas posible, negándose a atacar en su avance sobre Santiago por estimar que no había completado sus cuadros por la falta de cooperación "picunche". Sabía que física y materialmente el español era más fuerte que el aborígen, que lo sobrepasaba, además, en disciplina, por lo que evitó los ataques masivos, haciéndolos escalonadamente para agotar al enemigo; para ello concentró, también, invariablemente tropas frescas de relevo y, cuando no las tuvo disponibles, como en sus ofensivas sobre la capital, rehuyó el combate y se retiró.

LIBRO TERCERO

LA RECONQUISTA ESPAÑOLA. CAUPOLICAN ENFRENTA LA INVASION.

CAPITULO PRIMERO

EL REY DESIGNA NUEVO GOBERNADOR DEL REINO DE CHILE. GOBIERNO DE DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA (1557-1561).

Recordemos que Valdivia, creyendo consumada la pacificación de Chile, envió a España a Jerónimo de Alderete a obtener del Rey el justo premio y el reconocimiento por sus servicios, lo cual significaría sacarlo del anonimato y elevarlo a la categoría de los elegidos con beneficios de honores, tierras y dinero para sí y sus descendientes.

Don Jerónimo, que salió de Chile en octubre de 1552 y llegó a España en octubre de 1553, conoció allí la infausta noticia del desastre de Tucapel. Desde luego, era él la persona más ilustrada para informar al monarca sobre las cosas de Chile, por lo que fue llamado por la corona de inmediato para dar información y opinión sobre las medidas que deberían adoptarse.

Chile estaba en el rincón del mundo, pero la corona no lo olvidaba y rápidamente (aunque hoy nos parezca lento) buscó la solución al problema del mando.

Alderete, al conocer la triste noticia, se trasladó a Londres, donde estaba el príncipe que gobernaba España. Fue interrogado sobre los posibles sucesores de don Pedro y, después de una serie de diligencias propias de la corte, el nombramiento recayó en el propio D. Jerónimo, pese a que éste, aparentemente, no se interesó en el cargo y con honradez e hidalguía resaltó los atributos de otros hombres meritorios, como Villagra. Fue nombrado Gobernador de Chile en octubre de 1554, pero la princesa que subrogaba a Felipe II en España, sólo le otorgó los títulos en mayo de 1555.

Mientras tanto, el buen Villagra hacía milagros por mantener la conquista y derechos de la corona sin que nadie supiese de la existencia del denodado capitán.

Alderete salió en octubre de 1555 de San Lúcar y tuvo que regresar por el destrozo de su nave capitana, a raíz de temporales; volvió a zarpar, ahora en diciembre de 1555. Llegó a Nombre de Dios y embarcó en Panamá, pero al atravesar el istmo contrajo fiebre y murió el 5 de abril de 1556 en la isla de Taboga.

Por una de esas imponderables cosas del destino, la muerte de Alderete salvó la conquista. En efecto, si el Virrey no hubiese mandado a su hijo, como veremos, al mando de un ejército como jamás se había organizado en América, artillado hasta los dientes, Caupolicán habría dado fácil cuenta de los 200 escasos hombres que traía D. Jerónimo

después de haber hipotecado su patrimonio, cosa que no ocurrió al Virrey, que tenía a su disposición los fondos de la corona para armarle a su hijo una fuerza espectacular.

Claro que, todo esto, es una simple suposición, que parte de la base que Alderete hubiese cometido los mismos errores que D. García; pero, obviamente, Caupolicán tuvo la mala suerte de ser el "toqui" que tuvo que enfrentar al mejor ejército español de la época, lo que tampoco habría ocurrido, desde luego, si dándose las cosas como debieron darse, el rey hubiese reconocido los méritos de Villagra y lo hubiese hecho gobernador, como más tarde lo hizo, en cuyo caso no habría contado éste ni con los 200 soldados que traía Alderete.

En el intertanto, el Cabildo de Santiago había enviado procuradores al Perú a solicitar socorros y a saludar al Marqués de Cañete, recién nombrado Virrey.

El Virreinato del Perú fue el eje del gobierno español de América, más importante que el Virreinato de Nueva España o México. Según comenta Manuel Cisneros Sánchez ("Pancho Fierro y Lima del 800"), "no menos de 10 virreyes del territorio azteca fueron a desempeñar iguales funciones en el país de los incas, lo que significó un ascenso de categoría.

Los referidos procuradores, posiblemente influidos por intereses extraños y para congraciarse con el marqués para obtener favores, pidieron que recayese el nombramiento del reemplazante en don García Hurtado de Mendoza, su hijo. Así se hizo, pese a que no estaba permitido que los virreyes designasen a sus hijos para estos cargos, lo cual le trajo posteriormente, al marqués, molestas consecuencias. De todas maneras, se había encontrado un hombre que estaba por encima de las diferencias existentes entre Villagra y Aguirre, neutralizando sus apetencias que los estaban llevando a la guerra civil.

Hasta los 14 años, D. García había vivido en el castillo de sus padres y luego sirvió como paje de la princesa doña María; habiéndose fugado de la casa paterna, peleó contra los franceses, luego en Toscana y en el sitio de Siena; justamente fue el encargado de llevarle la noticia de la victoria al Emperador Carlos V, para lo cual atravesó Alemania, convulsionada por las guerras religiosas.

En resumen, el joven e impetuoso Gobernador había oído la pólvora más de una vez. Sabía lo que era la guerra y lo que eran soldados. De indios no sabía nada, menos de los mapuches.

Su contagioso espíritu de aventura lo llevó a seguir a su padre, junto a sus hermanos Diego y Felipe, cuando Carlos V lo designó Virrey del Perú.

Como es de suponer, la expedición contó con toda clase de recursos preparados por el propio padre y con una elite de connotados españoles, animados del deseo de atraerse las simpatías del Virrey. En todo caso, éste fue el primer ejército organizado que llegó a Chile.

En re los enrolados figuraban hombres como su hermano natural Felipe, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Francisco Irarrázabal y Juan Gallegos (doctor de la Universidad de París y profesor en la de Polonia). Como teniente general vino el oidor de la Audiencia de Lima Hernando de Santillán, de gran preparación intelectual. A este brillante séquito se le ha bautizado como el de los "emplumados", por sus brillantes atuendos y heráldicos penachos.

El caprichoso don García Hurtado, con nada menos que 40 caballos para su uso privado, salió del Perú bulliciosamente, enviando la caballería por tierra, al mando de Luis de Toledo y Pedro del Castillo (150 hombres) y el resto en 10 barcos, todo costado por el tesoro real.

Los barcos salieron de Callao en febrero de 1557, en medio de grandes demostraciones de júbilo y fiestas y el 5 de mayo llegaron a Arica; 4 días más tarde continuaron al sur y arribaron a Coquimbo el 23 de abril, donde permanecieron 2 meses; finalmente zarparon hacia Concepción en junio. Al parecer, hasta estos momentos, no había apuro por llegar al destino.

Presas de la escuadra de fuertes tormentas, se dispersaron los bajeles, llegando primero la capitana a la isla de Quiriquina el 28 de junio de 1557, en medio de una tormenta de viento y lluvia, donde los expedicionarios desembarcaron, ante gran preocupación y alboroto entre los aborígenes agrupados en el continente, que disimularon sus intenciones de atacarlos. Casas flotantes, hombres de acero y otros con 4 extremidades, ¡era super novedoso!

Era don García un apuesto y atolondrado joven de 21 años que, después de prestar servicios en Chile, ocupó un cargo diplomático en Italia y en 1588 fue designado Virrey del Perú, puesto que sirvió cerca de 6 años. Pese a ello, como la Iglesia no tenía nada que ver con títulos a su regreso a España lo tuvieron preso por una tentativa de matrimonio de un hijo suyo con una hijastra.

Su falta de tino y tiranuelo espíritu quedaron en evidencia apenas llegó a Chile. En Coquimbo, recibido por Francisco de Aguirre, se alojó en su casa, compartiendo su hospitalidad. Sorpresivamente al día siguiente lo hizo tomar preso por Juan Remón, al que, luego, envió especialmente a Santiago a jurar por él ante el Cabildo y apresar a Francisco de Villagra; posteriormente envió a Villagra y Aguirre al Perú detenidos, con lo que rechazó la experiencia de dos hombres valiosísimos, que le harían falta más adelante.

Al parecer, al joven no le agradaban los hombres que habían iniciado la conquista con Valdivia, personaje al que creía superar fácilmente con sus propios méritos y éxitos. El era noble, Valdivia, Villagra y Aguirre aventureros. El sería capaz de hacer del Reino un paraíso sujeto a su voluntad. La soberbia es el peor pecado del hombre. Parece que quiso olvidarlo, pese a ser cristiano.

Ambos conquistadores perdieron prácticamente dos años en Lima, para ser finalmente absueltos. Evidentemente, el mozo no quería la sombra de dos capitanes que aspiraban la gobernación. En definitiva, Villagra fue premiado y nombrado en 1558 gobernador de Chile por Felipe II. Aguirre se alzó varias veces y su lengua estuvo a punto de perderlo al ser condenado por herejías, hasta que viejo, pobre y achacoso, se radicó en La Serena, donde murió, sin perdonar que no se le hubiese nombrado sucesor de Valdivia al anular la Real Audiencia el testamento de don Pedro.

Esta torpe abusiva manera de resolver los problemas de gobierno de D. García, le trajo complicaciones en definitiva, pues, se tuvo muy en cuenta cuando, al caer su padre en desgracia ante Felipe II (también por soberbio y atropellador), fue removido del cargo en forma poco decorosa, arrastrándolo en su caída.

En una oportunidad condenó a muerte a Alonso de Ercilla, orden que, por fortuna, no se consumó y que casi nos deja sin el "cantor de Arauco", tal como lo hemos comentado.

Con motivo de la renuncia de Carlos V en favor de su hijo Felipe II, se programaron en la Imperial festividades en las que Ercilla, junto con Pedro Olmos, acompañaban a D. García. Juan Pineda, que no se miraba bien con D. Alonso, metió atropelladamente su caballo al medio, actitud insolente que no pareció bien al poeta, quien desenvainó su espada,

haciendo igual cosa Pineda. El fatuo D. García consideró el hecho una ofensa grave a su persona y de un mazazo bajó del caballo a Pineda; hizo apresar a ambos y ordenó su ejecución para el día siguiente.

Los desesperados amigos de los dos condenados recurrieron al último recurso que les quedaba. Una jovencita mapuche que tenía, al parecer, enredos amorosos con el joven gobernador, a instancias de alguna doncella mapuche amiga de D. Alonso, logró convencer a última hora al porfiado D. García, cuando ya todo se consideraba perdido. Así, lo que no pudieron las razones lo pudo el amor...

Como el hombre era de aquellos que "primero mataba y después interrogaba", Don Alonso se fue a España en la primera oportunidad, y Pineda se hizo monje y pasó la vida dando las gracias por el milagro de habersele salvado la vida por un pelo...

En otra oportunidad, en Concepción, agredió de hecho a su asesor jurídico, Alonso de Ortiz, por haber tomado preso a un soldado y paramos de contar para no llenar el libro con desaguisados del "emplumado".

Ercilla, en todo caso, no le perdonó y ridiculizó ante España su soberbia y arrebató.

Canto 36

257 *"turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta
que estuve en el tapete, ya entregado
el agudo cuchillo la garganta,
en enorme delito exagerado
la voz y la fama pública la canta,
que fue sólo poner mano a la espada,
nunca sin gran razón desenvainada".*

Cuando llegó la "hora de la verdad" del juicio de cuentas, al que estaban sometidos todos los gobernadores al término de su mandato, se le formularon al engreído ex-gobernador cerca de 200 cargos, de los cuales fue absuelto solamente de 17. Quien siembra vientos cosecha tempestades.

CAPITULO SEGUNDO

LOS INDIOS DEL SERVICIO. EL YANAICONAJE.

En todas sus conquistas los españoles fueron apoyados por indígenas, cooperación decisiva en sus empresas. En México la ciudad de Cempoala prefirió aliarse a los invasores y junto con Tlascala formó un frente contra los aztecas para redimir su pasado y enfrentarse a las actitudes abusivas y violentas de Moctezuma (1519).

Los auxiliares nativos actuaban como "yanaconas" ayudando al transporte, a la recolección de alimentos y en la lucha armada. Valdivia en sus cartas los denominaba "pecezucla".

En Chile, Almagro fue socorrido por los naturales de Copiapó y Coquimbo y no encontró resistencia en Aconcagua. Sin embargo, a Valdivia, por las depredaciones de los soldados de su antecesor, no se le prestó cooperación alguna hasta llegar al valle del Mapocho.

Por lo mismo, en sus primeros encuentros con los mapuches, a D. Pedro lo ayudaron sólo los yanaconas incas y posteriormente cooperaron con él los "picunches", capitaneados por Michimalongo, que anteriormente, como hemos visto, había sido su enemigo. Los nuevos aliados demostraron un franco espíritu de solidaridad con los hispanos, siendo fieles a sus nuevos amos. Prueba esta fidelidad una serie de acontecimientos históricos como, por ejemplo, la masacre de miles de auxiliares en Marihueñu a raíz de la derrota de los españoles. Incluso, se ha estimado que el leal Michimalongo murió peleando junto a Valdivia en las primeras tentativas castellanas de asentarse al otro lado del Biobío.

Podrían multiplicarse los ejemplos de esta unión hispano-mapuche, como lo demuestra el hecho de que Francisco de Villagra y todos los gobernadores, sin excepción, jamás dejaron hacerse acompañar por yanaconas.

La institución del "yanaconaje" reconoce su origen en el Imperio Inca, con la obligación del trabajo colectivo y pago de un tributo, o sea, el "ayllo".

Era menos comprometedora que la encomienda, con mucha semejanza a la esclavitud, por lo que la corona no se mostró dispuesta a aceptarla. Consumada la conquista del Perú, los yanaconas prefirieron quedarse en sus tierras con sus nuevos amos, que le brindaban protección, acostumbrándose a su forma de vivir más civilizada.

Recordemos que Valdivia se hizo acompañar en su expedición por 1.000 yanaconas y Almagro por más de 10.000 auxiliares, quienes trajeron sus familias a esta tierra donde, los que no regresaron, terminaron fundiéndose con los "picunches".

Su asistencia era capital. Cuando Valdivia ubicó el lavadero de Marga-Marga, destinó yanaconas para su explotación e incluso tomaba a las mujeres de la comarca en que se aposentaban sus fuerzas para la atención de las necesidades del servicio.

Fue ésta, una institución hereditaria, pues al contrario de lo que ocurría con las encomiendas que eran temporales, los yanaconas eran de sus amos, a los cuales, por lo general, demostraron fidelidad siguiéndolos con entusiasmo en sus campañas que les ofrecían la participación en el botín. Estando prohibido a los españoles tomar prisioneros para esclavizarlos, hubo períodos en que la labor se encargó a los auxiliares, que se los vendían a los hispanos a bajo precio, para revenderlos éstos a un valor muy superior en el mercado. Hubo, pues un interés común cultural y económico que los mantuvo unidos.

Estas mismas necesidades económicas y militares obligaron a los castellanos muchas veces a trasplantar aborígenes en forma masiva hacia el norte, llevándolos a los lavaderos de oro y a zonas donde escaseaba la mano de obra, como en La Serena. Esto ocasionó violentos reclamos de los encomenderos de la zona sur por el despojo de sus esclavos. Otras veces, el exilio significó el traslado de los araucanos al Perú.

Estos trasplantes acarrearón la natural "contaminación" psíquica de los yanaconas, pues los araucanos sembraban en sus mentes la idea de la revolución y en más de un alzamiento participaron los yanaconas al lado de sus enemigos del sur.

Valor militar de los auxiliares. Sabido es que Hernán Cortés logró imponerse a los aztecas gracias a sus alianzas con los enemigos de Motezuma y que Pizarro no habría consumado la conquista del Perú si no hubiese contado con el apoyo de los enemigos del Inca.

La ayuda del aborígen aliado fue provechosa en Chile para realizar la guerra con éxito, porque los mapuches del Choapa al Itata, bien dirigidos, eran iguales que sus enemigos en disciplina y destreza, aunque su valor militar era un poco más bajo, lo que se compensaba con el magnífico armamento español.

Estimamos, pues, que ha llegado la hora de reconocer la capacidad militar, el coraje y la estirpe guerrera de los picunches y de las tribus huilliches y demás mapuches aliados de los castellanos, puesto que resultaría muy difícil imaginarse los éxitos de pequeños grupos de soldados españoles sobre grandes masas nativas, sin su cooperación. La diferencia numérica sólo se compensaba con el armamento de hierro de los conquistadores y la invariable asistencia del aborígen con instrucción militar.

Las labores bélicas de estos auxiliares consistían en explorar el terreno en la vanguardia, contener las grandes masas enemigas, mientras los españoles controlaban a los atacantes, sobrepasándolos con el envío de los yanaconas a los puntos neurálgicos del combate, los que luchaban con fiereza, sedientos de venganza y de la perspectiva de hacerse de los despojos del enemigo, lo cual los hacía implacables en la persecución. Eran, además, excelentes espías y se introducían con facilidad en el campo araucano, siendo, por último, consumados exploradores y rastreadores de avanzada.

Habiendo comprobado que los yanaconas lucharon con valor extraordinario, que merece ser objeto de acabados estudios, concluimos que la guerra de la conquista no fue una empresa exclusiva de los españoles, sino que una lucha entre tribus mapuches enemigas, sabiamente dirigidas por los hispanos, que tuvieron la visión, inteligencia y habilidad de repetir las experiencias de Cortés en México y Pizarro en el Perú,

con las divisiones de las comunidades y la explotación de su odio ancestral y múltiples rencillas, para dominar a quienes se oponían a sus designios.

En la "guerra defensiva" del padre Valdivia, el Gobernador Ribera, para acatar la orden del Rey de abstenerse de provocar a los mapuches, solapadamente, lanzó las tribus leales contra los rebeldes y lo mismo hicieron otros gobernadores cuando escaseaban los fondos y recursos para hacer la guerra.

CAPITULO TERCERO

CAUPOLICAN PREPARA EL ALZAMIENTO.

Los caciques de la región se reunieron en el valle de Ongolmo ("Sabiendo a Gatas"). Dirigidos por Caupolicán, 16 "ülmenes" (principales) se mostraron vivamente preocupados por la llegada de las fuerzas españolas a la isla frente a Talcahuano ("Trueno del Cielo"), entre ellos Rengo ("Harina Cruda"), lesionado en el combate del Mataquito ("Es-trujar el Tuétano") y el viejo Peteguelén.

Un interesante informe sobre las costumbres de los araucanos de Gerónimo Pieta (1729) narra la forma en que se preparaban los alzamientos (C. Gay).

Había tres tipos de alzamientos. Los voluntarios, los hechos a ruego y los forzados. Existían varias categorías de caciques en cada "butalmapu" y uno era llamado "con", el encargado de llevar los avisos a cada una de las cuatro provincias del país (o "butalmapus"; una en la costa, otra en la cordillera y otras dos en medio de ambas). De estos caciques uno era el "toqui-Guilmen" ("el que ordena") y el otro "pelqui-Guilmen" (cacique que "corre la flecha").

Sobre todos éstos había un "toqui general" (Gen-toqui).

El alzamiento era "voluntario" cuando el toqui general disponía el alzamiento porque a él le parecía necesario. Llamaba a los "cones" de cada "butalmapu" para dar aviso a los caciques que debían reunirse una noche determinada, comparencia que no podía rehuirse.

Esa noche, en el sitio indicado, había un "chilihueque" (carnero negro), que al principio era una llama y con los años un cordero. De un garrotazo daban muerte al animal y le sacaban el corazón, aún palpitante, por entre las costillas, que pasaban rápidamente de boca en boca y por la lengua para ensangrentársela, como, asimismo, mojando las puntas de las lanzas. Una especie de compromiso ceremonial.

El "toqui" general pronunciaba a continuación un vibrante discurso, incitándolos a la guerra y venganza, debiendo decidir la asamblea en que luna y noche se adoptaría el acuerdo. Un hilo grueso ("prones") con tantas lunas como nudos tenía el hilo y tantas noches como nudos más delgado, les era entregado para recordar la primera reunión.

Luego venía la borrachera más espantosa y cada uno se iba gateando su intemperancia. Regresaba el día señalado, al mismo lugar con la cabeza más despejada como para aprobar la acción y señalar la fecha del ataque.

Se repetía nuevamente la ceremonia con "chilihueques" y discursos para acordar la fecha de la iniciación de las hostilidades y, como cada "butalmapu" tenía un color propio como distintivo, el "toqui" general contaba los nudos ("prones") que le entregaban para saber cuantos "conas" tenía cada agrupación, guiándose por el color de "pron" y, según el número, decidía levantar un campo o dos para la concentración de las fuerzas. Luego, repetía lo de los "prones" con las lunas y

noches, que señalaban aquélla en que quedaba dispuesta la fecha de la iniciación de la guerra.

El día de la concentración concurrían los caciques con sus "conas" armados y emprendían la campaña, a menos que... pasase un zorro por delante o graznase un avechucho nocturno u otro mal agüero por el estílo, que les hiciese desistir de la empresa, en cuyo evento regresaban a sus tribus. No se podía luchar con tan tremendo augurio de los "pillanes".

La guerra se hacía salvajemente, matando y robando y, por lo general, terminaba cuando el botín era tan grande que temían que otro se lo robase por no poderlo cuidar.

Los alzamientos "a ruego" los disponía cualquier "toqui" de un "bualmapu" y, como no podía citar por "cones", un entusiasta cacique "corría la flecha"; pero, por lo general, fracasaban por falta de acuerdo unánime para hacer la guerra.

Los alzamientos "forzados" eran aquéllos en que un grupo de nativos exigía a sus caciques tomar las armas porque, de no hacerlo, lo matarían. Unos los seguían contra su voluntad y otros porque odiaban a los españoles y a los "punas" (yanaconas) y esperaban hacerse del botín. Constituían verdaderas montoneras que, al final, se disgregaban por falta de fuerza.

El plan de ataque. Colo-Colo. Volvamos, ahora, a la junta citada por Caupolicán "toqui" general de Araucanía. Para ello abramos las páginas de "La Araucana".

Frente a la insistencia del brioso Tucapel ("Cuello de Tuca", la tuca es un cereal) y de Orompello, se alzó la serena voz de Colo-Colo para analizar la situación frente a la llegada de los barcos españoles.

Canto 16

- 489 *"Generosos caciques, si licencia
tenemos de decir lo que alcanzamos
los que por largos años y experiencia
los futuros sucesos rastreamos
vemos que nuestras fuerzas y potencia
en sólo destruirnos las gastamos,
y el tirano cuchillo apoderado
sobre nuestras gargantas levantado".*
- 599 *"Quizá por éste término, sacalla
podremos del isleño sitio fuerte,
y con fingida paz aseguralla
trayéndola por mañas a la muerte;
y sin rumor ni muestra de batalla
abramos la carrera de tal suerte,
que venga a tierra firme, confiada
en el seguro paso y franca entrada".*

Era una clara invitación a engañar a los castellanos haciéndoles creer que los aceptaban. Una preparación a una noche de "cuchillos largos" (como la "noche triste" de Cortés en México en 1520).

Recordemos que Alonso de Ercilla fue testigo presencial de los hechos, ya que formaba parte integrante de la comitiva de don García.

Petehuelén, el anciano cacique, haciéndose eco de las prevenciones de Colo-Colo, sostuvo que no era conveniente atacar la isla por carecer

de embarcaciones, siendo aceptada la idea de ofrecer amistad y degollar a los españoles cuando hubiesen desembarcado en el continente. Esta vez Petehuelén, después de lo ocurrido a Puchecalco, no se atrevió a oponerse a la guerra, más aún estando Tucapel presente en la junta.

Purén ("Los Brujos"), Lincoya ("Roble Blanco"), Talcahuano ("Trueno del Cielo"), Elicura ("Piedra Blanca") y Lemolemo, aprobaron con entusiasmo las sabias palabras de los ancianos caciques, imponiéndose la idea de actuar con astucia para sorprender a los odiados castellanos.

Se acordó enviar, al efecto, al cacique Millalongo ("Cabeza de Oro") a ofrecer paz y obediencia a don García y, de paso, espiarlo.

Los españoles agasajaron y regalaron a la comitiva en la isla, asegurándoles que esta vez no codiciaban minas de oro y que sólo tenían interés de ayudarlos espiritual y corporalmente.

El plan adoptado por los mapuches era claro. Se hacía necesario reagrupar fuerzas para batir separadamente a los españoles en Penco y a la caballería que, según sus informaciones, se acercaba desde Santiago al mando de Luis de Toledo. Por algo decimos hoy que el principal problema de las guerras es economizar vidas humanas (Von Papen).

Todos los "rehues" de la zona de Concepción deberían concentrarse en Andalién; los "rehues" de Arauco y sus alrededores, deberían hacerlo en Millarahue y los de la región de Tucapel permanecerían en ese sector como fuerzas de refuerzo, para amagar la retaguardia enemiga. De esta manera, el camino de los que se aproximaban desde Santiago sería cortado por una de las agrupaciones, mientras la otra impediría que las fuerzas disponibles en la isla desembarcaran y se acercasen a socorrerla. Obviamente, Caupolicán era también un hábil general.

La reacción española: Indudablemente, los rumores de las concentraciones no pasaron desapercibidos a los soldados más antiguos y, advertido don García, una noche, sin ser observado por los confiados enemigos, desembarcó con 130 hombres y antes de 24 horas, trabajando de capitán a paje, levantaron las empalizadas de un fuerte en Penco, cerca de la destruida Concepción, que denominaron San Luis. De esta manera peligraba, ahora, la posición mapuche que quedaba entre dos fuegos: el que se aproximaba desde Santiago y el de las fuerzas desembarcadas en el continente.

El fuerte, terminado definitivamente a fines de agosto de 1557, podía albergar cómodamente a los 250 hombres que se acuartelaban en él.

La amenaza que pesaba a sus espaldas y el desembarco castellano en el continente, apresuraron el ataque mapuche.

El error de don Andrés. Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, deseoso de acrecentar la fama de su hijo, cometió el error de aconsejarle antes de partir que tratase de deshacerse de sus antiguos compañeros de conquista de Valdivia, idea que se metió tan férreamente en la tozuda cabeza del hijo que hartó tardó en comprender el peligro que entrañaba.

En efecto, partió a Chile sin pasar por Santiago, desentendiéndose claramente de experimentados y esforzados soldados como Rodrigo de Quiroga y Juan Jufre, además de Villagra y Aguirre, que había encarcelado.

Programó así una campaña con gente sin experiencia y con tropas de mala calidad para realizar una empresa que poco o nada les iba a reportar a los pusilánimes soldados.

El error de Don García. Por su parte, el mozuelo Gobernador, que nada sabía de mapuches, cometió el error de no hacerse reforzar por nativos amigos, como siempre lo habían hecho los demás capitanes de Valdivia. Simplemente pasó como un bólide de La Serena a Concepción, sin embarcar un solo auxiliar. De guerra mapuche sabía harto poco y aprendería lentamente a costa del peligro de su propia vida. Para ser general hay que ganarse las presillas; las regaladas son peligrosas...

Desconocía, desde luego, la capacidad de apoyo del yanaconaje y la fidelidad de las tribus "picunches" amigas. En Europa jamás vio "indio" en los ejércitos, por lo que no concebía aún incorporarlos a sus fuerzas.

Este pequeño error se sumó al desincronizado avance de sus fuerzas de infantería, enviadas por mar, separadas de la caballería, de manera que cuando habían desembarcado en la Quiriquina ("Raza de zorro"), las fuerzas montadas estaban aún en Santiago. Tal como Valdivia y Villagra, Hurtado subestimó al enemigo, sin conocerlo.

Sin caballería y sin auxiliares, la infantería encerrada, de hecho, estaba "clavada" y peligrosamente expuesta a la acción de masas de infantes araucanos. Le entregó, así, el factor movilidad al enemigo, permitiéndole su concentración y elección del lugar del ataque.

Cuando se dio cuenta del peligro que realmente corría, mandó por mar a apurar precipitadamente los refuerzos a Santiago. El aviso llegó a la capital el 18 de agosto, en un período lluvioso y de grandes crecidas de los ríos que atrasaban el avance.

Narra don García, en la relación hecha en 1588 (Archivo de Sevilla), que Caupolicán y Cancopangue, "indios muy belicosos desosegados y crueles", le mandaban recados de que se diesen prisa de irlos a enfrentar porque "me querían comer a mí y a toda la gente que llevaba".

Más adelante, asegura que Caupolicán ("Hacha de Pedernal") le mandó a decir que "se lo comería tal como se había comido al otro gobernador..." La guerra psicológica no dejaba de preocupar al joven don García, pese a que "tuvieron por cosa de burla" las amenazas del enemigo.

Dicho sea de paso, esta amenaza del toqui es una demostración más de que él fue el comandante de las fuerzas araucanas en Tucapel, proclamándose vencedor de Valdivia. Obviamente, Caupolicán no fue un desconocido en dicho combate, como algunos pretenden.

En el fondo, lo que Caupolicán perseguía era provocar a García para sacarlo de sus posiciones fortificadas, convirtiendo la lucha en un combate de infantería en campo abierto, donde el número se impondría decisivamente. Si no lo logró fue porque los españoles, impresionados por el número de sus enemigos, no se atrevieron a abandonar sus posiciones. Prefirieron mantener a sus enemigos al frente paralizados, mientras llegaba la caballería. Sin embargo, "Hacha de Pedernal" captando el peligro, se decidió a tomar la iniciativa realizando los movimientos propios y previos al asalto.

CAPITULO CUARTO

CAUPOLICAN ATACA

Ataque al Fuerte de San Luis. No tardaron los españoles en recibir noticias que los araucanos preparaban el asalto a la fortaleza. La desaparición masiva de los indígenas en la costa, hacía aflorar aires de guerra.

Dejando los barcos a corta distancia de tierra y preparada su artillería, D. García desembarcó toda la infantería que aún permanecía a bordo.

Una mañana (25 de agosto de 1557), antes de despejar el día, cuando aún no se veía nada, un murmullo enardecedor y envolvente, que partía de todos los contornos, hizo correr a los españoles a tropezones a las armas. Los nativos empleaban una vez más la "guerra psicológica" antes que se inventase en Europa...

Sólo al levantarse la oscuridad de la naciente aurora, pudieron contemplar el Ejército araucano, de unos tres mil hombres, divididos en tres cuerpos, que se estacionaron sobre la altura de tres montes o colinas.

Sus tropas avanzaron directamente contra la parte más elevada de la empalizada, donde el paso del foso era más profundo, demostrando así, claro desprecio por la capacidad y armas de los españoles.

Deteniéndose disciplinadamente, a una sola voz, empezaron a dar fuertes golpes en el suelo, que hicieron temblar la tierra, para darse valor y ahuyentar el miedo, traspasándolo al enemigo. Luego, al toque de cuernos de guerra lanzaron el primer ataque, llevando grandes atados de fajina para tapar el foso; pasando por encima de él, asaltando el muro por tres partes simultáneamente, apoyándose en grupos que hacían escalas humanas, lograron penetrar al fuerte.

Los españoles respondieron con artillería de 6 cañones y fuego de mosquetes y de sólo 20 arcabuces. Por suerte para los castellanos, había unos 100 soldados veteranos de Valdivia entre las tropas, sin cuya experiencia la lucha habría terminado rápidamente con un nuevo Tucapel.

Los araucanos no conocían la ruidosa descarga de los cañones ni los estragos que podía ocasionar. Sin embargo, en vez de huir obedeciendo disciplinadamente a un mandato, se reagruparon y se dirigieron directamente sobre los cañones, sin importarles la muerte de un gran número de ellos, pues ingenuamente creyeron que las piezas habían "reventado" y no volverían a disparar.

Otros hicieron una pila con sus muertos y, trepando sobre los cadáveres, desde arriba atacaban sobre la empalizada cayendo destrozados en sus tentativas de pasar al otro lado. En esta acción cayó el veterano Peteguelén.

Un capitán araucano luchó abrazado con Martín del Elvira, que recibió 36 heridas, hasta que lo volteó de una pedrada; el mapuche tomó

su lanza y corrió orgullosamente con el trofeo fuera de la plaza. El español, volviendo en sí, casi se desmayó de nuevo por la afrentosa pérdida de su arma y corrió furioso tras él, sintiéndose ridiculizado frente a sus compañeros, hasta que logró recuperar su lanza, a costa de tantos nuevos golpes como aplausos mereció por su osadía.

Hermoso concepto del honor militar que los chilenos no hemos olvidado.

Canto 19

150

*"Pues a ésta sazón Martín de Elvira,
que así nuestro español era llamado,
de lejos la perdida lanza mira
que al muerto Gracolán le había ganado:
con loable vergüenza, ardiendo en ira,
de recobrar su honor deliberado,
por una angosta puerta que allí había
solo y sin lanza a combatir salía
con un osado joven, que delante
venía la tierra y cielo despreciando,
de proporción y miembros de gigante,
una asta de dos costas blandiendo,
que acá y allá con término galante
la gruesa y larga pica floreando
ora de un lado y de otro, ora derecho,
quiso tentar del enemigo el pecho".*

D. Felipe Hurtado, Francisco de Andía, Simón Pereira (lusitano), Ercilla mismo y Alonso de Pacheco, ponían a prueba su valor y resistencia, mientras en lo alto del baluarte expulsaban a los atacantes Vasco Suárez, Carrillo, Ambrosio de Cabrera, Arias Pardo, Riberos, Lasarte, Córdova y Pedro Olmos de Aguilera.

A horcajadas sobre la empalizada, los atacantes lanzaban al interior lluvias de flechas, piedras y dardos. De pronto, descubrieron la presencia de don García en medio de la tropa y dieron tales gritos de victoria al atacarlo, que los tripulantes de los barcos bajaron a socorrer a los del fuerte, creyéndolos derrotados. Dentro del bastión, mientras tanto, haciendo un último esfuerzo, Bustamante, Mejías, Diego Pérez y Saldaña rechazaban con dificultad y agotados, el asalto dirigido por Tucapel. Fenistón, a la cabeza de los araucanos, se lanzó encima de los recién desembarcados con furia y tenacidad, pero Julián de Valenzuela logró avanzar en formación cerrada, no sin recibir un golpe de maza en la rodela que lo derribó, pero pudo sacar a tiempo su cuchillo y dar muerte al valeroso Fenistón, justo cuando se le venía encima para rematarlo.

Este refuerzo, aunque pequeño, fue providencial, pues los sitiados y atacantes estaban totalmente agotados. Además permitió allegar hasta el fuerte, la pólvora necesaria para los arcabuces que, en su precipitación, D. García no la había hecho bajar para hacer funcionar 200 arcabuces, de tal manera que habían podido hacer uso de sólo 20 de ellos hasta que se les acabó la pólvora en lo más álgido del combate. Este error bien pudo resultar fatal al bando hispano, puesto que el empleo de estas armas en forma masiva fue decisiva para inclinar la acción a su favor, paralizando la fuerza del ataque araucano. La iniciativa de Valenzuela, pues, salvó la vida al imprudente Gobernador, cuyo corazón

estuvo a punto de ser examinado por el ojo bueno del tuerto Caupolicán Barros Arana insinúa que un padre llamado "Bonifacio" fue quien heroicamente llevó 2 botijas de pólvora desde las naves.

Uno a uno fueron cayendo lentamente bravos caciques como Guampicol, Surco, Longomilla y Lebopía...

Después de 4 horas de dura lucha empezó la lenta retirada, al obedecer los araucanos una señal de tambores que fue cumplida ordenadamente. No fueron perseguidos por el error u "olvido" de D. García de no haber hecho coincidir su desembarco en el de la llegada de su caballería. Fueron seguidos al abandonar el campo por los gritos de victoria de hombres esforzados, de ellos muchos "fijodalgos", como Juan Torres, Gárnica, Campo Frío, Martín de Guzmán, Hernando Pacho, Gutiérrez, Zúñiga, Berríos, Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca y Ovando, que recién envainaron sus espadas.

Después de la batalla. La lucha tuvo ribetes trágicos por ambos lados. Después del combate los mapuches y las mujeres de los caídos trataron de retirar los muertos y heridos para que el enemigo ignorase los resultados de la contienda.

Ercilla, que estuvo presente en la lid, cuenta cómo Tegualda ("Perro Pato") buscaba el cuerpo de su marido entre los caídos en el combate. Posiblemente encontró alguna araucanita en la piadosa tarea y su fértil imaginación idealizó el episodio.

Canto 20

290

*"Yo soy Tegualda, hija desdichada
del cacique Brancol desventurado,
de muchos por hermosa en vano amada,
libre un tiempo de amor y de cuidado;
pero muy presto la fortuna, airada,
de ver mi libertad y alegre estado,
turbó de tal manera mi alegría
que al fin muero del mal que no temía..."*

En una empresa tan devastadora, en que hubo por el lado mapuche coordinación en la preparación, ataque y retirada, tuvo que existir indudablemente una especie de incipiente estado mayor, que observaba la acción, haciendo apreciaciones que sirvieron al general para impartir instrucciones a los cuerpos atacantes por intermedio de ayudantes.

A la cabeza del ataque estuvo el joven e inteligente Gracolamo, adornado de hermosas plumas, muy arrogante, designado por Caupolicán como su general para ejecutar la acción (cayó luchando fieramente en el combate).

D. García prohibió a todos salir del fuerte, quedando encerrados como aves de corral, perdida la iniciativa, a la espera del próximo ataque, resignados a morir sin posibilidades de refuerzos. Es de imaginar cómo estarían los noveles soldados, nerviosos y preocupados, aislados y sin esperanzas, en un país extraño, al que habían venido convencidos de que iban a dar un paseo turístico corriéndoles, de paso, sablazos a algunos indígenas.

En éste, que fue su primer combate, Ercilla conoció el valor de los mapuches, quedando definitivamente impresionado de su coraje, valor y capacidad guerrera. ¡Qué de cosas no habría cantado si hubiese vivido

50 años después, en los tiempos en que sus "indios" cabalgaban al igual que los castellanos!

Hasta el propio D. García, olvidándose que descendía del Cid, como pretendía, tuvo que dedicarse a limpiar fosos y a reparar los daños como el más insignificante soldado. Hubo que retirar el relleno de fajina de los fosos, troncos y tablonos, colocados por los "conas" (guerreros) para despejar y reparar la empalizada, sin herramientas ni alimentos.

Se paraliza el ataque. Pasaron algunos días y ambos bandos se repusieron lentamente.

Los españoles sólo habían tenido dos muertos y 28 heridos y todos estaban "molidos" a macanazos y agotados en la tarea de reconstruir el fuerte. Simplemente, no daban más.

Los araucanos no se conformaban, por su parte, de haber sido rechazados por un número tan inferior de españoles, los cuales estaban al borde de la inanición, alimentándose con puñados de cebada por no haber tenido oportunidad de reabastecerse. Sólo podría salvarlos la llegada de la caballería, que se presumía se aproximaba velozmente por tierra.

Un buen día, se rompió la calma...

El centinela apostado en el fuerte observó la proximidad de grandes fuerzas enemigas y dio la alarma, "¡Arma, Arma!", gritaron los demás centinelas al ver avanzar por el valle de Andalién y Talcahuano, gruesas formaciones que se movían con gran disciplina hacia el fuerte de San Luis, marcando el paso firmemente y acompañándose de sus feroces gritos de guerra, que helaban la sangre.

En esos trágicos instantes, como en las mejores películas, desde lo alto del camino que conducía al Itata, se sintieron también unas clarinadas que inicialmente se pensó que eran más tropas enemigas que rodeaban la posición, pues no se distinguían por darles el sol en la espalda. Pero cuando la luz permitió observarlos con atención, se vio gran número de soldados de a caballo, animales a los que los "conas" temían más que a los hombres, con sus banderas desplegadas y relucientes armas. Eran los refuerzos que llegaban presurosos al combate.

Se detuvieron los araucanos extrañados de la presencia de tan inoportuno socorro, que se hacía presente acompañado de miles de auxiliares aliados de los españoles, que venían corriendo a cosechar los despojos mapuches. Toledo, a cargo de la fuerza, escuchó los consejos de los experimentados veteranos y buscó el apoyo "picunche", de los que Remón se hizo acompañar.

La caballería que llegaba, era la avanzada del leal Juan Remón; desprendiéndose del grueso de las fuerzas que avanzaban con Luis de Toledo, en tres días, con 120 hombres de a caballo, que habían corrido desesperadamente y sin parar día y noche desde el Maule, llegó justo cuando los mapuches se preparaban para un nuevo y definitivo asalto.

Cualquier jefe agradecido habría dado su bendición al esforzado subalterno que acudía a su socorro. Cualquiera, menos D. García, que se negó a recibir a Remón, el cual desde ese momento le juró su más sincera enemistad.

Toledo, que había salido desde Santiago el 18 de agosto, llegó al fuerte recién el 22 de septiembre. Si Remón no se hubiere adelantado, D. García habría dejado sus jóvenes huesos en Chile...

Muy pronto llegó de la Imperial, por el lado de Coihueco, gente de a caballo que acudía también al llamado hecho por el Gobernador y que

tuvo que abrirse paso, reiteradamente, entre las tribus rebeldes. El general juntó, así, una fuerza poderosa de 600 hombres, hasta la fecha jamás reunida en el Reino.

El mando de Araucanía había revelado una falta de capacidad para reorganizarse como, asimismo, una deficiente táctica para detener las fuerzas que avanzan por tierra para evitar la concentración enemiga. Esto emanaba, indudablemente, de la falta de concentración para el alzamiento, que estaba limitado, prácticamente, a los "rehues" del sector occidental de Nahuelbuta, sin comprometer a los "promaucaes" nortinos y a las tribus del Biobío al norte, comprendieron sólo las del poblado sector de la Isla del Laja. Cincuenta años más tarde, Pelantaro aprendería la lección, la que le costó a los españoles la pérdida de la Araucanía.

Por lo demás, es comprensible que así ocurriese porque aún no se había despertado el sentimiento de unidad y el concepto de la existencia de una nación mapuche.

CAPITULO QUINTO

ARAUCANIA AL ATAQUE

Caupolicán llamó, una vez más, a junta de caciques, desentendiéndose de quienes aconsejaban retirarse del campo.

Después de repasar el Biobío hacia el sur, redistribuyó las tropas entre sus capitanes, tomando en cuenta la experiencia del combate recién efectuado y éstos, a su vez, reagruparon sus cuadros. De esta manera, el ejército aumentó notablemente sus fuerzas.

Entre los caciques presentes, según Jerónimo de Quiroga, estaban Tucapel, que representaba una fuerza de 3.000 infantes; Angol, poseedor de 4.000 hombres; Millaraque, al mando de 5.000; Paicaví, con 3.000; Lemulemu, otros 6.000; Mareguano tenía 3.000; Elicura, 6.000; Colo-Colo, 6.000; Angelmó con 4.000; Purén se presentó con 6.000; Lincoya con otros 7.000; Andalién, Seltume y Peteguelén con 6.000 cada uno, y el propio Caupolicán tenía otros 6.000 de Pilmaiquén. De esta manera, Quiroga hacía ascender la fuerza total en casi 80 mil "conas", lo que debe considerarse como exagerado, ya que difícilmente podrían haberse concentrado tantos hombres para una sola acción.

Posiblemente tenía el "toqui" una fuerza considerable bajo su mando, pero carentes de armas efectivas y elementos de defensa personal, que se fueron incorporando paulatinamente, al mismo tiempo que fue disminuyendo el número de guerreros por efectos de la misma lucha y de las epidemias. Como no se había incorporado la caballería al ejército nativo, la guerra se hacía "a lo indio", mientras que los españoles la hacían a la europea.

"Era un vulgo bárbaro y feroz con más cólera y fuerza que éstos para resistir las balas y la caballería, espadas y lanzas" (Quiroga).

Era, en resumen, una mal armada fuerza con deseos incontenibles de luchar.

Empleaban palos con pedernales o huesos pulidos, mazas y lanzas sin hierro e, incluso, macanas que eran bastones de gruesas ramas de árboles.

Si bien los había que usaban armas españolas tomadas al enemigo, carecían de la destreza necesaria para sacarles provecho. Aún más, quienes portaban armas de caballería (lanzas o espadas) difícilmente podían usarlas como infantes.

Batalla de Lagunillas. Se movió el campo de Caupolicán por el otro lado de la cuesta de Andalién, dejando patrullas de observación de los movimientos de los españoles a su retaguardia, para evitar sorpresas.

D. García se movió a su vez (28 de octubre) desde Concepción en dirección a Tucapel por la ribera sur del río Biobío, con unos 4.500 hombres, de los cuales, las crónicas señalan 700 españoles (según otros 500) y el resto auxiliares amigos. El gobernador ya había tomado en

cuenta la importancia de hacerse acompañar por nativos. Entre sus capitanes figuraban Rodrigo de Quiroga (más tarde gobernador), cuyo mérito ya había aquilatado; el cruel Alonso de Reinoso y Juan Jufre, siendo maestro de campo Juan Remón, un magnífico soldado. Los acompañaba, además, el hermano de D. García, Felipe, quien estuvo poco más tarde al mando del fuerte Tucapel.

En apoyo de la operación, seguían al ejército por la costa varios barcos con vituallas, al mando del incomparable Juan Bautista Pastene.

Debemos resaltar nuevamente el coraje de los mapuches amigos, que se enfrentaban con iguales armas, a otros mapuches más numerosos en proporción de 10 a 1, a feroces tribus alzadas cuyo único afán era degollar a los castellanos atacándolos con palos y piedras. Claro está que las piedras eran armas contundentes al ser lanzadas con hondas que las disparaban como balas, rebotando en las corazas hispanas y haciendo estragos entre los auxiliares.

Cruzó D. García el río en balsas conducidas por los aborígenes aliados, diestrísimos en su manejo. La operación tardó seis días penetrando nuevamente el águila hispana en territorio de Araucanía.

Caupolicán, que seguía de cerca al enemigo, se deslizó por la ribera sur hacia el oeste buscando a los españoles por el lado de la costa. Como siempre, buscaba la sorpresa.

Tal vez con un poco de suerte y de calma "Hacha de Pedernal" pudo haber repetido la hazaña de Lautaro en Marihueñu. En efecto, avanzando D. García en demanda de Tucapel debía pasar, como más tarde lo hizo, la cuesta denominada ahora "de Villagra", por lo que si hubiese esperado a los españoles en los contrafuertes de Nahuelbuta, habría podido sorprenderlos nuevamente.

Pudo haber dejado trepar la cuesta a los castellanos y aprovechando el natural cansancio e inexperiencia de García, haberlo atacado en un paso estrecho en que se hacía difícil maniobrar a la caballería.

Los hechos, sin embargo, se precipitaron. Es muy posible que la intención de Caupolicán fuese otra.

Los hispanos mapuches acamparon en un llano sembrado de bosques, rodeado de lagunas (Lagunillas), cerca de la costa (a unos 16 km. del actual Coronel). El factor sorpresa aún actuaba en favor de "Hacha de Pedernal".

El terreno era apto para el cultivo de la frutilla y unos desprevenidos soldados las recogían descuidadamente. Por esos imponderables de la guerra, una avanzada araucana los sorprendió y cayó sobre ellos, matando a uno de los españoles, logrando el otro, huir dando voces de alarma.

La presencia araucana fue descubierta y el factor sorpresa quedó descartado.

Indudablemente, este ataque aislado constituyó un grave error araucano, puesto que es de suponer que Caupolicán, oculto en los bosques, planeaba un sorpresivo asalto nocturno para compensar la presencia de varios centenares de españoles armados hasta los dientes y más de 4 mil decididos auxiliares.

"¡Arma, arma! ¡Enfrena, enfrena!" gritaron los centinelas, convulsionándose el descuidado campo de D. García (los caballos permanecían ensillados pero sin freno).

Para cerciorarse de la veracidad de la noticia, el Gobernador envió al temido Reinoso con 20 hombres a explorar los alrededores. Reinoso

traía sangre en el ojo desde Marihueñu, donde casi dejó los huesos convertidos en flautas y salió decidido a vengarse, pero fue seguido en forma desapercibida por las patrullas araucanas, a través de la espesura de los bosques.

En un momento dado, cuando el "toqui" creyó que no podía retardar más el ataque, miró sombríamente a su alrededor inquiriendo: "¿Mei kultrum?" (¿Está listo el tambor?). "¡Mei ka!" (Está listo) fue la respuesta del tamborcillo.

A una señal rompió el silencio el ronco golpe del tambor araucano y, como recibiendo una sola orden, una masa combatiente se dejó caer como un enjambre de abejas sobre la patrulla española matando un hombre y obligando a los demás a huir desordenadamente. En su precipitación no se dieron cuenta que la retirada estaba cerrada, quedando rodeados por una masa vociferante que los amenazaba de muerte. Era el 8 de noviembre de 1557 y se iban a cumplir 4 años desde el desastre de Tucapel.

D. García que había hecho formar su ejército en batalla, envió a Remón con otros 30 hombres en apoyo de Reinoso, que imprudentemente se había metido en la boca del lobo avanzando más allá de lo prudente. Su misión era ayudarlo a retirarse.

Entre sus hombres iba un vivo andaluz llamado Hernán Pérez de Quezada que, al enfrentarse con la fuerza mapuche, hirviendo de ansias de pelear preguntó casi en grito: "Señor maestro de campo, ¿a qué hemos venido?", respondiéndole Remón, ¿a qué habríamos de venir si no a pelear?, ante lo cual el atolondrado Pérez, sin esperar orden alguna partió al galope gritando: "Pues, entonces, Santiago... y a ellos"!

Verlo y seguirlo de inmediato el resto de la tropa fue una sola cosa, arrollando la fuerza araucana, abrieron un boquete en sus compactas filas y llegaron en su embestida hasta el lugar en que los mapuches guardaban sus provisiones de guerra para alimentar su tropa; allí se estrellaron finalmente contra una muralla de picas araucanas que se les opusieron para frenarlos. El ataque fue una torpeza porque significó meterse en la boca del lobo.

Reaccionaron los araucanos atacando fieramente contra la caballería recién llegada y se desarrolló una lucha homérica en que Remón tuvo que ceder terreno, pero se encontró tal como Reinoso, con la retaguardia cerrada por la infantería enemiga. Había caído, también, en la trampa.

No era la primera vez que los españoles huían vergonzosamente. Huían frente a su propio ejército formado que los observaba horrorizado. Hombres de acero, extraordinarios, daban las espaldas. Españoles hechos para la guerra, que nada tenían que ver con la calidad de los que años más tarde empezaron a llegar a Chile, de una calidad guerrera mediocre.

Para romper el cerco y rescatar a Remón y Reinoso, el Capitán Juan Pérez se lanzó contra el impetuoso grupo de Lincoya, el cual avanzaba provisto de una lanza metálica tomada a algún soldado español en combate, con tan mala suerte que fue atravesado, cayendo muerto de su cabalgadura.

Furioso D. García, pretendió lanzarse al combate, animoso y valiente montado en su brioso caballo, abandonando sus tropas, siendo contenido a última hora de las bridas por los frailes que lo acompañaban. Se gritó una orden y partió una nueva columna al combate.

El valiente Osorio atacó a los soldados de Tucapel y fue muerto de un golpe de maza. Cáceres se defendió como un león, cercado por feroces guerreros y fue salvado por Reinoso con sus jinetes.

Por el lado castellano se notaba falta de experiencia. La gente moría pero no había progresos.

El joven general español demostró, por primera vez, su impotencia y turbación y vaciló en atacar, pensando que de hacerlo también podía caer en la trampa en que se batían los españoles encerrados. Sintió miedo. Miedo por su tremenda responsabilidad frente al destino de sus hombres.

Confundido, mascando su orgullo, llamó a Rodrigo de Quiroga, que ardía de impaciencia al ver cómo se exponían sus compañeros cercados sin lograr ser auxiliados y le preguntó su opinión acerca de cómo resolver la situación. El veterano soldado no se explicaba la inmovilidad del Gobernador y su experiencia le indicaba que la mejor defensa era el ataque.

La compañía de Quiroga estaba formada por antiguos veteranos de la guerra de Araucanía que veían aproximarse el desastre por la impotencia de los soldados enrolados en el Perú, desconocedores de la fiera combativa araucana. Para contener al enemigo Quiroga pidió autorización para atacar con 100 hombres, reforzados por 50 arcabuceros. Desde ese momento, el resultado de la batalla quedó entregado a su responsabilidad. Era lo que deseaba Quiroga, la dirección suprema de la batalla. Bien decía Napoleón que "no es buen soldado el que no aspira a ser general".

Debemos advertir que las fuerzas de ambos bandos se equiparaban numéricamente (alrededor de 5.000 hombres por lado), cosa que no fue frecuente en esta guerra; pero, los mapuches carecían de caballería y terribles armas de fuego, como los arcabuces. La lucha era, pues, desigual y, sin embargo, los más débiles la iban ganando. Obviamente la dirección del mando araucano era superior a la del castellano.

La reserva hispano-criolla quedó al mando de Felipe Hurtado de Mendoza, mientras Quiroga partía como un celaje, cayendo con tanto empeño sobre las líneas enemigas, que logró romper el cerco y unirse a los perseguidos.

Nuevamente la trampa fue cerrada detrás suyo, iniciándose el retroceso masivo en "vaivén". Con ataque y retroceso al mismo tiempo Quiroga fue llevando lentamente a los araucanos hacia el grueso de las fuerzas españolas, las que los esperaban en campo abierto y, esta vez, los mapuches picaron el anzuelo y lo siguieron hasta dar a boca de jarro con las fuerzas castellanas.

Fue la primera vez que los araucanos enfrentaron a un ejército que los esperaba perfectamente formado, como para una revista militar, con sus armas relucientes.

D. García envió en ese instante, de refuerzo, a otro antiguo capitán de Valdivia, Francisco Ulloa, con otros 100 soldados. Fue una compacta formación de hierro y fuego que cayó sobre el campo avanzado mapuche que cerraba el cerco, el que fue atacado ahora por dos frentes, abriéndose una peligrosa brecha en las líneas nativas.

Mientras los encerrados en el bolsillo, con Quiroga a la cabeza, se escurrieron, los guerreros de Araucanía se estrellaron contra una pared de acero, de varias filas de profundidad, que los recibió con un fuego infernal de arcabuces y cañones. La carnicería fue espantosa.

D. García lanzó ahora un contrataque masivo en que intervinieron los ansiosos auxiliares, que estaban desesperados por participar en la

lucha, con lo cual se paralizó la fuerza del ataque araucano mostrando síntomas de flaqueza.

Como los auxiliares conocían el sistema de lucha de sus hermanos de raza y su coraje era similar, resultaba obvio que "el indio se combatía con el indio", por lo que la lucha se hizo pareja, causando más estragos entre los mapuches auxiliares, desde luego, que carecían de armas modernas de combate.

Caupolicán comprendió que no sería factible inclinar ya la balanza a su favor y que la lucha se hacía imposible por falta de luz frente a un enemigo más fuertemente armado que sus "conas" y con armas más efectivas para un combate a ciegas y cuerpo a cuerpo.

Lanzando una mirada terrible, gritó a sus ayudantes "¿Pifellca kaid?" (¿están prontas las flautas?); "ka mele!" (están listas) fue la serena respuesta de los "conas" y, al acompasado llamado de sus estridentes notas, las tropas de Araucanía se fueron retirando, mientras otro tanto hacían los ya agotados tercios de España...

Para la mentalidad mapuche, retirarse equivalía a la derrota...

Cuando se vino la noche encima, después de duras horas de combate, los guerreros araucanos empezaron a retirarse hacia un pantano que los protegía de la infantería y de la actividad de la caballería que los diezmaba.

Las tropas de Rengo, contuvieron a los jinetes españoles en un débil intento de persecución, para asegurar la retirada por el bosque.

Dos yanaconas y un español de apellido Zúñiga se lanzaron sobre Rengo, al parecer repuesto de sus heridas después del desastre de Peteroa, reconociéndolo por su elevada estampa y su musculosa contextura.

El araucano se ensañó contra los aborrecidos yanaconas y de un golpe enterró en la ciénaga, mal herido, a Zúñiga.

Las trompetas araucanas tocaron nuevamente y, tal como habían llegado, se retiraron del campo los últimos combatientes. La disciplinada fuerza mapuche se perdió en la oscuridad del bosque.

Según Jerónimo de Quiroga, los araucanos dejaron cerca de 800 muertos y numerosos prisioneros, cálculo un poco exagerado, puesto que no pudieron participar en el combate más de 5.000 hombres, en un alzamiento localizado.

Los españoles pagaron también un elevado precio por su arrojo y valentía, junto con sus fieles yanaconas. El más grande ejército que había operado en América no había sido suficiente para imponerse a un grupo de tribus aborígenes. Un grupo, pues el alzamiento no había sido general, como ocurrió en 1598 con Pelantaro.

Los vencedores se ensañaron con los prisioneros. Con una crueldad inexplicable e innecesaria, que serviría de escuela a los araucanos, acrecentando su odio; a muchos les cortaron las manos y luego los liberaron, para escarmiento de los demás.

Análisis de la acción. Indudablemente, la primitiva idea de Caupolicán fue la sorpresa y seguramente habría sido decisiva la caída de una masa nativa, silenciosa y decidida, sobre las tropas descuidadas de los invasores mientras dormían y tenían su caballada desensillada. Un grupo de indisciplinados guerreros frustró la acción. Hizo falta Lautaro, con su gran personalidad, capaz de organizar los "conas" para evitar este tipo de errores que demostraron falta de coordinación en el mando.

Fue la "imprudencia" de Reinoso, enviado con 20 hombres a explorar el terreno, al aventurarse más allá de lo aconsejable, lo que salvó al ejército castellano de un gravísimo revés. La ambición guerrera de

los mapuches de masacrar a la pequeña patrulla reveló la presencia del grueso de sus fuerzas, exponiéndose a los adversos resultados de una lucha en campo abierto.

Por otra parte, si D. García no hubiese pedido refuerzos a Santiago y hubiese intentado el avance sólo con la infantería, seguramente la historia lo registraría como otro de los gobernadores muertos en la conquista. Tal vez, lo mismo habría ocurrido si Luis de Toledo, al salir de Santiago con la caballería, hubiese seguido el torpe consejo de D. Andrés Hurtado de Mendoza de desentenderse de hombres que participaron en la conquista con Valdivia, como Rodrigo de Quiroga, Alonso de Reinoso, Francisco de Ulloa y un centenar de aguerridos soldados fogueados desde el principio de la conquista. Por el contrario, tuvo el acertado buen criterio de llamarlos a las filas.

Esta fue una de las pocas veces, después de Marihueñu, en que los mapuches aceptaron luchar a campo abierto con los castellanos contraviniendo su propia experiencia. Finalmente, fue la serena actitud de Quiroga, veterano de la conquista, la que los atrajo al llano donde se encontraron a boca de jarro con el grueso de las fuerzas españolas. Los veremos, más adelante, peleando siempre atrincherados en "pucarás" o aprovechando las ventajas geográficas del terreno.

A 16 años de la lucha de Andalién, cuando combatían tomados de los brazos para cercar a los españoles, los araucanos habían aprendido rápidamente a hacer la guerra, lo que otras razas no aprendieron después de siglos. La mentalidad bélica mapuche demostraba una brillante evolución que no pasó desapercibida para los españoles, como lo demuestran "La Araucana" y las cartas de Hurtado de Mendoza.

Perdida ya la razón, se desconocieron las órdenes de D. García y la venganza no tuvo límites. A Galvarino, cacique principal, hecho prisionero, le cortaron la mano de un brazo y el noble "ülmen" colocó la otra para que también se la cortaran, cosa que los portadores de la civilización, enardecidos, también hicieron; luego, inmutable, ofreció la cabeza como holocausto a la sangre vertida por su pueblo, sin formular una protesta, sin mover un músculo ni proferir un alarido. Ercilla, que presencié la bárbara sanción, la consagró en sus versos como un claro reproche a tan inhumano y humillante castigo.

Canto 22

361

*"Donde sobre una rama destroncada
puso la diestra mano, yo presente,
la cual de un golpe con rigor cortada,
sacó luego la izquierda alegremente
que del tronco también saltó apartada,
sin torcer ceja ni arrugar la frente;
y con desdén y menosprecio de ello,
alargó la cabeza y tendió el cuello".*

El poeta es totalmente verídico si consideramos que horrorizado dejó especial constancia de haber presenciado tan horrorosa mutilación.

Obviamente, la crueldad se imponía a la justicia porque, como bien sentenció Cicerón: "Entre el ruido de las armas, las leyes no se pueden escuchar". Cientos de guerreros sufrieron la indigna cercenación de sus miembros.

Después de la batalla. Cuentan los cronistas, que los caciques deliberaron acerca de la conveniencia de dar la paz a los españoles; pero, cuando vieron la crueldad cometida con Galvarino, al presentarse éste ante la asamblea, tras escuchar las razones que expuso con ira y con elocuencia ante el senado, consideraron preferible morir en defensa de la tierra antes que darse por vencidos y se retiraron con sus familias y cosechas a las montañas para prepararse para la próxima ofensiva.

El Ejército español marchó después del combate hacia el sur, con la caballería al centro; llevaban a ambos lados columnas de protección de mapuches amigos, en la retaguardia las picas y arcabuceros y más atrás el bagaje con las mujeres e hijos de sus aliados.

Pasaron por Colcura y vieron los blanco huesos de los seguidores de Villagra muertos en Marihueñu; subieron las cuestas sin oposición, porque Lagunillas había agotado las fuerzas nativas, observaron las ruinas de la fortaleza araucana de Andalién y acamparon en el estero de Chivilinco, donde permanecieron tres semanas reponiéndose de las heridas y fatigas. Desde allí salieron patrullas en diversas direcciones, buscando "lenguas" para dar con el paradero de Caupolicán, que hacía más de tres años que dirigía las huestes enemigas con decisión y acierto. Sin embargo, era tan grande el respeto de los naturales por su general, que se negaron a dar información pese a los crueles tormentos a que los sometieron y que a muchos les costó la vida.

Se optó por enviar a los "lenguas" como embajadores, ofreciendo paz y auxilio de la religión al enemigo, pero ninguno regresó.

Levantando el campamento, los españoles llegaron frente a los restos del fuerte de Arauco que no reedificaron, por no desmembrar sus fuerzas, ya que una pequeña guarnición sería fácil presa de los naturales.

"Hacha de Pedernal" había perdido una batalla pero no la guerra.

CAPITULO SEXTO

EL DESAFIO DE CAUPOLICAN

En Arauco, los españoles recibieron provisiones llegadas por mar y continuaron el avance, para acampar al norte de Quiapo en Millara-pue, al sur-este de Concepción.

Apareció, un buen día, en el campamento, un nativo que pidió ver a Don García para darle noticias de Caupolicán (Hacha de Pedernal), hijo del cacique principal Leocán. Llevado el araucano a su presencia, dijo ser portador de mensaje de Caupolicán. El "toqui" le ofrecía batirse en caballeroso duelo, frente a frente, para honor y gloria de ambos, a la vista de sus ejércitos, ofreciéndole elegir el lugar, armas, el día y la hora que quisiera.

Esta quijotesca hidalguía, que no era de esperar encontrar entre los aborígenes como veremos más adelante, era usual entre los araucanos, que menospreciaban a sus enemigos.

En caso de ser vencido, Araucanía entera le obedecería y si la suerte le deparaba la victoria, vivirían ambas naciones amistosamente, poniéndole término a la guerra con el alejamiento español de las tierras al sur del Biobío.

Aceptó don García el desafío para el día siguiente, de a pie o de a caballo según eligiese Caupolicán, pero sin pensar en enfrentarse.

El indígena admiró a su enemigo por su fama y valor y los españoles lo volvieron a su campo cargado de regalos y vestidos.

Los españoles, sin embargo, comprendieron la estratagema de Caupolicán. Habían introducido un espía que le informaría de la posición enemiga, de sus fuerzas y fortificaciones. Así, pues, redoblaron la guardia, tronaron los cañones cada cierto tiempo y también las cajas y trompetas que espantaban el sueño a los soldados y advertían a los araucanos que no los sorprenderían desprevenidos.

En su relación de los hechos (Archivos de Sevilla), don García narra que la guerra ("psicológica") iniciada por Caupolicán tuvo caracteres para ellos grotescos: "Los indios están tan emperrados con este mal indio Caupolicán, que me envió a decir que aunque quedase con tres indios me había de matar, desafiándome como si fuera hombre de gran punto".

¡Desafiarlo a él, hijo de marqués y noble descendiente del Cid!

El sentido de la guerra "romántica" de la lucha cuerpo a cuerpo, hombre a hombre, se iría perdiendo en la historia; una homérica carga de Rancagua al estilo de O'Higgins; un abordaje a la *Esmeralda* a "cuchillo limpio" dirigido por Cochrane; el salto de Prat a la historia en la cubierta del *Huáscar*; Eleuterio Ramírez saltando sobre las trincheras enemigas espada en mano en la cuesta de Bisagra en Tarapacá; el asalto al morro de Arica; en fin, tantas demostraciones de virilidad y heroísmo parecen no ser ya necesarias, cuando basta apretar el botón de una computadora y se destroza una aeronave o se hunde un poderoso

barco de guerra que sólo se divisa como un punto insignificante en una pantalla de radar. Cuando pienso que en la Segunda Guerra Mundial le declaramos la guerra al Japón (al igual que todos los países americanos) y la ganamos... sin haber disparado ni un sol tiro ni haber visto la cara de un solo japonés, me dan escalofríos y siento pena por la guerra romántica.

Batalla de Millarapue. En el campo araucano, con la información recibida del espía, se dio la voz de prepararse cuando estaba oscuro aún. Silenciosamente se formaron los cuadros veteranos y se inició el sigiloso avance. Los movimientos nocturnos protegían de la caballería enemiga.

Una vez más Araucanía al ataque, sin perder la iniciativa... Era una demostración de que en el combate anterior no habían sido vencidos, como lo creían los castellanos... La moral combativa del Ejército araucano era magnífica.

Los españoles todos los días tocaban diana y escuchaban misa. Esa mañana el toque de diana fue más sonoro por celebrarse el día de San Andrés y ser el onomástico del Virrey, con lo que se ignoró descuidadamente a los mapuches. Fue respondido el bullicio español por el ruido ensordecedor del Ejército araucano, escondido en las proximidades del campamento enemigo, antes de que abriese la luz matinal; sonaron sus lúgubres cuernos de guerra y "tronando los montes" con un tremendo estruendo. Era el 30 de noviembre de 1557.

Curiosamente, las dianas españolas confundieron a los atacantes...

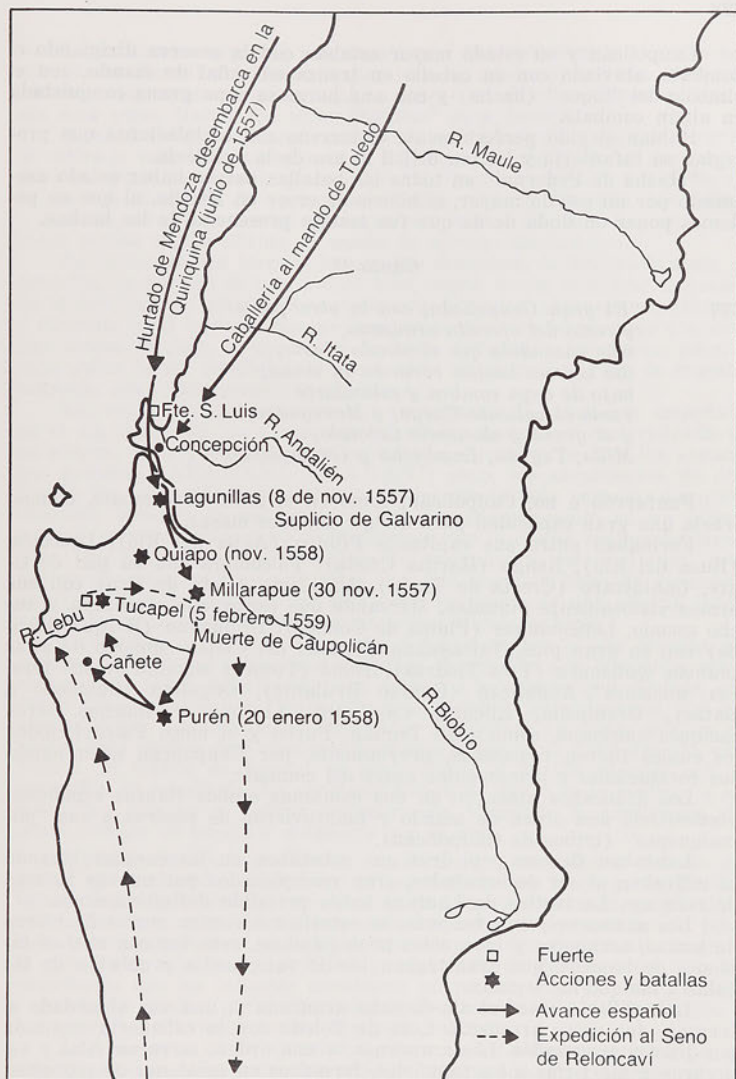
Los mapuches creyeron que se tocaba "alarma" por haber sido descubiertos y se prepararon para atacar. A su vez, los españoles recién completamente sorprendidos, corrieron a sus armas, pues pensaban que los nativos habían sido totalmente destrozados en Lagunillas. Error por ambos lados y los perdedores fueron los mapuches, pues Caupolicán, una vez más, por una casual precipitación, perdió el decisivo factor de la "sorpresa".

Al poco rato aparecieron dos enormes formaciones mapuches, que marchaban con orden y disciplina, quedando una tercera de reserva. En total un poco más de 8.000 "moluches", según las crónicas, al parecer reforzados por otras tribus llegadas al combate, que lanzaban sus estridentes gritos de "AVA-VAN", con que se daban valor, golpeando el suelo fieramente con sus pies. Algunos elevan el número a 15.000 y los hay que, tropicalmente, lo suben aún más. Hubo un momento en que ambos ejércitos quedaron peligrosamente a la vista, correctamente formados. El de Araucanía con su "toqui" frente a sus tropas que se paseaba airoso y fanfarrón montando el caballo blanco arrebatado a Pedro de Valdivia, adornado de vistosos plumajes que realzaban su imponente figura. Seguramente apenas podía sostenerse en la silla, pues aún no había llegado para Araucanía la época del caballo.

D. García avanzó una patrulla montada para explorar el terreno, la que se vio seriamente comprometida y se inició el ataque.

Mariño de Lobera, al describir la batalla dice: "Atacaron los escuadrones cerrados, tan bien organizada la piquería como si fueran soldados alemanes muy cursados y expertos". Las columnas nativas avanzaron resueltamente al encuentro del enemigo. La iniciativa aún les pertenecía.

Hurtado también dividió sus fuerzas en 3 agrupaciones: Toledo (2 compañías) sosteniendo el frente y una tercera compañía cubría la espalda de posibles ataques en la retaguardia.



LA GUERRA MAPUCHE DURANTE EL GOBIERNO DE GARCIA HURTADO DE MENDOZA

Caupolicán y su estado mayor estaban con la reserva dirigiendo el combate, ataviado con su cabello en trenza en señal de mando, con el símbolo del "toque" (hacha) y con una hermosa capa grana conquistada en algún combate.

Habían elegido perfectamente el terreno con ondulaciones que protegían su infantería y hacían difícil el uso de la artillería.

"Hacha de Pedernal" en todas las batallas parece haber estado asesorado por un estado mayor, si hemos de creer en Ercilla, al que no podemos poner en duda desde que fue testigo presencial de los hechos.

Canto 21

377 *"El gran Caupolicán, con la otra parte
y resto del ejército araucano,
más encendido que el airado Marte,
iba con un bastón corto en la mano;
bajo de cuya sombra y estandarte
venía el valiente Curgo, y Mareguano,
y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo."*

Fanfarrón o no, Caupolicán, como en el anterior combate, demostraría una gran capacidad para dirigir grandes masas.

Formaban entre sus capitanes Pillilco (Agua del Río), Leucotón (Ruca del Río), Rengo (Harina Cruda), Tulcomora con su piel de tigre, Caniutraro (Cresta de Traro), Millalemo (Veta de Oro) con sus armas vistosamente pintadas, Mereande que usaba una cimitarra y ancho escudo, Lepemanque (Pluma de Cóndor), Lemulemu (Bosque Grande) con su gran pica, Talcaguano (Trueno del Cielo) cubierto de altas plumas, Quilacura (Tres Piedras), Tomé (Totora) seguido de sus feroces "puelches", Andalicán (Cuarzo Brillante), Ongolmo (Subiendo a Gatas), Orompello, Elicura, Cayocupil, Lincoya y muchos otros caciques valerosos, como eran Teguán, Purén y el mozo Paicaví, todos los cuales fueron revistados, previamente, por Caupolicán examinando sus formaciones y armamentos antes del combate.

Los araucanos atacaron en dos columnas ambos flancos españoles, obedeciendo una orden de mando y mantuvieron de reserva a sus "pilmaiquenes" (tribus de Caupolicán).

Lanzaban flechas y piedras que rebotaban en las corazas; cuando se retiraban al ser desbaratados, eran reemplazados por nuevas fuerzas de refresco. La táctica de Lautaro había prendido definitivamente.

Los araucanos, una vez más, se estrellaron contra muros de hierro de lanzas, arcabuces y mosquetes protegiéndose, esta vez con anchos tablones de troncos, que arrastraban los de vanguardia y cubrían de las balas a las que los seguían.

La artillería atacó el ala derecha araucana y, una vez ablandado el terreno, dos veces arremetió Luis de Toledo con la caballería montada por jinetes acorazados. Los araucanos, a una orden, cerraron filas y esperaron a pie firme a los españoles, formados en escalones de piqueros; las picas frenaban a los caballos, que luego eran volteados con golpes de macana y laceados los jinetes. Después de dos embestidas infructuosas, flaqueó el ala izquierda de Toledo y don García tuvo que correr a auxiliarlo.

Curgo, Mareguano, Colocolo, Milla, Teguán, Lambecho y Cuampicolo formaban el estado mayor y observaban el ataque junto al "toqui".

La izquierda mapuche, mientras tanto, fue embestida a sablazos por el valeroso Bernal del Mercado que, pese al desigual combate, tuvo que ser socorrido apresuradamente al no lograr su objetivo. Parar a Bernal era cosa seria. Había que tener "agallas" para hacerlo.

Avanzó Caupolicán con su reserva, que mantenía lista para cortar la retirada española, a reforzar el ala derecha, detenida en su avance y se le opuso de inmediato el propio D. García, también con parte de su reserva al mando de su hermano Felipe. García Hurtado, con coraje y decisión, se corría ora al ala izquierda, ora al ala derecha, estaba en todas partes, dando aliento en medio de atroces maldiciones.

La lucha era sin tregua; los grupos chocaban, se desmembraban, se rehacían, se movían de uno a otro lado, según donde estuviese flaqueando la defensa o el ataque. Se notaba una dirección araucana equilibrada y eficiente en el terreno, aunque incapaz de diezmar al enemigo con simples armas de palo, lo que hacía la lucha desigual y temeraria, pues, a cada golpe de un español caía destrozado un mapuche. Pero la muralla mapuche era infranqueable y mortífera.

Los españoles hicieron volver a retaguardia la caballería empeñada en el ala izquierda, ya demasiado expuesta, agotada y casi rodeada en su avance, para protegerla con infantería, momento en que los araucanos gritaban ¡AVA-VAN! ¡AVA-VAN!; pero, los arcabuceros de don García los contuvieron nuevamente en su precipitada carrera, desorientándolos. Rehecha la caballería, cargó desesperadamente en un último intento, sorprendiendo a los de Araucanía que la creían realmente derrotada; los mapuches que formaban la vanguardia, retrocedieron, pero fueron de inmediato reemplazados por una segunda línea de guerreros que rechazó nuevamente a los españoles, en medio de una alegría infernal de los aborígenes, expresada en gritos estremecedores.

Contenida la ofensiva mapuche dirigida contra el ala derecha española, el Gobernador hizo una peligrosa conversión a la izquierda, aprovechando la pausa del ataque, para apoyar a la caballería de Toledo, con fuego de arcabuces que finalmente doblegaron a los araucanos, los que retrocedieron. La caballería, reforzada, los rebasó cruzando por su espalda. Esta táctica dejó momentáneamente expuesta la débil derecha castellana, al mando de Remón, el cual solicitó a Ercilla atacase con su compañía de caballería. La oportuna acción de don Alonso contuvo a los mapuches, que ya se habían reorganizado, llamando la admiración del poeta-soldado su coraje y desprecio por la vida.

Mientras tanto, la artillería y resto de los arcabuceros del ala derecha, aprovechando el desahogo proporcionado por la carga de Ercilla, habían logrado subirse a una estratégica loma y con su fuego paralizaron la fuerte presión del ala izquierda mapuche, que pronto se vio rebasada y amenazada por su espalda, atacada por dos fuegos. Obviamente, la caballería daba una movilidad y capacidad de desplazamiento a los castellanos que los infantes araucanos no podían contrarrestar. Prácticamente los tenían por todos lados. ¿Qué habría sido de D. García si los mapuches hubiesen tenido también jinetes?

Los bárbaros no se atrevían a atacar a los cañones convencidos de que disparaban solos y que los estaban observando. Fue el error que les significó la derrota, pues recibían sus golpes sin contrarrestarlos.

Ubicados en la altura, los arcabuceros y artillería tuvieron mayor campo de acción y destrozaron las agrupaciones enemigas a distancia.

Impotentes para combatir instrumentos tan dañinos y estruendosos los araucanos empezaron a retirarse lentamente, perseguidos esta vez por la caballería que cargaba despiadadamente contra sus diezmadadas filas.

1.200 entre muertos y heridos y 600 prisioneros, fueron bajas excesivas para Araucanía.

De estos últimos, los hispanos eligieron los 30 mejor vestidos, reputándolos por principales y fueron colgados de altos robles; pero como no había verdugos, a cada uno se le dio una cuerda para que se ahorcase por sí mismo. El cacique Libatureo solicitó el privilegio de colgarse en el árbol más elevado para que sus camaradas lo vieran de todas partes y diesen fe de que había muerto en defensa de su patria...

Sólo un mozalbete pidió clemencia, pero un severo guerrero que se encontraba entre los que no iban a ser colgados, lo insultó y reprendió con energía. Los españoles indignados, lo sacaron del grupo para colgarlo y cuando le alzaron la manta para hacerlo, vieron que le faltaban ambas manos, era Galvarino.

El mozo, avergonzado, se dejó caer de inmediato ahorcándose y lo mismo sucedió a Galvarino, que tuvo que ser alzado por sus enemigos para quedar suspendido. Esta es la sangre que corre por nuestras venas.

Los propios historiadores de la época censuraron la pérfida resolución de dar muerte a los prisioneros. Era el fruto de la lucha ancestral contra los herejes en Europa trasplantada a América. Debemos tomarlo como una enfermedad mental producto de una desesperada lucha por sobrevivir.

Algunos historiadores, entre ellos Encina, han sostenido que Cautipolicán se habría limitado a mandar la reserva o sea la agrupación central mapuche. No creemos acertada esta conclusión pues, una batalla tan tenazmente comprometida, con un movimiento de flancos muy acentuado y empleo de la reserva en forma oportuna y disciplinada y en que participaron todos, no podría haberse realizado sin una dirección superior única. Por lo demás, no hay ningún antecedente histórico para pensar siquiera que hubiese otro "toqui" al mando de las fuerzas que no fuese "Hacha de Pedernal", como para que éste "tomase palco" mientras los demás se mataban. Era tradicional que el "toqui" mandase sus tropas y jamás se supo de alguno que no lo hiciese.

Una batalla tan cruenta y prolongada, efectuada con un claro tecnicismo militar, despliegues y ataques oportunos, insinúa la presencia de una cabeza directriz.

Crítica de las campañas de San Luis a Millarapue.— Los historiadores hablan, generalmente, de las derrotas de los mapuches en sus acciones bélicas contra García Hurtado, empapados, posiblemente, del ardor de los panegiristas que personalmente contrató a fin de ensalzar su figura, como Pedro de Oña con su "Arauco Domado" (magra tentativa de opacar "La Araucana"), que poco a nada dejó de su actuación en la guerra o del jesuita Escobar que corrigió las crónicas de Mariño de Lobera ("la adulación es el mal perpetuo de los poderosos". Quinto Curso).

Históricamente la realidad fue otra.

En el fondo, el gran derrotado fue don García, puesto que su pretendida tentativa de pacificar Araucanía, fracasó.

El ataque al fuerte San Luis no fue una derrota mapuche. Su ejército, pese a las grandes bajas experimentadas, propias de la aplastante diferencia de las armas empleadas, logró "clavar" a los castellanos en la fortaleza, encerrándolos, como término de una primera etapa. Sólo la llegada oportuna de la caballería hispana pudo evitar el asalto, que

habría consumado el perfecto plan táctico de Caupolicán. Las condiciones de mando de don García dejaban mucho que desear hasta ese momento.

En Lagunillas, pese a desarrollarse la batalla en condiciones adversas, en campo abierto, en que la infantería araucana peleó contra la caballería española y contra sus armas de fuego y artillería, no se decidió la lucha en favor de ninguno de los bandos. Por el contrario, fueron los españoles, esta vez, quienes no pudieron consolidar las ventajas, pese a su poderío bélico, porque el terreno elegido por los indígenas les resguardaba perfectamente la espalda permitiendo el retiro del grueso de las fuerzas. Esta vez fue Quiroga y no Hurtado quien pudo evaluar la situación y contrarrestar al enemigo. En ambas acciones el genio militar de Caupolicán superó el comando hispano.

Se entiende que quien obtiene la victoria es el que consigne el objetivo perseguido, cual es aniquilar al enemigo. Sin embargo, cuando éste se retira con su poder de combate intacto, su moral y recursos para proseguir la lucha, es evidente que no se ha logrado el triunfo.

Millarapue fue una derrota mapuche. Pese a exhibir su comando el mejor plan de batalla, Caupolicán no pudo evitar los estragos del aplastante armamento enemigo. La idea de atacar en profundidad antes de ser atacados, empleando el ataque como la mejor arma defensiva, logró neutralizar los contraataques de la caballería española en el ala izquierda castellana, con un erizado frente de piqueros escalonados que avanzaban como muralla y hacía posible la acción de los lanzadores de macanas y lazos, para aturdir los caballos y atrapar a los jinetes.

Lo mismo ocurrió en el ala derecha española, que no fue capaz de contener el empuje araucano. Aún más, las fuerzas estaban equiparadas, pues formaban junto a los españoles unos 4 mil auxiliares contra alrededor de 6 mil mapuches, pero la falta de capacidad de desplazamiento, permitió que la caballería los rebasase y les cortase la espalda; así se restó fuerza a la ofensiva, amenazada por la espalda, con lo que faltó el empuje para aproximarse a la artillería y armas de fuego que los batían a distancia.

Fue una hermosa batalla, bien programada y mejor dirigida en la que el entusiasmo no pudo superar con lanzas y palos los adelantos de las modernas armas de hierro y fuego.

Las pérdidas mapuches excedieron lo permisible con un 10% de muertos y es de presumir otro tanto de heridos. Sin embargo, la victoria castellana no fue completa por falta de la persecución final intensiva de los dispersos por agotamiento de la caballada, ya que se luchó sin descanso desde el amanecer hasta las dos de la tarde, aproximadamente. Esto desmiente a quienes pretenden que los araucanos no eran capaces de luchar durante largo tiempo.

Con todo, los mapuches habían perdido una batalla, pero no la guerra.

Después de este análisis crítico de la situación, cabe preguntarse: ¿Qué habría ocurrido si Jerónimo de Alderete no hubiese muerto antes de asumir la gobernación? ¿Habría sido capaz de detener a este brillante ejército aborígen con la tercera parte de las fuerzas con que pródigamente don Andrés despachó a Chile a su hijo?

Dejo el tema para la discusión de sobremesa esperando no dividir la familia...

CAPITULO SEPTIMO

EL FUERTE TUCAPEL. DESPUES DE LA DERROTA.

Don García Hurtado estimó conveniente reconstruir Tucapel (fines 1557) y así lo hizo en sólo 3 días, junto al río Togol-Togol. Como ingeniero era fenómeno. Recordemos que el fuerte San Luis lo construyó en 24 horas.

La fortaleza cubría sus espaldas artilladas con una profunda quebrada por la cual corre el río.

Decidió también fundar la ciudad de Cañete, al sur de Tucapel, cerca del río Cayucupil ("Seis Cunas") en enero de 1558, en homenaje a su padre, Marqués de Cañete. Además prosiguió la persecución de los enemigos rebeldes para someterlos, sin rehabilitar las minas de oro destruidas por los alzados.

El prestigio y buena estrella de Caupolicán empezaron a declinar al perder la confianza de sus subalternos frente a tantos fracasos militares. Sus fuerzas, en gran parte, se diseminaron frente al avance español por sentirse incapaces de contrarrestar su aplastante poderío y carecer de refuerzos para reponer sus enormes pérdidas.

Los prisioneros fueron declarados esclavos y se determinó que todos los "indios de lanza", vale decir de guerra, que se apresaron en los combates, pasarían al servicio real en la construcción quedando para quienes los apresaban sus mujeres e hijos, para emplearlos en beneficio propio o venderlos. Bárbaro tributo de guerra que los aborígenes aprendieron rápidamente, esclavizando a su servicio aquellos españoles cautivos.

Por el lado español, tampoco las cosas andaban tan bien como para sentirse felices. García Hurtado tenía compromisos con sus soldados venidos del Perú y procedió a efectuar una redistribución de las encomiendas. Obviamente los conquistadores afectados reclamaron fuertemente ante la medida.

Quebrada de Purén. Asalto de Cayucupil.— Miguel de Velasco con 20 hombres salió de Tucapel a La Imperial a traer semillas, granos y animales, que ya no existían en la región por haber arrasado los mapuches sus siembras y plantaciones, al huir en masa después de Millarapue. Regresó por el valle central, para ahorrarse los peligros del viaje por la costa. Pasó la serranía de Nahuelbuta para caer en Cañete, por donde nace el riachuelo Cayucupil. Los "conas" lo seguían ocultos en los bosques para dejársele caer en el mejor momento. Se iluminó don García, estando ya más experimentado en materia de araucanos y tuvo sospecha de que algo se tramaba a raíz de recibir a algunos caciques que venían a ofrecerle ahora la paz innecesaria. Ordenó al vehemente Reinoso salir al encuentro de Velasco con 100 hombres, a los que los mapuches dejaron pasar para luego cerrarles la retirada. Así el 20 de enero, quedaron metidos en la quebrada de Purén, un lugar de larga y angosta cuesta, con cerros cubiertos de bosques y quebradas profundas

al otro lado y un riachuelo que corre por el bajo. Era una verdadera "lata de sardinas".

Por el lado de los cerros que formaban la quebrada, se descolgaron sorpresivamente las huestes araucanas, lanzando sus horribles gritos de guerra.

El estruendoso chivateo espantó a las bestias que se dispersaron por el monte de las laderas del desfiladero Cayucupil, al mismo tiempo que la estrechez del camino, por el que difícilmente podían circular dos hombres de a caballo, hacía imposible el despliegue y concentración de la caballería que marchaba revuelta con los infantes (auxiliares). ¡Lape! ¡Lape! ¡muera! ¡muera!

El desorden fue espantoso y las órdenes se gritaban sin que nadie las obedeciera.

Era un callejón sin salida que, sin embargo, los araucanos no supieron aprovechar, porque se dedicaron de inmediato al pillaje del tentador bagaje disperso y de los caballos. Esto permitió al dinámico Reino apresurar el paso desde la quebrada para ganar altura y repeler a los atacantes, haciéndoles fuego de arcabuces. Faltó la disciplina y la organización araucana, huérfanos de una dirección más efectiva. Así los españoles lograron llegar al fuerte.

Cuenta al respecto García en su relación (1558): "Envié 100 hombres (refuerzos) por recelarme de la mala digestión con que andaban estos indios, a que socorriesen a los 20 hombres que venían con los puercos (1.500 cabezas), dejando pasar los 100 soldados de socorro... y tomáronles en una quebrada muy áspera y montuosa. Pelearon a pie cuatro horas largas sin poder vencer ni desbaratar a los indios hasta que, a la postre, los arcabuceros los vencieron".

Repoblación de Concepción.— Encargó el Gobernador a Jerónimo de Villegas repoblar Concepción (por tercera vez).

Villegas, con 150 hombres, se dirigió en 1558 a cumplir la orden y sabiendo que los araucanos lo seguían y esperaban emboscados, no subió la cuesta de Marihueñu, sino que prefirió rodearla. Esto da a entender que si Francisco de Villagra hubiese hecho lo mismo, en vez de confiar excesivamente en sus fuerzas, se habría evitado el desastre, tantas pérdidas de vida y haber puesto en serie peligro la conquista.

Al llegar a Concepción y para satisfacer a los nuevos colonos, hizo algo que originó serios reclamos y varios cargos contra Hurtado de Mendoza en su voluminoso juicio de "cuentas". En efecto, desconoció los derechos otorgados por Pedro de Valdivia a los conquistadores, con que los había agraciado por sus sacrificios y esfuerzos. Repartió, así, según instrucciones del Gobernador, solares, tierras y nativos a los recién llegados, advenedizos que no habían expuesto sus vidas y haciendas en la guerra. Fue un acto injusto pero, tal vez, necesario.

Espionaje y contraespionaje. Nuevo asalto a Tucapel.— Se dirigió el Gobernador a La Imperial, dejando en Tucapel 150 hombres al mando de su hermano Felipe. Tuvo varios choques con grupos de 3 ó 4 mil guerreros acaudillados por sus caciques que, siguiendo instrucciones de Caupolicán, le oponían resistencia y luego se retiraban tras ocasionarles escasos perjuicios. La ciudad llevaba 4 años aislada.

Era la guerra de guerrillas.

Don García, tomando conocimiento de que los nativos se habían alzado nuevamente y se preparaban para atacar Tucapel, envió un refuerzo de 30 hombres de a caballo para conjurar el peligro, al mando de Miguel de Avendaño y Velasco.

Caupolicán, en el intertanto, se había retirado a Talcamávida, desde donde hizo un llamamiento a junta de caciques. El tuerto general se creía aún capaz de cambiar el destino de la guerra.

Todo indica que el prestigio de Caupolicán salió nuevamente fortalecido al término de la junta. Se propuso intentar el asalto a Tucapel aprovechando la ausencia del Gobernador y la dispersión de las fuerzas españolas que estaban repartidas por el territorio, fundando y poblando ciudades, las que, de hecho, eran cercadas por las tribus de la región.

Juntó, así, toda su fuerza disponible y se acercó a pocos kilómetros del fuerte. En todo caso, como comprendió que sus fuerzas no eran numerosas, decidió recurrir al ardid de enviar a Pram, guerrero de su comando y confianza, de aspecto torpe y feísimo, pero astuto, para que entrara en Tucapel disimuladamente provisto de buena vestimenta. El espía, una vez dentro del fuerte, lo miró todo atentamente, para imponerse del armamento de los españoles y de los puntos débiles de la defensa. Trabajó amistad con Andresillo (o Andresico), que estaba al servicio de los castellanos.

El noble aprendiz de espía convenció al yanacona de la necesidad de cooperar con Caupolicán. Andresillo estuvo de acuerdo en que las tropelías de los españoles les hacían merecedores de su destrucción y castigo y aceptó los ofrecimientos de la recompensa y distinción de que sería objeto en el bando araucano por su colaboración, si ayudaba a expugnar la plaza.

Pero luego que Pram se retiró a su campo a dar cuenta de su misión, Andresillo reveló al diabólico Reinoso el peligro en que se encontraban.

Oportuno es observar, una vez más, la fidelidad con que los yanaconas servían a los españoles durante la conquista y que se explica por el trato relativamente humano que recibían, al revés, como hemos dicho antes, de la brutal represión de los colonizadores sajones en otras tierras.

Reinoso felicitó a su servidor y lo incitó a seguir la farsa. Al regreso de Pram, se pusieron de acuerdo para que Andresillo fuese a ver a Caupolicán, cosa que éste al principio se negó a hacer, aterrorizado, pero que terminó por aceptar a regañadientes por las seguridades que le dio el espía. Guiado por Pram, salieron ocultamente del fuerte y éste, imprudentemente le señaló, de paso el lugar preciso de la emboscada que se estaba preparando, causando la fingida admiración de Andresillo ("Quien alaba al tonto su tontería, le hace más tonto todavía").

No habían caminado mucho, cuando sorpresivamente, apareció en el camino el corpulento Caupolicán que salió de improviso entre la floresta, armado de una fuerte coraza y celada con un dragón escamado en relieve, posiblemente de don Pedro de Valdivia, al igual que la espada de éste; Andresillo creyó llegada su última hora, convencido de que su traición había sido descubierta.

Le habló ceremoniosamente Caupolicán sobre la justicia de su causa, ofreciéndole darle honra y dignidad en su ejército en caso de ayudar a los atacantes a sorprender al enemigo común.

Arrojóse a sus pies el nativo, más muerto que vivo, transpirándole hasta las uñas y le brindó sus servicios sin esperar recompensa alguna, jurando por todos los pillanes odio eterno a los "huincas".

Le propuso que cuando cayesen las sombras del atardecer y todos durmiesen, atacasen a los españoles, aconsejándole aproximar su campo más cerca del fuerte. Seguramente todas eran insinuaciones del astuto Reinoso.

Convinieron que Pram volvería con él y Andresillo, en el momento oportuno, abriría las puertas del fuerte como señal para el ataque y permitir el fácil acceso a la fortaleza. Evidentemente, la fortuna sólo favorece a los audaces.

Entró Pram a la plaza y los españoles intencionalmente se hicieron aparecer descuidados y desprevenidos.

Admira que, siendo los nativos de guerra por naturaleza desconfiados, hayan dado crédito a un extraño por el solo hecho de ser hermano de raza como, asimismo, la falta de psicología de Caupolicán, tan experto en el arte de la guerra, para no darse cuenta del peligro que corría.

Reinoso dispuso a su gente para el contraataque e hizo abrir las puertas del fuerte al atardecer para que los enemigos creyeran que era la señal convenida y se lanzaran a su interior, preparó la artillería convenientemente para disparar a boca de jarro contra los invasores y apresó al desanimado Pram que veía con dolor cómo lo habían engañado.

Caupolicán, convencido de la fidelidad de los informes de sus espías, al ver abrirse las puertas, el 5 de febrero de 1553 ordenó el ataque general, para lo cual dividió sus fuerzas en dos grupos que se acercaron furtivamente, arrastrándose contra el suelo. Creían no haber sido vistos y al llegar al fuerte se lanzaron a una voz, en masa, por la entrada. Sorpresivamente, disparó sobre ellos la artillería y mosquetería y, a continuación, se avalanzó el sanguinario Reinoso, en dos oleadas incontenibles, sobre los desprevenidos araucanos que sólo atinaron a poner aislada resistencia, en una homérica lucha cuerpo a cuerpo.

Caupolicán dirigió el ataque desde una colina donde también había otros 12 caciques que observaban los resultados del plan y que se negaron a acompañarlo en la empresa por desconfiar del éxito de un ataque entregado a la acción de un extraño, más cautos y desconfiados, desde luego, que el "toqui".

Desesperadamente tocaron retirada los cuernos de los atacantes, la que se realizó en forma desordenada y sin control, quedando muchos muertos, numerosos heridos y prisioneros.

Dicen que Napoleón ganaba las batallas, pero se las perdían sus generales. Algo semejante parecía estarle pasando a Caupolicán que, pese a sus deslumbrantes proyectos bélicos, iba de mal en peor.

Reinoso que no era hombre de corazón blando, hizo amarrar a 12 de los caciques que le parecieron más principales, entre ellos el feo de Pram; los puso apiñados frente a la boca de sus cañones y los descargó sobre ellos, destrozándoles y volando sus restos en pedazos a larga distancia, a manera de escarmiento, sin respetar su condición de prisioneros ni la dignidad de sus rangos. Obviamente este remedio aumentó más el odio de los aborígenes en vez de aplacarlo.

Retiro araucano. Muerte de Caupolicán.— El desastre y las críticas a la conducción de la guerra por Caupolicán, acarreo su abandono y el retiro de los araucanos a las montañas. El "toqui", seguido por varios capitanes, se estacionó cerca de Angelmó, donde estuvo varios meses oculto, sin que fuese delatado por los aborígenes, pese a los tormentos aplicados por los españoles.

El Gobernador pasó tranquilamente el invierno en La Imperial, haciendo esporádicos reconocimientos. Después del desastre, los araucanos estuvieron también tranquilos. Únicamente las tribus de la costa se mostraban belicosas pero sólo con ataques localizados.

Estando el "cabo" (jefe) de Cañete el incansable Reinoso, supo por sus espías de una concentración enemiga en el sector, acaudillados por Caupolicán, que trataba de juntar nuevas huestes para montar otra ofensiva.

Envio Reinoso a Pedro de Avendaño y Velasco, experimentado capitán, a reconocer la zona de la sierra de Pilmaiquén (en las tierras de Caupolicán).

Salió éste una oscura noche, para no ser espiado por sus enemigos y, silenciosamente, buscó los caminos deshechos por las lluvias, tras las huellas del "toqui" que se había esfumado.

Ya había perdido la esperanza de encontrarlo, cuando un hecho inesperado cambió el curso de la Historia.

Un indio, posiblemente resentido con Caupolicán, le reveló el oculto pasaje donde el General se escondía. Los españoles, tal como en Peteroa lo hicieron con Lautaro, llegaron al lugar cuando aún era de noche, guiados por las luces de las fogatas de los confiados guerreros y esperaron los primeros destellos del día, rodearon la posición y al aclarar, se dejaron caer sorpresivamente sobre el campo, arrasándolo todo.

Este habría sido el momento, según Mariño de Lobera, en que llegó una mujer mapuche (Palla o Fresia), corriendo con su hijo en brazos y reprendió al "toqui" por haberse dejado tomar prisionero en vez de morir, sin rendirse y no "queriendo quedar con prenda suya para no acordarse de él más en su vida", golpeó la criatura con un peñasco dándole muerte.

Es de suponer, en todo caso, que Caupolicán tomado por sorpresa y frente al desbande de sus seguidores, luchó fieramente y no se ha rendido como se pretende, sino que fue herido y abrumado por la superioridad de sus enemigos que se le dejaron caer encima como quien coge un animal herido.

Había tenido bajo su mando a hombres como Tucapel, Leucotón, Orompello, Rengo y Lautaro, por no citar a otros, por lo que es lógico suponer que el "toqui" cayó luchando y lo tuvieron que inmovilizar entre varios soldados, mientras sangraba profusamente por las heridas de sable que recibiera.

Hay otra versión que supone que los españoles no reconocieron a Caupolicán. Iniciaron un interrogatorio, pero los prisioneros protestaron ser soldados que regresaban a sus hogares hartos de la guerra, declarando inicialmente desconocer al poderoso de Caupolicán.

Había entre ellos, sin embargo, un guerrero al que le faltaba la "luz de un ojo" y encontraron en su alojamiento finas espadas y celadas.

Le aplicaron tormentos sin resultados, pero, frente a la amenaza de mayores apremios a sus hombres, Caupolicán hizo llamar a Reinoso y reveló su identidad.

Habría ofrecido el "toqui" devolverle las pertenencias de don Pedro de Valdivia y dar la paz de la comarca a cambio de su libertad; al mismo tiempo le habría asegurado que de no afianzarse ahora el término de la guerra, vendrían muchos hombres como él y aún más crueles enemigos de los españoles. Las promesas de los caciques prisioneros había que tomarlas con beneficio de inventario porque jamás se cumplían, en aras del derecho y obligación de hacer la guerra.

Reinoso "cabo" (jefe) de una plaza, no estaba legalmente autorizado para ordenar la muerte de un prisionero, facultad privativa del Capitán General. Sin embargo, deseoso de consumir su victoria, negó lugar a la petición y lo condenó a ser "empalado"; eso sí, aceptó el ruego del "toqui" de ser bautizado para ser tan grande en la vida como en la muerte y quizás para amargar a Reinoso al tener que dar muerte a un cristiano.

Ercilla canta este penoso pasaje de la Historia:

Canto 33

- 589 *"...Llevaba un mal envuelto niño al pecho
de edad de quince meses, el cual era
prenda del preso padre desdichado,
con grande extremo dél y della amado.
Trújola el negro suelta, no entendiendo
que era presa y mujer tan importante:
en esto ya la gente iba saliendo
al tino del arroyo resonante,
cuando la triste Palla (Fresia) descubriendo
al marido que preso iba adelante,
de sus insignias y armas despojado,
en el montón de la canalla atado".*
- 609 *"¿Eres tú aquel varón que en pocos días
hinchó la redondez de sus hazañas,
que con sólo la voz temblar hacías
las remotas naciones más extrañas?"*
- 641 *"Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
con que el lícito amor me había ligado;
que en sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado:
cría, críale tú, que ese membrudo
cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre".*

Diciendo esto, según Ercilla, lanzó al niño a los pies del prisionero y se negó a recibirlo, por lo que tuvieron que entregarlo a otra mujer que se encontraba ocasionalmente presente. En esto difiere de Mariño de Lobera que es más cruel en su narración, como hemos visto.

Esta actitud de Fresia ("Guden" o "Detestada"), que así se llamaba la mujer de Caupolicán, refleja el carácter de las araucanas, cuya personalidad y aceptación de su condición las hacía formar sus hijos transmitiéndoles las características de la raza. Alguien dijo que "la mujer hace al hombre", expresión que tuvo su pleno sentido y valor en las madres de Araucanía, encargadas de educar a sus hijos en su más tierna infancia, adaptándolos a una dura vida de permanente lucha por la subsistencia.

"Hacha de Pedernal" miró con desprecio a sus enemigos y sonriendo gritó: "Iñche yūkalaiaiyu" (¡No tengo miedo!) y se dejó llevar por sus guardianes...

Ya en el cadalso, de un puntapié echó a un lado a un negro que lo debía tomar para sentarlo en una aguda pica que le atravesaría las

entrañas; era una vil ofensa a un general vencido, por lo que varios españoles lo subieron y tiraron fuertemente hacia abajo; murió estoicamente, sin proferir un grito ni una sola queja...

Su cuerpo ensartado, injuriosamente expuesto a sus amigos para mofa de sus enemigos, parecía gritar a los suyos: "Felen mai, pi". ("Estoy aquí-pues..."). "Femi mai". ("Así es"), respondió la Historia.

Treinta flecheros dispararon tres veces sobre su cuerpo, cerrándose así una hermosa página de oro escrita en la incipiente "Gran Guerra Mapuche".

Los caciques espectadores del grave incidente, lejos de acobardarse, consideraron una injuria, el salvaje comportamiento. Antes que se pusieran de acuerdo en la elección de un nuevo caudillo, se limitaron a combatir a los españoles en grupos de dos o tres reducciones capitaneadas por algún caciquillo sin grandes méritos ni prestigio. Como dijo Cabrias (general ateniense) "un ejército de chivos conducidos por un león, es más poderoso que un ejército de leones conducido por un chivo". Ahora faltaba el león...

Hay escritores, como el padre Rosales (escribió su Historia en 1674), que dudan que Caupolicán muriese empalado, pena cruel que solían emplear nativos y españoles, pues, habiendo recibido el bautismo y aceptado la religión ya no era reo de ser ensartado vivo y por ser cristiano le habrían dado la muerte del garrote, lanzándole flechas al corazón después de muerto.

Recordando a Caupolicán.— Estamos acostumbrados a ensalzar los méritos de Caupolicán anteponiendo su figura de guerrero ante la de otros grandes capitanes de Araucanía. Esto se debe, seguramente, al hecho de que Ercilla intervino en varias acciones contra el "toqui" y en "La Araucana" alabó su esfuerzo y capacidad bélica, elevando a la calidad de hazañas sus intervenciones guerreras.

Se formó así, una aureola de la que no gozaron otros insignes conductores de Araucanía, desconocidos por la mayoría de los chilenos, como Pelantaro, Lientur, Butapichun y tantos otros que irán pasando por nuestra imaginación en los próximos capítulos.

Ellos no tuvieron un cantor épico que diese a conocer al mundo sus innatas dotes militares.

"Hacha de Pedernal" (o "Licán de Pedernal", para lo que se usaba la piedra negra), fue un gran organizador de masas. Supo, indudablemente, concentrar parcialmente algunas tribus de Araucanía para formar grandes ejércitos, como ya no se verían en la continuación de la guerra en los siglos siguientes, si bien no tuvo la suerte, oportunidad o visión de Pelantaro, para unificar la nación mapuche y formar un frente sólido contra los españoles.

Pelantaro supo, más tarde, sacar conclusiones de las derrotas infligidas a los mapuches por Alonso de Sotomayor. Mirando los hechos retrospectivamente, existió cierta similitud táctica entre las derrotas soportadas en manos de Hurtado de Mendoza y aquéllas que más tarde se experimentarían luchando con Sotomayor. Sin embargo, Caupolicán no visualizó la necesidad y urgencia de unificar la totalidad de las tribus del Biobío al Reloncaví antes de emprender acciones decisivas contra el enemigo.

Posiblemente, subestimó a los españoles y se creyó capaz de derrotarlos con los grandes ejércitos que logró reunir después de los éxitos de Lautaro en Tucapel y Marihueñu, que había barrido prácticamente con el poder militar español en el Reino.

Dicen que "Júpiter ciega a quienes quiere perder..." y eso fue lo que ocurrió a este gran capitán que, en su ambición por la victoria, descuidó principios básicos frente a un enemigo al que dejó tiempo para reponerse, superiormente armado y con más experiencia militar ("Nada más fácil que censurar a los muertos". Julio César).

Para algunos historiadores fue un cacique fanfarrón frente al enemigo y también un hombre de gran valor táctico. Esta presunta fanfarronería es el producto del desprecio al hispano y su confianza en la superioridad de su raza. Fue su arma psicológica para amedrentarlo. El hecho cierto es que su estrella no quiso brillar en Tucapel, debido a la osada intervención de Lautaro; pero, poco a poco, se fue eclipsando al no lograr ningún triunfo decisivo sobre Hurtado de Mendoza, si bien estuvo a punto de vencerlo, primero en Penco y luego en Lagunillas. De haber ocurrido, habría logrado consumir la tarea que se impuso al "Traro Veloz", dejándose caer sobre Santiago. La culpa no fue suya. Al morir Alderete, el Virrey envió a su hijo a Chile con un ejército demasiado grande y excelentemente bien armado, como para poder ser vencido con armas de palo.

Valdivia tuvo siempre el problema de la falta de elementos para hacer la guerra que tuvo que realizar por su cuenta, de su propio bolsillo, hartamente encallado. No tenía soldados, armas ni caballos. Contra él luchó Lautaro derrotándolo frente a 60 jinetes. Pero derrotar a don García, armado hasta los dientes y con 600 españoles a su mando... era otra cosa.

De todas maneras, con Caupolicán, Araucanía aprendió a luchar contra los españoles y se acrecentó su espíritu de disciplina y convencimiento de su superioridad guerrera.

Ercilla (canto XXV) se admiró del arte militar mapuche, poseedor de un espíritu combativo y disciplina admirables, dignos de ser imitados. Bajo el férreo mando de Caupolicán y sus comandantes, preferentemente Lautaro, aprendieron a presentarse en orden de batalla, a levantar bastiones y hacer defensas, fosos y murallas, actuando silenciosamente y obedeciendo ciegamente al mando.

De una victoria se aprende poco; pero, de sus derrotas, Caupolicán supo sacar valiosas enseñanzas.

Es hermoso el discurso que Ercilla supone en los labios del "toqui" en el cadalso que, junto con Lautaro, fue el ídolo de la juventud chilena durante la emancipación del siglo XIX.

Canto 34

- 57 *"Soy quien mató a Valdivia en Tucapel,
y quien dejó a Purén desmantelado;
soy el que puso a Penco por el suelo,
y el que tantas batallas ha ganado".
(Y continúa proféticamente).*

- 73 *"No pienses que, aunque muera aquí a tus manos,
ha de faltar cabeza en el Estado,
que luego habrá otros mil Caupolicanos,
más como yo ninguno desdichado".*

Caupolicán empezó mal en Tucapel: falto de experiencia en conducción de masas, sin lograr un plan táctico que previamente había sido estudiado; pero, sus posteriores acciones demostraron que aprendió en

forma excelente la conducción del combate y la dirección de grandes formaciones. Si hubiese tenido desde el comienzo esta experiencia y cooperación de sus ahora fogueados comandantes, nada habrían podido hacer para oponérsele y derrotarlo, insignificantes ejército de 200 soldados mal armados, como los de Valdivia, puesto que, al final, tuvo en jaque y a punto de derrotar ejércitos tres veces superiores como los de García Hurtado.

Pero, así se escribe la Historia y si el Reino se salvó no fue tanto por la buena suerte de García, sino que por la mala fortuna del propio Caupolicán.

Sigue la lucha.— Si hemos de creer a “La Araucana” y no hay fundamentos para no creerle, hubo varias escaramuzas sangrientas, encuentros y peligrosas refriegas en las que participó activamente el soldado poeta que, como guerrero, no lo hacía nada de mal sobre su brioso corcel.

Aspiraban al mando supremo en reemplazo de Caupolicán hombres valiosísimos como Tucapel, Rengo, Lepomande, Orompello, Lincoya, Lebopía, Cayucupil y Mareande.

Don Alonso se olvidó de contarnos el resultado de la junta por ponerse a cantar los problemas del rey Felipe con Portugal, pero nos dio a entender que Tucapel fue el cacique con mayores probabilidades de ser elegido.

Los araucanos, desorientados y sin un mando eficaz como el que logró conducir al ejército mandado por Caupolicán, se retiraron para concentrarse cerca de Cañete y poder atacar la posición. Había que aprovechar que García Hurtado andaba ocupado en sus quehaceres administrativos en el sur, para castigar a quienes habían dado infamante muerte a su “toqui” y aún permanecían de guarnición en la plaza.

Existía un evidente “ánimo de venganza” entre las “rehues” después del salvaje suplicio de su general, como lo consigna Rodrigo de Quiroga, quien expresa que “los indios estaban no amedrentados, sino provocados por aquella cruel injuria”.

En el fondo, sólo pensaba en hacerse de D. García, con plumas y todo, para sentarlo en pica propia y estuvieron a punto de lograrlo...

Sin embargo, si bien eligieron un “toqui”, nunca estuvieron de acuerdo todas las tribus en reconocerlo como caudillo indiscutido, pues, había otros que capitaneaban tres o cuatro reducciones. Esto permitió que los españoles pudiesen enseñorearse del territorio, aprovechando su división en el comando y dispersión de fuerzas.

Ataque a Quiapo (13 de diciembre de 1558).— En el invierno los araucanos dieron demostraciones de alzamiento cerca de Cañete por lo que Reinoso solicitó refuerzos a La Imperial. Don García le envió a Luis de Toledo con 50 hombres para repeler el ataque inminente. Las esperanzas de que la derrota de Caupolicán hubiese doblegado el espíritu guerrero mapuche, una vez más, se desvanecieron.

Don García andaba por el sur descubriendo y fundando ciudades, a lo que nos referiremos más adelante. Sin embargo, no dejó de alarmarlo el urgente llamado de Reinoso. Además, le habían cortado las comunicaciones con Concepción.

El Gobernador, reconociendo la debilidad de la posición, hizo abandono de Tucapel, ubicado al lado de Cañete y se dirigió desde La Imperial personalmente a esta última plaza con 150 hombres, más 40 con que Miguel de Avendaño salió de Concepción a encontrarlo. Advertiremos

que el fuerte de Tucapel está hoy unido a la ciudad. La cercanía, pues, era apreciable y se juntaron, así, en Cañete cerca de 350 hombres gracias a la rápida concentración realizada por los castellanos.

Los mapuches estimaron que la posición de Cañete se había reforzado demasiado y buscaron otro punto más débil. Se corrieron al norte y se atrincheraron según la táctica de Lautaro, en un número de 5 a 6 mil guerreros, en una difícil posición en Quiapo (Quiapo o Cayupil) a 25 kilómetros de Arauco, entre Cañete y Concepción, a mitad de camino a Lebu, paso obligado de los españoles. Construyeron empalizadas bajas que invitaban a asaltarlas, las cuales tenían al otro lado profundos pozos para hacer caer a los caballos; la fortaleza parecía así inexpugnable, ya que un flanco lo protegía un pantano y por el otro una quebrada inaccesible. Además, poseían algunos arcabuces y cañones tomados a los españoles en Marihueñu que emplazaron perfectamente, aunque en materia de armas de fuego no tenían aún la experiencia hispana. Martín de Guzmán refiriéndose a esta fortificación dijo: "Era de tal calidad que en Italia no se podría haber hecho mejor", por lo que y con razón, el General Téllez ha escrito "Asimilaron con rapidez y en forma admirable el empleo de las armas españolas y los principios del arte militar.

Los mapuches, debido a la abundante mano de obra que poseían, podían levantar un "pucará" en sólo tres días.

Terminada la fortaleza, se acuartelaban bajo el mando del "toqui", a quien obedecían ciegamente, lo que resultaba extraordinario en tribus que normalmente eran enemigas y se agrupaban sólo para hacerse la guerra, con lo que demostraron férrea unión y disciplina. El mando de miles de hombres no es una cosa que se pueda improvisar. Seguramente han debido efectuarse concentraciones previas, simulando ataques y movimiento, con un primitivo sistema de comunicaciones que permitía transmitir las órdenes del comando. Esto insinúa la existencia de una jefatura coordinada del "toqui" y sus asesores. Pascual Coña ("Memorias de un Cacique") recuerda cómo sus abuelos se preparaban para el combate, lo que da una idea de trabajos previos al encuentro; allí se planteaban los problemas logísticos propios de una batalla, se hacían ejercicios de ataque y se cumplían las voces de mando.

Los castellanos iniciaron la acción apenas llegaron al pie de la colina donde se levantaba la fortaleza y se lanzaron contra sus fortificaciones, pero fueron recibidos a... ¡cañonazos! Hecho histórico en la gesta de América. Era el colmo: ¡bárbaros artilleros! Aún más, hubo también un nutrido fuego de arcabuces en tan cruenta recepción.

Los seis cañoncitos enviados por la Real Audiencia a Valdivia se perdieron en Marihueñu, entre ellos el "Tronador" que fue el primero que disparó contra los araucanos, sembrando pavor entre sus filas, en dicha batalla.

Los mapuches empezaron a familiarizarse con el empleo de las armas de fuego, y en sus ataques solían dirigirse hacia los emplazamientos de la artillería para apoderarse de las piezas. En 1563, en el sitio de Arauco, el cacique Antuhuenu quitó a Pedro de Villagra varios cañones y arcabuces que, como en Quiapo, emplazaron posteriormente contra los castellanos.

Varios ataques, con luchas cuerpo a cuerpo, resultaron inútiles para quebrar la resistencia.

García Hurtado, sorprendido por tanto espíritu bélico y conocimientos militares, resuelto a liquidar el combate, atacó personalmente con 300 hombres y numerosos auxiliares. Dividió su ejército en dos grupos,

uno al mando de Gonzalo de Hernández con la infantería armada de arcabuces y otro con la caballería a su propio cargo. Se inició el ataque de frente por parte de la caballería, sin resultados. "Se arman de largas lanzas y al modo de falange macedonia, ponían una muralla de picas para sostener a la infantería para rodear al enemigo o cubrir la retirada de los suyos" (Thaddeus P. Haenke "El Reino de Chile").

Mientras, Hernández desesperado al ver el fracaso de su superior y retroceso de la caballería, se corrió por el flanco araucano para tomarlo por la espalda, para hacerlos atravesar el pantano protector no defendido por los confiados mapuches y logró abrir un hueco en la empalizada sin que éstos se diesen cuenta del movimiento envolvente, por estar preocupados de rechazar la caballería y complicados con el manejo de los arcabuces que, por falta de agilidad, no les dieron resultados. Fueron tomados, pues, entre dos fuegos.

Fue demasiado tarde para reaccionar cuando los arcabuces de Hernández los diezmaron por la espalda haciendo estragos y se produjo el desbande general. El campo quedó lleno de cadáveres y centenares de prisioneros, que fueron salvajemente ultimados, lo que empañó la victoria. Los españoles recuperaron su magnífico armamento. Fue la última acción de don García en que él no se limitó a dirigir la batalla, sino que tuvo que pelear como un soldado cualquiera, exponiendo su vida. Con razón Felipe II exclamaría "En Chile me están matando a los mejores de mis Guzmanes".

No quedó otro recurso a los araucanos que mantenerse en paz durante un largo tiempo.

Análisis crítico de la acción. La lucha en el fuerte de Quiapo, del cual frecuentemente escribiremos por ser una fortaleza natural aprovechada reiteradamente por los mapuches, merece dos observaciones: A) Los araucanos comprendieron al fin que era peligroso combatir con fuerzas españolas en terreno llano y volvieron a la concepción de Lautaro, empleada en sus campañas de Marihueñu y sus marchas sobre Santiago, de construir plazas sólidas, cercanas a las españolas para esperar el ataque castellano con mejores posibilidades de éxito, en una lucha defensiva y de contraataque. B) Por primera vez hicieron uso, aunque defectuoso, de armas de fuego cuyo funcionamiento aprendieron, pese a que no supieron apuntarlas con precisión, para lo cual se requería una experiencia que sólo se obtenía por su uso y ejercicio permanentes. El empleo de la pólvora, que no prosperó, pues los mapuches prefirieron, hasta el final de la guerra (1883) la lanza, bien podría haber significado un vuelco en las acciones.

El hecho de levantar la fortaleza entre Cañete y Concepción, cortando las comunicaciones por ser paso obligado para los españoles, convirtió a éstos en los atacantes, por lo que los mapuches habían, de hecho, elegido el lugar del combate y su ulterior desarrollo, exigiendo mayores fuerzas para ejecutar la operación militar (3 por 1 por lo menos).

Sin embargo, este nuevo fracaso de los planes bélicos de los caciques, los llevó lentamente a comprender que era necesaria la reunión total de las tribus para aplastar el dominio español. Al mismo tiempo, de esta junta de guerra salió, al fin, una nueva táctica, que se emplearía durante todo el siglo, cual fue la de operar sobre el enemigo, aprovechando preferentemente el fraccionamiento de sus fuerzas, producido por la necesidad y obstinación hispana de levantar nuevas poblaciones y distraer gente atendiendo las encomiendas, sin contar con un ejército profesional.

En todo caso, como los cultivos de los campos habían sido totalmente abandonados por una guerra larga y continua, acordaron dar las paces a los castellanos por dos cosechas, mientras se reponían en hombres y abastecimientos. El término de este ciclo de "preparación y espera" coincidió, precisamente, con la asunción del mando por Villagra, oportunidad en que gran parte de los ya veteranos soldados traídos por García Hurtado había dejado las armas por las labores agrícolas y explotación de los lavaderos o bien había regresado al Perú, con lo que el ejército se debilitó notablemente del que poco o nada restaba.

Había visión estratégica en el campo araucano. Con calma se elaboraban los planes bélicos a mediano plazo.

Don García en el Sur. El 23 de enero de 1558 llegó don García a La Imperial y allí supo que hacía dos años, el 16 de enero de 1556, Carlos V había abdicado en favor de su hijo Felipe II. Hemos vuelto atrás para ordenar un poco los hechos.

En señal de acatamiento se efectuó de inmediato la ceremonia de jura al Rey, se leyó la carta del monarca en la que explicaba los motivos de su renuncia al imperio más grande del mundo.

Partió D. García rápidamente a Valdivia y a Villarrica, internándose por la cordillera en demanda del sur, eligiendo la peor ruta recomendable, rumbo al Seno de Reloncaví, en la llamada provincia de Ancud por los nativos. Villarrica quedó así, nuevamente refundada a su paso.

Ercilla cuenta que el cacique Tunconabal trató de persuadirlo de seguir por ese camino al sur, para sacarlos de sus tierras, pintándolas pobres y sin recursos, advertencia que no le creyeron y que casi les costó la vida, pues, realmente, no había nada de qué alimentarse en el trayecto.

Demostrando un infatigable espíritu de conquistador, soportó los sufrimientos del viaje a lo ignorado, que escapa de nuestro estudio y llegó a lo que hoy es Puerto Montt; de allí pasó hasta frente a Chiloé, donde fue recibido con cariño por los aborígenes que, admirados por la barba y color del cabello de los españoles, la ferocidad de los caballos y el ruido de la pólvora, no atinaban a comprender si eran hombres o dioses y deseaban que se marchasen rápidamente de sus tierras.

Ercilla cuenta la llegada a la costa después de un viaje desastroso por la cordillera, sin alimentos, perdidos y desmoralizados por tanta pobreza de la gente y falta de recursos del territorio.

Canto 36

121 *"Quedábanse suspensos y admirados
de ver hombres así no conocidos.
blancos, rubios, espesos y barbados,
de lenguas diferentes y vestidos:
miraban los caballos alentados
en medio de la furia corregidos,
y más los espantaba el fiero estruendo,
del tiro de pólvora estupendo".*

Sin saberlo, habían encontrado en Chiloé los restos australes de la civilización chincha-chilena, expulsados por los araucanos siglos antes, al penetrar a través de la cordillera a la Araucanía (según los teóricos).

Don Alonso, junto a diez compañeros, se embarcó en una canoa en el Reloncaví y tras dura navegación desembarcó en la isla del Puluque, donde estampó en la corteza de un árbol, con una cuchilla los elocuentes versos que copiamos:

225 *"Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con sólo diez pasó el desagadero
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por Hebrero,
a las dos de la tarde, al postrerdía,
volviendo a la dejada compañía".*

CAPITULO OCTAVO

TERMINO DEL GOBIERNO DE DON GARCIA

El regreso. La fatigada tropa regresó de tan arriesgada aventura y siguiendo a Ercilla que era de la partida, debemos imaginar que los astutos "huilliches", deseosos de deshacerse de tan peligrosos visitantes, les dieron toda la ayuda del caso para facilitarles la vuelta, para lo cual los guiaron por el camino más corto y fácil, por la costa, que era prácticamente el mismo seguido por Valdivia en 1552. Obviamente, Hurtado antes de partir no se informó de las experiencias de la anterior expedición por atolondrado.

De regreso fundó Osorno (27 de marzo) en memoria de su madre, hija del Marqués de Osorno, como una punta de lanza en el territorio "huilliche".

La pesadilla del amargo viaje terminó al llegar a La Imperial, donde fueron exquisitamente atendidos. Don García no andaba con el genio, ni las sentaderas ideales después de tanto cabalgar, como para permitirse el lujo de desatenderlo...

El sistema de fundar ciudades era la ejecución de la idea típica del conquistador en América, en que la civilización penetraba por la convivencia entre las razas. Este plan no dio resultados de inmediato en Chile, porque significaba dispersar las fuerzas, lo que trajo el fracaso de la conquista al producirse los alzamientos que arrasaron con los polos de desarrollo civilizatorio hispano. Sin embargo, daría excelentes resultados en el siglo XX, cuando el Coronel Saavedra iniciara la conquista definitiva de la Araucanía. Ocurría que aún no estaban dadas las condiciones para una convivencia pacífica. Todo tiene su tiempo.

A su paso por Valdivia procedió a anular los otorgamientos de encomiendas hechos por Villagra, para pagar servicios a quienes lo habían acompañado, lo cual, desde luego, le valió el odio de los viejos encomendados, colonos esforzados de la región, que de la noche a la mañana se vieron despojados de todo lo que poseían.

En diciembre de 1558, se produjo el asalto al fuerte de Quiapo del que ya hemos hablado, obligando a la reiniciación de las acciones y al traslado del Gobernador al norte.

Después de 15 meses de una intensa campaña en que muchas veces estuvo en peligro su vida, don García llegó en enero de 1559, a Concepción. Tres grandes batallas afianzaban su poder incontrarrestable, había descubierto remotas regiones como el Reloncaví y el Archipiélago de Chiloé, había fundado Osorno y Cañete, reedificado Tucapel, Concepción, Arauco, Villarrica y Angol (que llamó de los Infantes en memoria de los 7 infantes españoles de Lara de quienes descendía) y había borrado del mapa bélico a Caupolicán. Hubo paz en enero de 1559 a 1560, como para pensar que la Araucanía había sido, al fin, pacificada; la fortaleza natural de Quiapo se transformó en un mito (diciembre de 1558).

Su obra de pacificación la consideraba terminada, idea que se metió firmemente en su cabeza y costó muy cara a futuros gobernadores, cuando Hurtado llegó a ser Virrey del Perú.

Justicia real. Llegaron Reales Cédulas a Chile que ordenaban devolver la región de Arauco a la viuda de don Pedro de Valdivia, de la cual se le había despojado arbitrariamente, por lo que Hurtado de Mendoza no tuvo tierras disponibles para premiar a quienes le habían ayudado a reconquistarla, lo que, desde luego, desanimó a sus acompañantes que ansiaban riquezas. Nadie quería vivir pobre en un continente lleno de aventuras y de grandes empresas. Había que buscar, rápidamente, otros horizontes... La medida afectó al esfuerzo bélico hispano.

Desbande del Ejército. Don García cesa en el cargo. El padre de D. García, el Virrey del Perú había perdido la confianza en la Corte por razones que no nos corresponde analizar y en su caída arrastró a su hijo, mientras que Francisco de Villagra obtenía de Felipe II como tardío reconocimiento de su labor, la gobernación de Chile. Esto demuestra que la corona llegaba a imponerse perfectamente aunque tarde, de lo que estaba ocurriendo en el lejano Reino.

Esta sorpresiva medida produjo el desbande final del poderoso ejército que había operado con tanto éxito contra los araucanos, con gran alegría de los caciques.

Desilusionados unos por la falta de tierras para hacer mercedes y otros, viendo que ya no tenía utilidad alguna emparejarse al carro del Gobernador, puesto que su padre ya no era el Virrey, empezaron a pedir licencia para regresar al Perú, todo lo cual era observado placenteramente por los caciques, como hemos dicho.

Como en aquella época nadie se "mandaba solo", había que pedir permiso para muchas cosas, entre ellas para ejercer el derecho a la libertad personal y trasladarse donde a uno le viniera en gana.

Pues bien, como García tenía que irse y no le hacía gracia dejar descontentos a sus espaldas ni esperar al nuevo gobernador, a quien había desterrado brutal y precipitadamente al inicio de su gobierno, empezó a dar licencias a cuantos se la pedían, perdiéndose la magnífica experiencia de gente probada en infinidad de combates, que habían aprendido a luchar en cien batallas y acciones contra un enemigo que no se podía combatir improvisando, pues, el "pago del noviciado" resultaba mortalmente caro. El soldado no nace por generación espontánea. Hay que prepararlo y su mejor escuela es la guerra.

Rápidamente se produjo el "despueble", quedando solamente 7 soldados en Arauco y 30 en Tucapel, a raíz de lo cual no tardaría en perderse todo.

García Hurtado no esperó el juicio de cuentas y partió apresuradamente al saber la noticia de la muerte de su padre.

Apreciaciones militares. Organización, estrategia y conducción. Las fuerzas a disposición del joven capitán general eran excesivamente numerosas para las empresas militares efectuadas en la época. Basta señalar que tenían mayor capacidad combativa y desde luego, eran más numerosas que las que habían logrado conquistar los imperios aztecas y de los incas. Sirva este antecedente como un contundente alcance para rebatir la tesis de quienes dudan del espíritu militar del pueblo mapuche, que logró triunfar al final sobre una nación invicta, la española.

Si bien García Hurtado era un jovenzuelo arrebatado, fatuo e intransigente, no podría negársele el atributo de poseer un excelente espíritu de disciplina que supo transmitir a sus tropas, demostrándoles por medio de la crueldad con que trató a los prisioneros nativos, que empañó la pureza de sus triunfos militares, que para hacer la guerra había que ser implacable con el enemigo.

Tuvo pues, capacidad organizativa, lo que le permitió efectuar incursiones hasta el extremo sur del país, demostrando una coordinación entre el esfuerzo físico de sus hombres y el desarrollo exacto de sus planes, en lo cual influyó, desde luego, la experiencia del selecto grupo de capitanes que lo acompañaba.

Esta capacidad fue evolucionando a medida que ganó experiencia en la lucha contra los araucanos. Inicialmente tuvo faltas notorias como las de no considerar la oportuna concentración de su caballería en San Luis, como asimismo la falla en el abastecimiento de pólvora para los arcabuces; pero más adelante demostraría completo dominio del mando, posiblemente a partir de la carga de Quiroga en Lagunillas, en que exhibió una facultad razonable de consultar a sus mandos más experimentados, sobreponiéndose a su natural soberbia.

Estratégicamente sus campañas fueron verdaderos movimientos de masas, luego de incorporar después de San Luis el elemento nativo a sus fuerzas, pero al final no produjeron los resultados deseados de pacificar la Araucanía.

El origen del fracaso fue la falta de visión militar para comprender que nada se obtenía ocupando territorios sin conquistarlos previamente, error que le costó la vida a Valdivia y en que incurrirían sus sucesores por la ambición de avanzar para asentar títulos y derechos.

Por lo mismo, cada vez que se alzaba un fuerte, las fuerzas se iban dispersando, favoreciendo los planes de ataque araucanos a puntos en que fácilmente podían superar en número y movilidad al enemigo.

Estas fuerzas castellanas "clavadas" en los fuertes no tenían capacidad para controlar sino escasos espacios de territorio cercanos a las fortalezas, lo que, desde luego, alargó la guerra.

El propio García creyó haber doblegado a los mapuches después de las acciones de Millarapue y Quiapo y regresó a España convencido que había logrado la pacificación, mostrándose insolente, soberbio y grosero con hombres como Sotomayor, que pretendieron solicitarle tropas y armas para pacificar el mismo territorio cuando él era el Virrey del Perú.

Fue el primero en introducir en las campañas la necesidad de explorar el terreno antes de avanzar y cuya omisión constituyó el mortal error de Valdivia y costó muchas vidas a Villagra en Marihueñu.

Antes que él, los avances se hacían desordenadamente, confundida la caballería con la infantería, los auxiliares y las familias que seguían a éstos. Todo un gallinero tropero.

De esta manera, el factor sorpresa, arma más importante de los araucanos, quedó controlado.

Por otra parte, después de su peligroso fracaso de San Luis, trató de tomar la iniciativa para adelantarse a las concepciones tácticas de sus enemigos mediante una persistente ofensiva. La calidad de los hombres que componían su ejército, le permitió actuar de esta manera, evitando el encierro en los fuertes que, de hecho, lo inmovilizaban y le hacían perder la ventaja de la potencia de sus fuerzas. Por lo mismo, buscó la lucha en campo abierto, como en Lagunillas y Millarapue y salió al encuentro del enemigo en Quiapo.

Si bien el joven comandante fue un magnífico conductor táctico, le faltó decisión para derrotar al enemigo después de las batallas, notándose la ausencia de persecución que hizo posible después de Lagunillas un Millarapue y, así, en otras acciones.

Por el lado araucano. Los araucanos se convencieron, tardíamente que era un error la lucha en campo abierto rechazada por Lautaro, por carecer de elementos para contrarrestar la caballería castellana y sus potentes armas de acero. Por lo mismo, iniciaron la guerra de guerrillas para dejarse caer sobre los españoles (Purén, Cayucupil) y cuando lo olvidaron, tuvieron sorpresas desagradables como en Quiapo.

Por lo demás, la falta de un comando único y capacitado, a la muerte de Caupolicán, volcó la guerra hacia la guerrilla, nuevo sistema de lucha para contrarrestar a un enemigo superior.

CAPITULO NOVENO

GOBIERNO DE DON FRANCISCO DE VILLAGRA (1561-1563)

Quedó Rodrigo de Quiroga, casado con la famosa Inés Suárez, ex conviviente de Valdivia, a cargo provisional del gobierno y en Tucapel y Arauco, Alonso Bernal del Mercado. Este último, al constatar que era inminente que las reducciones se iban a alzar nuevamente, aprovechó la ausencia del porfiado Hurtado de Mendoza y se retiró de Tucapel, abandonándola para concentrarse en Arauco, pues carecía de fuerzas suficientes.

Llegó en junio de 1561 a La Serena el nuevo Gobernador de Chile, don Francisco de Villagra, con un refuerzo de 400 soldados. Su llegada tuvo mal augurio, porque su barco trajo un brote de viruela que causó estragos.

Era, según Mariño de Lobera, un hombre de cuerpo mediano y abultado, de rostro largo y alegre, "muy valiente y prudente en cosas de la guerra, aunque siempre desgraciado en cualquiera cosa en que puso su mano".

Con título de gobernadores provinciales, Miguel de Velasco se encontraba en Angol y Pedro de Villagra, primo de don Francisco, quedó en Osorno y La Imperial. Otro Pedro de Villagra, hijo de don Francisco, joven de escasa experiencia militar, fue designado también general con jurisdicción militar, puesto para el que no tenía condiciones.

En 1561, antes de la llegada de Villagra, reinaba total desconcierto en Araucanía; en febrero fue asesinado por los nativos el encomendero de Purén y gobernador de Cañete, Pedro de Avendaño, odiado por los aborígenes por su reconocida crueldad y naturaleza sanguínea; junto a él murieron sus dos acompañantes, logrando otros dos soldados huir a Angol, donde el "cabo" de la plaza, Miguel de Avendaño, hermano del occiso, salió con refuerzos de La Imperial a castigar a los araucanos de Purén, donde hizo una terrorífica "maloca", destruyendo sus sembrados.

Don Francisco, para apaciguar Araucanía, envió al sur a su hijo Pedro de Villagra, "El Mozo", junto con el duro Reinoso y en octubre salió él mismo a campaña.

El Gobernador tuvo de inmediato problemas con el resuelto confesor, padre Gil González de Avila, que le dio por predicar la falta de derechos de los conquistadores para mantener los repartimientos que les había asignado Pedro de Valdivia, en compensación a sus esfuerzos, porque se habían dedicado a enriquecerse sin cumplir el compromiso de cuidar de los nativos evangelizándolos.

Villagra quiso seguir sus consejos de pacificación no violenta, que más tarde predicaría con un discutible éxito el padre Luis de Valdivia, obteniendo como resultado la sublevación general de las tribus. En todo caso, dedicó bastante tiempo en la prédica, acompañando al fraile, dejando en Cañete a su hijo con 120 hombres.

No eran éstos los únicos problemas del Gobernador. Había sido designado para el cargo cuando ya estaba viejo y achacos y su cuerpo había sufrido demasiado los rigores y privaciones de las campañas de Valdivia y de la prisión en el Perú, que moralmente minó su voluntad. Don Francisco no era ya el Villagra de los tiempos de Valdivia.

Trató de hacer justicia a los conquistadores de don Pedro y dejó sin efecto los títulos otorgados por Hurtado de Mendoza, con lo que creyó, por lo menos, actuar en forma ecuaníme; pero esto no agradó a ninguno de los dos bandos, que no quedaron conformes. Al final, la Audiencia revocó su justa y oportuna resolución pacificadora desautorizándolo; la Audiencia revalidó los actos de Hurtado de Mendoza y devolvió las encomiendas a los ya despojados por Villagra. Entre tanto, los caciques de Arauco y Tucapel coordinaban la nueva campaña... Mensajeros de paz enviados a Penco les habían informado de las fuerzas españolas y auxiliares.

Negros nubarrones de guerra ensombrecieron la paz precaria de Araucanía.

Asalto al Pucará del Biobío. Los araucanos, aprovechando la tregua de la pacificación evangélica y deseosos, entre otras cosas, de vengar el esparcimiento de la viruela "por el aire" hecho, según ellos, por los españoles, construyeron un fuerte junto al río Biobío, cerca del riachuelo de Relén, con hoyos, empalizadas, fosos y trincheras, como si lo hubiese levantado un ejército europeo profesional.

El Gobernador, enfermo de gota, llegó a Concepción después de un azaroso viaje por mar, enviando a su hijo Pedro y a su yerno Arias Pardo de Maldonado a destruir el fuerte. El 8 de diciembre de 1562 los jefes españoles hicieron desmontar a su gente para evitar problemas a la caballería con tanto impedimento colocado en el terreno y avanzaron con sus relucientes armas. Se trabó una lucha cuerpo a cuerpo, de largas horas de duración, en que los españoles obtuvieron la victoria gracias a sus poderosas armas, pero tuvieron que lamentar la pérdida de varios hombres y de numerosos caballos que dejaron amarrados para avanzar y que se los robaron los "conas", que se descolgaron por la retaguardia mientras se desarrollaba la batalla. Tanto Pedro como Maldonado resultaron heridos.

Derrota de Catiray. Los araucanos se retiraron al oriente de la cordillera de Nahuelbuta, cerca de su extremo norte del cerro denominado Catiray (donde había 200 soldados) y construyeron allí un fuerte cerca del Santa Juana, de los castellanos, en la cumbre de un cerro empinado, para obligar a los españoles a atacarlos en subida. Llamaron al fuerte "Lincoya", el cual amagaba también a Arauco y Angol. Además, hacían constantes provocaciones para atraer a la guarnición castellana fuera de los fuertes y emboscarlos, sin resultados.

Este "pucará" creaba serios problemas a los castellanos. Era, además, una tentación para atacarlo. Fue, en realidad, una construcción perfeccionada del modelo del fuerte de Quiapo. En materia de construcciones militares, el progreso había sido evidente.

Don Pedro "El Mozo", general de las fuerzas de Cañete, no pudo soportar apaciblemente la insolente presencia de los guerreros enemigos preocupados en fortificar su "pucará" y, en dos oportunidades, cargó contra ellos antes que finalizaran su construcción. Otras tantas veces los mapuches opusieron seria resistencia, por lo que los castellanos debieron retirarse sin comprometerse a fondo.

En la tercera oportunidad, en que nuevamente se sintió "tentado" por atacar, encontró la fortaleza ya terminada; pero, acercándose por la quebrada de Lincoya, atacó de frente el cerro de Catiray, con lo que esquivó las ciénagas protectoras que se extendían a sus pies. Esta vez la resistencia fue más dura; pero, al final, los mapuches se retiraron ordenadamente, escurriéndose por los faldeos, sorprendidos por el ataque frontal que no esperaban. Los vencedores destruyeron las fortificaciones antes de abandonar la posición.

Los porfiados "conas" volvieron al fuerte y empezaron de nuevo su construcción y, aún más, levantaron otros "pucarás" más avanzados de contención que casi llegaban a Cañete, con el objeto de que un nuevo ataque a su fortaleza principal llegase debilitado.

Esta vez, con el apoyo de 40 hombres aportados por el refuerzo de Gutiérrez de Altamirano, los castellanos lograron desalojar a los araucanos de sus posiciones avanzadas, al llegar a la cumbre y dominar la principal fortaleza.

Los nativos volvieron a su tenaz asedio, logrando cercar la plaza, que tuvo que ser auxiliada por el sobrino de don Pedro de Valdivia, Francisco Gutiérrez de Valdivia, "cabo" de Arauco.

Francisco de Villagra, que había regresado de su viaje a Chiloé, cuyo descubrimiento había sido su inspiración y casi le costó la vida por imprudente, autorizó a su yerno Arias Pardo de Maldonado para atacar a Catiray (su barco encalló en Chiloé en un temporal).

En el ataque, junto a 45 soldados y numerosos auxiliares, recibió un mazazo en la cabeza que le produjo un "tec", por lo que le quedó inmovilizada para toda la vida la mitad de su cuerpo, sin lograr su objetivo.

Los araucanos se daban cuenta que agotaban el poder militar español con estos esfuerzos y, a la vez, ganaban tiempo para que en la región de Arauco los "rehues" recogiesen las cosechas para el próximo levantamiento.

De todas maneras, viendo los mapuches que su fortaleza en el cerro era dominada siempre por los atacantes, a pesar de que se habían cuidado de no ser sorprendidos por la espalda como en Quiapo, decidieron construir un nuevo "pucará" en la parte baja o sea, antes de entrar a la quebrada, formada por cerros empinados. Imaginación bélica y aprovechamiento de la experiencia aplicada a la construcción militar. Maravilloso, por tratarse de aborígenes.

Aparentemente se trataba de un error, puesto que en un terreno llano la caballería haría estragos en las filas araucanas. Sin embargo, éstos habían concebido un nuevo procedimiento defensivo, cual era atraer a los jinetes castellanos hacía trampas tan perfectamente construidas que no podían ser observadas a pocos pasos.

El Gobernador ordenó un nuevo ataque para desbaratar a los porfiados enemigos. Para lograrlo envió, en enero de 1563, una fuerza considerable desde Arauco, consistente en 90 hombres y 500 auxiliares, al mando del maestro de campo Julián Gutiérrez de Altamirano, al que acompañaba el "César de Chile", Pedro Cortés de Monroy, conocido así por su gran capacidad para este tipo de guerra; además, iban numerosos jóvenes inexpertos deseosos de gloria, llegados del Perú. Por el espolón sur de Nahuelbuta bajaron la cuesta de Marihueñu, cayendo el 16 de marzo frente al fuerte araucano.

El examen de la nueva fortaleza llevó a Gutiérrez a desconfiar del ataque y proponer el retiro del campo, por falta de fuerzas para expugnar

el fuerte. Pedro de Villagra "El Mozo" y los jóvenes reclutas mestizos consideraron humillante hacerlo y exigieron la orden de asalto, que torpemente se dio, iniciándose un ataque frontal, lo que constituía un error, pues significaba dirigirse hacia las "trampas" que los esperaban. De todos lados surgieron guerreros ocultos y mimetizados con ramas y follaje que cayeron como fieras sobre los españoles, les infligieron una aplastante derrota y les hicieron huir desordenadamente.

Contribuyó particularmente al desastre la existencia de los profundos pozos cavados, que se convertían en una trampa mortal para los caballos y los propios infantes que eran rematados a lanzazos desde lo alto por una turba de vociferantes guerreros al grito de "¡Lape, lape!" (¡muera, muera!).

Estos pozos distrajeron gran cantidad de soldados que, preocupados de auxiliar a los caídos en ellos, disminuyeron la intensidad del ataque. Nadie quiso avanzar. No tenían la seguridad de no caer en un pozo y ser socorridos oportunamente.

Uno de los primeros en caer fue el licenciado Gutiérrez de Altamirano, que logró ser sacado del hoyo, muy lesionado. "El Mozo" Villagra, sin embargo, recibió una lanzada en la boca dentro de una trampa, desangrándose, sin poder ser auxiliado, quedando abandonado en el repliegue, siendo rematado por el cacique Talcamávida ("Montaña Tronadora").

Huyeron en desbandada los inexpertos soldados, unos hacia Angol y otros hacia Concepción, dejando en el campo más de 40 hombres y centenares de auxiliares muertos, con pérdidas de caballos y armas.

Cortés de Monroy, que se había opuesto al improvisado ataque, resultó herido de gravedad y pudo llegar dificultosamente a Angol.

El aguerrido Bernal del Mercado tuvo el triste privilegio de dar al Gobernador la noticia de la muerte de su hijo, desgracia que enlutó el alma del conquistador hasta el último día de su vida, sin poder reponerse del dolor de su pérdida.

El otro Pedro de Villagra, el primo de don Francisco, fue uno de los mejores tácticos que pasaron por esta tierra, el mismo que después de Tucapel y muerte de Valdivia se hizo cargo de la defensa del sur, de La Imperial y Valdivia, recién llegado del Perú. Por esas cosas del destino, tuvo que volver a hacerse cargo de la defensa del sur.

Las consecuencias del fracaso fueron moralmente desastrosas, solamente comparables con la frustración moral de los españoles después de Marihueñu, descalabros militares ambos que perturbaban la mente del Gobernador hasta su muerte ("Las heridas que no se ven, son las más profundas"). La derrota marcó el comienzo del alzamiento general de las tribus de Arauco.

Por otra parte, el prestigio de Villagra como autoridad había descendido vertiginosamente y las enemistades que había hecho a raíz del problema de las encomiendas fueron un obstáculo para que los colonos se decidieran a abandonar sus obligaciones para acudir en defensa del Reino. En estas condiciones resultó imposible montar una ofensiva de pacificación y las acciones tuvieron que limitarse a defender las plazas sitiadas.

Ataque a Cañete. Después del abandono de Tucapel, se esperaba en cualquier momento el ataque a Cañete, hasta que una noche se dejaron caer sobre ella fuertes contingentes de caballería araucana, que ya empezaban a usar con maestría como arma básica. Fue tan grave la embestida, que los castellanos lograron contenerlos con mucha dificultad, perdiendo la casi totalidad del ganado; murieron varios soldados y numerosos yanacunas, para quienes no había cuartel de parte del enemigo y eran espe-

cialmente buscados en la lucha cuerpo a cuerpo, por considerarles sus hermanos de raza como traidores al servicio del enemigo.

El Gobernador ordenó la inmediata evacuación de la plaza para concentrar sus fuerzas en mejores posiciones. A veces una retirada oportuna equivale a una victoria.

Silenciosamente los españoles abandonaron el fuerte amparados por la oscuridad de la noche, el que al día siguiente fue saqueado por las huestes de Colocolo y destruirlo.

Cañete siempre fue uno de los puntos estratégicos más apetecidos por los araucanos, quienes odiaban la presencia de esta punta de lanza en su territorio (ubicado al sur del Biobío).

La ciudad fue reconstruida por Rodrigo de Quiroga, en 1566, cerca del mar. En 1567 fue abandonada por Ruiz de Gamboa y en 1575 vuelta a reconstruir, para ser, una vez más, abandonada en la campaña del mestizo Alonso Díaz ("Pineñarco") en 1602. Su "currículum" es, pues, un verdadero rosario de reconstrucciones y destrucciones y... de vidas perdidas por ambos lados.

Asalto a Angol. Las triunfantes tropas mapuches se dirigieron disciplinadamente a Angol para iniciar la destrucción sistemática de las plazas de la zona. Esta posición era comandada por Miguel de Avendaño, deseoso aún de vengar la muerte de su hermano, pese a contar solamente con 35 soldados, apoyados por los infaltables auxiliares.

Los araucanos, al mando del viejo Colocolo, avanzaron en dos columnas separadas sobre su objetivo, lugar en que deberían concentrarse.

Siendo la mejor defensa el ataque, salió el decidido Miguel de Avendaño al encuentro de una de las columnas de los aborígenes que venían más adelante. Antes que llegase a la ciudad, eligió el terreno propicio para amagarla con su pequeño escuadrón de caballería, del que formaba parte Pedro Cortés de Monroy; éste había huido después de Catiray a Angol y se levantó de su lecho de enfermo a vender cara su vida, para lo cual hubo de ser ayudado a montar por la gravedad de sus lesiones.

Avendaño dividió su pequeña fuerza en tres secciones, lo que era bastante aventurado debido a que perdía potencia de ataque; pero sorprendió a la columna enemiga que avanzaba y descargó sobre ella una lluvia de flechas y fuego de arcabuces para ablandar y desarticular su fuerza, produciendo su natural desorganización, lo que aprovechó para dejarse caer de inmediato, y por tres lados, con su caballería y los entusiastas auxiliares. Fue un acto decidido y sumamente riesgoso, pero que le dio resultados imprevistos ("Marte odia a los que titubean". Eurípides).

Los araucanos, faltos de una acertada conducción, lejos de su mando, que al parecer venía retrasado, no tuvieron la capacidad para resolver el problema táctico; en vez de atacar en columna cerrada, se concentraron por su parte y atacaron al escaso número de adversarios, como lo habían hecho con éxito en Tucapel y Marihueñu, en forma coordinada y compacta; nuevamente aprovecharon las contingencias del terreno escarpado, dividieron sus fuerzas, avanzando en pequeños grupos, desarticulados entre sí, por un terreno apto y abierto para el despliegue de la caballería; con esto, su ataque perdió cohesión y fuerza, lo que no fue ignorado por el ágil ojo militar de Avendaño, que atacó las columnas disgregadas, sin permitirles concentrarse. Los mapuches fueron sorprendidos, pues esperaban llegar a Angol y atrincherarse en un "pucará" para lanzar, desde sus posiciones, ataques a la plaza, por lo que su marcha se convirtió, de hecho, en una embestida sin fuerza.

El escaso número de españoles luchó con tanto ardor que hizo que la batalla fuese intensa, de tal manera que la victoria era a ratos de uno y de otro bando. Finalmente los nativos se retiraron, ocultándose en el bosque para poder reorganizarse. El "toqui" demostró ser un experto general al escabullirse en la floresta sin permitir la persecución.

Angol sería trasladada más tarde a un sitio ubicado a dos leguas, a un lugar más seguro.

Defensa heroica de Arauco. Los hechos de Arauco revelan que en crisol de la raza se fundieron el heroísmo español y el arrojo de los mapuches, representados por la porfiada resistencia de los primeros y la tenacidad combativa de los últimos. El desprecio por la muerte, el espíritu guerrero, la inventiva, el empuje y el amor a la tierra se amalgamaron fertilizando la sangre que corrió por las venas de la nación que nacía.

Arauco fue cercado el 4 de febrero de 1563. Su ocupación y su destrucción estaban dentro del plan de guerra de los araucanos. Se calcula que algo más de 10.000 guerreros constituían el cerco mortal, al mando de Longonabal ("Cabeza de Tigre"). Por el lado hispano el mando español estaba a cargo de Pedro de Villagra, primo del Gobernador y del legendario Lorenzo Bernal del Mercado, llamado "El Cid".

Don Pedro había llegado con refuerzos de 130 hombres y, según otros historiadores (General Téllez), contaba la guarnición con sólo 100 hombres.

Villagra empleó la misma táctica que le había dado buenos dividendos en 1553 en la defensa de La Imperial, por medio de ataques esporádicos sobre puntos determinados para aprovechar situaciones favorables. Nadie se quedaba atrás, capitanes y soldados rivalizaban en coraje y arrojo. Dice el adagio que "capitanes avisados, hacen fuertes a sus soldados". Y es cierto...

La defensa se hizo detrás de altas murallas de "pica y medio de alto", con dos cubos en los extremos, donde se emplazó la artillería, consistente en siete pequeñas piezas de campaña.

Cuentan los historiadores que Antuhuenu ("Super Inteligente") desafió a Bernal del Mercado para hacerse acreedor del enorme prestigio de ser el sucesor del "Cid". Don Lorenzo, valiente y orgulloso, aceptó el reto, pues no iba a dejarse pasar a llevar por un insolente "indiaco". Miedo debe haber sentido, porque "hasta el más valiente tiene miedo de apagar la vela con los dedos", como dicen los españoles, pero... una pequeña mosca también es capaz de irritar a un león...

Al borde del cerro, Colocolo, arma y lanza en ristre, ante la expectación de ambos ejércitos, los dos emplumados caballeros se trenzaron en singular combate. Después de una lucha interminable, totalmente agotados, con las animales deshechos, fueron prudentemente separados por sus respectivos hombres cuando sus embestidas ya carecían de fuerza como para eliminarse.

Se saludaron los agotados paladines de la guerra, se alabaron mutuamente por su destreza y volvieron, molidos pero satisfechos, a sus respectivos campos.

No sería la primera ni la última vez que se produjeran estos retos. Recordemos que Caupolicán desafió antes a don García, pero, al parecer, para introducirle a su padrino como espía.

Al venírsele encima la avalancha humana después del singular combate, los sitiados lanzaron un ataque de caballería, que, luego de una cruenta lucha, si bien fue rechazado, lograron contener la ofensiva temporalmente, sin disminuir la presión enemiga.

Diestros en la construcción de fortificaciones, conocedores de sus ventajas en las batallas frontales y para crear un centro de ataque y aprovisionamiento, los nativos levantaron una fortaleza frente a la ciudad, con líneas de abastecimientos expeditas; para protegerse del fuego de arcabuces y cañones se construyeron refugios y fosos. Luego, terminada la fortaleza, en un oscuro amanecer lanzaron un nuevo ataque.

Provistos de escaleras y tablonés trataron de trepar los muros, mientras más de 100 guerreros provistos de palas y azadones abrían hoyos en las paredes. Los romanos, maestros del asedio, abrían boquetes con máquinas (arietes) en las murallas para penetrar en las fortalezas. Los mapuches hacían lo mismo, pero con herramientas menores.

Luchas cuerpo a cuerpo llevaron a los atacantes hasta los bordes de las almenas, en las que trataban de taponear las bocas de los cañones con barro y piedras. Intrépidos flecheros protegían a infantes portadores de atados de leña, que lanzaban encendidos contra los techos de las casas del fuerte. “¡Ava van! ¡Ava van! ¡Lane, Lape!...”, una lluvia de flechas encendidas caía sobre las construcciones de madera y paja. Los españoles contaron 170 mil flechas (Mariño) que les sirvieron para hacer fuego y alimentar sus caballos, por falta de forraje.

En las noches hicieron grandes fiestas y bailes desmoralizadores para los sitiados, celebrando anticipadamente la derrota de sus enemigos. Entre baile y empujar el codo, quedaron descuidadamente dormidos, momentos en que Bernal del Mercado cargó con 50 hombres montados, dejando gran mortandad entre los sorprendidos indígenas, que repelieron dificultosamente el ataque (Mariño de Lobera). Al retirarse los españoles, salido ya el sol, los nativos los persiguieron, creyendo que obtendrían la ansiada victoria. Volvieron grupas los diestros españoles y los desbarataron nuevamente.

Se volvió a afianzar el cerco y se animaron los “conas”, lanzando otra vez nubes de flechas encendidas sobre la ciudad, en la que, por dejación u olvido, no se habían retirado los techos de paja de las casas más expuestas al ataque.

El incendio adquirió grandes proporciones, por lo que los españoles descuidaron la defensa, preocupados de apagar el fuego; los atacantes penetraron, aprovechando el descuido, pero a robar los almacenes sin vigilancia, lo que permitió a los sitiados controlar la difícil situación desaprovechada por sus ofensores. Obviamente, una gran parte no hacía la guerra por odio, sino por amor a los bienes del enemigo que codiciaba ardientemente.

Entre lo sustraído de los almacenes se contaban varios arcabuces y un cañón, lo que era de bastante cuidado.

Los bárbaros obligaban a los prisioneros a hacer funcionar estas armas robadas y disparar contra sus propios camaradas, amenazándolos de muerte si no lo hacían o, incluso, cuando erraban el tiro. Por fortuna para los hispanos, nunca un “polvorero” reveló la fabricación de la pólvora, pese a existir en el terreno elementos para hacerla. La química les fallaba decididamente a los mapuches.

Pensaron los nativos que los sitiados iban a aprovechar la oscuridad de la noche para huir y en vez de lanzar nuevos ataques, distrajerón alrededor de 1.000 “conas” en cada camino de acceso a la ciudad, lo que favoreció a Villagra dándole tiempo para tapar los grandes hoyos de las murallas por donde los asaltantes le habían sustraído nada menos que el cañón...

Siguieron los ataques y contraataques, entre puñaladas, mazazos, estocadas, lanzazos, golpes de mano, de macana, balazos, pedradas, lamentos y sangre. Siempre sangre corriendo por el suelo para fertilizar con su polen la flor naciente de la nueva raza...

Habían caído más de 400 guerreros y la lucha no se definía.

Después de varios días de combate el 18 de febrero los araucanos alzaron el sitio, posiblemente para cosechar el maíz. Petehuelén ofreció las paces (para rehacerse), la que, aunque con desconfianza, fue aceptada por los españoles. Villagra aprovechó el respiro; viendo los caminos abiertos, con algunos hombres se dirigió a Concepción a buscar refuerzos y provisiones. Jamás regresó a su base, porque el Gobernador no lo autorizó para hacerlo. El hecho cierto es que el Gobernador no tenía recursos para ayudar a los sitiados. Don Pedro solicitó entonces el abandono de Arauco, medida que, por razones de orden político, don Francisco se negó a aceptar y postergó por ello la evacuación hasta mediados de julio. Abandonar una ciudad del rey era ponerse la sogá al cuello... ¡A veces para huir se necesitaba mucho valor!

Don Francisco estaba tan mal (murió el 20 de junio de 1563) que tuvo que asesorarlo D. Pedro, quien asumió al mes siguiente.

Se reinicia el ataque. A fines de marzo terminó la recolección de las cosechas y los araucanos volvieron, a principios de abril de 1563, a sitiar Arauco, deseosos de "matar el chuncho" y continuar la guerra. Esta vez se colocaron lejos del alcance de los molestos cañones, mejorando las condiciones de seguridad del fuerte anterior, para lo cual cavaron trincheras, hasta menos de 150 metros de la fortaleza, protegiéndose con gruesos tabloncillos "antiarcabuces". Mandaban las fuerzas "Cabeza de Tigre" y el propio Petehuelén, ya olvidado de las "paces", con 5.000 hombres divididos en tres agrupaciones, uno al mando de cada uno y el último bajo la dirección de Urilemo. El cerco, según Mariño, duró 45 días, después de los cuales fueron reforzados por otros 3.000 "conas" de Colocolo. Nadie se atrevía a flaquear delante del cacique, cuya sola presencia infundía valor y confianza en el triunfo.

Convencidos de que anteriormente habían cometido el error de no cortar el agua a los sitiados, los araucanos fortificaron el paso a una laguna formada por un riachuelo de donde los españoles obtenían ese elemento, por lo que se produjeron diarios encuentros en los intentos de proveerse del líquido. Luego, echaron al agua los cadáveres, los cuales, al pudrirse, la hicieron putrefacta e intomable... pero los españoles se la tomaban igual. Al final los bárbaros desviaron el riachuelo, con lo que demostraron una inteligencia guerrera extraordinaria. Dice al respecto el General Téllez: "Conocían y aplicaban las principales reglas de la estrategia, se había creado una táctica propia, usaban las armas entonces modernas casi tan bien como sus adversarios... Era extraordinario en un pueblo completamente salvaje".

Los mapuches recurrieron, ahora, a la guerra "psicológica", tan de moda en los actuales tiempos, con lo que demostraron su inagotable fertilidad de recursos. Para derrumbar moralmente a los españoles les notificaron de viva voz que habían asaltado y destruido Concepción, lo que significaba quedar con la retaguardia cortada y entregados a lo que pudiesen recibir por mar, lo que era prácticamente imposible porque no había barcos para comunicarse o abastecerse. Lo que más intranquilizó a los españoles fueron las cabezas de soldados ensartadas en las lanzas y que exhibían como de combatientes derrotados en Concepción, con las que danzaban frente al fuerte. Colocolo increpó a Bernal porque no tenía

mujeres en el reducto. ¿Cómo iban a tener hijos? Bernal respondió que con las araucanas, y el "toqui" furioso por la ofensa, volvió a los suyos mascando su rabia...

Las acciones se reanudan el 5 de abril. Los atacantes tenían ahora en su arsenal un cañón que emplazaron contra los sitiados, junto con el fuego de numerosos arcabuces ganados en el encuentro anterior. Sin embargo, resultaba evidente que esta vez no tratarían de expugnar la fortaleza mediante inútiles asaltos sangrientos, sino que la rodearían para hacerla caer de hambre y sed.

El alcázar de Arauco. Bernal del Mercado, "cabo" en ausencia de Villagra, era demasiado ducho en el arte de la guerra y en las artimañas de los "indios" para dejarse convencer fácilmente. Se dio cuenta cabal, eso sí, que el sitio iba a ser largo, por lo que impuso en el campamento una política de guerra, racionando los alimentos y en especial el agua, que ahora se extraía escasamente de un pozo que se hizo dentro del fuerte.

Como una medida desesperada para disminuir las bocas que debía alimentar, con una crueldad que no puede justificarse, a menos que pensemos, mezquinamente, que la muerte del vecino es más aceptable que la nuestra, echó violentamente fuera del fuerte a todos los indios auxiliares, que hasta el momento habían sido sus más fieles aliados y que luchaban codo a codo con ellos, los que fueron rápidamente masacrados por los mapuches, sus odiados enemigos, a vista y paciencia de los castellanos.

El único camino para sobrevivir era la rendición, pero esta vía no se concilia con el natural orgullo de la raza y la seguridad del triste destino que deparaba a los vencidos...

Llegó el otoño y los refuerzos no aparecieron... Los sitiados se habían convertido en verdaderas "almas en pena". La sed se calmaba bebiendo el asqueroso orín de los caballos y la podredumbre se olía en todas partes debido a la muerte de más de 80 animales, por falta de agua. Las bestias se alimentaban con las flechas que caían dentro del fuerte y estaban convertidas en huesos forrados en piel. Al hambre se asociaron las enfermedades y cuando ya toda resistencia parecía imposible, a fines de mayo cayó una lluvia torrencial que levantó los ánimos, pues permitió a los sitiados proveerse abundantemente de agua. ("Se abrieron las cataratas del cielo...". Génesis). ¡No cabe dudas que San Isidro era español! (Patrón de Madrid y de los labradores. Su fiesta se celebra, precisamente, el 15 de mayo).

El hecho no pasó inadvertido a los sitiadores, lo que afectó seriamente su ánimo. Aún más, se les vino encima un crudísimo invierno, como pocas veces se había visto y el hambre empezó a azotar en sus filas, pues habiendo descuidado las siembras por hacer la guerra, no tenían reservas alimenticias por falta de cosechas.

Intempestivamente, a fines de junio (según otros historiadores, a fines de mayo), una desastrosa epidemia de disentería redujo peligrosamente sus batallones, ya diezmados por la viruela, que afectó a la población entre los años 1561 y 1563, de cuyos efectos aún no se reponían. El 30 de junio abandonaron el cerco.

Las aflicciones de los hispanos no terminaron allí, pues carecían de recursos para sostenerse sin alimentos, ropas, etc. Finalmente, un buen día, al terminar la misa, después de hacer rogativas por un pronto auxilio, divisaron, milagrosamente, las velas de los barcos que llegaban de Concepción con instrucciones de evacuarlos. Los sitiadores se retiraron prudentemente.

Se desmantelaron los cañones y se embarcó, secretamente, todo lo que se pudo, dejando atrás el recuerdo de tantos heroicos compañeros caídos en combate, cuyos restos escondieron en la floresta para evitar su profanación.

Mediaba julio cuando los últimos soldados abandonaron el fuerte. Bernal del Mercado, con 75 hombres montados, se dirigió por la peligrosa ruta de Nahuelbuta hacia Angol, demostrando una temeridad extraordinaria. Cuando la tropa alcanzó la primera loma, volvieron la mirada, contemplaron cómo la ciudad abandonada era incendiada y saqueada por los mapuches que no querían rastros de los odiados "huincas" (15 de julio). Dos días más tarde llegaron agotados y maltrechos a Angol, pasando ríos, montañas y bosques en medio de lluvias y barro. Era la guerra...

Los araucanos quedaban dueños del litoral. Habían reconquistado la tierra de sus "pillanes".

La crudeza del invierno y el agotamiento de los aborígenes contribuyeron a salvarlos, y cuando fueron alcanzados por sus seguidores al llegar al río Tobolebo, los castellanos cargaron sobre ellos, haciéndolos huir después de una dura lucha. Los fugitivos perdieron un hombre que pereció ahogado antes de llegar a su destino, Angol.

Arauco fue, también, una de las presas codiciadas por los araucanos, que no podían concebir un fuerte dentro de su territorio.

Arauco viejo fue trasladado a su actual ubicación (desde San Felipe de Arauco) por Alonso de Sotomayor, en 1590. Primero estuvo a orillas del mar, en terrenos cedidos por el cacique Colocolo (hijo). Seis años más tarde fue cambiado por Oñez de Loyola y a su muerte fue destruido (1598). Alonso de Ribera lo reconstruyó en 1603 y la destruyó Pelantaro en 1655. Angel de Pereda volvió a reconstruir la fortaleza en 1662 y nuevamente en 1673, por el Gobernador Henríquez, siendo duramente atacada en los levantamientos de 1723 y 1766. ¡Fue una posición clave y una ciudad mártir!

Muerte de Villagra. El Gobernador, agobiado por su cruel enfermedad, tuvo que soportar "su poca ventura porque todo lo hacía mal", al decir de Góngora Marmolejo, como, asimismo, la intransigente actitud del padre Gil González en defensa de los "indios", el permanente estado de alarma y derrotas consecutivas de sus fuerzas, la hostilidad de las tribus de Araucanía, la pérdida de Tucumán en manos de los indígenas, al otro lado de la cordillera y la prematura muerte de su hijo. Todo lo anterior le hizo entregarse, al final, en las manos de Pedro de Villagra, que trató de salvar la conquista, postergando sucesos que eran inevitables. El reino, falto de recursos, abandonado por el Rey y la Corte, simplemente no daba más...

Falleció el 22 de junio de 1563 cubierto de honra y prestigio, pero sin una "perra flaca" (como llamaban los españoles a su moneda menuda). Con él desaparecía del panorama de Chile uno de los conquistadores de Valdivia, "un valiente y prudente" capitán, como lo calificó Mariño de Lobera. Se le enterró en el monasterio de San Francisco, Concepción. Pocos días después murió su mujer, doña Cándida de Montesa. ¿Dónde estarán sus restos...?

El epílogo de la historia. Lo que nos dijeron los historiadores fue que Villagra tuvo la mala fortuna de experimentar en carne propia los evidentes progresos militares de los mapuches en la década de 1553 a 1563, en que, asombrosamente, asimilaron el arte de la guerra, sin que la

Corona ni el Virrey proporcionasen los elementos, ni el dinero, para contrarrestar tan brillante evolución bélica de los bárbaros.

Villagra tuvo que batirse echando mano de lo poco que quedaba del, en otra época, potente ejército de don García Hurtado de Mendoza, al que se lo había tragado la tierra; muchos habían regresado con don García, desilusionados; otros quedaron convertidos en colonizadores en Chile y al otro lado de la cordillera; muchos otros sembraron con sus restos los verdes campos de batalla, por lo que restaban no más de 250 hombres desmoralizados y sin fe en la victoria ("A la guerra me lleva mi necesidad; que si tuviera dineros, no fuera de verdad". Cervantes).

CAPITULO DECIMO

INTERINATO DE PEDRO DE VILLAGRA (1563-1565)

Primo del fallecido Gobernador, era un magnífico militar de la talla de don Pedro de Valdivia, pero mejor táctico que él, de los que pocas veces se vieron en América, excepción hecha, desde luego, de Bernal del Mercado, Alonso de Sotomayor y Alonso de Ribera. Había participado en la conquista del Perú, pero era un "honorable desconocido" en la Corte. Otros historiadores, como Jerónimo de Quiroga, lo suponen hermano de don Francisco. Vino a Chile con Valdivia y fue su maestre de campo (1544).

Don Francisco hizo uso de una provisión concedida por el Virrey Conde de Nieva, del 17 de agosto de 1562, la que lo facultaba para designar sucesor. Don Francisco, viejo y enfermo, quería asegurar su sucesión, para lo que había convencido a su pariente para que viniese a Chile, siendo un progresista encomendero en el Perú, a donde había regresado en 1556. Volvió en 1561 a Chile.

La elección no pudo ser mejor, pues nadie llegó a conocer tan bien como don Pedro los problemas militares de la colonia, aunque la resolución ofendió a Rodrigo de Quiroga y a sus seguidores.

El alzamiento. La rebelión se había extendido más al norte del Bío-bío, hasta los márgenes del Itata, tomando la Isla del Laja, pues las tribus jugaban a ganador y las continuas derrotas castellanas las tenían envalentonadas.

Tan pronto se hizo cargo del mando, el nuevo Gobernador interino analizó la situación, llegando a dos claras conclusiones: no tenía fuerzas suficientes y del Perú nada podía esperar; por otra parte, era evidente que los sublevados estaban amenazando la retaguardia, para aislar Concepción en un gran movimiento envolvente, ya iniciado al llegar al Itata.

Medidas de emergencia. La más elemental prudencia ordenaba reagrupar las pocas fuerzas con que contaba, creando dos polos defensivos en Angol y Concepción, hasta donde llegó Bernal del Mercado con 40 hombres después de dejar otros 34 en Angol. El Gobernador pudo disponer así, de una fuerza de 200 hombres concentrados en la principal plaza del sur y una posición reforzada en Angol (90 hombres). Desde todo punto de vista, una situación militar desesperada. Se hacía necesario movilizar hasta el último hombre disponible.

Sin embargo, no pudo contar con la ayuda que se precisaba, pues su natural tendencia a favorecer a los indígenas lo hizo dictar normas prohibiendo su explotación por los encomenderos, de tal manera, cuando se llamó a las armas y a participar en la defensa del sur, nadie quiso mover un dedo, ya que, en el fondo, veían en el desastre de don Pedro su eliminación para deshacerse de la pesada carga de sus imposiciones pro indígenas.

Asalto del Itata. Con la intención de proteger la retaguardia, el Gobernador envió al Capitán Francisco de Vaca a cortar las fuerzas al mando del "toqui" Loble, que avanzaba a la cabeza de 300 "conas", amenazando las comunicaciones. Detrás de Vaca envió un refuerzo, con el temor de que las fuerzas no fuesen suficientes para cumplir la misión encomendada.

Loble, conociendo la aproximación del refuerzo, decidió atacar separadamente ambas divisiones.

Villagra había prohibido a Vaca atravesar el Itata para evitar su aislamiento y hacer más difícil su socorro, orden que, lamentablemente para los castellanos, fue desobedecida.

El 15 de enero de 1564, Loble se dejó caer concéntricamente con cinco escuadrones sobre la orilla derecha del Itata, ante lo cual el capitán hispano, para evitar el cerco, contuvo a las columnas que avanzaban a su frente e inició la retirada que le costó cuatro hombres y numerosos heridos, con grandes pérdidas entre los "puconas" (auxiliares).

Loble, rápidamente, movió sus fuerzas y cortó la retirada a Vaca por la espalda.

Imposibilitado para recruzar el río y teniendo el enemigo su parte más débil por su espalda, Vaca rompió el cerco por el norte y huyó hacia Santiago, donde, sin embargo, no logró convencer a los tozudos encomenderos de la necesidad de socorrer Concepción. Para ellos la caída de Villagra, felizmente, se aproximaba.

El audaz "toqui" había conseguido su objetivo: separar las fuerzas enemigas y aislar Concepción definitivamente.

Asalto de las vegas de Andalién. Preocupado Villagra, determinó retirar parte de las fuerzas de Angol para reforzar con 40 hombres la posición de Concepción, con lo que se rehízo de la pérdida de Vaca. Se notaba la agilidad en el mando, propia de su fértil imaginación. Para iniciar la operación envió una patrulla de 12 hombres a dicha plaza al mando del Capitán Juan Pérez de Zurita, con encargo de evitar encuentros con los mapuches.

Pérez cumplió la primera parte de su empresa, pero al regresar, ya cerca de su destino, en las vegas de Andalién, en las cercanías que separan la nueva ciudad del lugar en que estaba la vieja, salieron de los matorrales en que se habían emboscado, ocultándose mimetizados con el follaje (técnica conocida ya por los mapuches), multitud de guerreros vociferantes al mando de Millalelmo ("Veta de Oro"), que con sus ensordecedores gritos de "¡AVA VAN!" casi no dejaban escuchar el sonido vibrante de las trompetas de órdenes de los araucanos (22 de enero de 1564).

Tomados por sorpresa, los españoles se desorganizaron en un primer momento, pero reaccionaron rápidamente. Compensaron su escaso número con la destreza en el uso de sus armas de acero, logrando, así, superar la situación con pérdida de 4 hombres y 120 caballos que traían. Reagrupados en forma dispersa, los soldados trataron de huir en la única dirección que les brindaba el enemigo, hacia el norte.

La condición del Gobernador en Concepción se agravaba con la pérdida de los doce hombres de Zurita y de alrededor de 40 soldados retirados de Angol, plaza que, a su vez, quedaba expuesta, sin contar con la pérdida de los "puconas" y del bagaje que traía el confiado Pérez de Zurita, que no paró hasta llegar a Santiago... Sus voces de alarma no dejaron de preocupar a las personas cuerdas.

Si los mapuches no hubiesen sido tan codiciosos de las pertenencias españolas, en especial armas, ropa y cabalgaduras, posiblemente el ataque habría sido más concentrado y efectivo y las consecuencias más graves para los castellanos.

Una vez más el egoísmo y mezquindad incubados por las rencillas españoles llevaron a los encomenderos a no prestar rápida y eficiente ayuda al Gobernador, cuya suerte no les preocupaba. Los bandos en pro y en contra de Villagra ya estaban lanzados en una campaña de desprestigio que los haría irreconciliables, al extremo que los rumores de la discordia llegaron a la Corte; tanto unos como los otros, como veremos, sufrieron las consecuencias de su torpe intransigencia. El rey se formó el convencimiento de que en Chile sólo había capitanejos y nadie era capaz de solucionar los problemas de la guerra, por lo que impuso otro gobernador que no gustó a nadie.

Nuevo asalto a Angol. Las borracheras que siguieron a los éxitos obtenidos envalentonaron a los aborígenes que, se decidieron intentar nuevamente la conquista de Angol, muy desgarnecida; para ellos era el punto estratégico que unía las comunicaciones entre Concepción y el resto de las ciudades del sur.

El "toqui" Illangulién cercó la ciudad, levantando un nuevo "pucará" con empalizadas y fosos, dentro del cual se ubicaron más de 2.000 "conas".

El mando castellano estaba descabezado en Angol, por haberse ausentado su "cabo" Pérez de Zurita. Sin embargo, quiso la buena estrella hispánica que estuviese en la ciudad, reponiéndose de sus heridas y de su agotamiento del sitio de Arauco, nada menos que el legendario Bernal del Mercado, que tenía tierras en la región y cuyos trabajos atendía personalmente.

No pudo sustraerse a los ruegos de los pobladores, ni dejar pasar que estaba en peligro su propio prestigio, por lo que aceptó hacerse cargo de la defensa de la plaza.

Logró reunir 50 soldados, dispuestos a todo, entre ellos al no menos famoso Pedro Cortés de Monroy, sobreviviente del desastre de Catiray y del anterior asalto a Angol. Sus condiciones guerreras estaban a tan mal traer con tantos macanazos recibidos, que, en el momento del combate, tuvo que ser ayudado a montar en su caballo. Había, además, alrededor de 400 "puconas" que desconfiaban de Bernal por sus despóticas actitudes y no le perdonaban el cruel sacrificio de sus hermanos en Arauco, muchos de los cuales se plegaron al bando mapuche.

Del Mercado hizo practicar varios reconocimientos, para observar el terreno, tantear las posiciones enemigas y buscar sus puntos débiles.

Por su parte, los mapuches esperaron a los castellanos en su "pucará", tentándolos para atacar. Sin embargo, el ladino español, que harto sabía de guerras con indígenas, no picó el anzuelo y se retiró.

Los mapuches esperaban refuerzos, pues sus fuerzas eran aún escasas para intentar la empresa, pero se entusiasmaron con el repliegue hispanos y avanzaron su "pucará" más cerca de Angol, hasta donde llegó nuevamente Del Mercado. Otra vez se convenció que la posición era inexpugnable y no se decidió a atacar, volviendo a retirarse.

Como en un juego mecánico, las tropas de Araucanía volvieron a avanzar sus posiciones, estrechando el cerco, de modo que, al final, los castellanos quedarían encerrados en la plaza. Pero ahora se adelantaron hasta el río, frente al cual se ubicaron, sobre una pequeña colina y esperaron que volviese el capitán español a observarlos y a recoger sus líneas.

Esta vez le falló el cálculo al cacique, pues, sin darse cuenta, se había metido en su propia trampa, ya que había cortado cualquier camino a una posible retirada, para quedar encajonado entre los españoles y el río. Del Mercado no dejó de observar la crítica situación de sus enemigos y decidió explotarla antes que llegasen los refuerzos, cuya presencia a cortas jornadas ya conocía.

Llegan los socorros de Villagra. El Gobernador, conociendo la debilidad de las fuerzas de Angol y no queriendo perder la posición, se movió hacia Hualqui, antes que los indígenas atacasen Concepción en cualquier momento.

Por "lenguas" que había cogido, sabía dónde se encontraban las fuerzas enemigas y el avance de Loble sobre Angol. Esto permitía un pequeño respiro a Concepción, por lo que se atrevió a salir hacia Hualqui para atraer a sus seguidores.

Sabiéndose observado, dividió secretamente sus fuerzas en dos y simuló embarcar una con mucha pompa y ruido, como para hacerse notar. Luego, fingió un ataque con la división que tenía, retrocediendo al ser contraatacado. Los ansiosos mapuches corrieron desordenadamente y en masa tras ellos, pues creyeron consumada la victoria y fácil presa a sus enemigos. Pero en esos precisos momentos la segunda agrupación apareció por la espalda de los atacantes al mismo tiempo que salían del fuerte los presuntos derrotados tomándolos por dos frentes; ¡este Villagra era cosa seria como soldado!

La lucha fue dura y heroica y, después de un largo y agotador combate, se salvaron aquellos que lograron quebrar el cerco; pero quedó un gran número de muertos y prisioneros.

Los caciques principales fueron ahorcados de inmediato, al mismo tiempo que la situación en Concepción se aliviaba un poco y permitía el envío de un pequeño refuerzo a Angol, que harto lo necesitaba en momentos angustiosos. Pero las fuerzas de la primera se redujeron a cerca de 100 soldados.

Bernal del Mercado ataca. Reforzado el campo español, queriendo aprovechar Del Mercado la situación desmedra, inadvertida por Illangulién, en que se encontraban los mapuches, atacó de improviso, cuando el enemigo no lo imaginaba, pues esperaban el refuerzo de Loble que no llegaba y sorprendió a los "indios" desprevenidos.

La empresa no era simple, pues la fortaleza mapuche de piedra y barro los protegía de cualquier ataque, con parapetos, fosos y empalizadas.

Del Mercado planificó su ataque en base a cortar los flancos a los enemigos, controlando el acceso al río por ambos costados, con lo que dejó a los que retrocedieron bajo el fuego de sus armas, al mismo tiempo que atacaban de frente con arcabuces y más de 500 "puconas" sedientos de sangre.

Como la estrechez del camino dificultaba el uso de la caballería, el capitán hispano, como lo haría otras veces, la hizo desmontar (medida que en Andalién había salvado a Valdivia de sus primeros encuentros con los "indios", según recordaremos), de tal manera que la primera etapa del combate fue a pie, con ataques de lanzas y adargas, por el frente.

Los mapuches, al verse encerrados, vendieron caras sus vidas y pelearon como fieras acorraladas. Cuando cedió su defensa y los españoles empezaron a entrar al recinto, Del Mercado hizo montar sus jinetes e inició una despiadada persecución hasta el río, que se convirtió en

una carnicería que costó más de 600 bajas a los valientes "conas", entre ellas la muerte del valeroso Illangulén, incluyendo los prisioneros, que fueron ahorcados y muchos mutilados.

Según cuenta Góngora Marmolejo, los "indios" se daban ánimo en la batalla tocando estruendosamente sus trompetas, lo que recuerda las costumbres de las fuerzas chilenas que en 1879 entraban al combate al son del Himno de Yungay y fanfarrias.

Una vez más Angol se había salvado milagrosamente después de largos meses de asedio. La ciudad recibió al esforzado capitán cubriéndolo de gloria (bien merecería Del Mercado que una arteria de Angol llevase su ilustre nombre)...

La situación en Concepción. Pocas veces la conquista había estado expuesta a perderse al quedar la plaza defendida por menos de 100 soldados y 1.000 leales auxiliares, frente a un peligroso alzamiento que comprendía a los "promaucaes" del Maule al Biobío.

Hombres, mujeres y niños, incluso el propio Gobernador, se dieron a la agotadora tarea de reforzar las defensas, levantar un fuerte y dejar expedito el paso al mar.

Los hechos se desencadenaron cuando al amanecer de un día se cubrieron las colinas con un ejército de 11 mil hombres, según los historiadores, que posiblemente no excederían de ocho mil, que hizo comprender a los hispanos que no era posible resistirlos a campo abierto, por lo que deshabitaron la ciudad y se refugiaron en el fuerte que acababan de construir. Las tropas cubrieron la ciudad abandonada.

Los indígenas, como era su costumbre, a la vista de los españoles, empezaron la edificación de un "pucará"... La suerte estaba echada, gracias a la indolente actitud de los "quiroyguistas", contrarios a Villagra, de negarle socorro.

El 4 de febrero se inició el ataque; Villagra perdió la iniciativa y hubo de limitarse a defender desesperadamente la ciudad y retroceder lentamente hasta la fortaleza.

Durante dos meses se luchó fieramente. Los aborígenes avanzaban provistos de escaleras, alcanzaban las almenas, trepaban sobre las paredes y los castellanos acudían a todas partes lanzándolos fuera; sangre, muerte, juramentos..., nadie sabía si al día siguiente estaría vivo o si su corazón palparía en la boca sanguinolenta de un cacique...

El capítulo cruel y feroz de Arauco se reeditó nuevamente. Todo estaba perdido. No había posibilidades de auxilio y las tribus se iban plegando al vencedor. Los hombres miraban a sus mujeres con la desesperación de verlas en los brazos de un ebrio bárbaro y a sus pequeños hijos convertidos a temprana edad en "indios" o en prematuras convivientes de un bestial guerrero... Era preferible morir peleando antes que soportar la pena y vergüenza de la degradación moral y física.

Pero...

Sin embargo, un hombre que sabía mucho de mapuches y que había hecho la campaña con Valdivia, comprendió que el extraño abandono de las tierras significaba la emigración de los indígenas atraídos por el botín, absortos de la guerra. Juan Jufré, rico encomendero de la zona central, con un pequeño grupo de soldados, se dio a la tarea de arrasar los sembrados de los indios ausentes y con un enjambre de auxiliares codiciosos de la presa, con una crueldad calculada, procedió a capturar las mujeres de los guerreros "promaucaes" que estaban en el frente.

¡Toda una acción de "comandos" en la retaguardia enemiga!

La noticia no tardó en llegar con caracteres alarmantes al campo mapuche que asediaba Concepción. Claros síntomas de rebeldía y deserción empezaron a ser notados por los comandantes araucanos, lo que les hizo comprender que era necesario hacer un último y supremo esfuerzo para doblegar la porfiada resistencia, antes que sus tropas desertaran en masa para ir en auxilio de sus "rehues", en protección de sus mujeres e hijos.

Se lanzó el último ataque en masa, con 4 columnas que atacaron por todos los frentes y esta vez la lucha fue más salvaje. Se distinguió por su empuje, la columna central, que era la más fuerte y contra la cual, desde luego, los castellanos concentraron su defensa, que fue tan tenaz, que llegó un momento en que ésta flaqueó y tuvo que retirarse para reagruparse, movimiento que las demás inquietas columnas interpretaron como repliegue y se retiraron ordenadamente.

Sonaron las trompetas y el ejército abandonó lentamente el campo, sin ser perseguidos, simplemente porque los españoles no tenían ya con qué organizar una persecución.

Concepción se había librado por un milagro, según los sitiados; pero el santo milagroso se llamaba "Jufré"... y no lo sabían. Con un grupo de soldados desbarató la ofensiva. Lo más curioso fue que la desbarató sin haberse presentado al campo del combate. Esto demuestra que una buena acción de comandos en la retaguardia puede ser decisiva.

Situación en Santiago. Es obvio que lo primero que pensó hacer Villagra, una vez superado el problema de Concepción, fue trasladarse a Santiago a poner las cosas en su lugar, frente al inminente desastre a que lo habían expuesto sus subalternos. Allí encontró a los encomenderos francamente rebeldes, que le demostraban su menosprecio.

Recurriendo a su autoridad y a los pocos amigos que le quedaban, logró reunir, a fines de enero de 1565, una pequeña fuerza de 112 hombres y alrededor de 700 auxiliares, con los cuales partió al sur a salvar las ciudades amenazadas, dejando atrás las rencillas de la capital. La Historia se repetía. Don Francisco había hecho lo mismo después en Marihueñu.

Desde que partió, sus pasos fueron seguidos silenciosamente por los mapuches que controlaban sus movimientos.

Segunda batalla de Reinohuelén. Alarmados los aborígenes con tanto despliegue militar, empezaron a "correr la flecha" para atacar a sus enemigos. El entusiasmo nativo era evidente y todos se sintieron capaces de echar a los "huincas" de sus tierras.

Esta vez los "promaucaes", envalentonados con el éxito de las tribus del sur del Biobío, decidieron defender el Maule. Creyeron que era tentadoramente fácil luchar contra los castellanos que iban de mal en peor, notoriamente desmoralizados y divididos.

Anteriormente estas tribus se habían aliado con los araucanos para actuar contra los incas, en 1537 contra Gómez de Alvarado en tiempos de Almagro y en Quilacura, contra Pedro de Valdivia. Si los "promaucaes" andaban del brazo con las tribus de Araucanía, era obvio que estaban alzados y esperaban el momento oportuno para dar el zarpazo. Esta vez, esperaban el refuerzo de sus aliados que avanzaban al mando del Loble, aceleradamente. Este era el mismo veterano de la guerra que había luchado junto a Millalelmo en Concepción y al que Illangulién esperó inútilmente en Angol. Al parecer, el "toqui" tenía serios problemas en sus lentos desplazamientos.

En 1537, en este mismo sector, los "promaucaes" y sus aliados habían derrotado a Gómez de Alvarado. Rápidamente construyeron un "pucará" a unos 20 kilómetros al oriente de la actual Linares.

En la ribera norte del Maule se juntó a los castellanos Pedro Fernández de Córdoba con unos 40 soldados y 200 auxiliares.

El Gobernador envió primero un escribano a intimar rendición a los indígenas, del que éstos se rieron en sus narices. Fue una formalidad para descargar la conciencia.

El comandante español aquilató la situación del fuerte enemigo y, luego, desplegó de frente a sus 700 "picunches" amigos, ya que los costados estaban protegidos por el río por un lado y por el otro, por unas ciénagas inabordable.

Para los "promaucaes", más guerreros que sus atacantes, éstos fueron "pan caliente" y rápidamente los desbarataron con elevadas pérdidas.

El día 18 de febrero volvieron los hispanos, siendo recibidos por una nube de flechas que se estrellaron contra los cueros de vaca endurecidos que llevaban los auxiliares de avanzada como protección. Los españoles también aprendían en estas guerras...

Como acostumbraba hacerlo cuando el terreno era difícil para el uso de la caballería, Villagra hizo desmontar a sus hombres e inició un ataque que, recordaremos, salvó una vez a Valdivia en su primera incursión por Concepción. El "erizo" de 100 auxiliares, 30 arcabuceros y 20 piqueros empezó a avanzar y a abrir camino, al mismo tiempo que por el ala derecha e izquierda avanzaban 200 auxiliares, afianzados por la caballería. Otros 100 auxiliares formaban la reserva.

El encuentro fue violentísimo, ya que los "promaucaes" gozaban del beneficio de la lucha defensiva, lo que demanda al atacante, por lo general, una potencia superior. Las cosas se pusieron oscuras cuando la embestida declinó y Gómez de Lago cayó en un foso e instó a los soldados a retirarse, cosa que habrían hecho de no llegar en esos momentos precisos el propio Villagra a dar contraórdenes de seguir atacando.

Seguramente los castellanos habrían perdido el combate a no ser por el tesonero esfuerzo de don Pedro que, conocedor de las tácticas mapuches, siendo especialista en "pucará", logró ubicar el vado o camino oculto bajo el agua, que habían dejado los indígenas para atravesar el foso y comunicarse con el otro lado (especie de puente bajo el agua empleado por los rusos en la Segunda Guerra Mundial para cruzar los ríos). De este modo logró meter una "cuña" al otro lado del foso, que tomó a los defensores por la espalda, con lo que la defensa se derrumbó y permitió la entrada de los hispanos al fuerte. Según Góngora, más de 700 "promaucaes" perdieron la vida, macabra labor que debe atribuirse, en gran parte, a los "picunches" que los odiaban. Villagra había logrado evitar la conjunción de fuerzas con las de Loble que avanzaba con un poderoso ejército "araucano", gente más aguerrida que los "promaucaes".

Pareciera ser que este Loble fuese un "toqui" fronterizo o sea, al mando de tropas selectas y belicosas que recibían paga de parte de los caciques comprometidos en guerras por apoyarlos; en compensación recibían perros, caballos, chucherías y alimentos. Por lo menos a este incansable "ülmen" lo encontraremos a cada rato, en todas partes, siempre luchando. Ahora lo hacía más allá de la frontera norte de Araucanía.

Batalla de Tolmillín. Siguiendo en su avance, las fuerzas de Villagra en las orillas del Itata dieron repentinamente con una fuerte agrupación mapuche de unos 1.000 hombres, en las proximidades del pobla-

do de Tolmillán ("tol" o "trol", ruido de las olas y "millán", oro). Esta vez la tradición la dejamos al gusto del lector...

Eran nada menos que las avanzadas de Loble que llegaba con bastante retraso en apoyo de la posición de Reinohuelén.

Los sorprendidos mapuches se refugiaron entre los pantanos, pero fueron cercados por Villagra. Por esas cosas de la guerra, llegó luego Loble y cercó, a su vez, a Villagra... Don Pedro trató de romper el cerco con un liviano ataque de caballería, al mismo tiempo que atacaba el objetivo que tenía cercado. No tuvo éxito. Entonces, volviendo todas sus fuerzas contra el recién llegado y sin que reaccionaran los cercados indígenas, se lanzó contra Loble antes que sus fuerzas se concentrasen totalmente.

La victoria favoreció a los castellanos y Loble, para salvar a los sitiados, ofreció las paces que, como era costumbre, fueron aceptadas, no sin que antes don Pedro dejase su fatídica marca en los cuerpos de centenares de prisioneros.

Análisis general de la situación. Habían transcurrido ya 20 años de guerra y los mapuches habían aprendido el manejo de las armas españolas, aunque no las dominaban ampliamente. Habían, además, empezado a usar el caballo en la guerra y mejoraron sus defensas, al extremo que sus "pucarás" causaban la admiración de sus enemigos. Las frecuentes derrotas no los habían desmoralizado y el aporte del mestizaje había aumentado su capacidad guerrera. Su táctica de no enfrentar a los españoles en campo abierto había logrado contrarrestar la superioridad del armamento y era ostensible que, ahora, los mapuches podían encararlos con masas mucho menores de hombres que las que requerían primitivamente. Seguían, eso sí, prefiriendo la lanza a la pólvora. Esta equivalencia, que se traducía en el empleo de fuerzas menores contra los españoles, alargó la guerra al disminuir notoriamente la población de Araucanía, incapaz ya de levantar ejércitos de 30 mil o más hombres, como sucedía al principio de la contienda.

Por el lado español, existía el sabor de la amargura de saberse olvidados por el Virrey y faltos de recursos permanentemente, imposibilitados para hacer la guerra total, sin contar con un ejército profesional que reemplazase definitivamente la entrega del encomendero a los señores de la guerra, que debían abandonar sus familias, mujeres y niños, sin posibilidad de trabajar con tranquilidad las tierras que les había costado conseguir y mantener, con lo que obviamente se empobrecían. El temor de ser asaltados en el campo en cualquier momento o asediados, había hecho cundir la incertidumbre. Ya nadie estaba seguro en un ambiente hostil y amenazante. Muchos cruzaron la cordillera, desertando y otros, lo que es peor, se pasaron al bando mapuche, buscando mayor tranquilidad y posibilidades de éxito en un territorio virgen.

La desmoralización acarreó la indisciplina y ésta la mutua desconfianza.

Por lo demás, pretender obtener ayuda de España era harto difícil. Mirando el problema a la luz de los medios hoy existentes, parece imposible que la Madre Patria no hubiese hecho un esfuerzo más significativo para conquistar América. Sin embargo, para llegar a Chile se requería hacer un viaje agotador, de meses, encerrado en una cáscara de nuez que bailaba sobre las olas a paso de tortuga. Una vez llegados a tierra firme, había que atravesar, a pie o de a caballo, la cordillera.

Más gente murió en la travesía de los Andes que en el cruce del océano. Las admirables hazañas de Aníbal y Napoleón atravesando los

Alpes eran juegos de niños comparados con la aventura en esa columna vertebral de América llamada los Andes.

Si el aventurero español desembarcaba en Cartagena, debía llegar a Panamá, exponiéndose a contraer fiebre y pestes y desde Lima debía cruzar desiertos sufriendo la falta de agua, el calor y el frío para llegar a Chile.

La despedida en España era un verdadero velorio...

Razón tenían los que ya se habían radicado para sentirse abandonados frente a la imposibilidad del regreso.

La pública discordia entre el gobierno y los encomenderos, afectados por el espíritu humanitario de Villagra en la protección de la masa indígena duramente explotada, hizo perder la cohesión y fuerza al empeño de conquista, al extremo de que nadie estaba dispuesto a sacrificarse por defender a sus propios hermanos amenazados de muerte en el sur, por no cooperar con el Gobernador y precipitar su caída.

Esta falta de moral combativa aumentaba la de los aborígenes en la victoria. En el sitio de Cañete, cuando Villagra "El Mozo" trataba de destruir Catiray, 30 indios se robaron numerosos caballos del campo español. Peseguidos por Juan de Lazarte y 12 soldados montados, repentinamente volvieron grupas, mataron a Lazarte y a 3 hombres y los demás huyeron... Ya no eran necesarios 100 "indios" para un español. Escasamente se necesitaban dos... Aún armados de acero, los castellanos veían estrecharse la diferencia y esto los alarmaba.

Las victorias de don García terminaron por enseñar a los mapuches que la guerra no podía sostenerse sólo por algunos "rehues" y era necesario agrupar a la nación entera. Muchas tribus empezaron a dar las paces, concertadas con otras que hacían la guerra, proporcionándoles el alimento y hombres para continuar luchando, como una forma inicial de darse apoyo.

Las derrotas y éxitos improductivos, como asimismo el bajo rendimiento del colono español convertido en soldado, abrieron los ojos a los mapuches. En sus juntas de guerra lo visualizaron y discutieron.

De estas juntas nació el convencimiento, que fue poco a poco avanzando, de la necesidad de la unificación masiva de la voluntad guerrera del pueblo mapuche, que fue la política que se seguiría en lo sucesivo y que terminaría con la expulsión definitiva, a mediano plazo, de los castellanos del territorio de Araucanía, más allá de las riberas del Biobío.

La idea estaba sembrada y no tardaría en germinar y dar frutos.

Término del mandato de Pedro de Villagra. En 1564, a raíz de un escandaloso problema de faldas, murió asesinado en Lima el Virrey Conde de Nieva, asumiendo interinamente el licenciado Lope García de Castro (septiembre). Don Pedro estaba empeñado en la guerra en el sur haciendo prodigios de valor que de nada le sirvieron, porque don Lope estaba emparentado con Rodrigo de Quiroga, uno de sus más tenaces enemigos que militaba en el bando contrario. Sus pretensiones de gobernador, pues, se desvanecieron.

El Virrey envió a Chile a Jerónimo de Castilla con el encargo preciso de entorpecer la gestión de Villagra, con el beneplácito de los encomenderos que le imputaban cualquier cantidad de cargos. Al final, el buen don Pedro, objeto de injustas vejaciones, fue enviado preso al Perú.

Aunque escapa el tema de nuestro trabajo, para calmar la curiosidad (especialmente de las lectoras...) diremos, como lo hemos adelantado, que Villagra, que se había casado y radicado en el Perú, via-

jó a Chile, siendo un floreciente encomendero, a instancias de su amigo el Virrey Conde de Nieva que, al designar a don Francisco de Villagra gobernador y a petición de éste, sabiendo que estaba viejo y achacoso le solicitó lo apoyase militarmente. Así lo hizo el buen primo, convirtiéndose en el paladín de la defensa de las ciudades de la Araucanía a la muerte de don Francisco y contuvo, aunque temporalmente, a los mapuches evitando el descalabro de la conquista.

En el juicio de cuentas fue absuelto y murió en Lima a los 69 años, el 11 de septiembre de 1577.

Liquidó a don Pedro el hecho de ser un desconocido en la corte. Esto lo perdió políticamente. Su labor permaneció ignorada y nadie, sino la Historia, estaría llamada a reconocerle sus innegables méritos. Ahora, los chilenos le rendimos el tributo de admiración y respeto que se merece.

CAPITULO UNDECIMO

PRIMER GOBIERNO DE RODRIGO DE QUIROGA (1565-1567)

Don Rodrigo de Quiroga se casó en 1549 con la famosa doña Inés Suárez, a raíz de sus relaciones extramaritales con don Pedro de Valdivia y ante la disyuntiva que enfrentó de casarla o hacerla abandonar Chile. En todo caso, no tuvo hijos con don Rodrigo, regidor y corregidor de Santiago y teniente general. Todo un valioso personaje de la colonia y un magnífico militar.

Al comienzo de su mandato los indígenas se apresuraron a ofrecerle la paz con el objeto de recoger sus cosechas y ocultar sus familias mientras se aprestaban para la guerra.

Designó maestre de campo al reputado Bernal del Mercado y con su ejército de 500 soldados y 800 auxiliares se dirigió por tierra a Valdivia. Por mar envió los cañones y bagaje a Concepción, con Martín Ruiz de Gamboa, su yerno (casado con una hija natural de don Rodrigo).

Indígenas de la costa se mantenían alzados por lo que, al llegar don Rodrigo a San Rosendo, en los márgenes del Biobío, dobló hacia la costa atravesando la cordillera de Nahuelbuta por Catiray, donde el antiguo fuerte araucano estaba nuevamente ocupado por feroces guerreros que insultaban y amenazaban a los españoles desafiándolos a pelear, invitación que los castellanos no podían rechazar...

El Gobernador preparó el ataque, ablandando las posiciones con fuego de artillería y arcabuces. Al atacar, al otro día, constató que los enemigos habían abandonado su fortaleza y se habían trasladado a las montañas de Talcamávida. La experiencia les enseñaba que contra masas de arcabuces había que tener mucho cuidado. Frente a una fuerza tan poderosa, la solución era atacarla y destruirla separadamente.

Don Rodrigo y don Bernal se dirigieron en búsqueda del enemigo para destruirlo y el 26 de enero de 1566 atacaron de frente sus nuevas posiciones, dejando de reserva a Ruiz de Gamboa.

Los araucanos soportaron el ataque, al mismo tiempo que una parte de sus fuerzas que se había emboscado esperó el paso de los atacantes, para salir de la foresta y lanzarse sorpresivamente sobre la reserva española, que no esperaba el ataque. Comandaban sus fuerzas Millalemo y Loble, vencedores de Andalién e Itata, y Longonabal. El proyecto era ambicioso, tratando de destruir la fuerza principal y la reserva, pero las fuerzas disponibles eran escasas para una doble acción simultánea.

La idea estaba bien concebida, pero la dispersión de las fuerzas araucanas restó potencia a su acción. Por haber sido roto su frente y habiéndole faltado apoyo al ataque contra la reserva, que se defendió valientemente, los aborígenes debieron replegarse a los bosques, donde se ocultaron, duramente perseguidos por Bernal del Mercado, siempre teñidos en la persecución, lo que lo hacía temible.

Quiroga reconstruyó Cañete más cerca de la desembocadura del río Lebu y fortificó Arauco. También fue obra suya la fundación de Castro (en homenaje al Virrey) y Ancud como baluarte de Osorno y Valdivia.

Los españoles habían recuperado el litoral. Esto les aseguraba una segura vía de abastecimiento.

La concentración indígena trasladó su epicentro a las vegas de Purén. Existe una hoya entre los ríos de Purén y Lumaco consistente en bosques impenetrables, ríos y ciénagas, donde el empleo de la caballería no es posible y se facilita enormemente el ocultamiento de las personas. El valle lo riega el río Purén y la cordillera forma un semicírculo protector que encajona la región, colmada de corrientes que vacían sus aguas, después de lo cual, cambia su nombre. En resumen, se forma una fortaleza natural que es un laberinto donde los araucanos circulaban como en su casa, pero donde los españoles no se atrevían a penetrar.

Pues bien, Del Mercado con 150 hombres decidió ir justo al centro de la subversión indígena y se dirigió desde Cañete, con numeroso acompañamiento de auxiliares, que jamás faltaban en esta empresa. Su movimiento significó dejar Cañete en descubierto.

Los leales "puconas", tan mapuches como los araucanos, peleaban con salvaje ardor, siempre contra masas superiores de "indios" enemigos, confiados en el valor de los españoles y la eficiencia de sus armas.

Los araucanos se opusieron a los españoles y lucharon vivamente, pero fueron derrotados y perseguidos, hombres, mujeres y niños, produciéndose una de las más vergonzosas carnicerías. D. Bernal no era el hombre más indulgente y gozaba de fama de buen soldado, a la par que de cruel e implacable. Esta vez perseguía como meta exterminar a sus enemigos. Destruyó siembras, animales y chozas. Esto acarreó una hambruna y miseria espantosa en el siguiente invierno.

Nuevo ataque a Cañete. Los caciques de Tucapel, Angol y Arauco, reaccionaron de inmediato al conocer la presencia del ejército enemigo en la zona sur-este de Nahuelbuta y rápidamente se movilizaron en dirección a Cañete que había quedado desguarnecida. Sabían por sus espías introducidos en el campo español, que el Gobernador se había dirigido a Arauco y que Bernal del Mercado tenía instrucciones de subir hacia Angol una vez terminada su campaña en Purén, movimiento que dejó en descubierto a Cañete; esta plaza estaba a cargo de Agustín de Ahumada, hermano de Santa Teresa de Jesús.

La lucha se convertía, así, en una nueva guerra de desplazamiento.

Al presentarse las legiones araucanas en Cañete, Ahumada no las atacó, sino que se encerró en el fuerte con todo lo que pudo concentrar en él, incluso animales. Una verdadera arca de Noé...

Para ganar tiempo, mientras era socorrido, empleó los cañones emplazados en la fortaleza rechazando un primer ataque, con el apoyo del fuego de arcabuces, lo que hizo pensar a los araucanos que sus informaciones en cuanto al número de los sitiados podrían ser erróneas.

Providencialmente, regresaban 10 hombres de a caballo desde Arauco y se encontraron con la impresionante escena. No titubearon. Desenvainaron sus espadas y a la voz de "Santiago y a ellos"... emprendieron una loca carga al tiempo que gritaban: "Que va viene el maestro de campo", lo que paralizó a los araucanos que sentían un temor justificado por don Bernal.

LIBRO CUARTO

LA GUERRA DE ARAUCO EVOLUCIONA

CAPITULO PRIMERO

INDECISIONES DE LA CORONA

Gobierno de la Real Audiencia. Sin razón justificada, Felipe II, convencido por las opiniones de los propios españoles que en Chile no había gente capaz de gobernar, creó en 1565 la Real Audiencia con asiento en Concepción, formada por cuatro oidores, tres designados en España y uno, don Melchor Bravo de Saravia, que era oidor de la Audiencia de Lima y entregó todo el poder a este organismo legal. Podríamos decir que este hecho consistió en un nuevo "pago a Chile". Don Rodrigo no se merecía un trato igual a éste después de sus desvelos y sacrificios, máxime cuando era un hombre distinguido y brillante militar. Pero está escrito que "quien a hierro mata a hierro muere". Quiroga, que tampoco tuvo consideraciones con Pedro de Villagra, también volvió humillado a Santiago.

De los tres oidores, uno falleció en Panamá antes de llegar a Chile. Juan Toledo de Vera y Egas Venegas, después de aguardar siete meses en Lima esperando el nombramiento de Bravo de Saravia, que se había extraviado, partieron solos a Chile y siguieron a Concepción sin pasar por Santiago, ya que el asiento obligado o capital en campaña era la ciudad sureña en esta interminable guerra.

La Audiencia empezó mal. Trató de reclutar gente en Chile, sin resultados. Luego, imbuida por la influencia del clero español, en lo que el padre Gil González no dejó de tener su parte de intervención, abominó de la guerra iniciando una campaña de reconciliación pacífica, que los indios no tardaron en interpretar como debilidad y oportunidad y para rehacerse y prepararse para la lucha ("La guerra es la continuación de la política del Estado, pero por otros medios". Clausewitz). La guerra era la manera de buscar la paz...

Martín Ruiz de Gamboa fue designado jefe del ejército. Mientras los araucanos empezaban a concentrarse cerca de Cañete para proyectar un nuevo ataque y levantaron una fortaleza con doble estacada y pozos profundos. Millalelmo era ahora el "toqui".

El servicio de inteligencia español, servido por los yanaconas operó una vez más, eficientemente. Revelada sus intenciones, Ruiz de Gamboa y el infatigable Bernal del Mercado, con 150 hombres, sin autorización de la Audiencia, atacaron la fortaleza, antes que se lo prohibieran ("La victoria es del más perseverante". Napoleón).

En esta oportunidad, del Mercado frustró las perspectivas de los "indígenas" al prohibir a los soldados socorrer a los hombres que caían

en las trampas (hoyos), para no distraer las fuerzas atacantes y disminuir la intensidad del ataque. Al revés, mientras los mapuches salieron de su escondrijo para rematar a los atrapados, las huestes castellanas los sobrepasaron ocupando el fuerte que había quedado semi desocupado. Cuando los sitiados trataron de regresar, ya era tarde, pues tenían copada la espalda. Millalelmo se retiró a Talcamávida reorganizándose en su fortaleza de Longoman y Catiray.

Quedó momentáneamente pacificada la región, desapareciendo la posibilidad de un ataque. Las paces fueron ofrecidas por los caciques y aceptadas por los españoles.

Sin embargo, los mismos caciques degollaron a un clérigo y dos soldados que iban a Concepción a poco de acordarse la tregua.

Posteriormente la Audiencia destituyó a Ruiz y del Mercado por crueldad innecesaria y precipitación al atacar a los aborígenes antes de inducirlos por la razón. Nadie más feliz con la Audiencia que éstos, por la miopía del "gobierno" que nada sabía de la guerra de Chile en su trasplante desde España y no tenía idea de la psicología mapuche.

Se designó jefe de las fuerzas a Miguel de Avendaño que, pese a su odio a los araucanos por el asesinato de su hermano, no pudo atacarlos por órdenes superiores. El malestar de los soldados se hizo patente y el clamor no tardó en llegar a la corte.

El Rey terminó por convencerse del error de su política pacifista y entregó el mando, con el título de capitán general, al oidor Bravo de Saravia.

Gobierno de Melchor Bravo de Saravia (1568-1575). Bravo de Saravia había llegado a Chile en julio de 1568 con el encargo de llevar adelante una política de guerra. Con 110 hombres partió al sur dirigiendo una parte del ejército a Angol y con el resto llegó a Concepción (4 de noviembre de 1568), donde convocó a junta de teólogos, letrados y militares. Ahí llegó a la conclusión de que había que emplear medios suaves para seducir y convertir a los indígenas y antes que exterminarlos había que evangelizarlos, pues si bien "llevaban el demonio dentro no eran idólatras". A los militares no les gustaron las conclusiones, pues, por cada 200 aborígenes en combate, había un español disponible y con las manos atadas.

Don Melchor, con muy buen criterio, llamó nuevamente a las filas a Ruiz de Gamboa y a Bernal del Mercado junto con Miguel de Avendaño.

Trató de llamar a los aborígenes a la cordura; despachó misioneros a las tribus, que llevaban su perdón, para evitar desgracias a mujeres y niños inocentes. Acompañó a los frailes un mestizo llamado Juan, traído del Perú.

El Juanito resultó todo un traidor y, a su paso, iba aleonando a los caciques asegurándoles que los frailes los engañaban para esclavizarlos y que los españoles les ofrecían la paz porque en el Perú no tenían más gente para enviar a Chile (en lo que no andaba muy lejos...).

Apareció por Angol un indio llamado Loble, huido de Coquimbo, que se paseaba con la cabeza de su amo español al que había asesinado. Esta prenda de libertad entusiasmó a los caciques, porque les demostró que las cosas andaban realmente mal en el norte y no había ya españoles para apoyar al Gobernador.

Se sublevaron en la costa algunas reducciones acaudilladas por Juan "Bueno" y los de Angol por Loble, alias "el Coquimbano", atrincherándose los últimos en Catiray ("Ramo de Flores"), donde aún existe una fortaleza natural.

No tardaron en llegar, sumándose a sus fuerzas las tropas de los caciques Lonconabal ("Cabeza de Tigre") de Arauco y Millalelmo ("Veta de Oro"), que donde andaban los españoles aparecía como por encanto.

Las huestes mapuches se atrincheraron en el "pucará" construido en la cumbre, resguardado en un flanco por una quebrada profunda que permitía la retirada en caso necesario. Mandaban las fuerzas Millalelmo, el incansable caudillo y Lonconabal.

Nueva derrota de Catiray. El Capitán General se estableció en la ribera sur del Biobío, donde hoy está Santa Juana. Terminaba el año 1568.

El Gobernador envió una compañía a cargo de Miguel de Velasco a intimarles rendición a cambio del perdón. Los indígenas abandonaron la quebrada y se atrincheraron en el fuerte donde era imposible atacarlos con caballos. Velasco comprendió lo difícil de expugnarlos y, para no sufrir consecuencias similares a las de 1562, que costaron la vida a Pedro de Villagra, se retiró. A su regreso fue reprendido por el Gobernador, mientras los jóvenes echaban la culpa a los oficiales viejos de la prolongación de la guerra.

Bravo reforzó la división de 140 soldados y 600 auxiliares con otros 40 hombres y agregó a Ruiz de Gamboa y el "César" Cortés de Monroy, que no fueron partidarios del ataque, especialmente Cortés que en la embestida de Villagra "El Mozo" resultó gravemente herido. Bernal del Mercado, que estaba al norte del Biobío, escribió pidiendo la suspensión del ataque y se ofreció para hacerlo en caso de que se insistiese en efectuarlo, pero como no se llevaba bien con Velasco, éste rechazó su oferta y advertencias. La suerte estaba echada.

La fuerza, frente a Catiray, se dividió en dos secciones. Una al mando de Velasco que desmontó (70 hombres) para atacar de a pie, apoyado por los yanaconas al mando del joven Juan Jufré.

El avance empezó en la noche, a la luz de la luna y la claridad del día 7 de enero de 1569 los sorprendió en posición de ataque.

Del Mercado criticó más tarde la falta de organización para pelear como, asimismo, la falta de reconocimiento del terreno antes de emprender la embestida. Se había perdido la sorpresa del amanecer por no haber examinado antes las posiciones.

Era mediodía cuando se inició el avance definitivo. El sol quemaba haciendo arder las armaduras y armas de acero, en pleno verano.

El fuego de arcabuces pretendió proteger la ascensión de la empinada cumbre, pero una nube de flechas y una pared incontenible de grandes piedras, cayeron sobre los atrevidos escaladores.

Detenido el ataque, Velasco trató de amagar por la espalda con un piquete de caballería, sin resultados porque el terreno no era apto para el empleo del arma montada (falta de exploración previa).

En este momento decisivo, Millalelmo lanzó sus hombres cuesta abajo contra las agotadas fuerzas castellanas, detenidas justo delante de la empalizada. Usaban los naturales una lanza más larga que la usual, que les permitía mayor radio de acción y quedar fuera del alcance de las cortantes armas españolas.

Se tocó retirada y se inició el retroceso, justo cuando un grupo de esforzados españoles había logrado coronar la cumbre de la fortaleza.

La retirada masiva por senderos estrechos, pedregosos y resbaladizos, con los aullantes mapuches en sus talones, se convirtió rápidamente en un fuga, en que 44 soldados perdieron la vida, otros quedaron heridos de gravedad y la mayor parte de los auxiliares pagó tributos a su lealtad.

Al llegar a la quebrada, al pie de la fortaleza, los mapuches recién lograron ser contenidos mediante cargas de caballería de los castellanos de la reserva y de aquéllos que lograron montar apresuradamente al llegar al bajo.

Una vez más, debemos aclarar que los resultados habrían sido más desastrosos aún, a no ser por la avidez con que los mapuches se lanzaron sobre el bagaje abandonado por el enemigo en su huida, lo que los salvó de una masacre. La codicia, pues, no era sólo un atributo hispano.

Después de la derrota. Bravo de Saravia se dirigió con los restos de su ejército a Angol. Bernal del Mercado quedó a cargo de Concepción y se enviaron 110 hombres con Martín Ruiz a Cañete, la ciudad más amagada.

Ruiz no tuvo precisamente un paseo. Al salir a Cañete vía Arauco fue sorprendido y tuvo que refugiarse en el fuerte donde perdió en varias salidas unos hombres. Bravo de Saravia, por su parte, quedaba encerrado en Angol y tuvo que hacer prodigios para llegar nuevamente a Concepción. La frontera ardía y nadie estaba seguro. Se hacía necesario reagrupar las fuerzas evitando la dispersión para enfrentar la embestida que se aproximaba.

A estas alturas no había que ser muy ducho en el arte militar para vislumbrar quién iba ganando la guerra...

Se hizo una junta, se ordenó a Bernal del Mercado regresar del norte del Biobío y se dispuso el abandono de Arauco y Cañete. En esta evacuación se perdió mucho material de guerra y cientos de magníficos caballos que pasaron a engrosar las filas mapuches. Se trataba de dos plazas claves, tradicionalmente disputadas, que se perdían, con lo que el problema defensivo y ofensivo castellano se agravó. Era la segunda vez que se abandonaba Cañete y Arauco por tercera vez, con pérdida del litoral. Además, refugiados detrás del Biobío, los castellanos no podrían contar con un punto de apoyo para desplazarse hacia el sur del río.

Desánimo español. Esta actitud del Gobernador y los resultados de la campaña, preocuparon vivamente a los españoles, pues era notorio que los indígenas despreciaban el poder de gobernadores en trajes de encajes y sólo respetaban a quienes exhibían armas y ropas de guerra; incluso menospreciaban al gobierno civil y sus resoluciones poco militares, como la de enviar un puñado de soldados a enfrentar fortalezas, lo cual relajaba la disciplina, a tal extremo que quienes creyeron buscar la paz mediante la cordura estaban atizando, sin quererlo, el fuego de la guerra. ¿Cómo hablar de paz a quienes se creían vencedores?

Desanimados y conscientes de su inferioridad numérica y falta de recursos, fueron siendo vencidos paulatinamente por los indígenas antes de pelear. ¿Cómo podrían hacer la guerra sin recursos?

¿Cómo cambiaban los tiempos! Frente a Michimalongo 80 españoles habían sido suficientes para mantener una masa indígena sin pérdidas de vidas. Y, ahora... casi medio centenar de soldados había perdido la vida inútilmente, sin que de nada sirviese la experiencia de tantos años de guerra...

Concepción se había salvado gracias a las providencias de Bernal del Mercado, a su valor y recursos guerreros, quien fue capaz de soportar los constantes asaltos de los indígenas los cuales entraron varias veces a la ciudad; en una ocasión dieron muerte a todos los ministros de la Audiencia, quedando la ciudad en inminente peligro de perderse, lo

que obligó a solicitar socorros a Santiago, pues la situación era insostenible.

Santiago era otro mundo. Allí nadie hablaba de guerra, sólo de negocios... y Concepción estaba a punto de perderse.

La extrema resistencia araucana y la extraordinaria capacidad para hacer la guerra a una potencia europea, llamó la atención a los tratadistas. El padre Diego Rosales (1674) escribió la "Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano", compararon a Chile con Flandes, que se había convertido en campo de batalla de los mejores ejércitos de la época luciendo su preparación bélica.

Refuerzos oportunos. El encomendero Jufré, acaudalado conquistador, una vez más tomó la iniciativa por su cuenta y, sin cargo para el Rey, envió un barco a Concepción con 200 caballos y elementos por tierra, siendo seguido por su hijo Rodrigo con otros 10 hombres de caballería. Al mismo tiempo, el Virrey Francisco de Toledo hizo llegar una nave con 200 soldados y pertrechos.

El general Jufré un excepcional exponente de la bondad, caridad y entusiasmo.

Los araucanos, por su parte, empezaron a desconfiar de Juan Bueno y del Coquimbano al ver tantos suministros y despliegues cuando, de buena fe, creyeron que los españoles habían agotado sus recursos.

Alzamiento general. Las victorias mapuches y la exhibición de las cabezas de los españoles paseadas por las tribus, ensoberbecieron a los guerreros y al consejo de caciques de las comarcas de Nahuelbuta. Todos deseaban tener una maloliente cabeza hispana en el terminal de sus lanzas.

Las tribus se alzaron comandadas por Millalelmu ("Veta de Oro") y Antuhuenú ("Inteligentísimo").

Como siempre los hacían en casos de emergencia, alzaron los sitios y se encerraron en Purén, donde existía una fortaleza natural, rodeada de montes y ciénagas impenetrables. Allí se fueron pintarrajeados y con vistosas plumas que adornaban su orgullosa estampa ("Mantener las fuerzas concentradas, formando una unidad poderosa, es el principal objetivo". Clausewitz).

Citaron a junta y acordaron enviar mensajeros de paz que cumplieran la doble misión de espiar a los españoles e imponerse de los elementos con que contaban.

El presidente Bravo de Saravia tuvo que darse a la razón. Desechó la recomendación de los teólogos, tomó el partido de los militares, rechazó la paz y ordenó esta vez, proseguir la guerra.

La falta de convivencia e intercambio comercial entre las razas no hacían aún imposible intentar la pacificación mediante tranquilas intenciones exentas de violencia. Lejos estaban aún los tiempos en que se madurase la paz.

Se fortificó Concepción con la mejor gente y envió a Miguel de Velasco, cuyo crédito estaba por el suelo después de Catiray, a Purén, con los soldados menos diestros, 160 en total, pensando que los aborígenes se rendirían a su sola presencia.

Al dispersar sus fuerzas las expuso innecesariamente al fracaso.

A estas alturas, los "indios" estaban harto enardecidos, pues en la primavera habían sorprendido y dado muerte al Capitán Gregorio de Oña y a 7 soldados y, si bien tenían respeto al licenciado Torres de Vera que había demostrado inteligencia y energía militar, menospreciaban las condiciones militares de Velasco.

Los castellanos, descuidadamente, hicieron campamento cerca de Purén, protegidos sus flancos con los barrancos, para evitar sorpresas; la retaguardia acampó por el río, que era una valla infranqueable.

El "toqui" Pailacar ("Caserío Pacífico") que seguía los pasos a sus enemigos, se acercó silenciosamente al campamento español esperando la noche; pero, al ser sorprendido, salió de su escondite y lanzó sus fuerzas contra los hispanos, formándolas en escuadrones de 400 hombres cada uno, para atacar de frente y por los flancos. La fuerza compacta de los escuadrones se basaba en el uso de lanzas largas, muchas arrebatadas a los propios españoles en anteriores combates como, asimismo, de sus armaduría o cotas.

Avendaño creyó conveniente dar la batalla en terreno plano, para lo cual abandonó el campamento lanzando una carga de 120 hombres montados, que se estrellaron contra el "erizo" araucano.

Pailacar se jugaba una brava carta, puesto que estaba visto por experiencia, que a los castellanos no se les debía combatir en planicies. Si se atrevió a hacerlo fue, obviamente, porque estimó que la caballería enemiga podría romper las primeras filas de sus escuadrones, pero no atravesarlos.

Los soldados traídos del Perú por el propio Avendaño y Velasco, sin experiencia guerrera, se desmoralizaron de inmediato frente al número de los atacantes y lo infructuoso de sus embestidas; por ello, volvieron riendas y arrastraron a los veteranos de Ramiro Yáñez de Barreda; así el desbande fue general, cada uno partió por su lado, seguido por las lanzas de Arauco.

Como en otras oportunidades, la derrota habría sido más sangrienta si los mapuches no se hubiesen lanzado al pillaje de ropas, armas (incluso un cañoncito cuyo artillero quedó disparando solo y fue muerto) y bagajes.

Napoleón decía que "los soldados ganan las batallas y los generales se llevan la honra". Yo le agregaría al "corso" que también se llevan las derrotas, como en el caso de Avendaño.

El vencedor de la jornada fue Pailacar, que fue el primer cacique capaz de derrotar en campo abierto a los españoles. Los castellanos perdieron gran parte de su reputación, pues quedó demostrado que se les podía vencer sin necesidad de encerrarse en fortificaciones. Los conceptos clásicos incorporados por Lautaro estaban evolucionando.

Los aborígenes, así demostrando una capacidad de adaptación que no exhibieron otros pueblos americanos, empezaron a cambiar sus armas obsoletas, como el arco y flecha, para amoldarse a las nuevas condiciones de guerra (picas, lanzas, caballería, lazos, etc.) para contrarrestar la superioridad material de las armas españolas. "No hay romanos como ellos", dirá el padre Rosales y Diego de Vivanco aseveraría al rey: "Es guerra más caribe que la de Flandes, se lo oí decir a un gran soldado de Flandes, don Francisco Laso de Vega" (1656) (caribe por lo caliente o sea, sangrienta).

Este fue el precio del error de haber dividido sus fuerzas y de menospreciar al enemigo.

El Gobernador, al igual que Francisco de Villagra en su tiempo, incapaz física y moralmente de soportar tanto sacrificio y esfuerzo, presentó la renuncia al Rey. Mientras, se mantuvo en Concepción. El mando general fue entregado a Bernal del Mercado que logró contener a los mapuches y salvar las ciudades del sur, tal como Pedro de Valdivia lo hiciera en otra oportunidad.

Alguien tendrá que escribir, algún día sobre este hombre extraordinario que fue don Bernal.

Millalelmo murió y su cuerpo fue quemado a petición expresa, para llegar más rápido a las nubes a pelear con los españoles que moraban allí...

CAPITULO SEGUNDO

SEGUNDO GOBIERNO DE RODRIGO DE QUIROGA (1575-1580)

La justicia es lenta pero llega. Felipe II, entre ataque y ataque de gota, impuesto de las cosas de Chile, en su palacio de El Escorial, decidió la designación de Quiroga como Gobernador del Reino en 1573, suprimiéndose la Real Audiencia que se suplió por un teniente gobernador. ¡Cómo progresaba el correo! La noticia se supo en Chile en noviembre de 1574...

Quiroga contaba a la fecha con 63 años, pero su fogosidad no era ya la de los tiempos de García Hurtado, cuando con su carga decidió la batalla de Lagunillas.

La guerra, las privaciones, la tensión permanente para atacar o defenderse, la enorme responsabilidad y la angustia de ver el esfuerzo hispano paralizado, lo habían carcomido por dentro, dejándolo agotado.

Si quisieron premiarlo, se equivocaron, pues lo mandaron a la muerte...

Conocedor de la guerra mapuche y del carácter guerrero de los nativos, estuvo decidido a emprender acciones de inmediato. La iniciativa fue siempre el sello de sus acciones bélicas.

Los indígenas, como de costumbre, enviaron embajadores con ramas de canelo a ofrecer la paz. Quiroga no se dejó engañar. Sabía que debajo del poncho los astutos caciques escondían negras intenciones.

Pero no todos estaban dispuestos a tranquilizarse. Hubo algunos que honradamente deseaban la paz en sus reducciones; pero, la mayoría...

Los "huiliches" entusiasmados con los éxitos araucanos quisieron imitarlos, alzándose las regiones de Valdivia, Osorno, La Imperial y Villarica. De esta manera, don Rodrigo se dio cuenta, instintivamente, que el temporal se avecinaba y se preparó para capearlo.

El Gobernador encargó al incansable Bernal del Mercado la defensa de Angol y el resto de las ciudades del sur a Martín Ruiz (su yerno). Esperaba, socorros, que sólo llegaron en julio de 1576, consistentes en 334 hombres traídos de España.

Era necesario concentrar fuerzas de inmediato antes que se desencadenara la ofensiva araucana y echar mano a todos los recursos en vez de lamentarse.

Quiroga preparó su ejército de cerca de 400 soldados y 1.500 auxiliares, con los que partió al sur a encontrarse con sus mencionados capitanes (enero de 1577). "Un ejército numéricamente inferior requiere concentrar fuerzas mayores que las del enemigo en los puntos de defensa y ataque" (Napoleón).

Sucedía a Millalelmo el combativo y movedizo Loble, asistido por el astuto mestizo Alonso Díaz. Esta vez se combinaban la innata belicidad mapuche con la fiera y astucia de la nueva raza nacida como un producto de la larga guerra.

La campaña. Los caciques, deseosos de probar sus fuerzas y no habiendo podido consumir el anterior ataque a Concepción, aprovecharon que Quiroga estaba en Santiago y que en Angol estaba Del Mercado aislado y decidieron atacarlos antes de que se uniesen. Esto demuestra su capacidad para aprovechar las mejores oportunidades, que sabían valorizar con certero criterio militar.

Tenían, por lo menos, la ventaja de poder elegir su objetivo, asegurando el factor sorpresa, que siempre buscaban en sus acciones para equilibrar la mayor capacidad de ataque y de defensa de los castellanos por su mejor armamento.

El objeto era "clavarlo" en Angol mientras operaban contra el grueso del ejército que avanzaba, pero don Lorenzo era "hueso duro" y no lo consiguieron, siendo desbaratados...

En enero de 1577 llegaron los refuerzos de Santiago, haciéndose presente en Concepción Rodrigo de Quiroga. Pronto se le juntaron Bernal del Mercado, que llegaba herido, y Ruiz de Gamboa, ya repuesto, de regreso de Valdivia. Reunieron, así, 500 hombres y 2.500 temidos auxiliares. El Gobernador tomó en el acto la iniciativa, que jamás abandonaba. La mejor manera de aplastar a los araucanos era no darles descanso para evitar que se rehiciesen.

Quiroga acampó en la ribera del Itata, en el lugar llamado Quinel, donde recibió informes de nuevas concentraciones enemigas en Hualqui, al lado norte del Biobío. De inmediato atacó a los indígenas y los obligó a repasar al sur del río.

El invierno transcurrió "sin novedad en el frente" fuera de uno que otro robo o asesinato y en primavera se vio que los aborígenes se preparaban nuevamente para hacer la guerra...

Esto convenció, una vez más, a don Rodrigo de la urgente necesidad de iniciar una ofensiva a muerte. Al efecto, implantó la política del terror. Indígena que era hecho prisionero, era "desgobernado" (corte del pie a la altura de los dedos) y enviado a Coquimbo. Los caciques principales eran "empalados" (sistema empleado por los "copiapoes" con los prisioneros al principio de la guerra y aplicado a Caupolicán por los aventajados alumnos españoles).

Bajó a Arauco en octubre de 1577 y de allí a Tucapel; atravesó Nahuelbuta, cayó por Purén y las vegas de Lumaco sin dejar piedra sobre piedra, arrasó siembras, chozas, mató hombres y animales.

Luego, regresó a Arauco a través de Catiray, la fortaleza indígena, para demostrar su desprecio y falta de temor.

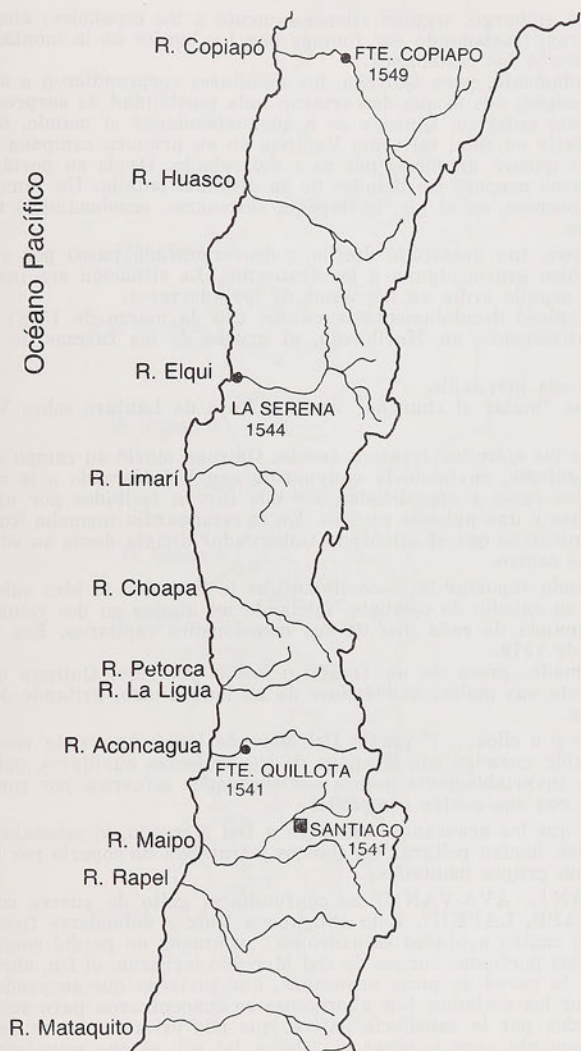
La posición era formidable y Avendaño, recordando su anterior fracaso de dos años atrás, se opuso al ataque pese a que esta vez Del Mercado, que entonces no lo había aceptado, estimó que estaba en condiciones de dar el asalto con éxito.

Enardecía el ánimo de la tropa la insolente actitud provocativa de los mapuches, que habían adornado las empalizadas con casi un centenar de calaveras de españoles y auxiliares muertos en anteriores combates.

Por órdenes expresas de Quiroga, no se dio al ataque y los enfurecidos soldados se dedicaron a talar vengativamente los campos de los atrincherados araucanos, que prudentemente no se atrevieron a abandonar la posición.

Sólo en verano de 1578 Quiroga regresó a la región occidental de Nahuelbuta, haciéndolo ostentosamente por la cuesta de Marihueñu, donde, desde luego, no se suponían concentrados los nativos.

Océano Pacífico



ASENTAMIENTO DE LA CONQUISTA SIGLO XVI

Estos, sin embargo, seguían silenciosamente a los españoles; abandonaron Catiray, trasladando sus fuerzas por los bordes de la montaña para sorprender a los castellanos.

Afortunadamente, para Quiroga, los auxiliares sorprendieron a sus seculares enemigos, con lo que descartaron toda posibilidad de sorpresa.

Gravemente enfermo, Quiroga se negó a abandonar el mando, haciéndose conducir en silla, tal como Valdivia en su primera campaña al sur cuando se quebró un hueso por caer del caballo. Desde su portátil lecho de enfermo preparó los detalles de su próxima batalla. Un tumor, al parecer canceroso, en el pie, le impedía sostenerse, ocasionándole terribles dolores.

Desde luego, tan descarado desfile y desvergonzado paseo por sus dominios no hizo gracia alguna a los araucanos. La situación era insostenible y el orgullo ardía en las venas de los guerreros.

Bernal exploró decididamente la cuesta (20 de marzo de 1578) y encontró efectivamente, en Marihueñu, al grueso de las fuerzas de la Araucanía.

La lucha era inevitable.

Había que "matar el chuncho" de la victoria de Lautaro sobre Villagra.

Detenidos los ejércitos frente a frente, Quiroga movió su campo en la mañana siguiente, enviando la vanguardia con Del Mercado a la cabeza contra los fosos y empalizadas, los que fueron recibidos por una lluvia de flechas y una nube de piedras. En la retaguardia formaba Ruiz de Gamboa, mientras que el afiebrado Gobernador dirigía desde su silla la columna del centro.

No pudiendo soportar la inmovilidad que lo limitaba, se hizo subir y amarrar a su caballo de combate, iniciando un ataque en dos columnas, una al mando de cada uno de sus mencionados capitanes. Era el 21 de marzo de 1578.

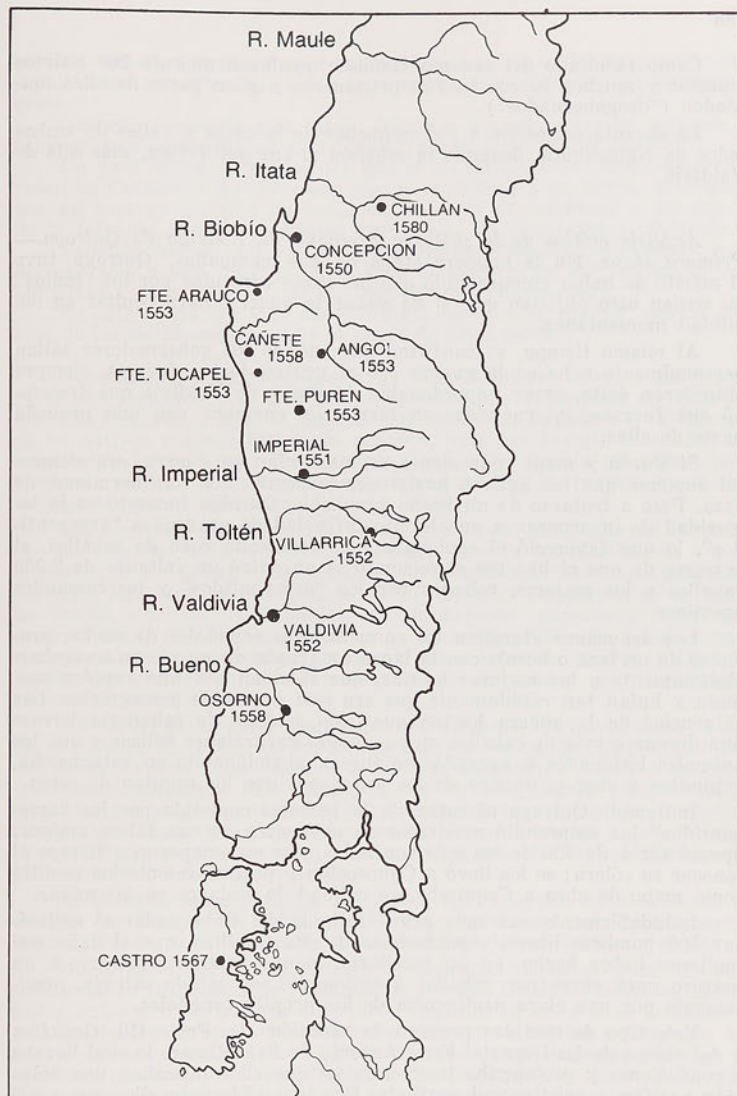
Entusiasmado, presa de un frenético ardor guerrero, Quiroga olvidó un instante sus males, moviéndose de un lado a otro, gritando órdenes precisas.

¡Santiago y a ellos...!" partió Del Mercado lanzándose siete veces contra el bastión enemigo con el apoyo de sus valientes auxiliares, pero fue rechazado invariablemente pese a sus enconados esfuerzos por romper el frente, con sus cuatro compañías.

Cada vez que los araucanos contenían a Del Mercado, lo rebasaban por los costados, hacían peligrar los flancos y trataban de coparlo por la retaguardia con grupos montados.

"AVA-VAN!... AVA-VAN!!" se confundía el grito de guerra con el terrible "LAPE, LAPE!!". Esto obligaba a Ruiz a defenderse fieramente con sus cuatro agotados escuadrones; su ataque no perdió empuje, hasta que las porfiadas cargas de Del Mercado lograron, al fin, abrir la entrada en la pared de picas araucanas, que tuvieron que suspender sus ataques por los costados. Los aborígenes se concentraron para retirarse, protegidos por la caballería nativa, que por primera vez se empleaba, precisamente para ensayar el rebalse lateral, el que estuvieron varias veces a punto de lograrlo.

La falta de coordinación entre la infantería y la caballería mapuche no permitió obtener un éxito definitivo en sus salidas peligrosísimas desde sus bases. El factor experiencia es decisivo en los combates, máxime cuando se hace uso de un arma nueva.



ASENTAMIENTO DE LA CONQUISTA SIGLO XVI

Como resultado del cruento combate quedaron más de 200 nativos muertos y muchos fueron hechos prisioneros y gran parte de ellos mutilados ("desgobernados").

La derrota enardeció a los mapuches de la costa y valles de ambos lados de Nahuelbuta, llegando la rebelión al sur del Toltén, más allá de Valdivia.

Análisis crítico de la primera campaña de Rodrigo de Quiroga.—Primera etapa. En la primera etapa de sus campañas, Quiroga tuvo el mérito de haber comprendido que las paces ofrecidas por los "indios" no tenían otro objetivo que el de ganar la guerra, para ocultar su debilidad momentánea.

Al mismo tiempo, se confirmó que cuando los gobernadores salían personalmente a hacer la guerra con el grueso de sus fuerzas, siempre obtuvieron éxito, error imperdonable de Pedro de Valdivia que fraccionó sus fuerzas, internándose en territorio enemigo con una pequeña parte de ellas.

Si Purén y otras reducciones se mantenían en guerra, era elemental suponer que los nativos harían causa común con sus hermanos de raza. Pese a tratarse de un hecho previsible, Quiroga incurrió en la temeridad de incorporar a su ejército infinidad de araucanos "arrepentidos", lo que favoreció el espionaje y el descarado robo de caballos, al extremo de que al hacerse el recuento se encontró un faltante de 2.000 caballos y los mejores, robados por los "arrepentidos" y los comandos enemigos.

Los araucanos atacaban los campamentos españoles de noche, provistos de un lazo o bozal; con la lanza amarrada en un pie se acercaban sigilosamente a las mejores bestias, que robaban con una rapidez pasmosa y huían tan rápidamente que era casi imposible perseguirlos. Las exigencias de la guerra hacían que cada soldado de caballería llevase una docena o más de caballos en sus largas excursiones bélicas y que los animales lesionados o agotados se fuesen abandonando en retaguardia, expuestos a caer en manos de los araucanos que los seguían de cerca.

Indignado Quiroga al saber de la fechoría cometida por los "arrepentidos" las emprendió masivamente en contra de sus falsos amigos; apresó cerca de 500 de los más confiados, que no escaparon a tiempo al conocer su cólera; se los llevó a Concepción y posteriormente los remitió como mano de obra a Coquimbo, en calidad de esclavos en las minas.

Indudablemente era más grave falta la del Gobernador al esclavizar 500 hombres libres, separándolos de sus familias, que el daño que pudieron haber hecho, en un territorio en que bastaba asomarse a un potrero para encontrar caballos abandonados, en estado salvaje, precisamente por una clara negligencia de los propios españoles.

Este tipo de medidas provocó la reacción de Fray Gil González y del obispo de La Imperial Fray Antonio de San Miguel, lo cual llevaba a confusiones y prolongaba la guerra, ya que ellos buscaban una solución pacífica y cristiana al conflicto. Era imposible para ellos que 1.200 españoles, haciendo de todo, pudiesen pelear contra 30.000 mapuches en armas y preocuparse, aún, del cuidado de cientos de habitantes, al suprimirse el servicio personal del indígena preconizado por los frailes,

servicio que fue sustituido por un tributo, que en el fondo significaba sepultar las encomiendas. Así lo estimaban, por lo menos, los encomenderos.

Quiroga reconoció más tarde, frente a las demandas de mujeres e hijos abandonados, que en esta ocasión había cometido un exceso.

No pasó mucho tiempo antes que la mayoría de los desterrados huiesen de Coquimbo y regresasen por la cordillera a su tierra, animados por un amargo espíritu de venganza, además de informar a los suyos de la falta de fuerzas españolas apreciables en Coquimbo y Santiago.

También fueron testigos del estado de los reducidos en el norte, con derecho sólo a una mujer, del trabajo obligatorio de los bautizados en las minas y la prohibición de las borracheras. ¡Horroroso...!

En esta época, en todo caso, "humanizándose la guerra" por la acción de los religiosos, se inició el canje de prisioneros.

Segunda etapa. Quiroga suspendió temporalmente la campaña y para el año siguiente planificó una segunda acción relámpago en verano, con 250 hombres, a fin de destruir las cosechas, impedir las siembras de los nativos y arrebatarles sus caballos, pues sus fuerzas montadas se constituían ya en una seria amenaza para ellos. Quería obligarlos por hambre a recurrir a los españoles para su sustento. Se trataba, pues, de doblegarlos por el estómago.

Los aborígenes experimentaron los efectos de estos ataques conjuntos del ejército castellano y, desesperados por la perspectiva de verse expuestos a los estragos del hambre, decidieron asaltar el campamento enemigo. Era costumbre española, reunir en esos campamentos no sólo las tropas, sino que, confundidos, los numerosos yanaconas que los acompañaban, con lo que quedaban en el campo miles de caballos que transportaban los elementos necesarios para hacer la guerra y las vituallas, que eran el objetivo inmediato de los araucanos (cuyo estómago reclamaba acción...).

Sin embargo, estando acampados los hispanos en Cayugüano, el 27 de noviembre de 1578, los indígenas salieron de su emboscada con un estruendo de esos "que revienta a los más valentones", en vez de caer silenciosamente sobre ellos. Atacaron en un solo frente, rompiendo la estacada, con lo que produjeron gran desconcierto y matanza, al mismo tiempo, con tanta bulla, cometieron el error de advertir y dar tiempo al cuartel general para organizar una inesperada defensa. Notoriamente desecharon el factor sorpresa.

Afortunadamente para los atacantes, los españoles no alcanzaron a ensillar sus espantados caballos a tiempo y pudieron huir rápidamente hacia la espesura y se llevaron gran cantidad de provisiones con ellos.

Murió en el encuentro Rodrigo de Quiroga, "El Mozo", sobrino del Gobernador; fue asesinado a mansalva por dos traidores soldados castigados antes por él, quienes más tarde pagaron su crimen en la horca.

Empleaban, ahora, los araucanos una nueva táctica relámpago, la de atacar con caballería para producir estragos en el campo enemigo y ocultarse en la selva impenetrable, a fin de desgastar física y moralmente a los españoles. Se iniciaba, así, la guerra de guerrillas, que ahora es tan popular y sigue produciendo dividendos al bando más débil.

Se hacía notar en el campo araucano la falta de un caudillo que los organizara, puesto que, si hubiesen atacado por dos frentes, envolviendo a los españoles en forma más silenciosa, los resultados pudieron haber sido diferentes y decisivos para su causa.

De todas maneras, con caudillo o sin él, habría sido sumamente difícil contener a una masa humana hambrienta exigiéndoles disciplina si tenían al frente un tentador banquete. Con el estómago vacío el cerebro no funciona.

Quiroga continuó su campaña sin éxito después de numerosos encuentros con el enemigo, pero mantuvo cohesión sin dividir sus fuerzas; además prohibió que se desmembrase su ejército en grupos que saliesen a "maloquear" para hacer prisioneros, para venderlos como esclavos, lo que resultaba un evidente negocio para los vencedores, pero debilitaba la moral combativa de la tropa.

No repitió el error de su primer gobierno en que, por establecer los fuertes de Arauco y Cañete, se quedó sin fuerzas suficientes para la campaña. Su fértil imaginación guerrera lo había hecho, entonces, hasta construir una nave en Valdivia, conquistar Chiloé (febrero de 1567) y dispersar fuerzas en medio de un país convulsionado que requería de todos los recursos disponibles.

Comprendió, ahora, que debía concentrar sus fuerzas y cumplir sus objetivos en forma escalonada.

Posiblemente, de todas estas pequeñas acciones, la más notable fue la de Coyunco, camino a Angol, en que los hispanos fueron alertados de la proximidad de los aborígenes ocultos en los bosques. Quiroga ordenó atacarlos, para lo que dividió sus fuerzas en tres columnas que denominó Espíritu Santo, Trinidad y Nuestra Señora; la primera estaba bajo su mando "desde la silla", que no abandonaba.

Los tenaces mapuches se desprendieron, repentinamente, de la presión de los otros grupos atacantes y formando una columna, convergieron disciplinadamente, cargando contra la del Gobernador. Con ello mostraron un gran grado de preparación y sujeción al mando.

Las fuerzas de la división Espíritu Santo, a su vez, se lanzaron a la carrera al ataque para contenerlos, mientras se desplazaban las otras agrupaciones. Así, el inmovilizado Quiroga quedó prácticamente solo. Este, cuyos padecimientos, producto de la hinchazón general de su cuerpo, han debido ser espantosos, como buen español, se bajó de su silla; nadie sabe cómo, olvidó sus heridas que le paralizaban la pierna y corrió espada en mano, alcanzando a sus tropas, a cuya cabeza combatió dirigiendo el ataque hasta obtener la victoria. Pero este sobrehumano esfuerzo lo dejó inerte en tierra y fue recogido con cariño y admiración por los suyos que lo volvieron a su silla ("La nobleza del hombre procede de sus virtudes, no de su nacimiento").

Entre 100 cadáveres de mapuches fueron encontrados los de dos hermosas doncellas, que ocuparon en el combate el puesto junto a sus prometidos, circunstancia que revela el valor de la mujer mapuche, su heroísmo y destreza en el manejo de las armas. Fueron, indudablemente, las precursoras de los actuales cuadros femeninos que enorgullecen nuestras Fuerzas Armadas.

El agravamiento del Gobernador obligó a Ruiz a regresar a Santiago.

Los aborígenes, por su parte, no se atrevían a dar la paz, temerosos de seguir la suerte de los enviados a Coquimbo.

El fantasma de Drake. Corría el mes de noviembre del año de 1578 y el corsario Francis Drake fue divisado en Valparaíso, después de haber cruzado el Estrecho de Magallanes. Quiroga tuvo que regresar rápidamente a la capital con 80 hombres, dejando en la frontera a Bernal

del Mercado, el que envió la mitad del ejército a socorrer Osorno, sitiada desde hacía dos años. De hecho, se produjo la división de las fuerzas, evitada con tanto celo por el Gobernador.

Se desbarató, así, el plan de Quiroga de asolar la Araucanía durante tres veranos consecutivos, lo que, posiblemente, habría cambiado el destino de la lucha, puesto que los mapuches estaban visiblemente golpeados y carecían de caudillos capaces de guiarlos; además la hambruna asolaba las tierras de sus antepasados.

Don Rodrigo no era bravo. Era bravísimo... Cuando supo lo del pirata trató de embarcarse en Valparaíso en un barco a cazarlo, como si cazar a Drake fuese juego de niños. Estaba escrito que no dejaría sus huesos en el mar, pues le vino una espantosa recaída que lo postró definitivamente, a tal extremo que tuvo que encargarle la pacificación de los "huilliches", que estaban alzados en la región de Valdivia, a Ruiz de Gamboa. Por desgracia para la empresa, Ruiz no se soportaba con Ber-nal del Mercado, lo que impidió, desde luego, una acción coordinada.

La salud quebrantada llevó al Gobernador a dimitir en favor de su yerno Martín Ruiz de Gamboa.

Murió sin dejar descendencia directa legítima, pero sí hijos naturales, a una avanzada edad. Fue sepultado en el Convento de la Merced. ¿Quién será capaz de encontrar sus restos...?

Fue un hombre valiente, honesto y honrado, en resumen un digno émulo de Pedro de Valdivia.

Análisis crítico de la segunda campaña de Quiroga. Don Rodrigo había planificado, como hemos insinuado, llevar a efecto una guerra en tres veranos consecutivos.

No sólo perseguía destruir a sus enemigos en el corazón de la misma Araucanía, sino que desbaratarlos. Para ello destruyó sus cosechas e infundió el terror, como arma psicológica, para destrozar el espíritu rebelde de los mapuches.

Veremos en la "Guerra Mapuche" ciclos en las campañas, correspondiendo generalmente a un período de destrucción, otro de comprensión y ánimo de influir pacíficamente en las mentes de los indígenas.

Los gobernadores ofensivos, como don Rodrigo de Quiroga, se veían pronto frenados por la acción moderadora de la Iglesia, en particular de los jesuitas, motivada por los excesos cometidos por los militares, que no eran extraídos de lo más selecto de los estratos de España y América. Las masacres de los indígenas, sus crueles mutilaciones, la desarticulación de sus familias y reducción al concubinato de sus mujeres y la esclavitud, incluso de niños inocentes, provocaban naturalmente reacción y es así que el clamor llegó a la corte con caracteres de escándalo. Ante éstos el Rey ordenó la paralización de la "guerra ofensiva", criticada por sacerdotes como el padre Gil González en tiempos de Villagra o el padre Valdivia, más adelante, en tiempos de Ribera, buscando la solución pacífica del conflicto.

El hecho es que Rodrigo de Quiroga también tuvo que sufrir las consecuencias de las críticas frente a legiones de indígenas mutilados o deformados por los efectos despiadados de espadas o perdigones. Obviamente, doblegar por hambre a una población en forma indiscriminada no podía ser aplaudido por la Iglesia.

Por otro lado, estos agravios y el trasplante masivo de aborígenes a otras regiones, obligándoles a abandonar sus familias o posesiones, lejos de aplacarlos, los hacían más feroces y vengativos.

El proyecto de Quiroga no fracasó porque, pese a ser cruelísimo, fue malo. Falló porque quedó a medio terminar y no se realizó la tercera campaña de verano o una cuarta si hubiese sido necesaria, con lo que se habría quebrantado la capacidad del enemigo para rehacerse. De haberse obtenido este objetivo final, según los críticos, bien pudo haber terminado mucho antes la guerra, pero los tres años de paz relativa que sucedieron antes del gobierno de Sotomayor, les iban a dar a los mapuches, nuevamente, la potencia y capacidad combativa necesaria, ya agotada en las cruentas luchas con Quiroga.

CAPITULO TERCERO

PARALIZACION DE LA TECNICA MILITAR ESPAÑOLA FRENTE A LA REACCION EVOLUTIVA MAPUCHE

España era una superpotencia, armada hasta los dientes, con una técnica militar probada en los campos de Flandes, Francia e Italia sin contar alemanes, turcos y árabes. Nada tenían que aprender los esforzados conquistadores, que habían adquirido experiencia enfrentando a los mejores ejércitos del mundo, por lo que transportaron al panorama bélico de América los conceptos básicos, mil veces probados, de su infantería protegida con cascos y petos, arcabuces, espadas y picas.

Era la lucha entre David y Goliath, en que el gigante nada tenía que aprender del pequeño israelita. Dice el viejo proverbio chino que la experiencia es una linterna que se lleva en la espalda y sólo alumbrar el camino ya recorrido. Ocurrió que la larga lanza del filisteo era un arma ya probada y la última palabra en el arte militar y la ridícula honda del atrevido muchacho mereció el desprecio del gigante.

La experiencia también puede perder a un guerrero. Algo parecido ocurrió en Chile. Como en el proverbio, los experimentados guerreros castellanos no quisieron aprovechar su experiencia para alumbrar para adelante... No fueron capaces de reaccionar a tiempo contrarrestando la inteligente evolución técnica y táctica mapuche, como Lautaro cuando llegó a sorprender al enemigo mediante el uso del lazo y el empleo de batallones de reemplazo, con armas diferentes; luego el empleo del "pu-cará" en la lucha defensiva y de contraataque; el uso del cuero protector, el uso de las armas tomadas al enemigo y el aprovechamiento evolutivo de la caballería, que hicieron tambalear peligrosamente la potencia militar hispana.

La creación de la falange (650-620 A.C.) les dio a los espartanos el triunfo en la segunda guerra de Mesenia y, durante centenares de años, gozaron de los dividendos de su maravillosa creación, hasta que los atenienses (390 A.C.) las aplastaron, contrarrestándolas con masas de soldados a pie con armas ligeras. En el 398 A.C. las nuevas falanges macedonias de Filipo II y de Alejandro pulverizaron las técnicas atenienses y tebanas. Pero, también los macedonios creyeron que, como la lanza de Goliath, se había escrito la última palabra en técnica militar y, por descuidados y faltos de imaginación renovadora, fueron barridos por los romanos que revolucionaron el arte de la guerra después de sus amargas experiencias en sus luchas con Aníbal y sus elefantes. La legión romana triunfó en Pidna (168 A.C.) sobre las falanges porque perfeccionó la técnica macedonia, integrando al infante ligero con el infante griego de armas pesadas (hoplita), con lo que el soldado pudo adoptar ambas calidades, en cualquier momento, en forma flexible.

Pasa, así, la evolución al jinete arquero que arrasó con la "legión" (53 A.C.) hasta que en Adrianópolis (378 de J.C.), el ejército romano fue derrotado por su confianza ciega en una tradición militar caduca. Como

600 años antes en Cannas (216 A.C.) con los elefantes de Aníbal, los legionarios de Valente fueron arrasados por la caballería pesada enemiga. Los romanos, a la postre, no habían aprendido la lección de la inferioridad del infante frente a la caballería (Craso 53 A.C., Valeriano 260 de J.C. y Juliano 363 de J.C.).

Para qué recargar más al lector de Historia Militar cuando, dando un salto, podemos llegar a los nuestros. A los castellanos les pasó lo que a los espartanos, macedonios o romanos. Se quedaron en la edad del "catafracto" (lancero de a caballo con armadura). Su capacidad evolutiva en materia de técnica militar fue ampliamente superada por los mapuches que a la pica opusieron la pica más larga, a la ciudadela el "pucará", a la coraza la coraza de cuero y a la caballería, por no citar más, los "erizos" picaneros y la caballería indígena.

El Ejército mapuche evolucionó más que el español. No sólo equiparó su técnica, sino que la sobrepasó, al extremo de emplear el movimiento envolvente y el ataque a la espalda, entre otras cosas. Y así, aún hay incrédulos que niegan que los araucanos fuesen una raza militar.

No le echemos, entonces la culpa solamente a la falta de recursos para luchar.

Esta conclusión nos permitirá explicarnos, en gran parte, la razón por la cual la conquista castellana se paralizó y tuvo que buscar fronteras fijas para separarse de sus enemigos y limitarse a la guerra defensiva con los escasos elementos que tenía y con los discutibles recursos que les proporcionaba una técnica militar caduca y que ya no les ofrecía posibilidades de éxito, sino que de contención desgastadora.

Los españoles subestimaron a los mapuches. Creyeron que eran bárbaros tal como los de México o del Perú. Sin embargo, una de las causas de la perdición de los aztecas y de los incas fue, precisamente, su falta de capacidad militar evolutiva. Jamás se ha oído hablar, por ejemplo, de la "Caballería de Guatemosin" o de otro pariente azteca, como tampoco de "inca de a caballo". Sin embargo, la "caballería araucana" llegó a ser un arma formidable y magníficamente bien empleada.

El jinete sabía sacarle provecho a su cabalgadura, convertido en un centauro ("El caballo conoce por la brida a quien lo monta").

Pizarro en Cajamarca, cuando hizo prisionero a Atahualpa, se enfrentó con 200 hombres al flamante Ejército Inca.

Con sólo 15 hombres cayó sobre el anda del Inca y dejó burlado al general incásico con sus 5 mil hombres con palos largos, palos con lazos para atrapar a los caballos y sacar a los jinetes de su montura (táctica que conocía Lautaro en Marihueñu). Lo redujo a presión junto a sus generales Quisquis y Chalcuchima. Del ejército de Atahualpa de 140 mil hombres, no se volvió a saber.

Preso Huáscar en el Cuzco, heredero legítimo, hijo del difunto Inca Guaynacaba y de su hermana, tampoco se volvió a saber de su ejército de 130 hombres cuando Atahualpa (bastardo hijo de Totapalla) ordenó matarlo desde su prisión.

En Chile no ocurrió lo mismo, pues el sacrificio de los toquis, por no existir monarcas, era seguido por una reacción guerrera feroz e incontestable.

En ningún otro país los castellanos fueron recibidos a cañonazos, como lo hicieron los araucanos en Quiapo. Asimismo, en ninguna otra parte, dos gobernadores perdieron la vida bajo la certera acción de toquis experimentados, ni en parte alguna España tuvo que reconocer la independencia de sus enemigos, fijándoles el límite de su natural frontera del Biobío.

En Chile, al revés de México y Perú, los conquistadores se encontraron con una estirpe guerrera, de mente militar evolutiva, sin medios materiales para contrarrestarla y sin capacidad psíquica para superarla.

Fue esta creencia de que todos los aborígenes eran iguales lo que perdió a los hispanos y, cuando se dieron cuenta del error, ya era muy tarde para reaccionar y el enemigo les llevaba "dos vueltas de ventaja".

Interinato de Martín Ruiz de Gamboa (1580-1583). Ruiz de Gamboa, casado con una de las hijas naturales de Quiroga, aceptó las cédulas reales de Felipe II de 1573, exhibidas por letrado López de Azoca, con quien jamás se llevó bien, que lo autorizaban para suceder a Quiroga en caso de muerte repentina o en la guerra.

El Virrey ratificó posteriormente la designación, el 24 de abril de 1581, lo que no era usual, por ser este nombramiento un tipo de designación hereditaria hecho por un gobernador y que los reyes sólo aceptaban para sí lo que significase honores, rangos y cargos hereditarios.

La "Guerra Vieja", como se le denominaba, llevaba ya 40 años. Es obvio que los mapuches habían aprendido mucho acerca de la forma de hacerla.

Los indígenas acosados por el hambre provocada por las campañas destructivas de Quiroga, realizaban frecuentes actos de bandidaje que alcanzaban, preferentemente a las comunidades pobladas por indígenas leales a los españoles; justamente para protegerlas hasta el Maule, Ruiz fundó Chillán (San Bartolomé de Gamboa), el 25 de junio de 1580, a unos tres kilómetros al sur de la actual ciudad.

Durante el gobierno de Martín Ruiz hubo paz relativa.

Los "huilliches" se mantenían sublevados y los comarcanos a Valdivia hostiles, pero las cosas no pasaban más allá.

El único hecho de proporciones que alteró la paz fue, tal vez, la excursión del Capitán Álvarez de Luna por la región de Valdivia en dirección al lago Pihueico, donde había peligrosas concentraciones de indígenas.

En pequeñas canoas atravesó el lago con algunos soldados; logró sorprender a los mapuches, los cuales salieron también a su encuentro en numerosas canoas.

La fragilidad de las embarcaciones y el ardor de los combatientes, cerca de la orilla, produjo el volcamiento de la mayor parte de ellas; el propio Luna terminó luchando, espada en mano, con el agua al pecho.

Al final, huyeron los aborígenes y los españoles les destruyeron las canoas.

Durante su interinato, Gamboa, para ganarse la gobernación que había ya solicitado ante los ojos del piadoso y gotoso Felipe II, promulgó la famosa "Tasa de Gamboa". Este documento legal suprimió el servicio personal de los indígenas que fue substituido por el pago tributo, que debía ser cancelado por los mayores de 18 años y menores de 50, excepto los caciques.

Al cabo de 3 años de interinato, estaban arruinados los encomenderos, los indígenas no eran capaces de pagar el tributo y el Reino estaba agotado por la falta de recursos para hacer producir la tierra, con tan escasa mano de obra.

Al final, la ordenanza cayó en desuso y nadie la respetó. En 1582, según Mariño de Lobera, el panorama era sombrío. Reinaban la miseria y la guerra, a lo que se agregó una plaga de ratones que se comían cuanto encontraban.

En marzo de 1582, Ruiz de Gamboa tuvo que confesar su fracaso al Rey y pedir auxilio al Virrey Martín Henríquez, para no perderlo todo. Sus aspiraciones se hicieron agua.

En el intertanto, permaneció a la defensiva mientras los araucanos se rehacían lentamente de sus derrotas y cultivaban pacientemente sus tierras, para preparar una nueva ofensiva.

De Valdivia a Ruiz de Gamboa. La calidad de los gobernadores desde 1541 a 1583, que abarcaban las designaciones desde Pedro de Valdivia a Ruiz de Gamboa (exceptuando a Hurtado de Mendoza y a Bravo de Saravia), era la de verdaderos conquistadores. Hombres que tomaron la empresa de la conquista como cosa propia, en la que comprometieron su patrimonio, endeudándose más allá de sus posibilidades para mantener a quienes lo seguían y proporcionarles los recursos para cumplir la tarea. Eran, como se ha expresado por algunos historiadores, "más capitanes que gobernadores", de manera que la suerte de su situación y bienestar, estaba ligada a la suerte de la tarea que se les había encomendado, puesto que su hogar definitivo y sus bienes estaban en Chile. Existía un apego extraordinario por la tierra y el deseo de radicarse, vivir y morir en el país.

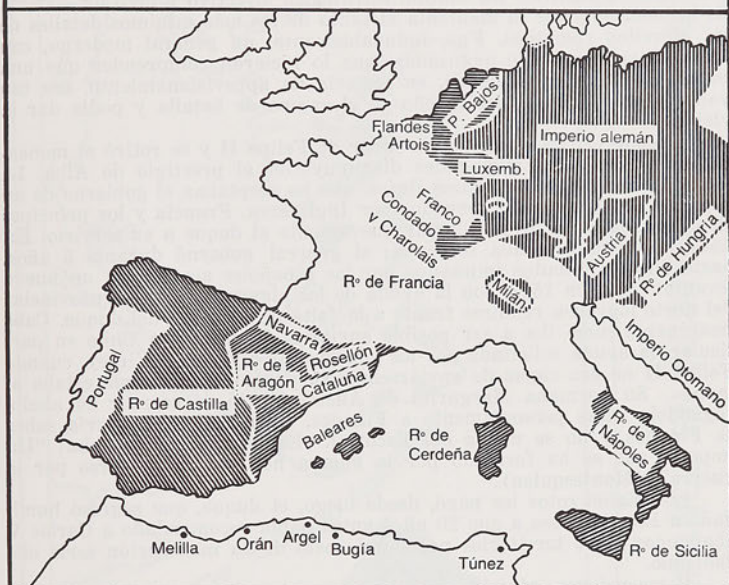
Esto mismo producía, en retribución, un espíritu de unidad, cohesión y sacrificio por el jefe, que era todo un señor, que ejercía el poder a voluntad, podía decidir unilateralmente el destino de la conquista, podía dar y quitar como un señor feudal, lo que no era bien visto por la corona que pretendía siempre robustecer el poder del Rey. En general, la corona limitó las atribuciones de sus capitanes, temerosa de que el exceso de mando los llevase a seguir el ejemplo de Gonzalo Pizarro, alzado frente a la autoridad del monarca (1548). Esta tendencia se hizo notoria bajo el reinado de Carlos V y Felipe II, que fueron privando paulatinamente a los conquistadores de los privilegios que les eran usualmente concedidos por sus esfuerzos.

La creación de la Real Audiencia (1567-1575) constituyó un Tribunal de Apelación, representante del Rey, contra las resoluciones abusivas de las autoridades locales. Fue un freno contra sus actos abusivos, pues "cuando los que mandan pierden la vergüenza, los que obedecen pierden el respeto".

Estudio crítico de la situación en España. El Duque de Alba. En el siglo XVI España se había constituido en una potencia nueva entre antiguos reinos europeos. Había logrado formar el ejército más poderoso del mundo y crear un imperio tan importante como jamás pudo imaginarse. Lógico resultaba que existiese un ambiente de envidia y odiosidad contra la nación que Fernando e Isabel habían levantado, que llegó a manos de Carlos V de Hasburgo cuando sólo tenía 18 años de edad y nula o escasa experiencia para gobernar los Países Bajos, territorios en Alemania, el imperio austriaco, el ducado de Milán, el reino de Nápoles, Sicilia, España y los territorios recién descubiertos en América. Como si fuese poco, en 1519 elegido Sacro Emperador Romano... Obviamente, a tan elevado personaje le tenían que llover los enemigos por todos lados y, durante 36 años, se enfrascó en duras guerras con príncipes europeos y el imperio otomano. Pero, como "nunca han sido vencidos los que poseen bastante oro para no ser vencidos" (Napoleón), triunfó sobre sus enemigos.

Frente a la amenaza turca quiso reunir Europa en el "máximo religioso", una empresa de caballería antes que política.

DOMINIOS DE CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA



Herencia paterna

- Maximiliano I de Austria: Estados de la Casa de Austria, derechos sobre el norte de Italia, Imperio alemán.
- María de Borgoña: Países bajos, Flandes Artois, Luxemburgo, Franco Condado, Charolais.



Herencia materna

- Fernando II de Aragón: Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Rosellón.
- Isabel I de Castilla: Castilla, posesiones del norte de Africa, posesiones americanas.

Fernández Alvarez de Toledo, 3.er Duque de Alba (1507-1582), prestó servicios a Carlos V a temprana edad, escalando los más altos grados hasta convertirse en el mejor general de Europa y quien, con su fino tacto diplomático, sentó el principio que "las más grandes batallas se obtienen sin pelear...".

Fue el gran cerebro que organizó las fuerzas españolas, las adiestró y disciplinó, planificó un sentido estratégico directivo y creó un sistema de información que lo mantenía al tanto de los más mínimos detalles de los ejércitos enemigos. Fue, indudablemente, un general moderno, con ideas extrañas por lo avanzadas, que lo hicieron comprender que una buena organización logística, en materia de aprovisionamiento, era tan valiosa como el buen desempeño en el campo de batalla y podía dar la victoria.

Cuando Carlos V abdicó en favor de Felipe II y se retiró al monasterio de Yuste, las rivalidades disminuyeron el prestigio de Alba. La revuelta de 1566 en los Países Bajos, que no aceptaban el gobierno de un español, en lo que eran apoyados por Inglaterra, Francia y los príncipes alemanes, obligó al Rey a llamar nuevamente al duque a su servicio. En 1567 la revuelta estaba sofocada; el general gobernó durante 5 años, hasta que los tributos impuestos por los españoles acarrearón un nuevo levantamiento en 1572, con la ayuda de los alemanes. Así las provincias del norte lograron rendirse frente a la falta de recursos del duque. Cabe imaginarse cómo iba a ser posible enviar a América y a Chile en particular, la ayuda solicitada por los gobernadores y por el Virrey, cuando Felipe II no era capaz de enviársela a su propio ejército que estaba al lado... Su hermana Margarita de Austria trató de sacudir su abulia rogándole fuese personalmente a Flandes, pero Felipe no quería saber de Flandes y no se movió del Escorial. ¡España se derrumbaba! "Un imperio que se ha formado por la guerra necesita mantenerse por la guerra" (Montesquieu).

Los platos rotos los pagó, desde luego, el duque, que regresó humillado a España, pese a que 20 años antes había recomendado a Carlos V abandonar estos territorios porque el costo de su mantención sería elevadísimo.

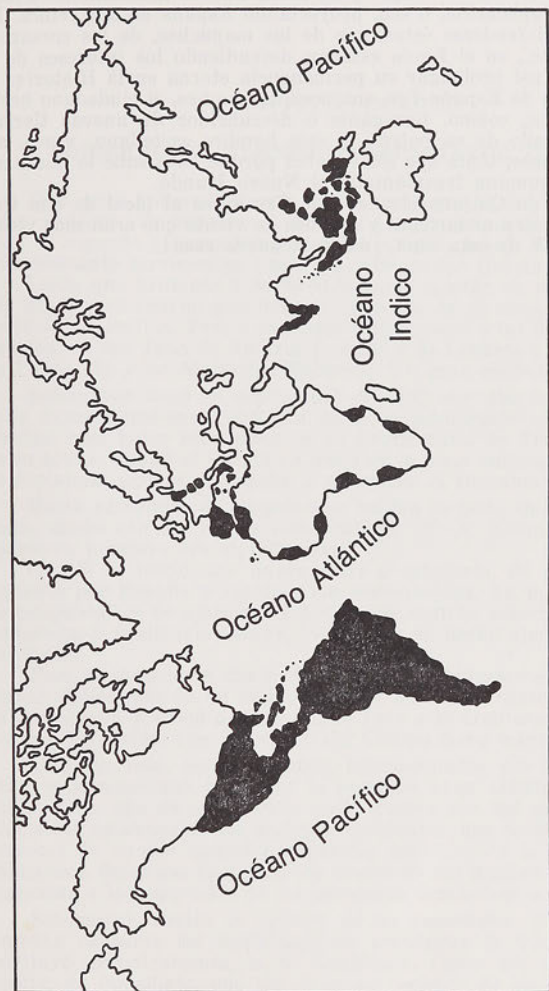
Persecuciones, cárceles y malos tratos terminaron en 1580 cuando quedó vacante el trono de Portugal y don Felipe convenció a los nobles de aquel país que lo designasen rey. Como era necesario someter a las ciudades lusitanas buscó, nuevamente, al único hombre que le daba garantías de éxito, el Duque de Alba.

En 1582 el ilustre general entregó a su Rey, Portugal y su imperio marítimo, con lo que se consumó la unión de las dos naciones de la Península Ibérica.

Todas estas cosas ocurrían mientras en Chile los gobernadores no dormían por pensar en la forma de pacificar Araucanía y elevaban urgentes peticiones de ayuda, sin resultados. No era para menos, la tranquilidad de Europa significaba la seguridad del trono y de España. Chile bien podía quedar relegado a un segundo término...

Felipe II aceptó la idea hegemónica-cristiana de las coronas europeas (católicas)... porque conocía la falencia de la hacienda española y su dependencia del oro americano. La idea de su padre era brillante, pero la hicieron fracasar los propios reyes defensores de la fe...

Entonces, cabe la pregunta: ¿cómo fue posible que con todos estos errores, España se hubiese perpetuado en América y no desapareciera su liderazgo a corto plazo? Simplemente, porque la empresa iniciada por Isabel, con la ayuda de Colón (o viceversa), estuvo guiada por el afán



EL IMPERIO ESPAÑOL EN TIEMPOS DE FELIPE II

de engrandecer a España, antes que explotar indiscriminadamente las tierras conquistadas. El pueblo emigró en masa a consumir el hecho histórico de amalgamar su sangre para crear nuevas nacionalidades dándoles su propia legislación, o sea, proyectando España en sus reinos. De esa manera, al defenderse éstas, sea de los mapuches, de los corsarios, de invasiones, etc., en el fondo estaban defendiendo los intereses de la Madre Patria y así prolongar su permanencia eterna en la Historia.

La grandeza de España fue, entonces, el hombre, el ciudadano hecho soldado, sacerdote, colono, navegante o descubridor de nuevas tierras, siempre fiel vasallo de su patria. Y este hombre castellano, vasco, andaluz o lo que fuese, tenía que ser español porque Dios sabe lo que hace. Fue la semilla humana trasplantada al Nuevo Mundo.

Fue Alonso de Quijano elevado por Cervantes al ideal de don Quijote, luchando contra andariegos y molinos de viento que eran más viento que molinos... Y de esta cepa, ¡nació la nueva raza!

CAPITULO CUARTO

GOBIERNO DE ALONSO DE SOTOMAYOR (1583-1592)

Tres años gobernó Martín Ruiz, hasta que el Rey nombró para el cargo a Alonso de Sotomayor. Era un hombre joven, de unos 35 años de edad, el segundo gobernador que ocupó tan alto puesto sin haber prestado anteriormente servicios en Chile (el primero fue García Hurtado).

Lucía una brillante hoja de vida como capitán de lanzas en los Países Bajos y su cuerpo guardaba el recuerdo de su arrojo por numerosas heridas que recibió. Prestó servicios distinguidos a las órdenes del Duque de Alba, de don Juan de Austria (vencedor de Lepanto) y hermano natural de Felipe II) y de Alejandro Farnesio. Un gran soldado.

Sotomayor llegó en septiembre de 1583 con 450 hombres obtenidos de la Armada que envió el Rey a América, para conjurar el peligro de los piratas, casi todos reclutados en su tierra natal de Trujillo. La noticia de su arribo obligó al Cabildo a ampliar la zona cultivada porque la que se explotaba apenas alcanzaba a abastecer el consumo interno.

Hasta principios de su gobierno habían luchado en Chile 2.254 españoles, según cálculos de los historiadores (F. A. Encina) por lo que su aporte en hombres era significativo.

Con él se inició una nueva clase o categoría, de gobernadores designados por España a sueldo y sin encomiendas. Ya no eran "capitanes de conquista" y no ejercían el poder con sentido señorial; en forma voluntariosa y arbitraria; ahora, se sentían de hecho ajenos a los destinos del Reino.

Pese al entusiasta deseo de terminar rápidamente la guerra, Sotomayor dedicó más de un año a trabajar una importante veta descubierta en Aconcagua y envió a su hermano Luis a la frontera, con el grado de Coronel del Reino, con Francisco del Campo como maestre de campo.

Una vez más, los aborígenes, impresionados por el despliegue militar, se apresuraron a ofrecer la paz, con gran satisfacción del Gobernador, faltó aún de experiencia en la guerra con los mapuches y de información oportuna de los antiguos residentes, que ocultaban los peligros deseados de no ser llamados a prestar servicios en la frontera, que les obligaría a dejar sus haciendas en manos de sus mujeres y a sus familias expuestas a los atentados de los inseguros domésticos a su cargo.

Sotomayor, contra la opinión de los sacerdotes, derogó la Tasa de Gamboa causante del debilitamiento económico de los encomenderos y restituyó, prácticamente, la de Santillana. Como era inteligente se dio cuenta, de inmediato, que sin el apoyo decidido de los encomenderos no podría hacer la guerra, lo que lo movió a tenerlos gratos.

En 1583 tuvo conocimiento que los indígenas nuevamente se habían alzado y habían sitiado las plazas principales, por lo que decidió partir al sur, con escasos recursos (por haberse agotado las vetas), con sólo 280 soldados. Una vez más, el insustituible Bernal del Mercado era de

la partida. El Gobernador escuchó sus consejos y los de los más experimentados en la guerra y decidió atacar al peligroso enemigo antes que éste lo hiciera.

A fines de diciembre cayó como un rayo sobre Purén y asoló su retaguardia; cruzó rápidamente Nahuelbuta, Tucapel y Arauco, pero también empleó una excesiva crueldad contra las tribus.

Alonso Díaz, mestizo renegado, conocido como Paineñamcu ("Aguilucho Celeste") reunió algunos "rehues" y arrasó la región, como respuesta a tan despiadada guerra que dejaba un reguero de "indios" salvajemente mutilados. La lucha se hizo feroz, amenazando extenderse.

En la primavera de 1584, Sotomayor se puso en campaña en contra del osado mestizo que, perseguido tenazmente, hubo de escurrirse de sus perseguidores en la frondosidad de los bosques.

El Aguilucho finalmente fue vencido y, después de reconciliarse con la Iglesia, emprendió el último vuelo...

San Bartolomé (Chillán) también estaba cercada y hubo necesidad de entrar en ella violentamente, derramándose mucha sangre. Se repuso Sotomayor de las pérdidas de los auxiliares con refuerzos de mapuches reducidos del Maule a Chillán. Prosiguió hacia Angol, siendo débilmente hostigado sólo en los pasos estrechos del camino. Faltaba un mando, en el campo araucano, capaz de aglutinar las desorientadas tribus.

Los prisioneros fueron sometidos otra vez a crueldades, a quienes se les amputaban las manos y la nariz para infundir terror. Esto enfurecía aún más a los aborígenes y los hacía más vengativos y sanguinarios, y no sin razón.

Nuevamente empezaron a llegar a las reducciones las flechas ensangrentadas, enviadas por los caciques principales para llamar a junta de guerra. Mientras, los ya alzados seguían a los españoles silenciosamente, esperando la oportunidad. Indios fronterizos concurrían también a la concentración.

En vez de cesar la guerra, el reguero iba encendiéndose nuevamente. Se alzaron Cayancura ("Piedra en el Roble"), Ñamcunahuel ("Aguilucho Tigre"), Huñalca ("Macho Joven") y muchos otros fogosos caciques, entre ellos Codehuala ("Huala Gris").

Habían transcurrido más de 40 años de guerra y, ahora, la mayoría llegaba a las concentraciones de a caballo, que ya dominaban con destreza. Llevaban sillas de montar hechas de madera con armazones de cuero, sumamente livianas, que les permitía mantener sus animales frescos y ágiles después de largas jornadas.

Esperaban indudablemente la oportunidad de sorprender al enemigo. Mientras, aprovechaban las enseñanzas del mestizo Alonso Díaz que los adiestró en la guerra de desplazamientos; por ello huían de los españoles sin dejarse alcanzar, para caer sobre ellos al primer descuido.

Sotomayor acampó en Marihueñu después de una agotadora campaña, pero ignoraba que a sólo dos leguas se aprestaban los araucanos para atacarlo por sorpresa.

Estos, sin embargo, faltos de capitanes del talento de Lautaro o Caupolicán, no habían decidido aún la manera de atacar; además carecían de información exacta sobre el número de los efectivos que el enemigo abrigaba detrás de las estacadas. Los mandaba esta vez el segundo del desaparecido mestizo Díaz, asesorado por un músico español desertor.

La fuerza mapuche realizó una junta de guerra para decidir el camino que tomarían las acciones y se escuchó a un muchacho, ex servidor de los españoles, no mayor de 14 años, el belicoso Andresillo, experto

jinete, quien propuso que para espiar al enemigo, fuese enviado al campo español con 10 hombres montados.

Ocurrieron las cosas tal como se habían planificado. Haciendo teatro Andresillo, cerca del campamento enemigo, se desprendió de los "conas" y con grandes gritos, haciéndose el perseguido, corrió en pos de los españoles.

¡Arma!, gritaron los centinelas castellanos; inmediatamente salió a su encuentro Juan Ortiz de Cárdenas y un soldado rescató al niño que huía hacia ellos. Andresillo contó asustado, en su lengua mapuche, que había sido apresado en Chillán, por ser bautizado, aunque nada sabía de Dios, porque su amo se preocupaba más de sus ovejas que de su alma, lo que nada raro era de suponer en los encomenderos, desde luego. No dijo, eso sí, que entendía perfectamente el idioma español.

El jovenzuelo fue cariñosamente recibido y regalado por los confiados hispanos, pero mientras lo atendían y caminaba, él aprovechó para contarlos, para lo que echaba en una bolsa una piedrecilla por cada diez españoles y escuchaba cuanto oía, esto durante varios días, hasta que le tuvieron confianza.

Un buen día se robó un caballo y desapareció simulando, ante la congoja hispana, que se le había desbocado, ya que corría sin riendas.

Contó Andresillo a los suyos todo lo observado; la escasa firmeza de la empalizada, la división del campamento en tres secciones, la ubicación de los montes, las armas de los soldados, etc.

Los araucanos dividieron sus fuerzas en tres secciones a cargo cada una de un capitán experimentado y se acercaron como felinos en el más absoluto silencio, guiados por el muchacho.

Cuando la luna estuvo alta, dieron el asalto a una sola orden, por los dos costados y la espalda del campo español.

Como la caballería araucana atacaba en masa, en cuadros cerrados, voltearon la empalizada cayendo sobre las tiendas y pabellones de los confiados españoles que dormían descuidadamente y causaron apreciables bajas entre ellos y los yanaconas.

No llegaron los atacantes, sin embargo, por falta de información de Andresillo, al sitio mismo en que se alojaban los jefes, por no haber tenido acceso el jovenzuelo a dicho lugar. Reunidos los oficiales en "frente de banderas", iniciaron el contraataque con los confusos soldados, con lo que pudieron proteger al Gobernador que, junto a su guardia, luchaba como titán.

La oscuridad de la noche y los gritos de los españoles por todos lados daban la impresión de que estaban intactos. La falta de coordinación de los atacantes dentro del campamento y la infatigable dispersión en busca del botín llevaron a los araucanos a perder terreno, con lo que los españoles pudieron rehacerse. Esto llevó a los indígenas a desconfiar del resultado de la empresa y de la veracidad de las palabras de Andresillo; por ello empezaron el repliegue justo cuando tenían la victoria a su alcance; se ocultaron rápidamente en los montes, dejando gran cantidad de muertos.

Todos los españoles resultaron contusos, aunque ninguno murió, por la mala calidad de las armas araucanas; pero muchos auxiliares perdieron la vida. Fue un milagro con la avalancha de caballos que les cayó encima.

Cuarenta prisioneros araucanos fueron colgados de los robles más altos. Para los conquistadores la rendición carecía de valor y la piedad no solía compadecerse con la guerra.

No dice la Historia qué ocurrió con Andresillo, pero es muy posible que se haya adjudicado una pateadura en masa por pajarón.

Prosiguieron los españoles su avance y en la costa arrebataron a los indígenas el fuerte que poseían en Lebu, con albarrada de trancos gruesos de robles y profundos fosos. El fuerte quedó a cargo de Francisco Hernández.

No tardó en llegar a este fuerte en busca de asilo un mestizo llamado Simón Díaz, que dijo ser cristiano arrepentido, casado con una hija del cacique Lonconabal; pero diariamente pasaba información para que el suero preparase una emboscada a Hernández.

Sorprendida su mala fe, fue ajusticiado, pero el cacique alcanzó a ejecutar su plan de ataque; dio muerte a cuatro españoles y sólo el capitán pudo escapar milagrosamente. Fue Tomás Olavarría quien, con más experiencia, logró poco después desbaratar al referido alzado cacique y lo obligó a retirarse al quebrarle un brazo con una bola metálica, en un encuentro que sostuvieron sus fuerzas.

Los mestizos, como se observa, fácilmente volvían a las costumbres de sus ancestros. Desplazados en el lado español, eran caudillos entre los indígenas y se collocaban muy bien entre las familias de los caciques casándose con sus hijas.

Llegó el invierno y Sotomayor regresó de la campaña sin peligro por tener suficientes provisiones acumuladas y porque los indígenas normalmente no atacaban en esta época del año. A medida que se retiraban, los aborígenes volvían al territorio que les habían quitado. Era como un círculo vicioso. Los naturales y los hispanos amaban la tierra que los había sustentado.

En Osorno y Valdivia seguía la rebelión huilliche sin que el hermano del Gobernador, Luis, hubiese hecho progresos. Los naturales se habían fortificado en Liben. Rechazado, tuvo que intentar un segundo y sangriento asalto por tierra y mar (con balsas) llevando los caballos a nado; finalmente logró desalojar a los alzados, que no tardaron en aparecer por otro lado.

Don Alonso recibió refuerzos de Santiago (2.000 caballos y tropa) y decidió batir al enemigo antes de que volviese de su letargo invernal y encargó la operación a su sargento mayor. Su plan consistía en tomar posesión de la tierra y levantar un fuerte para dar protección a la región; luego, enviaría fuerzas "volantes" a destruir las concentraciones indígenas. En resumen, era el plan que quiso ejecutar Pedro de Valdivia sin tener fuerzas para hacerlo. Creyó que con mil hombres ejecutaría sus proyectos, en lo que obviamente se equivocó, pues la empresa requería de mucho más gente.

En todo caso, para no perder tiempo, sin esperar la llegada de los refuerzos pedidos al Virrey y el propio Rey, inició confiadamente la campaña. Sotomayor jamás perdía la iniciativa, tal como Quiroga y después Ribera.

En el desarrollo de su plan había hecho construir en Millapoa, a ambos lados del Biobío, los fuertes de Trinidad y Espíritu Santo y otro en Purén para evitar la unión de los araucanos con los "picunches", "promaucaes" y los "pehuenches". Pésima costumbre la de exponer pequeñas guarniciones al ataque masivo de los mapuches. Además, demostraba viva preocupación por Purén que transmitiría a su sucesor.

Los socorros, dicho sea de paso, no llegaron. Un barco, el *San Juan de Antona*, que traía la pólvora, municiones y mercaderías, inexplicablemente explotó en Valparaíso, con lo que las posibilidades de éxito de la ofensiva disminuyeron.

La desesperación por las exigencias de la guerra llevó a algunos descontentos a conspirar en Santiago y en Purén para apoderarse de la capital, Angol y Chillán y de los principales fuertes para poder huir al

otro lado de los Andes. Sotomayor castigó a los responsables de la fracasada intentona. Había que demostrar a los indígenas que no había perdido su poder de ataque, disciplina e iniciativa...

En Quechereguas sorprendió varias reducciones en una feroz borrachera previa a un alzamiento y degolló a la mayor parte de los presentes, que no resistieron por el agotamiento del alcohol. Se llevó a sus mujeres, armas y animales como botín, con gran satisfacción de los auxiliares. Las costumbres guerreras del Gobernador no eran, como vemos, las más suaves... Pero así se hacía en Flandes y no se conocía otra manera de hacer la guerra.

Se corrió la voz de las claras intenciones de exterminio de Sotomayor y las reducciones comarcanas enviaron rápidamente embajadores a ofrecer la paz, portando cruces, para impresionar a los españoles, y ramas de canelo. El Gobernador aceptó la paz. Las reducciones de Hualqui estaban a punto de dar la paz, pero se desistieron por las promesas de Lonconabal de que iría en su ayuda, a lavar la afrenta de su brazo roto y anterior derrota en manos de los castellanos. Atacados, sin tardanza huyeron a los cerros.

Los españoles destruyeron el valle de Hualqui a la vista de los indígenas que tuvieron que contemplar airados, desde prudente distancia, la operación, desde lo alto de una cuesta donde se habían refugiado.

Sotomayor, astutamente, hizo emboscar parte de su caballería y emprendió el regreso a Concepción. Bajaron los aborígenes a observar los destrozos de sus chozas y salvar lo que quedaba, cuando fueron sorprendidos por la caballería de Alonso García Ramón (que más tarde sería dos veces gobernador) que, sin piedad alguna, degolló a la mayor parte de los que no alcanzaron a huir. Se llevó gran cantidad de prisioneros al yugo de la servidumbre. Lonconabal no llegó. Su prestigio había bajado ya varios grados bajo cero.

Asalto de Angol.— Discurrieron los araucanos que, si incendiaban Angol, los españoles estarían ocupados en combatir el fuego, momento en que podrían dejarse caer sobre ellos y ultimarlos, devolviéndoles la mano de Hualqui, con una táctica similar.

Para esto enviaron sus espías a convencer a sus hermanos auxiliares al servicio español que se concertaran con ellos para dar el golpe, cosa que éstos aceptaron.

Quiso el destino, sin embargo, que el día de la traición yanacona, llegase casualmente al atardecer a Angol el Capitán General, que iba de paso a La Imperial con 50 hombres de su guardia escogida, donde se alojaron, sin que se diesen cuenta los emboscados araucanos, ni les diesen la alarma sus confabulados amigos que creyeron que los araucanos habían observado el ingreso de las fuerzas en el fuerte.

Prendieron fuego en la noche los confiados domésticos a las casas como se había convenido y los moradores, al ver que el incendio era general, se dieron cuenta de inmediato de la trampa que se les estaba tendiendo y del peligro en que se encontraban, por lo que se armaron rápidamente hasta los dientes antes que llegasen los araucanos que esperaban, convenientemente escondidos, en las cercanías del fuerte aguardando la señal de ataque.

Al divisar las grandes llamas, se dejaron caer en masa sobre las empalizadas, que derribaron en varias partes y se lanzaron decididamente dentro de la plaza donde los esperaba, para sorpresa suya, impecablemente formada, la guardia completa que los contraatacó fiera y despiadadamente; en la tarea, tizones en mano, participaron también mujeres y niños, conocedores del destino fatal que les depararía la derrota.

El mando araucano demostró una notoria falla en la exploración. Decididamente, el factor suerte por lo general estuvo de parte de los españoles. Pero, la desidia y falta de preocupación de aquéllos, descuidando su vigilancia, era ya proverbial. Fue la causa de la pérdida de Lautaro y Caupolicán.

Grande fue la mortandad entre los indígenas, cuyas cabezas colgaron de las estacas del fuerte esa noche para escarmiento de los rebeldes. Los yanaconas pagaron, también, cara su traición.

Se salvó, pues, Angol por una milagrosa casualidad que fue celebrada ruidosamente por los españoles, sin importarles las cuantiosas pérdidas materiales experimentadas.

Sitio de Purén.— El cacique Codehuala ("Huala Gris"), de renombre por su valor y destreza, envió una parte de sus hombres a sitiar Purén, donde estaba García Ramón y el resto de su gente la emboscó en una quebrada, justo por el lugar en que debían pasar los españoles para llegar a la plaza.

Sotomayor, repuesto de la reciente lucha, salió de Angol con su guardia en dirección a Purén a socorrer el fuerte y tuvo la fortuna de que los araucanos no coordinaran perfectamente el ataque, pues al introducirse cinco hombres de la vanguardia exploradora castellana en un desfiladero, en que estaban emboscados los hombres de Codehuala, lo hicieron distraídamente, distanciados, yendo 3 adelante y 2 bastante atrasados. Los mapuches creyeron que los 3 eran la avanzada y se dejaron caer sobre ellos, con lo que alertaron, sin quererlo, a los 2 de retaguardia que al darse cuenta del peligro pudieron huir; no así los otros tres que perdieron la vida. Noticiado don Alonso quiso avanzar, furioso, a castigar a los enemigos, pero dificultosamente fue convencido por sus oficiales de la insuficiencia numérica de su tropa y de la trampa que constituía el desfiladero, por lo que regresó a Angol, con gran regocijo de Codehuala que se creyó vencedor del general en retirada. Abandonó la emboscada y con cinco mil hombres se dirigió confiadamente a tomar Purén, donde García Ramón había hecho ya prodigios de valor frente a los sitiadores, a los que mantenía a raya. Al caer la plaza, quedaría con la espalda libre para volcarse sobre la escurridiza Angol.

Codehuala, evidentemente molesto por la ineficacia de los atacantes frente a un valiente puñado de españoles, envió mensajeros al capitán enemigo desafiándolo, de hombre a hombre, frente a ambos ejércitos, para evitar un mayor derramamiento de sangre; el vencedor quedaría dueño del campo, palabra que respetaría su gente en caso de ser vencido.

Aceptó García Ramón, cuya valentía y capacidad lo llevarían con el tiempo a gobernar el Reino, tan singular combate, digno de los mejores cuentos de caballería de la Edad Media. Recordáronle sus capitanes que Caupolicán desafió en su tiempo a don García Hurtado de Mendoza, para después atacarlo en Piculhue, por lo que García Ramón le prometió al toqui, por intermedio de su emisario, empalarlo como Reinoso a Caupolicán después del combate para evitar traiciones.

El Duelo.— Hizo limpiar sus armas García Ramón y, como buen cristiano al borde de la muerte, se confesó. No temía morir porque "no teme a la muerte, quien la desprecia" (Catón).

Los españoles, celosos cristianos, exigían siempre la presencia de un sacerdote entre ellos y en los momentos solemnes de peligro se confesaban, tal como lo hizo don Pedro de Valdivia en Tucapel, antes de lanzarse solo en la última carga de su vida; pero, si no morían, cometían las mayores brutalidades y quedaban listos para la próxima confesión.

Apenas brilló el sol en las montañas, acompañado del alegre trinar de los pajarillos del bosque, en presencia de todos los suyos, que le daban voces de aliento y admiración, salió García Ramón del fuerte junto con su caballería, que se formó delante de la fortaleza. Pronto aparecieron los cerrados cuadros araucanos en las laderas del frente; se destacaba un apuesto guerrero en brioso corcel, con una gruesa lanza, relucientes armas, con su cabeza coronada con una hermosa celada, tomada a algún capitán hispano en alguno de sus combates y que terminaba en un impresionante adorno de plumas blancas y rojas.

Partió don García a su encuentro a cabeza descubierta para ser reconocido y le preguntó, a la usanza caballeresca, a su enemigo quién era y a qué venía, presentándose él como capitán de Su Majestad, García Ramón, a quien el cacique había desafiado.

Esta actitud revela la enorme diferencia de la colonización española con la sajona y que no era sino un reflejo de la concepción cristiana de la empresa hispana en América, que siempre consideró al aborígen como un ser humano.

Respondió, con arrogancia, el indígena, que era Codehuala y que venía a mostrarle su valor para que el suceso trajera paz a la comarca. Luego reprochóle por presentarse con tan pocas armas al combate, autorizándolo, gentilmente, para regresar al fuerte en su busca. Quería una lucha de igual a igual, sin ventajas.

Sonrió don García, a quien el araucano íntimamente no dejaba de simpatizarle por su coraje y altivez y le agregó que las armas que traía eran suficientes para terminar con él, cosa que al cacique no le hizo gracia alguna a juzgar por su penetrante mirada de acero, que revelaba su odio.

Ambos se dieron las espaldas, galoparon suavemente, con el ruidoso campaneó de las armas de acero, para tomar distancia de ataque, frente a la emocionada y expectante mirada de los suyos que contenían el aliento. Volviéndose rápidamente picando sus espuelas, al galope tendido de sus corceles, se lanzaron el uno contra el otro con sus amenazantes lanzas dirigidas a sus cuerpos, en medio del silencio sepulcral de los ejércitos, mientras las mujeres españolas se persignaban piadosamente.

El encuentro fue terrible. La lanza del español dio en la gola del toqui que rodó de la silla cayendo pesadamente al suelo, mientras su caballo corría desbocado por el campo en dirección al fuerte. Agudos gritos de alegría brotaron de los pechos hispanos y un ronco quejido de rabia contenida subió como un murmullo a lo más alto del bosque desde las filias araucanas.

Se desmontó García Ramón pausadamente y arrojó despreciativamente su lanza, como para demostrar al toqui que lo remataría cuerpo a cuerpo. El araucano se levantó dificultosamente y algo repuesto ya del aturdimiento, propio del formidable golpe de la caída, esperó serenamente de pie a su enemigo blandiendo amenazadoramente su brillante espada.

Se cruzaron los aceros, como el choque de cien cuchillos que proyectaban los rayos del sol sobre los ojos; pero, más avezado el espadachín español en su uso, de un golpe cortó las piernas de Codehuala que rodó con un aullido por tierra, desangrándose visiblemente; luego, con un mandoble le propinó un sablazo escalofriante en la celada, que derumbó muerto a su contrincante rajándole la cabeza, mientras el casco hundido rodaba por el suelo por el recio golpe recibido. El espíritu del guerrero "Pato Gris" voló derecho al reino del "Callfuchao" (Padre Eterno).

El capitán cogió la ensangrentada celada y se la puso en señal de triunfo, luego montó a caballo y ensartando la cabeza cercenada del noble guerrero en la punta de su lanza, galopó lentamente, sin volver la mirada, hacia los suyos, que irrumpieron en gritos de victoria.

Los araucanos ultrajados, repuestos de la sorpresa, sin orden alguna olvidaron la promesa del toqui y profiriendo espontosos gritos de venganza, se lanzaron desordenadamente sobre el fuerte; allí fueron recibidos por la artillería y arcabuces de los sitiados que los desbarataron definitivamente. Eran las armas de fuego las únicas que contenían a los araucanos a estas alturas de la guerra.

Los historiadores consideran una temeridad la de García Ramón, pues, si hubiese fracasado en el duelo, habría expuesto a todos sus compañeros, desmoralizados y privados de su decisiva dirección. Pero, como dice el refrán: "el águila real no baja a coger moscas" y el bravo jefe español sabía que su sacrificio era necesario y decisivo y que tenía ventajas sobre su rival por su mayor experiencia en el uso de las armas de acero.

El Conde del Villar, Virrey del Perú, con evidentes esfuerzos, envió por esa fecha refuerzos a Concepción, en cuyas cercanías se estaba luchando convirtiéndola en "frontera".

Don Alonso reajusta sus líneas.— Comprendiendo el Gobernador que los fuertes diseminados por Araucanía eran inútiles para contener a los mapuches y peligrosos para los soldados por la escasa guarnición que cada uno poseía y que no pudo reforzar por falta de personal, decidió destruir los de Trinidad y Espíritu Santo y retiró su gente al Puchuncaví, que dejó con alguna tropa de guarnición, retirándose a la más segura plaza de Angol. Los fuertes se habían convertido en cárceles para los soldados que no podían aventurarse fuera de ellos sin correr peligro de muerte. Trasladémonos a la época en que no existían diarios (por lo demás los civilizadores no sabían leer), en que se desconocía la energía eléctrica y no había luz, ni inventos como la radio, televisión, ni medios para entretenerse, lejos de la patria. Si usted, lector, se aburre en su casa con todo esto, ¿se imagina la vida de perros de esta pobre gente que sabía que si salía del pequeño fuerte a un ambiente hostil, legiones de indígenas lo harían picadillo? ¡Caramba que había que ser español para ser tan grande y esforzado!

Quechuntuveo, cacique "pehuenche" (por lo tanto mapuche), atacó el fuerte que había alcanzado a ser reforzado por otras guarniciones, como hemos señalado y en un duro asalto en que hubo derroche de valor por ambos lados, dio muerte a los capitanes Pedro Calderón, Juan Rubio y Cristóbal de Aranda, que era el "cabo" (jefe) de la fortaleza de Puchuncaví. Sólo se salvaron algunos españoles, debido a la precipitación y ansiedad de los nativos por saquear el recinto.

Don Alonso salió en busca de Quechuntuveo, siguiéndole el rastro con auxiliares amigos, que eran excelentes guías y después de una agotadora excursión por selvas y desfiladeros, dio con la fortaleza "pehuenche" ubicada en la cima de un empinado monte que albergaba al toqui enemigo y a sus caciques con sus familias, donde estaban disfrutando del botín.

Se rindieron los mapuches al verse descubiertos y rodeados y ofrecieron la paz, que les fue aceptada para evitar mayores males, previa devolución del referido botín de Puchuncaví.

Descubrimiento de las Islas Juan Fernández. Durante el gobierno de Sotomayor, el piloto Juan Fernández, buscando vientos en viaje del

Callao a Valparaíso, se alejó de la costa y descubrió las islas que llevan su nombre. Se demoró un mes en el viaje.

Peligro de los piratas y corsarios ingleses. Recordemos que especialmente durante el siglo XVI, Inglaterra, la enemiga natural de España, se puso como meta entorpecer el monopolio comercial español con Indias y, principalmente, apoderarse de los metales y piedras preciosas que desde allí eran llevadas a la Madre Patria. Por esta razón, las costas de los diferentes Reinos y Virreinos se vieron continuamente visitados, muchas veces con violencia, por piratas y corsarios ingleses.

En la Cuesta de Villagra. Don Alonso, temeroso de la repetición de la presencia inglesa en la costa, hecho que alentaba a los naturales y con el objeto de evitar la amenaza de llegar a pelear en dos frentes, envió mensajes de paz a los araucanos. Esta vez los "mentirosos" eran los españoles que ofrecían una paz engañosa a sus adversarios para resguardarse las espaldas.

En la junta de caciques llamados a conocer de la propuesta, Quintahuano, según Alonso de Ovalle famoso por su coraje, estimó necesario proseguir la guerra, imponiéndose su resolución.

Despechado y ofendido, el Gobernador, con el ánimo de levantar el fuerte de Arauco, avanzó al sur y marchó al valle de Millapoa con un numeroso ejército de 515 soldados y gran cantidad de nativos amigos, de Maule a Cauquenes, en número de alrededor de 1.300. Tal vez, un tirón de orejas hiciese entrar en razón a los porfiados caciques.

Se alojó en Colcura, debiendo cruzar el cerro Marihueñu a la vista de los araucanos. Estos estaban acampados en la cumbre de la cuesta del cerro (ya llamada de Villagra) detrás de una fortaleza con estacadas, defendidos por gruesos batallones de caballería y masas de infantes y además tenían una apreciable reserva. El terreno era sumamente estrecho e imposibilitaba un ataque masivo. Los españoles hacían esfuerzos por no lanzarse contra los mapuches que daban grandes gritos insultantes e infernales y cuyo eco repercutía en las montañas como ronca carcajada. La experiencia del desastre de Villagra ante Lautaro aconsejaba cambios en la táctica del atacante.

Sotomayor, reconociendo el terreno, ideó una táctica nueva y extraña. Dividió su caballería en varios cuerpos de 20 hombres cada uno, para atacar por varios lados simultáneamente y contrarrestar, así, lo irregular del terreno que paralizaría todo el avance masivo y la superioridad numérica del enemigo. Cada grupo debía estar permanentemente a la vista del otro para socorrerse y coordinar el ataque. Esto obligaba al enemigo a distraer sus fuerzas en múltiples sectores, con lo que la resistencia perdía potencia, ya que no podía apoyar a cada grupo por tratar de defender todo el frente, de modo que no se quebrase un solo sitio amagado por el enemigo.

La primera tarea hispano-criolla (ya es hora de hacer partícipes a los criollos en la empresa hispana) consistiría en derribar la estacada araucana previo un meticuloso estudio de la fortificación, para buscar sus puntos débiles. Mientras, el Gobernador con 30 hombres seleccionados subió la cuesta seguido de García Ramón y fue el primero en llegar a la cumbre. Se produjo, así, un ataque simultáneo por varios frentes.

En vista que los puntos de ataque eran tan numerosos, los araucanos no pudieron decidir a cuál de todos dirigir su fuerza. Finalmente se dejaron caer sobre el centro principal que los atacaba de frente y que era el más poderoso; tuvieron que lanzarse monte abajo en masa, como

un río que se despeña. Al verlos venir, en forma tan incontenible, los castellanos se colocaron al borde de las veredas de acceso, abriendo sus columnas atacantes, de modo que pasaron de largo como tromba, con lo que los indígenas quedaron divididos: los que estaban arriba y los que estaban abajo. En esos momentos se sintieron en el mar, fuertes disparos de artillería naval que desorientaron a los mapuches, perdiendo fuerza su embestida. ¿Llegaban refuerzos al enemigo?

Como los españoles estaban en la mitad de la cuesta, su retaguardia propinó a los de abajo un mortal castigo y tremenda carnicería. Por su parte, la vanguardia siguió ascendiendo; al llegar arriba destruyó la empalizada y penetró al interior de la fortaleza. Allí estaba Quintihuano Pailaeco de a caballo con la reserva indígena. El toqui, al encontrarse frente a frente con Sotomayor, se abalanzó sobre él; pero el Gobernador lo hirió debajo del brazo derecho, lo que lo dejó a mal traer y posteriormente cayó muerto en manos de los seguidores de Sotomayor.

Frente a la falta de caudillo, la batalla terminó rápidamente con la pérdida de un solo español, pero de muchos yanaconas. Quedaba ahora abierto el camino al sur para cumplir el primer objetivo: el fuerte de Arauco.

Se repartieron los mapuches prisioneros como "presas" para los soldados y se levantó una gran cruz en el fuerte recién tomado. En esos instantes entraron al puerto varias naves que volvían del Estrecho después de perseguir a algunos piratas, adornadas inexplicablemente con hermosos gallardetes.

Como el día era hermoso, al escuchar la artillería de tierra los marinos creyeron que los saludaban, por lo que izaron sus gallardetes, disparando sus cañones lo que, en el momento más crítico de la presión española, alarmó a los mapuches, con los resultados ya narrados. Una vez más el factor suerte complotaba contra los mapuches.

Los araucanos decidieron aceptar la paz propuesta.

Para negociarla, enviaron al más insignificante de sus caciques, por su escasísima estatura. Traía ramas de canelo, el árbol sagrado de los araucanos, como testimonio del mandato otorgado por sus reducciones.

En consejo de guerra, los españoles se opusieron a la suspensión de las hostilidades por no poderse fiar en las promesas de los naturales, como la experiencia lo demostraba. Por ello el "curaquilla" (de "curaca" o embajador inca, por lo chico) nombre con que se le apodó para la Historia, fue despedido ceremoniosamente, en medio de las risotadas de la soldadesca.

Para asegurar sus posiciones y la defensa de Concepción mediante una fortaleza de contención al sur del Biobío, el Gobernador ordenó levantar nuevamente el fuerte de Arauco con el trabajo de los propios mapuches que lo habían destruido. Así logró calmar la justa preocupación de sus capitanes.

Quedó el nuevo fuerte a cargo del Capitán Francisco de Riberos. García Ramón fue enviado a Lima por mar, aprovechando la escuadra para notificar al Virrey de la imposibilidad de la pacificación del Reino sin mayores recursos y de la aparente tranquilidad reinante, producida por un brote mortal de viruela y la llegada del invierno. Pero García Ramón no pudo convencer a las autoridades del Virreinato y fue un fracaso.

Sorpresa de Tucapel. Al salir de Arauco para La Imperial, Sotomayor tropezó en Tucapel con unos 100 mapuches montados, que a los primeros golpes huyeron perseguidos por los españoles; pero, al enfrentar un bosque, salieron grandes masas de naturales tucapelinos, por lo

que esta vez huyeron los españoles. El Gobernador ordenó replegarse a un terreno llano para evitar la desventaja de otro tan accidentado y escabroso, para poder contener a sus porfiados perseguidores. Enseguida los españoles volvieron sorpresivamente sobre sus atacantes y los rebasaron por los costados de modo que quedaron a su espalda, dejando a los indígenas entre dos fuegos, de frente y por ambos lados. Indudablemente, la superioridad táctica de Sotomayor era aplastante y el hombre era un soldado y conocía su oficio.

Tal vez agotados por la tensión y el esfuerzo, los españoles no persiguieron a los vencidos, error que siempre resultaba muy caro dada la extraordinaria capacidad de los araucanos para reorganizarse.

Se refuerza la frontera. La defensa de las plazas de Osorno y Villarrica y las luchas permanentes en los valles y quebradas de Cunco y Ranco, hicieron necesario que se alzarán dos nuevos fuertes en el sector y otro en La Imperial, para reforzar la frontera y prestar protección a las tribus reducidas. La ayuda solicitada al Perú no había llegado. Pero los araucanos podían llegar en cualquier momento...

El Gobernador se estableció en La Imperial, que era asiento de un obispo, ocupado por el teólogo defensor de los indígenas, Fray Antonio de San Miguel y después por el insigne jurista Fray Francisco de Cisneros.

Nuevamente corrieron vientos de guerra y se oía hablar con seguridad de recientes convocatorias de los caciques en los claros de los bosques para preparar la campaña, vengar las derrotas y expulsar al invasor. Se propagaba el rumor y "el humo es siempre más vasto que el fuego".

García Ramón, hombre de sobrada experiencia, supo comprender el peligro a tiempo y trasladó la población de Purén a Angol que era un lugar más seguro y reforzó Marihueñu como tapón de Concepción.

Los aborígenes ya francamente alzados, sobrepasaron Purén y acometieron Marihueñu donde, gracias al oportuno auxilio, los castellanos pudieron contenerlos. Sin embargo, como el alzamiento se hacía masivo, los rebeldes se concertaron con los auxiliares de Marihueñu y lograron que éstos convencieran al capitán al mando del fuerte que sorprendiese a sus enemigos en una borrachera, a la que en realidad se habían entregado, pensando prepararles una emboscada a su paso. Receloso, García Ramón cayó sobre los indígenas por sorpresa, golpeando antes de lo esperado a los enfiestados, no sin haber adoptado medidas de prevención, porque flotaba en el ambiente la traición de que serían objeto. Desbarató así los planes de los enemigos y los marihueños comprometidos tuvieron que buscar refugio en los montes para no perecer; los auxiliares cabecillas pagaron con su vida su traición.

Cuando todo estaba perdido aparecieron los caciques de Tucapel, a reconocer su derrota, ofreciendo la paz que, una vez más, fue aceptada por don Alonso. Lo que para el Gobernador era "lograr la paz", para los mapuches era lograr que no los matasen para buscar una nueva ocasión de matar, a su vez, a sus enemigos.

Situación de Sotomayor. El Gobernador había partido a Chile con la aureola de su capacidad revelada en los campos de Flandes y nadie dudaba que de un dos por tres iba a terminar una empresa que a otros había quedado grande. Sin embargo, por su experiencia militar, fue el primero en comprender la necesidad de un ejército profesional permanente, capaz de defender la conquista.

Era la desventaja de ser famoso... Por lo mismo, cuando García Ramón llegó al Perú a insinuar la posibilidad de terminar la guerra con nuevos y urgentes sacrificios de hombres y dinero, el Gobernador cayó en desgracia. El Virrey, desesperado por la interminable lucha e imposibilidad de lucirse ante el Rey con su término, empezó a dar crédito a sus enemigos que sugerían, maliciosamente, que alargaba la guerra en beneficio propio, para hacer negocios de ventas de esclavos y explotación de minas de oro, con tanta mano de obra gratuita. Sólo a un loco se le podía ocurrir que para derrotar salvajes se necesitaba un ejército profesional. Esta idea "loca" la haría suya, más adelante, Alonso de Ribera.

Sucedía que era Virrey, a la fecha, nada menos que el Marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza, a quien por propia conveniencia y natural orgullo (que al parecer le sobraba...) no le hacía gracia que alguien pretendiese que la "Guerra Mapuche" aún continuaba, habiéndola terminado él personalmente durante su gobierno... En estas condiciones, García Ramón estaba "predicando en el desierto".

La triste realidad era que el Virrey no tenía un "duro" (como dicen los españoles) para hacer cantar un ciego. Se convenció, así, el Virrey que nada iba a obtener enviando recados al Gobernador, que exigía apremiantes socorros y prefirió ignorarlo.

La actitud del marqués de darle el favor a los enemigos de Sotomayor constituyó un error para ocultar su falencia, cuyas consecuencias no tardarían en evidenciarse.

Don Alonso, mientras tanto, convencido de que esta vez la paz sería más duradera, regresó a Arauco. La circunstancia de que había hecho prisionero a un hijo del "ülmen" Colocolo, le daba la seguridad de que las proposiciones pacíficas de los araucanos, destinadas a salvar a tan principal personaje eran, ahora, serias.

Las epidemias que azotaron la región mantuvieron tranquilas las "rehues" y el Gobernador regresó posteriormente a Santiago.

Viaja don Alonso al Perú. El Gobernador estimó necesario viajar al Perú a explicar personalmente su conducta, después de 11 años de dura labor desde que se le confiara la empresa por el Rey. En la frontera quedó vigilante García Ramón y en Osorno, Francisco del Campo.

Llegó al Callao, en agosto de 1592 y tuvo la amarga sorpresa de no ser autorizado para desembarcar, lo que era una grave ofensa y revelaba la predisposición existente en su contra. Se le ordenó regresar a bordo y formular sus descargos por escrito. Elevó un informe muy dolido y contundente y, finalmente, se le dio permiso para bajar a tierra. Allí se impuso, con tristeza, que en septiembre de 1591 el Rey lo había reemplazado por Martín García Oñez de Loyola. Eran los "palos de ciego" que daba el Rey, mal informado por sus asesores y por la incansable actitud de la corte de agotar resquicios para no gastar dinero en América.

Sotomayor era un magnífico gobernador, pero caro. Pedía mucho. Había que buscar uno más económico y menos pedigüeño. Total, para darle una paliza a un grupo de tribus indígenas, armadas de palos, no se necesitaban ejércitos, necesarios en los campos de Europa, sino que un hombre, sólo eso: un hombre, capaz de liquidar el negocio chileno con lo que tenía y dedicarse, luego a trabajar tierras y minas para socorrer a la quebrada corona...

El brillante guerrero y leal Gobernador regresó a Chile donde fue absuelto en el juicio de cuentas. De vuelta al Callao se le encomendó la gobernación de Panamá. Su viaje no había sido inútil y sus méritos

habían sido aquilatados. Su experiencia, como veremos, sería aprovechada posteriormente, cuando muchas veces se le consultó acerca de los asuntos de Chile.

Epílogo. Para las señoras, que les encantan los finales felices de las novelas, nos hacemos el deber de anticiparles que, en 1604, Sotomayor declinó el nombramiento que le hizo Felipe III para ocupar nuevamente el cargo de gobernador de Chile. El hombre estaba "escamado" y sabía que hacer esta guerra sin dinero, estando la monarquía en bancarrota, era ir al fracaso. Radicado en España, era una locura volver a la aventura americana.

Comparado con sus antecesores, excluyendo a don Pedro de Valdivia, fue, por su inteligencia y capacidad, por sus actitudes guerreras y de organización, el único que pudo haber terminado la guerra si le hubiesen proporcionado los elementos solicitados. Junto con Alonso de Ribera y don Ambrosio O'Higgins, forman una trilogía de gobernadores de una personalidad superior, con maestría analítica como para proveer soluciones y enfocar acertadamente los problemas de la guerra.

Fue el primero en darse cuenta que no era posible avanzar hacia el sur fundando ciudades, perdiendo fuerzas en la población del territorio ocupado, sin contar con una línea fronteriza segura y una fuerte división movable, desplazable, capaz de amagar en cualquier parte las concentraciones mapuches. Ribera tomaría, más tarde, esta idea y trataría de aplicarla, con magníficos resultados, para perderse lo logrado nuevamente en el horizonte de la guerra al reiniciar García Ramón la política de fundación y repoblación de ciudades. El tiempo se encargaría de demostrar la clarividencia de Sotomayor.

Don Alonso Sotomayor falleció en España, en mayo de 1610.



Lucl.

913

3-213

1-21

V. 82

AAE 8454

